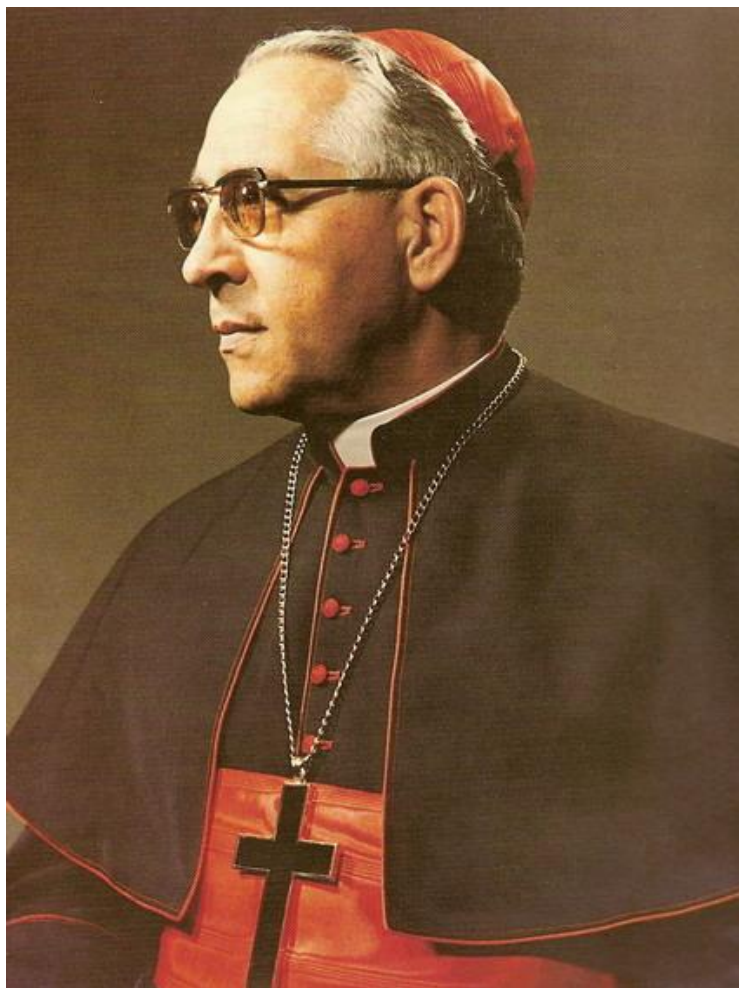


OBRAS DEL CARDENAL MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN



VIII

Humanismo cristiano

PRÓLOGO

del cardenal Bernardin Gantin,
Prefecto de la S. Congregación para los Obispos
Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina

Los encargados de preparar esta edición de las obras del Cardenal Marcelo González Martín me han rogado que prologue el último volumen de la serie. Acepto gustosamente la petición. No puedo negarme. Conozco desde hace muchos años al señor Cardenal de Toledo, cuya acción episcopal he seguido con simpatía y atención, en comunión de criterios, identidad de preocupaciones y convergencia de propósitos.

He admirado y admiro en el autor de estos volúmenes su temple pastoral, su entrega total, permanente, al servicio de la Santa Iglesia: en los días fáciles, si es que los hay, y en tiempos difíciles, que nunca faltan. Siempre y a todas horas.

En su labor de magisterio, función o *munus* capital del Obispo, la acción del señor Cardenal de Toledo ha alcanzado cimas que le sitúan entre los grandes maestros no sólo de la Iglesia en España, sino además de toda la Iglesia que habla, reza y canta en la universal lengua de Castilla. Ha utilizado todos los géneros y ha recorrido todos los campos de la oratoria sagrada. Y con una maestría singular, universalmente reconocida.

Ha sabido ver y sobre todo ha sabido realizar la primacía instrumental que, sin perjuicio del primado substantivo de la misión de santificar, ostenta la tarea de la predicación, por la inmediata conexión de ésta con la fe. Continuador fiel de una tradición consolidada, mantiene siempre una armoniosa sintonía con la necesidad que el creyente tiene de escuchar nítidamente la voz auténtica de la fe católica hoy día. Ha hablado a los de casa y a los de fuera. Reiterando la doctrina recibida, advirtiendo de los riesgos que acechan, y atendiendo a los interrogantes, múltiples y graves, que el hombre contemporáneo plantea.

Una nota constante advierto en toda la labor episcopal del Cardenal González Martín: su profundo y fino sentido de Iglesia, el amor a la santa Iglesia de Cristo. Es como el eje constante de toda su vida y de toda su acción. La Iglesia como misterio de la salvación, como sacramento de la infinita sabiduría divina, con su inmensa e inabarcable grandeza y también con las inevitables páginas, a veces oscuras, de su necesaria vertiente humana. Y, dentro de esta perspectiva eclesial, el amor y la obediencia a Pedro en sus Sucesores los Romanos Pontífices. Esparcida por todo el mundo, ubicada en la pluralidad de territorios y pueblos y culturas, la Iglesia es siempre una y única. No es confederación de Iglesias autónomas. Cuerpo místico de Cristo, Pueblo de Dios en marcha a través de la historia, Esposa del único Salvador de la humanidad, tiene la Iglesia en la persona de Pedro el centro de su unidad profunda y de su identidad cristológica.

Coherente con esta visión se destaca el sentido de servicio, de entrega, de donación infatigable de sí mismo que, en su tarea de gobierno eclesial, caracteriza la vida del Cardenal Marcelo González Martín. Servir, sin reparar en

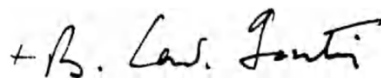
sacrificios, sin arredrarse ante incomprendimientos. Con audacia santa y sentido de la época. Parece como si se hubiera anticipado a la grave advertencia del Concilio Vaticano II: «El Obispo, enviado por el Padre de familia a gobernar su familia, tenga siempre ante los ojos el ejemplo del Buen Pastor, que vino no a ser servido, sino a servir y dar la vida por las ovejas» (Lumen Gentium, 27).

A lo largo de todos los volúmenes de esta serie, resuenan poderosamente, destacan como temas capitales de una inmensa sinfonía, la gran palabra: el Evangelio; y el gran nombre: Cristo Jesús. El cristocentrismo del magisterio episcopal del señor Cardenal de Toledo pone de relieve una necesidad prioritaria, permanente de la predicación eclesial, que no puede ser disimulada, ni oscurecida. No basta predicar a Dios. Es menester, además, proclamar, a tiempo y a destiempo, la divinidad de Cristo, del Verbo eterno hecho hombre en la historia, muerto en la cruz y resucitado.

Y junto a este necesario recordatorio, el señor Cardenal de Toledo ha proclamado en todo momento la urgencia perentoria de la vida interior. No sólo por razones de coyuntura histórica, sino además y sobre todo por motivos de estructura que brotan de la esencia misma de la vida cristiana, y aun de toda vida humana genuina. Recuperar el valor de la oración cristiana es exigencia capital de nuestra época: para compensar la pérdida creciente de interioridad que padece la humanidad contemporánea –razón de coyuntura– y –motivo permanente– para despertar el sentido de la escucha interior de la Palabra divina, que resuena en el recinto recoleto de la conciencia personal del creyente y también de todo hombre.

En la hora de la Nueva Evangelización, estos volúmenes de orientaciones doctrinales y pastorales, en perfecta sintonía con las enseñanzas del Santo Padre, constituirán una iluminación en el camino del Pueblo de Dios, especialmente de los evangelizadores, en orden a llevar el Mensaje de Jesús a los hombres y mujeres de nuestro tiempo: es la consigna de San Pablo: «Evangelizare Iesum Christum» (cf. Gal 1, 16).

Vaticano, noviembre, 1992.



Cardenal **BERNARDIN GANTIN**
Prefecto de la Congregación
para los Obispos
Presidente de la Pontificia
Comisión para América Latina

NOTA DE PRESENTACIÓN

Con este volumen, octavo y último, concluye la edición de las Obras del Cardenal don Marcelo González Martín, Arzobispo de Toledo y Primado de España. Lo que en 1985 era mero proyecto es hoy ya en 1993 realidad terminada. Con cadencia anual, puntualmente ejecutada, han ido apareciendo ocho volúmenes.

No se trataba, como advertimos en la presentación del primer volumen, de una edición de obras completas. El propósito era limitado. Hemos pretendido recoger sólo y todo lo fundamental, concentrando cuanto se hallaba disperso y ordenando sistemáticamente los materiales. Se quería reunir el magisterio oral y escrito que don Marcelo ha ido exponiendo a lo largo de su prolongado y fecundo pontificado, primero en Astorga, luego en Barcelona y por último en Toledo.

Mucho queda fuera del esfuerzo que hemos realizado con cuidado y atención detenida. Pero pensamos cuantos integramos el Comité de redacción que queda albergado en el recinto de estos ocho volúmenes todo lo fundamental, que es también mucho. Cuantos quieran en adelante conocer de forma autorizada lo que el Cardenal González Martín ha escrito, dicho y enseñado, tienen en sus manos el conjunto monumental de todas las piezas que han levantado esta confortadora muestra de doctrina, acción pastoral y magisterio de espíritu. Con los 20 documentos reproducidos en este volumen octavo son en total 247 los que hemos seleccionado e incorporado.

Este octavo y último volumen recoge, en cuanto a su contenido, algunos documentos publicados con posterioridad a la fecha de aparición de los anteriores volúmenes de la serie, y otros trabajos, anteriores, que por su valor no hemos querido dejar fuera y hemos agrupado bajo títulos objetivos, que ofrecen cierta inevitable variedad temática.

Dos centenarios recientes, el XIV del III Concilio de Toledo y el V del descubrimiento y evangelización de América, sirven de lema para sendas secciones de este volumen. Toledo y Guadalupe son los nombres que cobijan una y otra sección.

El tema del humanismo cristiano y de los múltiples humanismos inmanentistas que hoy circulan con pretensiones de respuesta global, y necesariamente mutilada, a los problemas del hombre, justifica el que hayamos abierto sección especial para dicho tema, que se complementó con otros documentos, numerosos, incluidos en volúmenes anteriores.

Y en otras dos secciones, una de carácter litúrgico y otra de tono biográfico, quedan consignados varios trabajos que, a juicio del Comité de redacción, no debían quedar fuera de la amplia muestra del magisterio episcopal del Sr. Cardenal de Toledo, concentrada en los ocho volúmenes de la serie.

Hemos querido cerrar nuestro esfuerzo con un índice analítico de materias, que, de forma concisa y bien estructurada, ofrezca al lector interesado facilidades para la lectura selectiva, la consulta rápida y el estudio detenido de todos los materiales reunidos en la obra.

El Estudio Teológico de San Ildefonso de Toledo expresa su agradecimiento a cuantos han hecho realidad, con su generosa aportación económica, el proyecto, hoy concluido, de publicación de la selecta obra del Cardenal don Marcelo González Martín, Arzobispo de Toledo y Primado de España.

Ayer y hoy en la Iglesia de Toledo

EL CONCILIO III DE TOLEDO Y LA UNIDAD CATÓLICA DE ESPAÑA

Discurso pronunciado el 7 de julio de 1989, en la XV Semana de Teología espiritual. Texto publicado en la obra *El Concilio III de Toledo. XIV Centenario 589-1989*. Arzobispado de Toledo, 1991, 69-78.

Queridos semanistas:

Hablamos de la fe de un pueblo, ya que hemos hablado estos días de la fe del cristiano, de las crisis y dificultades que padece y de las consecuencias que tiene el que esta fe se vea envuelta en las impugnaciones propias de nuestro tiempo.

Pero hemos estado refiriéndonos, preferentemente, casi en exclusiva a la fe de los hombres, de los cristianos, de los que vivimos dentro de esa fe.

Ahora tenemos que hablar de la fe de un pueblo como tal; y este pueblo es España.

1. EN LOS ORÍGENES DE NUESTRA UNIDAD CATÓLICA

El P. Villoslada escribe la introducción para la magna obra de la *Historia de la Iglesia en España*, editada por la B.A.C. en siete volúmenes.

Se pregunta él cuándo nace España. Y contesta: «A mi entender, en el momento en que la Iglesia Católica la recibe en sus brazos oficialmente, y en cierto modo la bautiza, en mayo de 589, cuando Recaredo I inicia su cuarto año de reinado. Antes del visigodo Eurico, muerto en 484, no era España nación independiente, ni alcanzaría la perfecta unidad nacional durante más de un siglo; eran dos pueblos de raza y religión diversas, dos pueblos que cohabitaban en la misma morada. Estos dos pueblos eran los hispano-romanos y los arrianos, los visigodos invasores. Solamente en el Concilio III de Toledo (589) España adquiere plena conciencia de su unidad, de su soberanía e independencia. Desde entonces, todos los hispano-godos quieren ser hermanos asociados en el mismo destino histórico. Verifícase en aquel momento trascendental la conversión pública de Recaredo, que privadamente era católico desde hacía dos años, y la conversión masiva de los magnates. El pueblo vencedor pasa a la religión del vencido, fundiéndose ambos espiritualmente y dando origen a la España del futuro».

«Cuando hablo de bautismo, no quiero decir que el arzobispo Leandro de Sevilla bañase sus frentes con las aguas bautismales, pues parece más probable que diese por válido el bautismo arriano; pero sí que ungió ritualmente a Recaredo,

derramando sobre su germánica cabellera el crisma de cristiano y de Rey. Alma de todo y presidente de aquel Concilio fue el arzobispo Leandro, hermoso símbolo de la, fusión de las dos razas, pues era hijo de padre hispanorromano y de madre probablemente goda. Hermano suyo más joven era Isidoro, que le sucedió en la sede sevillana y que ha sido apellidado el “inventor del nacionalismo español”, porque es el primero que con plena conciencia de su españolía pregonó líricamente su patriotismo en el primer canto a España que resonó en la península. Canto a España que tiene acentos de epitalamio, porque se entonó celebrando la boda de dos pueblos diferentes, y tiene también melodías de canción de cuna, porque se cantó en la cuna de la España recién nacida».

No puede decirse más bellamente ni con más exactitud, en lo que se refiere a este momento del nacimiento de España. El P. Villoslada, S.J., eclesiástico eminente, está reconocido por los historiadores de la vida civil de España como una autoridad de primer orden¹.

2. HASTA EL ACONTECIMIENTO DECISIVO

Siendo esto así, yo tengo que explicar aquí un poco más detenidamente lo que significó este Concilio, en el cual Recaredo se convierte al catolicismo oficialmente y empieza a existir España.

Pues, ¿qué era España hasta entonces?

Brevemente. Este territorio que llamamos hoy España incluía, además, todo lo que es Portugal y parte de Francia, la Galia Narbonense, todo ese bloque territorial era una provincia romana. El Imperio Romano había llegado hasta aquí, hasta los confines de Europa en esta parte, y dominaba a estos territorios, como había llegado a Inglaterra, a las Islas Británicas. Las legiones romanas habían hecho sentir sus cantos de guerra por toda Europa y por gran parte de África, y esto que llamamos España era eso, una provincia romana. No existía como nación, no era independiente, no tenía personalidad propia. Había ido, sí, penetrando poco a poco la civilización que los romanos impusieron, como también se había introducido ya el cristianismo; de modo que en todo este vasto territorio las gentes eran en su mayoría cristianos, católicos, hijos de la Iglesia. Y desde el punto de vista civil, legal, administrativo, etc., eran súbditos del Imperio Romano y tenían cultura latina.

Entre los españoles de estas tierras, antes de que llegaran los visigodos, habían aparecido personajes ya muy eminentes: Osio de Córdoba, el Papa San Dámaso, Aurelio Prudencio, el poeta cantor de nuestros mártires, del que dijo Menéndez y Pelayo que «no ha habido una cumbre tan alta en la lírica, después de Horacio y antes de Dante, como Aurelio Prudencio».

De manera que era un pueblo que tenía ya sus minorías muy cultivadas. Era un pueblo de pescadores, de campesinos y de soldados que nutrían las legiones

¹ R. GARCÍA VILLOSLADA, Introducción a la *Historia de la Iglesia en España*, vol. 1º, Madrid 1979, XLII-XLIII.

romanas. Ya el soldado español se distinguía en aquella época por su arrojo, su valentía, como siempre lo ha hecho.

Pero el Imperio Romano fue poco a poco perdiendo entidad, se disolvía en sí mismo, entró en una fase de decadencia última; y aunque llegaba con sus tentáculos, los de su poder, a las provincias que siempre había dominado desde hacía mucho tiempo, era un poder el que ejercía muy frágil; se palpaban ya las consecuencias de las divisiones existentes entre los propios emperadores romanos y sus delegados y, siendo provincias del Imperio, estaban a merced del impulso más fuerte que un vecino ambicioso o un invasor lejano pudiera realizar cuando quisiera. Es lo que sucedió.

Año 589. Hace catorce siglos. Es el III Concilio de Toledo, en que aparece un rey visigodo, Recaredo.

Ya antes, a principios del siglo V, Hispania se desmoronaba como provincia del Imperio. Los visigodos, que habían bajado desde Escandinavia hasta el centro de Europa y se habían aposentado entre Hungría y Rumanía a las orillas del Danubio, un día se decidieron a buscar el sol; sabían que éste era el país del sol también, y avanzaron con fuerza incontenible frente a las autoridades romanas, ya tan débiles, y llegaron hasta aquí. Unos cien o ciento cincuenta mil visigodos invaden la Península y dominan a los tres millones, aproximadamente, de habitantes que había en Hispania, Lusitania y la Galia Narbonense.

Empiezan a dominar con la fuerza de su nuevo Imperio; aunque todavía teórica y burocráticamente podríamos decir que era el Imperio Romano el único poder reconocido. Mas empezaron los diálogos entre los visigodos invasores y los romanos de Roma para ver cómo iban transmitiendo los poderes. Se sucedieron reyes visigodos, hasta que llega el momento en que reinó quizá el más grande de ellos desde el punto de vista político: Leovigildo. Un gran rey.

Intuye que no puede haber aquí una labor política como la que él buscaba. (No eran pueblos ya bárbaros en el sentido originario. Bárbaro no quiere decir más que extranjero, extraño. El profesor Orlandis, quizá la máxima autoridad que tenemos hoy en España para hablar de estos temas, los llama «barbáricos». Estos pueblos, concretamente el visigodo, ya tenían una gran cultura cristiana).

Eran cristianos, llegaron hasta aquí siendo ya cristianos, porque habían recibido el bautismo cuando estuvieron aposentados en esa zona media de Europa, Hungría y Rumanía. Allí se les predicó el arrianismo, y lo aceptaron. Estaban bautizados y conocían el Evangelio y otros sacramentos, y escucharon la predicación arriana, por virtud de la cual aceptaban a Jesucristo, aunque, como consecuencia de la herejía, no admitían claramente su divinidad y tampoco el dogma trinitario.

Por su parte, Leovigildo era un hombre político, enormemente competente. Comprendió que aquí no podía realizar una labor de entendimiento profundo entre el pueblo invadido y sus ejércitos y magnates, mientras no hubiere unidad religiosa. Y quiso lograrla sobre la base de que los hispanos que aquí habitaban se hicieran arrianos, dejaran el catolicismo, contra lo cual los hispanos reaccionaron decididamente.

3. DE LA UNIDAD QUE FRACASA... AL TRIUNFO DE LA UNIDAD

Leovigildo quiso penetrar en el alma del pueblo por ese camino. No quería iniciar una persecución sangrienta, decía él, mientras no fracasasen todas las demás gestiones tendentes a conseguir, por la vía de la persuasión, la unidad apetecible.

Creen algunos, cuando hablan de la conversión de los visigodos, que fue algo rutinario, sin el mérito de una opción libre y responsable, como si, convertido el rey, el pueblo no pudiera hacer otra cosa que convertirse él también. Las cosas no fueron tan simples. Hubo polémica religiosa y hubo catequesis por parte de los obispos frente a los arrianos. En alguna ocasión el debate fue muy llamativo. Tal es el caso del obispo Massona. Quiso el rey Leovigildo que en el atrio de la Basílica de Santa Eulalia, de Mérida, hubiera discusiones públicas entre el obispo Massona y un obispo arriano, Suna, y que el pueblo asistiera, para explorar así por dónde se inclinaba y quién tenía más razón. Discutían sobre el dogma de la Santísima Trinidad y sobre la divinidad de Jesucristo. El intrépido y sabio Massona se impuso de manera tan arrolladora que el pueblo le aplaudió calurosamente; el pobre obispo arriano, Suna, tuvo que huir de allí avergonzado.

De manera que públicamente había discusiones religiosas. Y el mismo Recaredo, antes de su conversión oficial, recibió instrucción y catequesis de San Leandro.

Hay muchos detalles que se van descubriendo poco a poco en la lectura de documentos, que nos revelan un momento de esa vida de España enormemente interesante desde el punto de vista de la predicación y difusión de la fe: cómo vivía ya este pueblo nuestro las exigencias de su fe y la necesidad de cultivarse y vivirla conscientemente.

Pues bien, Leovigildo fracasó y murió sin haber podido lograr la unidad religiosa del pueblo. Buscaba él la posible influencia de España sobre las demás naciones que empezaban a surgir.

Se afirma que también él se convirtió al final de su vida; mas no hay por qué aventurar hipótesis que no son necesarias ni para aumentar ni para disminuir su grandeza. Le sucedió su hijo Recaredo. Antes había querido que su otro hijo, Hermenegildo, viniera a ser el jefe de toda Andalucía, a donde le envió como lugarteniente suyo. Pero Hermenegildo se había convertido por influencia de la mujer con la que se casó, católica; no pudo aguantar más el dominio de su padre y se rebeló contra él, hecho que no fue bien visto ni siquiera por los católicos. Una cosa es que alabaran su conversión y otra que pretendiera llevar al campo de batalla las diferencias y enredarse en guerras con su padre. El hecho es que fue vencido y, hecho prisionero, parece que murió mártir en Cartagena.

El rey que sucede a Leovigildo es Recaredo. Catequizado por San Leandro, al vivir las convicciones de su fe y palpar las consecuencias del fracaso de su padre, decide realizar aquel proyecto de unidad, pero por el camino contrario: no que todos sean arrianos, sino que todos sean católicos. El pueblo, en su mayoría, era católico (unos tres millones de habitantes); los visigodos podrían ser ciento o doscientos mil.

Provoca frecuentes conversaciones con los obispos católicos y arrianos, va preparando el terreno, hasta que llega la convocatoria oficial y señala el 8 de mayo del 589 para iniciar el III Concilio de Toledo.

Durante uno o dos meses, por todos los caminos de España avanzan los obispos con sus cortejos para reunirse aquí, atentos a la llamada del rey. Y también a sabiendas de que les convoca igualmente, con autoridad religiosa que ninguno le niega, San Leandro de Sevilla. Y vienen a Toledo. Aquellos jefes de las comunidades cristianas vinieron sabiendo que se trataba de lograr la unión de visigodos e hispanorromanos para profesar el Credo de Nicea; el Credo que cantamos en la misa, el de Constantinopla, el Símbolo niceno-constantinopolitano.

Llegaron aquí unos sesenta y dos obispos; otros seis u ocho eran vicarios de los que no pudieron venir. Entre los que concurren se encuentran también algunos obispos arrianos, a los cuales se les pidió que viniesen para hacer abjuración del arrianismo en la primera sesión. Así vienen los obispos de Barcelona, de Palencia, de Viseu, de Oporto, de Tortosa, de Tuy.

En el siglo pasado, para celebrar el XIII centenario del III Concilio, se hizo una edición políglota en latín, vascuence, árabe, castellano, catalán y gallego, en la que podéis leer las actas del Concilio, el discurso de Recaredo, la homilía famosa de San Leandro, los nombres de todos los obispos. Las abjuraciones que hubieron de hacer los arrianos convertidos, las profesiones de fe, por ejemplo: «Yo, el rey Recaredo, teniendo en el corazón y afirmando con los labios esta santa fe y verdadera confesión, la cual confiesa uniforme la Santa Iglesia por todo el mundo, por el auxilio de Dios la suscribí con mi mano derecha...». Y tras él: «Yo, la gloriosa reina Baddo, suscribí con mi mano de todo corazón esta fe que he creído y recibido».

Van así firmando todos los obispos y, una vez que han abjurado del arrianismo esos seis u ocho obispos, vienen los anatemas contra los errores, contra la teología arriana, y aparecen las condenaciones para los que defiendan tal y tal error; de tal manera que quede por completo disipada en la mente y en el corazón toda herejía.

Los que fueron obispos arrianos dicen: «En el nombre de Cristo, obispo de la ciudad de Barcelona anatematizando los dogmas de la herejía arriana arriba condenados, firmo con mi mano y de todo corazón esta santa fe católica que he creído, entrando en la Iglesia Católica». El último de estos arrianos es el de Tortosa, Zoflisco (nombre germánico): «Yo, en nombre de Cristo, obispo de la ciudad de Tortosa, anatematizando los dogmas de la herejía arriana arriba condenados, firmo con mi mano y de todo corazón esta santa fe católica que he creído, entrando en la Iglesia Católica».

Así todos van firmando. Siguen los cánones, las determinaciones del Concilio, preciosas para aquella época, que suponen un cambio muy notable en las costumbres. Por ejemplo: que no se obligue a ninguna mujer a casarse contra su voluntad; que no se obligue a ninguna mujer viuda a contraer nuevas nupcias; que no se obligue a ninguna mujer virgen a casarse en contra de su deseo de permanecer virgen.

En otro canon se establece la norma de que hay que impedir que el Estado imponga abusivas exacciones fiscales que oprimen al pueblo.

4. EL CONCILIO III DE TOLEDO Y LA IDENTIDAD CRISTIANA

A partir de entonces empezó en España una época nueva. Comenzando con ella lo que se ha llamado el primer siglo de oro de la Iglesia española. Porque, ya unificados y admitida por todos la fe católica, se produjo un período de enorme esplendor. Los grandes obispos santos de aquella época, teólogos, trabajaron intensísimamente para fortalecer en la fe al pueblo, corregir sus vicios y sus errores. Hombres como San Braulio y Tajón de Zaragoza, Massona de Mérida que fue restituido a su diócesis, San Leandro y San Isidoro de Sevilla, San Quirico de Barcelona, San Eladio, San Eugenio, San Ildefonso y San Julián de Toledo; fueron hombres extraordinarios que escribieron y predicaron para adoctrinar a los clérigos y a todo el pueblo de modo excepcional.

Ved, como detalle demostrativo de lo que estoy diciendo, un fragmento de una carta de San Braulio de Zaragoza a San Isidoro de Sevilla. San Isidoro había enviado a San Braulio el libro de los Sinónimos y pide a cambio que Braulio le mande el comentario de los Salmos 51 al 60, de San Agustín. Pero éste pide con insistencia a San Isidoro que le envíe las Etimologías, su obra más notable. Se las había pedido varias veces y no las había recibido. Cansado de la tardanza, le escribe esta carta en que dice: «Si no me equivoco, han pasado ya siete años desde que te estoy pidiendo, a lo que recuerdo, los libros de los Orígenes escritos por ti; y tú, cuando estaba contigo, me engañaste con mil evasivas, y después que me separé de ti no me has contestado al objeto sino sutiles pretextos diciéndome unas veces que no estaban terminadas, otras que no tenías copias, otras que mi carta se había perdido y otras muchas excusas; hemos llegado hasta el día de hoy y seguimos sin que mi petición haya tenido resultado. Por ello voy a cambiar mis súplicas por quejas, de suerte que lo que no he conseguido con ruegos lo logre zahiriéndote con reproches... A veces, en efecto, los mendigos sacan provecho de sus gritos intemperantes. ¿Por qué, pues, mi señor, no quieres darme lo que te pido? Has de saber una cosa, no te voy a dejar, dando a entender que no me importa lo que me niegas, sino que insistiré y volveré a insistir hasta que reciba y consiga, de acuerdo con la invitación de nuestro Redentor, que dice: Buscad y encontraréis. Y añade: Llamad y se os abrirá. ¡Qué curioso! He buscado y busco aún; estoy llamando, por eso doy voces hasta que me abras. Me consuela el descubrimiento de esta táctica; tal vez tú, que no hiciste caso a mi súplica, atiendas mis reproches. En consecuencia, te sigo tus propios argumentos que bien conoces. No me atrevo, presumiendo como un necio, añadir nada nuevo, porque soy un ignorante y tú un sabio (no era ignorante San Braulio, no); pero no me avergüenza, pese a mi torpeza, hablar contigo, porque me acuerdo del consejo del Apóstol que nos manda soportar con agrado al ignorante (le recuerda que no puede tener escondidos los talentos que Dios le ha dado, porque le pedirá cuenta de ellos). Esos dones que posees no son sólo para ti, sino para provecho de los demás; tú eres sólo administrador de esas riquezas... Vuelvo al único remedio que tengo y que ya he citado, es decir, a la impertinencia, en la que se refugian los traicionados en la amistad y los desprovistos de los dones que tienen los demás miembros relevantes. Oye, pues, mi voz, no obstante la distancia que nos

separa... (¡Qué humildad, qué insistencia! No hay melosidad, sino una repetición insistente, reconocitiva de la categoría de San Isidoro; pero al mismo tiempo le hiere un poco, le tiene que herir un poco a San Isidoro, la fuerza reclamativa, amistosa, muy viva, tal como la expresa San Braulio). Devuélveme, devuélveme lo que me debes, que eres siervo, siervo de Cristo y de los cristianos, para que puedas ser tú el mayor de todos nosotros y no rehúses hacer partícipe a nuestras almas sedientas y atormentadas por el ansia de saber... La gracia que sabes que te ha sido confiada, es en razón de nosotros; te hago saber, en consecuencia, que los libros de las Etimologías, que te solicito, están ya, aunque mutilados e incompletos, en manos de muchos; por eso te ruego que me envíes una copia íntegra, corregida y bien ordenada, no sea que llevado por mi amistad me vea obligado a tomar, de otros, vicios por virtudes».

San Braulio no se conformaba con cualquier cosa; pedía el libro completo, revisado por el mismo Isidoro. Al fin, éste le envió las Etimologías, junto con otros libros; pero –y otro detalle que conmueve– las mandó sin corregir a causa de su mala salud, diciendo que tenía pensado enviárselas para que él mismo las corrigiera, porque él ya no podía. ¡Estos eran los hombres de aquella época de la Iglesia visigótica!

Mas, en el 711, todo se derrumba ante la invasión musulmana. La monarquía visigótica se hundió para siempre. Las manifestaciones culturales de la vida cristiana dejan de existir en muchos lugares.

Entraron en España, atravesaron la península y muy pronto llegaron hasta el norte, excepto a aquellas zonas donde los cristianos se refugiaron y desde donde empezó la Reconquista, a la que nos referimos con sólo los nombres de Covadonga y Don Pelayo. ¡Siete siglos de lucha!

Comentaba yo esto un día con el Papa, al hablar del XIV Centenario que estamos celebrando y sus consecuencias. El Santo Padre, que conoce bien la historia de España, dijo: «Es admirable esa historia vuestra; que estuvieseis luchando siete siglos en defensa de la fe cristiana no se ha dado en otras partes. Parece –añadió– que todo lo iba disponiendo Dios para que, cuando ya vino la paz y vino la unidad nacional con los Reyes Católicos, ante el descubrimiento de América, ese pueblo vuestro que se había forjado así, con tanta fuerza y con tanto ardor en la lucha en defensa de la fe, desplegase todas sus energías a través del Océano, hacia América... Parece como si Dios hubiera querido disponer a vuestro pueblo así».

Porque lo importante de esta época de la Reconquista, lo explica muy bien Julián Marías en un libro publicado recientemente: *La España inteligible*, es que el pueblo español quiso durante esos siete siglos seguir siendo cristiano y católico. No accedió a las sollicitaciones de la civilización arábiga, que era en muchos aspectos más seductora que la que aquí se tenía. Si nuestras comunidades cristianas hubieran aceptado a los árabes, como sus antepasados aceptaron a otros invasores, se habrían evitado muchísimos sufrimientos. No lo hicieron. Hubo defecciones, como siempre; pero el pueblo como tal se mantuvo en unión con sus reyes y con sus caudillos militares, y mantuvo su fe con fidelidad admirable.

Los musulmanes no se explicaban, a veces, por qué resistían tanto los españoles; querían éstos recobrar sus territorios, sí, pero —como dice Marías—, lo que buscaban ante todo era mantener su fe y que les dejaran libres con sus creencias. La lucha heroica de la época de la Reconquista fue impulsada por amor a los valores religiosos de la fe católica, con la cual estaba identificado el pueblo. Tal es el aspecto positivo de la Reconquista. Con la particularidad de que, mientras aquí se peleaba continuamente en los campos de batalla, en el resto de Europa, lo que es hoy Francia, Italia, etc., vivían con tranquilidad las comunidades cristianas el progreso de su fe. En la época en que Santo Tomás de Aquino escribe la *Summa Theologiae* o compone el *Pange lingua*, unos pocos años antes, aquí se ha tenido que librar la batalla de las Navas de Tolosa.

Y todavía más cerca de las fechas en que Santo Tomás enseña en la Sorbona o en Nápoles, aquí Fernando III el Santo conquista Córdoba en 1236, Jaén en 1246 y Sevilla en 1248. Combate tras combate, pero siempre en nombre de la fe. Y a la vez hace que se levanten catedrales, como la de Toledo, en los territorios conquistados. Siguieron celebrándose Concilios; aparece Alfonso X el Sabio, que compone las Cantigas de Santa María y el Código de las Siete Partidas. Y surge la Escuela de Traductores, de Toledo. Y brillan hombres tan eminentes como San Raimundo de Peñafort, el mejor canonista de su tiempo; y don Rodrigo Jiménez de Rada, el gran Arzobispo de esta Sede toledana, alma de las grandes empresas de su tiempo.

Debo terminar.

A partir de 1492, lograda por los Reyes Católicos la unidad nacional y libre ya nuestro territorio de la presencia musulmana, todo quedó dispuesto para la gran empresa de la civilización de América y Filipinas, que no hubiera sido posible sin la unidad católica tan fervorosamente mantenida desde la conversión de Recaredo, en el III Concilio de Toledo.

De todo ello nos hablaba con palabras que nos han conmovido, el primer día de la Semana, el Sr. Cardenal Alfonso López Trujillo, al referirse a lo que fue la evangelización de América. No hablo de la conquista, en la cual se dieron abusos por parte de nuestros soldados, como siempre se han dado en ese género de empresas, cuando un pueblo trata de conquistar a otro. Hablo de la evangelización. Y cuando leo que se calcula que desde el primer misionero que llegó a América hasta nuestros días han ido unos doscientos mil misioneros españoles, tengo que rendirme y ponerme de rodillas ante lo que significaba una Iglesia que ha sido capaz de hacer lo que ha hecho.

Esto se debe a la unidad católica. De no haber sido así, sin unidad católica, hubiéramos estado divididos unos contra otros, católicos, protestantes, y nos hubiéramos consumido en estériles divergencias.

¿Que hubo defectos? Pero tengamos presente lo que cualquier historiador y hombre juicioso se ve obligado a advertir: no juzguemos los acontecimientos del pasado con criterios de nuestro tiempo de hoy. Hubo defectos en la lucha contra el protestantismo; hubo intemperancias en la Contrarreforma; hubo, pues, un exceso de intervencionismo por parte de los reyes. Aquí mismo tenemos una víctima, cuyo recuerdo nos hace sufrir cada vez que pensamos en él: el

arzobispo Carranza. Mas no se puede negar que se realizó un esfuerzo tremendo por la pureza de la fe.

5. HASTA NUESTROS DÍAS Y HACIA EL FUTURO

La unidad católica se mantuvo frente a todo peligro de escisión por motivos doctrinales o políticos. Los procedimientos, a veces, no fueron correctos, hemos de reconocerlo. Pero los valores positivos son muchos más altos. Esta unidad de fe contribuyó poderosamente a que, en los siglos XVI, XVII y XVIII, existiera en España una paz interior, social y política, superior a la de cualquier otro país europeo.

He aquí, a este respecto, la afirmación que hace también Julián Marías en otro libro: *La España real*. Habla del siglo XIX y dice: El siglo XIX se descompone en diversos aspectos de la realidad española y su imagen nos perturba y confunde indeciblemente, porque suelen proyectarse a nuestra historia entera fenómenos muy recientes; por ejemplo, la creencia de que España es un país dominado por la discordia, dispuesto a las guerras civiles...

La verdad es que España es uno de los países europeos menos desgarrados por luchas internas. Los reinos cristianos de la Edad Media luchan entre sí rarísimas veces, infinitamente menos que franceses, italianos o británicos entre sí. No hay nada equivalente a las guerras civiles religiosas de Francia en el siglo XVI. Desde 1713 a 1808 hay un siglo blanco de concordia insuperable. La invasión napoleónica, la opresión absolutista de Fernando VII, la intervención francesa de 1823, los Cien Mil Hijos de San Luis, la desarticulación de las regiones, todo esto introduce los gérmenes de la discordia hasta hacer posible que se hablase más tarde de las dos Españas. Expresión que nunca tuvo el menor sentido hasta entonces, gracias a la unidad religiosa.

En el siglo XIX, como consecuencia de la invasión francesa y de la siembra de doctrinas disolventes y de actitudes políticas adversas, es cuando empieza a cuartearse esa unidad con las dolorosas guerras civiles, que para el pueblo tenían también, en ciertos lugares y ambientes, carácter religioso (carlistas, etc.). Se promulgó alguna Constitución que rompía la unidad católica; pero pronto fue abolida y se volvió a la situación anterior.

En el siglo XX el catolicismo siguió siendo la religión oficial, la del Estado, que con el paréntesis de la República y de los años de la guerra civil, siguió siéndolo hasta que en 1978 se aprobó la nueva Constitución española, que hoy tenemos, con la cual desaparece el Estado confesional.

Nuestra situación es muy distinta. Para comprenderla y entender bien lo que debe ser nuestro comportamiento hoy, os aconsejo la lectura sosegada de los documentos que se han publicado con motivo del XIV Centenario del III Concilio de Toledo, que estamos conmemorando: el de la Comisión Permanente del Episcopado Español, La fe católica de los pueblos de España; y la Carta, extraordinariamente elocuente del Cardenal Casaroli, Secretario de Estado, dirigida al Arzobispo que os habla y a toda la Iglesia Española.

7 de Julio 1989. Toledo.

IDENTIDAD CATÓLICA DE LOS PUEBLOS DE ESPAÑA Y RAÍCES CRISTIANAS DE EUROPA

Carta pastoral, publicada en septiembre de 1989. Verlo en BOAT, octubre 1989, 619-623.

Queridos diocesanos:

En una Diócesis, como la nuestra de Toledo, de tan gloriosa y fecunda historia, no solamente hemos de prestar atención a las urgencias del trabajo pastoral de cada día. Es también un deber de todos nosotros recordar algunos hechos sin los cuales no habríamos podido vivir la realidad religiosa y cultural que ha caracterizado nuestra existencia y ha contribuido en gran parte a nuestro comportamiento personal y social.

Por eso os escribo esta carta, bien consciente de que llega a vuestras manos, a la vez que los muchos escritos y llamadas que se os hacen, para la reflexión exigida por los trabajos presinodales en que estamos empeñados. Es una coincidencia, no una incompatibilidad.

AVIVANDO LA MEMORIA HISTÓRICA

El genial autor de *La Ciudad de Dios*, que tan profundamente supo descubrir la relación entre la historia inmanente de los hombres y la historia trascendente de la Salvación, establecía una peculiar medida del tiempo para el ejercicio racional de la memoria histórica.

Advertía sagazmente que en la conciencia cronológica humana los tiempos son tres: presente del pasado, presente del presente y presente del futuro. Estas tres perspectivas racionales del tiempo «existen de algún modo en el alma; y no veo en qué otro sitio puedan darse. El presente del pasado es la memoria; el presente del presente es la visión; el presente del futuro es la esperanza»¹.

Importa, por ello, asumir y valorar las realidades del pasado, si no queremos traicionar nuestra identidad histórica.

Apenas pisado el solar hispano y tras besarle con amor aquella tarde del 31 de octubre de 1982, Juan Pablo II nos advertía a los obispos españoles sobre nuestra responsabilidad de padres y animadores de nuestro pueblo, el cual, en su presente histórico,

«experimenta una transición socio-cultural de grandes proporciones y busca nuevos caminos de progreso; que desea la justicia y la paz; que teme, como los otros, ante el riesgo de perder su identidad»².

¹ Cfr. SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, XI.

² Discurso a la Conferencia Episcopal Española, Madrid, 31 de octubre de 1982. Texto castellano en *Mensaje de Juan Pablo II a España*: BAC, 1982, 17.

Tres días después, en su encuentro memorable con la Universidad e intelectualidad españolas, evocaba las raíces mismas de nuestra civilización con estas palabras:

«El papel que vuestro país ha reconocido a la Iglesia *ha dado a vuestra cultura una dimensión especial*. La Iglesia ha estado presente en todas las etapas de gestación y del progreso de la civilización española. Vuestra nación ha sido el crisol donde tradiciones muy ricas se han fundido en *una síntesis cultural única*. Los rasgos característicos de las colectividades hispanas se han enriquecido con aportaciones históricas del mundo árabe..., fusionándose con una civilización cristiana ampliamente abierta a lo universal. Tanto dentro como fuera de sus fronteras España se ha hecho a sí misma, acogiendo la universalidad del Evangelio y las grandes corrientes culturales de Europa y del mundo»³.

Transcurridas apenas veinticuatro horas, insistía el Santo Padre aquí, en Toledo, en el tema de las raíces de la cultura hispánica con estas palabras:

«La Sede de Toledo es lugar propicio para este encuentro (con el laicado español), por estar íntimamente vinculada a momentos importantes de la fe y de la cultura de la Iglesia en España. No podemos olvidar los Concilios Toledanos, que supieron encontrar fórmulas adecuadas para la profesión de la fe cristiana en sus fundamentales contenidos... Toledo fue un centro de diálogo y de convivencia entre gentes de raza y religión distintas. Fue también encrucijada de culturas que desbordaron las fronteras de España, para influir poderosamente en la cultura del Occidente europeo»⁴.

Y no deja de ser altamente significativo el que un Papa eslavo, de corazón europeo y talante universal, reservara su más apremiante llamada en tierras hispanas para lanzar, desde Santiago de Compostela, el reto impresionante del retorno a la búsqueda de las raíces históricas para la renovación espiritual y humana de Europa. Para proclamar la urgencia de la «comprensión mutua de pueblos europeos tan diferentes como los latinos, los germanos, celtas, anglosajones y eslavos», terminando con un grito de cruzada capaz de conmover a cuantos sean conscientes de su responsabilidad en Occidente.

«Yo, Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal, desde Santiago te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor: Vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes. Reconstruye tu unidad en un clima de pleno respeto a las otras religiones y a las genuinas libertades. Da al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios»⁵.

³ Discurso en la Universidad Complutense, Madrid, 3 de noviembre de 1982, n. 5: *Ibíd.* 96.

⁴ Homilía en Toledo, 4 de noviembre de 1982, n. 2: *Loc. cit.*, 127.

⁵ Discurso en el Acto europeísta, en la Catedral de Santiago de Compostela, 9 de noviembre de 1982, n. 4: *Loc. cit.*, 259. A partir de aquella fecha ha sido frecuente en la voz de Juan Pablo II la reiteración de este llamamiento de Zaragoza, rumbo a Hispanoamérica (10 de octubre de 1984), para inaugurar la preparación espiritual del V Centenario del Descubrimiento (n. 4); en su discurso a las Comunidades Europeas, en Bruselas (20 de mayo de 1985) (n. 8). Véase también la Encíclica *Slavorum Apostoli* (2 de junio de 1985) y el Simposio del Consejo de la Conferencia Episcopal de Europa (11 de octubre de 1985) «sobre secularización y evangelización hoy en Europa».

Finalmente, a su llegada el pasado 19 de agosto al aeropuerto de Labacolla, para encontrarse junto a la tumba del apóstol Santiago con miles de jóvenes de todo el mundo, el Vicario de Cristo se refirió a la fe cristiana, como uno de las raíces más firmes de la joven Europa, precisando:

«En este año se ha conmemorado el XIV Centenario del III Concilio de Toledo: una celebración que puede hacer suscitar un eco de admiración y un cúmulo de sugerencias entre los jóvenes venidos a este Encuentro de Santiago. El III Concilio toledano, además de ser un hito importante para el logro de la concordia y de la unión en la historia hispana, nos ofrece la clave para comprender la comunión de España con la gran tradición de las iglesias de Oriente. ¿Cómo no recordar las figuras de los santos hermanos Leandro e Isidoro? Ambos, santos y transmisores del saber, favorecieron la unión de los pueblos y la superación de las rupturas causadas por la herejía arriana. Con ello la Iglesia católica se presentaba ante los pueblos como el espacio creador de libertad, en que se encontraban contrapuestas las culturas hispano-romana y goda. Así fue posible inaugurar una nueva época e ir más allá de las diferencias y divisiones, que ofrecían aspectos no fácilmente reconciliables. Frutos preciados de aquel acontecimiento eclesial fueron la armonización profunda de perspectivas entre la Iglesia y la sociedad, entre fe cristiana y cultura humana, entre inspiración evangélica y servicio al hombre»⁶.

Evocamos hoy este vivo anhelo del Sumo Pontífice, porque nuestra conciencia de Arzobispo de la Sede Toledana y Primado de España, interpretando –creemos– el sentir de tantos y tantos hijos de la Iglesia española, se ve urgida por el recuerdo de los acontecimientos que aquí tuvieron lugar en el siglo VI, cuando en 589 se celebró el III Concilio de Toledo. Fue entonces cuando quedó radicalmente marcada nuestra identidad secular cristiana y comenzó una larga y estrecha relación entre la fe católica y la nacionalidad hispánica, además de situar a España para siempre en la entraña profunda de lo que iba a ser Europa.

Tanto es el tiempo transcurrido desde aquel acontecimiento, que fácilmente puede surgir el olvido o la indiferencia por parte de muchos españoles, acuciados por los apremios de la vida ordinaria y por las mutaciones producidas por el paso de los días, así como por las crisis que nuestra patria ha venido sufriendo a lo largo de los siglos últimos, con la aparición de tendencias irreconciliables que han dado lugar a guerras intestinas, pérdida de valores fundamentales, polémicas incesantes sobre nuestra historia, y desconfianza en el propio futuro.

Es preciso, pues, volver de nuevo la vista a aquel hecho trascendental, para reinterpretarlo en el contexto pleno de la historia posterior, para saber de dónde venimos, lo que hemos sido, y no perdemos frente a un futuro siempre incierto, pero que está en buena parte condicionado por nuestra identidad pretérita.

También aquí queremos hacernos eco de unas palabras precisas de Juan Pablo II, pronunciadas con medida delicadeza en territorio español. Esta vez, cuando el 10 de octubre de 1984 honraba con su presencia intencionada la ciudad de Zaragoza, rumbo a Hispanoamérica, para inaugurar la preparación espiritual y

⁶ Discurso en el aeropuerto de Labacolla, en Santiago de Compostela, el 19 de agosto de 1989.

re-evangelizadora de otro entrañable centenario de la Hispanidad: el V del Descubrimiento colombino:

«Me pregunto –decía entonces el Papa– con tantos de vuestros pensadores, si sería posible hacer historia objetiva de España sin entender el carácter ideal y religioso de su pueblo o la presencia de la Iglesia. Por todo esto, con mirada cultural, que es un respetuoso homenaje a su solera histórica, con acento de voz amiga que invita a superar lagunas sin negar esencias, quiero referir a España el grito que desde Compostela dirigí a Europa: ‘Sé tú misma. Descubre tus orígenes, aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes’ (Disc. 9 nov. 1982). Así encontrarás tu historia vertebrada. Podrás avanzar hacia los desafíos del futuro con savia vital, con creatividad renovada, sin rupturas ni fricciones en los espíritus»⁷.

La conmemoración que celebramos no deja de tener relación muy estrecha con los trabajos que se están realizando con vistas al V Centenario, en 1992, del Descubrimiento y Evangelización de América. No habría sido ésta posible sin la previa consecución de la unidad católica de España. El colosal despliegue de energías de la Iglesia española en América no se hubiera podido producir jamás, si no hubiera ido precedido de la incorporación a la fe católica de nuestro pueblo, que hunde sus raíces cristianas en los tiempos apostólicos, se consolida en el III Concilio de Toledo, y lucha después durante largas centurias para librarse de las consecuencias de la invasión musulmana.

EL CONCILIO III DE TOLEDO Y EL NACIMIENTO DE ESPAÑA

Lo que estamos celebrando es el XIV Centenario del III Concilio de Toledo. En mayo del 589 tuvo lugar en la Ciudad Imperial aquella magna asamblea presidida por San Leandro, de Sevilla, y el Obispo Massona, de Mérida, en que el Rey Recaredo, convertido al catolicismo dos años antes, abjuró oficialmente de la herejía arriana e hizo profesión pública de fe católica.

Su ejemplo, y aún más, su propia convicción personal, de la que dio positivas pruebas, movieron a hacer lo mismo a su esposa la Reina Baddo y a los magnates y jefes visigodos, tras lo cual ya no fue difícil que su pueblo se convirtiera también con sinceridad de corazón, no sólo porque su Rey lo había hecho. Se unían así en un mismo Credo los invasores y los invadidos, los visigodos con los hispanorromanos. Comenzó la unidad católica de España que ha llegado hasta nuestros días.

Con razón escribe el gran historiador de esa época, Orlandis, que la conversión de los visigodos fue más teológica, es decir, más auténticamente religiosa que la de otros pueblos bárbaricos al cristianismo, porque mientras éstos, por ejemplo los francos, pasaban a ser cristianos desde la gentilidad, aquéllos lo eran ya desde hacía doscientos años, y su incorporación a la Iglesia exigía un cierto discernimiento y una determinada opción entre uno y otro credo.

⁷ Discurso en el aeropuerto de Zaragoza, el 10 de octubre de 1984.

Al unirse en la misma fe, eran conscientes unos y otros de las nuevas exigencias de fraternidad y comunión que aceptaban libremente. Lo cual no quita para que algunos dirigentes políticos, al igual que lo había procurado Leovigildo, el padre de Recaredo, aspirasen a lograr la unidad religiosa por una conveniencia de índole temporal. De hecho, el acontecimiento tuvo una importancia decisiva para la configuración de la nación española.

García Villoslada, en la Introducción a la obra *Historia de la Iglesia en España*, escribe estas palabras que resumen bellamente lo que muchos autores han afirmado de un modo o de otro al tratar de responder a la misma pregunta que él se hace: ¿Cuándo nace España?

«A mi entender, en el momento en que la Iglesia católica la recibe en sus brazos oficialmente y en cierto modo la bautiza en mayo de 589, cuando Recaredo I inicia su cuarto año de reinado. Antes del visigodo Eurico, muerto en 484, no era España nación independiente, ni alcanzaría la perfecta unidad nacional durante más de un siglo: eran dos pueblos de raza y religión diversas, dos pueblos que cohabitaban en la misma morada... Solamente en el Concilio III de Toledo (589) España adquiere plena conciencia de su unidad, de su soberanía e independencia. Desde entonces, todos los hispano-godos quieren ser hermanos asociados en el mismo destino histórico. Verifícase en aquel momento transcendental la conversión pública de Recaredo, que privadamente era católico desde hacía dos años, y la conversión masiva de los magnates. El pueblo vencedor pasa a la religión del vencido, fundiéndose ambos espiritualmente y dando origen a la España del futuro.» «Cuando hablo de bautismo, no quiero decir que el Arzobispo de Sevilla bañase sus frentes con las aguas bautismales, pues parece más probable que diese por válido el bautismo arriano, pero sí que ungió ritualmente a Recaredo, derramando sobre su germánica cabellera el crisma de cristiano y rey. Alma de todo y presidente de aquel Concilio fue el arzobispo Leandro, hermoso símbolo de la fusión de las dos razas, pues era hijo de padre hispanorromano y de madre probablemente goda. Hermano suyo, más joven, era Isidoro, que le sucedió en la sede sevillana, y que ha sido apellidado ‘el inventor del nacionalismo español’, porque es el primero que con plena conciencia de su españolía pregonó líricamente su patriotismo en el primer canto a España que resonó en la península. Canto a España que tiene acentos de epitalamio, porque se entonó celebrando las bodas de dos pueblos diferentes, y tiene también melodías de canción de cuna, porque se cantó en la cuna de la España recién nacida»⁸.

Entonces se forjó la unidad católica de los pueblos de España. No era solamente la profesión de fe católica por parte del Rey y la abjuración del arrianismo, con lo cual se aseguraba la unidad católica de los pueblos de España. Lo que se consiguió entonces fue la pacificación de los espíritus –de los hispanorromanos y de los visigodos– que libres ya de los riesgos de enfrentamiento, a que daban lugar las disidencias religiosas, podían avanzar hacia el futuro con el gozo compartido de una misma fe y de un mismo modo de sentir en la consideración y análisis de los problemas de índole social y familiar, en el respeto y la función que se concedía a los tribunales de justicia, en la educación política y religiosa

⁸ GARCÍA VILLOSLADA, R., Introducción a la *Historia de la Iglesia en España*, vol. 1º, Madrid 1979, XLII-XLIII.

del pueblo en todas sus instancias. Eran logros culturales tan notables que algunos han estimado aquella época como el primer siglo de oro español. No hay hipérbole. Pocos decenios después de este Concilio aparecen refulgentes las grandes figuras de San Ildefonso y San Julián de Toledo, Braulio y Tajón de Zaragoza, Quirico de Barcelona, Martín de Dumio en Galicia con sus escritos y sus Escuelas monacales o catedralicias; y por encima de todos Isidoro de Sevilla, el hermano de Leandro, hijo espiritual de este III Concilio y que presidiría el siguiente, el más eficaz en cuanto a determinaciones internas en la vida de la Iglesia.

Gracias a hombres como Isidoro y a las determinaciones del III Concilio y la unidad religiosa de España, se pudo lograr la influencia innegable de la Península Ibérica sobre Europa, la Europa de las nacionalidades cristianas que por entonces empezaban a ser fijadas.

Se comprende que manifestara su júbilo, cuando tuvo noticia de lo sucedido en Toledo, un hombre genial de aquella época, el Papa San Gregorio Magno, el último de los Santos Padres de Occidente, a quien se ha llamado el *catequista de Europa*. Amigo como era de San Leandro, escribió a éste una carta en tonos de encendido entusiasmo al conocer la conversión del pueblo visigodo con su Rey a la cabeza. Nadie como él podía medir, desde su privilegiado lugar de observación y contacto con los mensajeros de las diversas culturas de aquel tiempo, las consecuencias que iban a derivarse del feliz acontecimiento.

ROMA, EL CRISTIANISMO Y EUROPA

Europa fue surgiendo como consecuencia de la conjunción de varios factores dispares.

Ante todo es preciso mencionar el legado de Roma, su cultura, su derecho, su sentido de la administración y del Estado. Dentro de su Imperio apareció el Cristianismo, que terminará latinizándose, por una parte, en occidente, y, al mismo tiempo, impregnando una estructura social y política sometida al más desenfrenado politeísmo.

Rota por los pueblos bárbaros la unidad del Imperio occidental, fueron surgiendo las bases del futuro mosaico europeo de las nacionalidades, que a la vez participaron enseguida del sentido universalista que la Iglesia Católica supo imprimir a este conglomerado de pueblos, hasta formar con ellos una realidad político-religiosa supranacional, que fue la Cristiandad. Es de justicia reiterar aquí aquellas afirmaciones de Juan Pablo II, que todos los historiadores serios admiten sin dificultad:

«La historia de la formación de las naciones europeas va a la par con su evangelización, hasta el punto de que las fronteras europeas coinciden con la penetración del Evangelio. Se debe afirmar que la identidad europea es incomprendible sin el cristianismo y que precisamente en él se hallan aquellas raíces comunes de las que ha madurado la civilización del continente, su cultura,

su dinamismo, su actividad, su capacidad de expansión constructiva también en los demás continentes, en una palabra, todo lo que constituye su gloria»⁹.

«Todavía somos herederos de esos largos siglos en los que se formó en Europa una civilización inspirada en el cristianismo»¹⁰.

Con la muerte de Teodosio (395) el Imperio quedó definitivamente escindido. Por un lado, Constantinopla y sus zonas de influencia continuarían una marcha histórica autónoma, saturadas principalmente de cultura griega, y con una Iglesia sometida por el sistema cesaropapista, también cada vez más alejada de Roma; mientras que el Imperio de Occidente se fractura casi en tantos fragmentos como son los pueblos invasores. Tras un período de intensa y ejemplar evangelización, abrazan éstos el cristianismo, y la Iglesia queda entre ellos como el único lazo unitario con más poder de cohesión que el propio Imperio Romano.

En los albores del siglo V, hacia el año 409, en que tiene lugar el paso de los primeros pueblos bárbaros, el momento es históricamente dramático y no dejará de acentuarse durante todo el siglo, produciendo un acusado pesimismo entre muchos cristianos, a quienes los paganos que aún quedaban en el Imperio, atribuían la responsabilidad de la situación.

Pero la sólida estructura eclesiástica resistió al general derrumbamiento de la sociedad civil, terriblemente perturbada por el acoso de las sucesivas invasiones.

En España, como en el resto del occidente europeo, comenzó un proceso de asimilación cultural y cristiana al mismo tiempo, que Juan Pablo II ha calificado acertadamente como «*el comienzo del bautismo de las naciones europeas*».

Había un serio peligro al asentarse en ella los visigodos, pueblo de grandes virtudes naturales, pero cristianizado por monjes bizantinos arrianos en el siglo anterior. Aglutinados fuertemente en torno al jefe y constituidos en casta endógama dominante, habían asimilado esta forma heterodoxa de cristianismo y la habían introducido en su herencia étnica como rasgo nacional definitorio. Bastante tolerantes, en el ámbito religioso, respecto al pueblo hispanorromano, llegaron a arrianizar a los suevos. Aunque tardíamente, su gran gobernante Leovigildo (572-586) llegó a soñar con la definitiva «unidad hispana» por los caminos expeditivos de la unificación religiosa arriana, desterrando a los obispos católicos y derramando sangre martirial. Ni siquiera ante su propia familia y ante sus allegados políticos se detuvo su proyecto avasallador. San Leandro, hermano suyo por la primera esposa, fue desterrado a Constantinopla, pero de allí retornaría más fuerte y vigoroso, respaldado con la amistad de San Gregorio Magno. El gran obispo emeritense Massona sufrió también una dura cautividad con ejemplar intrepidez. Hermenegildo, su hijo, pagó con su vida la firmeza de su fe. Todos ellos constituyeron los índices más dramáticos de su intolerancia

⁹ Discurso en el Acto europeísta en Santiago de Compostela, el 9 de noviembre de 1982, n. 2: Loc. cit., 258.

¹⁰ Discurso a las Comunidades Económicas Europeas, en Bruselas, el 20 de mayo de 1985, n. 2. «Desde el momento en que el Imperio Romano configura por primera vez a Europa, extendiéndose desde la cuenca del Mediterráneo, la unidad que ella conoce durante algún tiempo es fruto de la fusión de corrientes griegas y latinas, asociadas pronto a los antiguos pueblos de occidente a oriente... Fue así como apareció una cierta *unidad de civilización* a favor de intensas corrientes de intercambios» (Ibíd. n. 2).

religiosa y de la herejía como instrumento al servicio de una política unificadora. Se trata de dominar las conciencias como garantía de vasallaje del conjunto de la población, pero no pudo lograrlo, porque los arrianos eran una débil minoría demográfica frente a la mayoría de origen hispano, prácticamente católica en su totalidad, y generalmente bien defendida en la fe por sus pastores.

Recaredo, su otro hijo y también asociado a su reinado en tierras aragonesas, heredaría la sangre y la fe católica de su hermano Hermenegildo, cuando empezó a reinar.

Si Leovigildo había equivocado el camino hacia la meta –*ad uniuitem et pacem*, según la expresión del Biclarense¹¹–, Recaredo con su conversión sincera, si bien no exenta de motivos políticos, lo reencontró. La minoría dominante siguió su ejemplo y pronto se iniciaría el proceso de la fusión étnica y de la paz. Se logró la unidad católica y comenzó a existir España.

Lo que sucedió entonces ha de entenderse en su contexto, muy alejado de los presupuestos sobre los que se basa la convivencia civil en nuestro tiempo. Recordemos aquí la prudente advertencia de Juan Pablo II, formulada en Viena el 10 de noviembre de 1983, durante las vísperas europeas, en el *Katholikentag* del Año Jubilar de la Redención:

«La historia nos obliga a entender los hechos pasados sobre la base del espíritu de aquella época y no a medirlos con los presupuestos de la época actual»¹².

Por otro lado, el Concilio Toledano III se inscribe dentro de la propia dinámica de la Iglesia con su tradición sinódico-jerárquica. La Iglesia hispana disponía de la suficiente vitalidad para celebrar, todavía en época de persecuciones, el gran Concilio de Ilíberis¹³. Poco después de lograda la tolerancia, comenzarían en Oriente los grandes Concilios Ecuménicos de Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia. Hispania entretanto intentaba conjurar el peligro del priscilianismo¹⁴ e iniciaba una intensa fase de reuniones eclesíásticas, con la celebración de Concilios Provinciales como los de Zaragoza (380)¹⁵, Toledano I (400)¹⁶, el Tarraconense del 516¹⁷, el Gerundense del año siguiente y un II Toledano en el 531¹⁸. También Barcelona (hacia el 540)¹⁹ Lérida (546)²⁰ y Valencia (546)²¹ representaban la actividad de los obispos de Levante. Incluso a pesar de las

¹¹ *Cronicón Ioannis Biclarenensis*: ed. J. Campos, Madrid 1960.

¹² Discurso durante las Vísperas Europeas, en Viena el 10 de noviembre 1983: n. 4.

¹³ Cf. J. ORLANDIS, D. RAMOS LISSON, *Historia de los concilios de la España romana y visigótica* (EUNSA, Pamplona 1986), pp. 25-34; F. RODRÍGUEZ, *La Colección canónica e hispano-romana* (C.S.I.C., Madrid-Barcelona 1963), 1-15.

¹⁴ Cf. ORLANDIS-RAMOS – LISSON, op. cit., 65-ss. P. SAINZ RODRÍGUEZ, *Estado actual de la cuestión priscilianista*, en *Anuario de Estudios Medievales* 1 (1964), 653-ss. E. ROMERO POSSE, *Estado actual da investigación sobre Prisciliano*, en *Encrucillada*, 3 (1979), 150-ss.

¹⁵ Cf. J. ORLANDIS, D. RAMOS LISSON, loc. cit., 68-ss. RODRÍGUEZ, loc. cit., 291-296.

¹⁶ Cf. J. ORLANDIS, D. RAMOS LISSON, o.c., 80-100. A. DE ALDAMA, *El Símbolo Toledano I* (Roma 1934), 1-66.

¹⁷ Cf. J. ORLANDIS, D. RAMOS LISSON, loc. cit., 269-281. ORLANDIS-RAMOS-LISSON, op. cit., 102 ss. VIVES, *Concilios visigóticos e hispanorromanos*, 1963, 345.

¹⁸ Cf. RODRÍGUEZ, o.c., 283-290 y ORLANDIS-RAMOS-LISSON, o.c., 109-114; 114-120.

¹⁹ Cf. J. ORLANDIS, D. RAMOS LISSON, loc. cit., 120-124. VIVES, o.c. 53-54.

²⁰ Cf. ORLANDIS-RAMOS-LISSON, o.c., 124-130. RODRÍGUEZ, o.c., 297-311. VIVES, o.c., 55-60.

²¹ Cf. ORLANDIS-RAMOS-LISSON, o.c., 131-135.

duras condiciones que se vivían, la región gallega pudo celebrar dos Concilios en Braga (561 y 572).

Con estos precedentes se llegó a los preliminares del Concilio III de Toledo.

EL TOLEDANO III Y EL MEDIEVO OCCIDENTAL

No puede darse por agotado entre los historiadores el análisis del Concilio Toledano III y su influjo en la configuración de las estructuras eclesiásticas y civiles del naciente medioevo europeo. El retroceso de la cristiandad hispana, con motivo de la invasión musulmana del 711, hizo que aquella se aferrara a su tradición conciliar, al mismo tiempo que la emigración de los visigodos al reino franco se tradujo en un enriquecimiento no pequeño del llamado renacimiento carolingio. La cultura cristiana, tanto de la península como del resto del occidente europeo, recibió el influjo de la personalidad enciclopédica de San Isidoro de Sevilla (560-636), quien siendo hijo espiritual de este Concilio III de Toledo presidió después el IV (633).

De San Isidoro se ha podido afirmar con toda justicia: «Tuvo el mérito de haber codificado la disciplina eclesiástica de su época, de haber reunido una biblioteca riquísima, el mejor archivo de la Europa medieval, en donde se cultivaba toda clase de ciencia clásica, y de haber fundado una escuela donde se enseñaba el trivium y el quadrivium. De no haber sido por la invasión árabe, todo lo que hizo Alcuino en Aguisgrán, lo hubiera realizado San Isidoro en Sevilla y la Escolástica se habría adelantado casi un siglo»²².

Por todo ello, sin ceder a la banal tentación de magnificar más de lo justo la conmemoración del Concilio III de Toledo, pero sin ceder para nada tampoco en la valoración genuina de aquel acontecimiento eclesial e hispano, séanos permitido apuntar un elenco de perspectivas históricas que se podrían explorar desde la altura de nuestros tiempos, y de cuestiones abiertas (teológicas, políticas, sociológicas o simplemente históricas) que bien podrían recabar el interés de los estudiosos.

1. Por una visión integral del Concilio III Toledano

No puede ser entendido un hecho histórico si no es teniendo en cuenta sus antecedentes y la totalidad de los factores que en él han intervenido; mucho más si, como en el caso que tratamos, se han conservado los textos esenciales de su desarrollo²³.

²² J. M^a MOLINER, *Historia de la espiritualidad*, Burgos 1971, 77.

²³ A título de divulgación inicial y sin pretensiones exhaustivas, se pueden recordar las obras y fuentes siguientes: MATHIAS DE VILLANUÑO, O.S.B., *Summa Conciliorum Hispaniae, I* (Barcelona 1850), 140-151 (texto íntegro en latín). *El Concilio III de Toledo, base de la nacionalidad y civilización española*, Edic. políglota (latín, vascuence, árabe, castellano, catalán y gallego), con pres. de José Gómez-Menor (Ed. Zocodover, Toledo 1978). JOSÉ VIVES (colab. T. Martín-G. Martínez Diez), *Concilios visigóticos e hispano-romanos* (Barcelona-Madrid, 1963), 1-39. J. ORLANDIS-D. RAMOS-LISSON, *Historia de los Concilios de la España romana y visigótica*, EUNSA, Pamplona 1986, 197-260. L. CALPENA, *Los Concilios de Toledo, en la constitución de la*

Los que de forma directa o indirecta tomaron parte en él o lo prepararon, no pueden pasar inadvertidos, como el propio Leovigildo en pugna con su hijo, su proyecto político, y los grandes hombres de Iglesia, como Leandro y Massona, los demás Padres Conciliares, y aun los que desde lejos ejercieron, indirectamente al menos, un benéfico influjo, siguiendo el ejemplo de San Gregorio Magno, «el catequista de Europa»²⁴. Hay que tener en cuenta también las condiciones religiosas y políticas de grupos determinantes, como el mismo clero arriano en crisis, la psicología del entero conjunto del pueblo godo, sus costumbres, sus leyes e instituciones, su visión del desaparecido Imperio y su concepto del Estado, su situación respecto a los demás pueblos germánicos ya fuertemente implantados en el Continente, etcétera.

De otro lado, es menester tener presente la vitalidad de la Iglesia hispanorromana, su nivel de cultura y su prestigio. Especial atención histórica y crítica habrá de prestarse al nexo profundo entre los Concilios III y IV, éste último el más importante probablemente de toda la serie por lo que significa de consolidación de la obra realizada, por su visión unitaria de los problemas litúrgicos, disciplinares y político-religiosos, donde se advierte el peso de San Isidoro en su plena madurez.

En el ámbito de lo puramente eclesiástico habrá que destacar determinados signos que imprimen a la Iglesia visigótica una notable originalidad:

1. El fuerte cristocentrismo trinitario que respiran los cánones de abjuración del arrianismo y de profesión de la fe católica (cc. I al XXIII), y el propio dinamismo de conversión que condicionó toda aquella asamblea sinodal.
2. El audaz sentido disciplinar, con que se impulsó la renovación de la vida eclesial, sacramental y jurídica de las comunidades católicas, la mitigación del primitivo rigorismo penitencial, la exigencia de responsabilidad de los prelados, el retomo a la tradición canónica y, muy especialmente, «a las constituciones y estatutos de la Sede Primada Romana» (c. I). Esta vinculación a las fuentes tradicionales de la fe y, sobre todo, al centro de la comunión eclesial, pondría las bases de una teología tan hispana como ecuménica, cuyo principal representante sería después Julián de Toledo, y eliminaría toda posibilidad de retorno a los errores antiguos.
3. La amplitud y originalidad de la Iglesia visigótica, fundamentada en su jerarquía eclesiástica, que se extendía desde la Galia Narbonense hasta la Bética y la Gallaecia, que alumbró el gran conjunto de las comunidades eclesiales del sudoeste europeo, abierto, por una parte, a las corrientes francas y galicanas, y polarizada por otra sobre la capitalidad toledana. Unidad que configuraba ya en sus grandes líneas el perfil de las nacionalidades hispánicas.

nacionalidad española, Madrid 1918. J. MORENO CASADO, *Los concilios nacionales visigodos, iniciación de una política concordatoria*, Granada 1946.

²⁴ Como característica de la semblanza pastoral de San Leandro se reconocen su fe intrépida y su insobornable ortodoxia, su virilidad de carácter, espíritu realista y prudencia, flexibilidad y delicadeza espiritual (nobleza familiar originaria), su inteligencia diáfana y práctica, su gran corazón de «plus Pater», monje, obispo y misionero, y su formación espiritual integral a lo Casiano, Agustín, Jerónimo, S. Benito y San Gregorio Magno (cf. MOLINER, o.c., 68). Es impresionante, en su época, la hondura teológica y el intenso amor eclesial que evidencia su *Homilía* conclusiva del Concilio III de Toledo.

Es impresionante constatar la fraternidad episcopal en las firmas de tantos obispos como estuvieron presentes, titulares de sedes, unas desaparecidas o aún existentes, otras enclavadas en tierras ahora portuguesas (Braga, Beja, Ossonova, Lisboa, Oporto, Viseo, Lamego, Coímbra...) y otras tantas en regiones actualmente francesas (Narbona, Béziers, Elna, Carcassonne, Agde, Lodève, Maguelone, Nîmes).

2. Prioridad de la renovación eclesial

Una lectura exclusivamente política del Concilio nos daría una impresión distorsionada de la realidad del acontecimiento, y nos dejaría sin ver la primacía de la renovación eclesial como meta fundamental de la Asamblea conciliar. No puede negarse, sin embargo, que en ella se trataron temas de índole temporal y que de ellas se derivaron consecuencias importantes en el orden civil. Las relaciones del poder religioso y del poder civil no son un dominio cesaropapista del primero sobre el segundo, ni una hierocracia, donde predominaba lo eclesial sobre lo secular. Son unas relaciones «sui generis», explicables en el contexto del tiempo, donde no existían los conceptos de soberanía en el sentido moderno, ni la relación de coordinación de las instituciones para el bien común. En todo caso, se trataría de un fenómeno previo y precedente a la Cristiandad medieval, después de la reinstauración del Imperio de occidente.

Puede decirse que el poder civil en muchos casos recurriría al prestigio moral del episcopado como elemento justificador de determinadas soluciones políticas, que en la mentalidad de la época se consideraban legítimas. Ello no lleva consigo necesariamente el considerar a la Iglesia en su conjunto como una «ideología», porque ni entonces ni después es un sistema o un modo de pensar, sino una institución salvadora del hombre. La introducción de esa categoría mental en el análisis de los hechos pasados sería una forma de manipulación anti histórica. Sin que sea necesario canonizar a los obispos que actuaron ni singular ni colectivamente, creemos que las fuentes disponibles nos permiten afirmar que los prebostes intervinieron primordialmente con sentido de su responsabilidad pastoral. Sin duda, hacían Iglesia. También hacían patria, porque el proceso evangelizador siempre ha ido acompañado de un paralelo proceso de personalización y de socialización.

El hecho de que en las asambleas conciliares se tratase a veces de temas puramente temporales debía tener sus ventajas para la autoridad civil, porque sancionaba canónicamente, es decir, desde la conciencia, determinados comportamientos beneficiosos en el orden temporal. No era el más pequeño recordar al poder político su carácter limitado, evitando todo peligro de divinización totalitaria. Las palabras de San Isidoro son tajantes a este respecto: «Reges a recte agendo vocati sunt, ideoque recte faciendo regis nomen tenentur, peccando amittitur»²⁵.

En forma más o menos limitada, los Concilios contribuyeron a la creación de un elemental derecho político, que obligaba al monarca, al menos desde un punto

²⁵ *Sentenc.* XXX, XLVIII, 7.

de vista moral, a admitir su carácter de espejo del pueblo y a someterse al derecho y a las mismas leyes, es decir, al bien común.

No menos interés tiene el hecho de integrar en las reuniones conciliares la presencia de jueces y exactores del fisco, para educarlos en la equidad y juzgarlos en sus posibles excesos frente a un pueblo inerme, con una burocracia escasa, lejana y con frecuencia opresora, funciones que, en parte, le habían sido atribuidas ya al episcopado católico por los emperadores cristianos del Bajo Imperio. Como desarrollo del canon XVIII del Concilio III, la Iglesia hubo de aceptar la colaboración con el poder constituido como instrumento de derecho, y sólo Dios sabe en cuántas ocasiones numerosas personas se sintieron protegidas por ella frente a la rapacidad de jueces y administradores del patrimonio fiscal,

«para que aprendan cuán pía y justamente deben conducirse con los pueblos, y no carguen al particular, ni graven a los que dependen del fisco con acarreos y operaciones superfluas. Sean los obispos vigías que observen, según se lo amoneste el Rey, de qué manera los jueces se han de haber con los pueblos, para que así, o les corrijan después de haberlos amonestado, o hagan que llegue su insolencia a los oídos del Rey. Y si, corregidos, no pudieren enmendarlos, suspéndalos de la Iglesia y de la comunión. Delibérese por el sacerdote y los ancianos qué juicio merece la provincia sin detrimento de la misma».

Estas competencias en materias ajenas al ejercicio pastoral demuestran hasta qué punto se tenía un alto concepto de la moralidad del clero, como instrumento corrector de las posibles corruptelas de unos magistrados poco escrupulosos.

Estas y otras atribuciones de la institución sinodal, especialmente las relativas a las frecuentes coyunturas conflictivas en la sucesión del trono, han planteado la cuestión de la naturaleza de los Sínodos y Concilios visigóticos hispanos: ¿Una especie de cortes? ¿Asambleas mixtas? ¿Concilios con atribuciones temporales?²⁶ Cuestión muchas veces estudiada y sólo comprensible en una situación de carencias fundamentales del poder civil en el ejercicio de su potestad legítima.

No existía una neta separación de jurisdicciones y competencias, porque si lo puramente religioso incidía en lo temporal, al propio poder civil se le reconocían unas atribuciones, como la iniciativa de la convocatoria y el orden del día de los Concilios, que sólo tiene explicación racional en una sociedad organizada, en un Estado muy poco evolucionado y con escasa conciencia de sus propios fines,

²⁶ Cf. G. MARTÍNEZ, en la presentación-prólogo de J. VIVES, *Concilios visigóticos e hispano-romanos*, (Barcelona-Madrid 1963). J. MORENO CASADO, *Los concilios nacionales visigodos, iniciación de una política concordataria*, Granada 1946. ORLANDIS-RAMOS-LISSON, *Historia de los concilios de la España romana y visigótica*, 223-225.LARDEAZÁBAL, en el Prólogo al *Fuero Juzgo*, editado por la Academia Española: «Cortes generales del Reino; los dos brazos de la nación, religión y legislación civil». Esta peculiar naturaleza de los Concilios Toledanos quiere cifrarla algún autor moderno en la peculiar dificultad que pudiera comportar el «gobierno conjunto» de los dos pueblos, el godo y el hispano-romano. Lo que se resolvería «reteniendo el gobierno activo en manos de los godos y cediendo la inspección y el control a los hispano-romanos» (cf. R. D. ABADAL, *Els Concilis de Toledo*, en *Dels Visigots ais Catalans*, 71. Teoría verosímil, pero posiblemente demasiado simplista en la explicación integral del fenómeno singular de los Concilios Toledanos.

así como de sus medios. La Iglesia, en todo caso, supo aprovechar su situación privilegiada para defender a los más desprotegidos y humanizar la siempre difícil convivencia civil.

No se limitó el Concilio a recibir la abjuración formal del Rey de la nación de los godos, sino que trató de erradicar de la sociedad costumbres tan bárbaras e inhumanas como el infanticidio, el trato cruel de los esclavos (cánones XVII, VI y XXI), las últimas prácticas de la idolatría residual del paganismo (c. XVII), la servidumbre de la mujer viuda forzada a pasar a segundas nupcias contra su voluntad, o de la doncella inhabilitada por la fuerza para el estado voluntario de una virginidad libremente elegida (c. X).

Los Padres Sinodales abordaron además con energía los temas de la reforma eclesiástica en cuanto a la recuperación de la disciplina tradicional canónica (c. I), la introducción en la liturgia del Símbolo Niceno-Constantinopolitano como pedagogía en la formación del pueblo (c. II), la posibilidad del ejercicio de la pastoral parroquial por parte de los monjes (c. IV), la administración adecuada del patrimonio diocesano (c. III y XX), la integridad moral de la vida de los clérigos (c. V y XIII), el sentido humano en el trato con la servidumbre por parte de los obispos y las potestades civiles (c. VI, XIV, XV, XXI), la necesidad de restaurar el rigor de la disciplina penitencial (c. XI y XII), la erradicación de costumbres menos honestas con motivo de la celebración de las festividades de los santos (c. XXIII), la falta de austeridad en los entierros de los monjes y religiosos (c. XXII).

En esta línea de renovación a la luz de la tradición, se inscribe la petición regia de tratar de «reducir las costumbres antiguas de la Iglesia al rito de los Santos Padres»²⁷, porque «en cuanto a la corrección de las costumbres estragadas, condesciende nuestra clemencia en que, con sentencias y penas rigurosas y firmes, establezcáis lo que se debe prohibir y, con decretos constantes, confirméis lo que conviene observar»²⁸.

La misma periodicidad de los Sínodos, prevista para la Iglesia visigoda en el canon XVIII del Concilio III de Toledo, no parece tener fundamentalmente otro cometido que el seguimiento permanente y la prioridad de la renovación de la vida eclesiástica, además de las funciones de inspección sobre la administración civil de la justicia y del fisco.

3. La «Collectio Hispana» y su proyección europea

En el canon I del Concilio III de Toledo se contiene ya en germen lo que será después una normativa eclesiástica de amplia difusión, cuando afirma: «Queden en vigor las constituciones de todos los Concilios y juntamente las Epístolas de los santos Pontífices Romanos».

«El canon primero no sólo inicia la serie, sino que constituye una verdadera declaración de principios y expone cuáles serán los fundamentos sobre los que

²⁷ Del discurso inaugural del Monarca al Concilio. Cf. Edición Políglota cit., 132 (Texto latino. 2-3).

²⁸ De la alocución de Recaredo a los Padres, tras la abjuración. Cf. Ibíd. 148 (castellano), 21 (latino).

ha de asentarse la empresa de la restauración disciplinar que va a acometerse: los cánones de los antiguos Concilios y las decretales de los Pontífices Romanos; es decir, las dos fuentes primordiales del derecho de la Iglesia universal, *que la Colección Hispana recopilaría con una amplitud desconocida en cualquiera otra colección precedente o contemporánea*»²⁹.

De dicha disposición conciliar del Toledano III arranca la génesis de la Colección Canónica que, a partir del 633, con probabilidad atribuida a San Isidoro y en sus diversas recensiones –«isidoriana», «juliana» o «vulgata»–, se prolongará durante toda la Baja Edad Media como fuente de disciplina eclesiástica.

Con razón se ha podido afirmar: «Sus cánones trascienden tanto la constitución y dirección política del Reino como la disciplina toda eclesiástica... La influencia de la *Colección Hispana* rebasaba el campo eclesiástico y se extendía a toda la vida jurídica de la nación, que, según la cincelada frase repetida docenas de veces en los diplomas medievales, se regía *secundum legem gothicam* (=Fuero Juzgo) *et canonicam*' (=Collectio Hispana). Pero esta Colección Canónica Española saltó más allá de las fronteras políticas del reino visigodo, España y la Narbonense, y se extendió por todas las Galias, llevada por los fugitivos españoles que escapaban del yugo musulmán y, a partir de los últimos decenios del siglo VIII, *vino a ser como el derecho supletorio de la Iglesia de las Galias, colmando las lagunas e insuficiencias de la Hadriana y de las colecciones locales*... Las dos colecciones principales de la reforma carolingia, la Hispana y la Hadriana, por necesidad y uso práctico, se fundieron en una sola, primero externamente en la Hadriana-Hispana... y más tarde también internamente en la Decheriana, la principal colección canónica de la primera mitad del siglo IX y cuyo influjo en la Iglesia perdurará hasta la reforma gregoriana... En la recensión interpolada y falsificada de Isidro Mercator continuó la Hispana transcribiéndose y divulgándose por todo el Sacro Imperio Romano Germánico *hasta hacer entrega mediata o inmediata de su vieja herencia disciplinar al Decreto de Graciano*»³⁰.

LA FE CATÓLICA Y LA UNIDAD RELIGIOSA EN ESPAÑA

Queda ya muy lejos en el tiempo el hecho que conmemoramos. Precisamente por eso la conmemoración está más justificada, porque en este orden de cosas cuanto más antiguos son los motivos para el recuerdo más nos acercan a los orígenes, es decir, a la predicación inicial del Evangelio, punto de partida de lo que vino después.

Todo arranca de un mandato del Señor en cuya aceptación y obediencia el cristiano encuentra su honor y su gloria: *Id y predicad enseñando a cumplir todo lo que Yo os he mandado*³¹.

En la Península Ibérica a la que había llegado la predicación del Apóstol Santiago y la de San Pablo, en cuyos campos y ciudades habían ido surgiendo

²⁹ ORLANDIS-RAMOS-LISSON, o.c., 219.

³⁰ MARTÍNEZ DIEZ, G. *La Colección Canónica Hispana, I. Estudio*, Madrid 1966, 289-294; 294-305 (como fuente de las «masas conciliares» y de «decretales»).

³¹ Mt 28, 19-20.

comunidades cristiano-católicas cada vez más numerosas, capaces de defender su fe hasta el martirio, la herejía arriana de los visigodos causaba un desasosiego interior que hacía sufrir hondamente a los pastores y a la grey. Quizá nosotros, víctimas ya y fautores a la vez de tantos pluralismos admitidos sin réplica como una exigencia en el uso de la libertad, estemos incapacitados para percibir la alegría profunda de un pueblo, al ver que ya no tendría que temer por lo que más amaba, su fe, puesto que los que la impugnaban venían, ya convertidos, a formar parte de la misma y única familia.

Se aseguraba así el normal desarrollo del sentido religioso de la existencia, individual y colectiva, que, si hasta entonces había dado ya frutos muy estimables, de los que se sentían legítimamente orgullosos los habitantes de la Península, ahora, bajo nuevas perspectivas políticas y sociales, podría manifestarse mucho más fecunda en su dinamismo evangelizador y misionero. Se había evitado una persecución religiosa que a punto estuvo de declararse abiertamente contra un pueblo en su mayoría católico. Se elaboraba una legislación civil cada vez más perfecta al servicio de la justicia y del pueblo. Se reconocía dentro de la familia la gran dignidad de la mujer. Y se percibía la fuerza matriz de la Iglesia, la gran educadora de los pueblos europeos, que por entonces empezaban a configurar su nacimiento y su futuro destino.

Entonces, sencillamente, nacía España. Solamente en el III Concilio de Toledo (589) España adquiere plena conciencia de su unidad, su soberanía y su independencia³².

Unos años más tarde, apagada ya la voz del gran San Leandro, resonaba otra, la de su hermano, hijo como el anterior de padre hispano-romano y de madre goda, el gran San Isidoro de Sevilla, luz de toda Europa, que en su *Historia Gothorum* pregona líricamente su patriotismo con sus loores de España, *De laude Spaniae*:

«De ludas las tierras que se extienden desde el mar de Occidente hasta la India, tú eres la más hermosa, oh sacra y siempre venturosa España, madre de príncipes y de pueblos. Con justo título brillas ahora como reina de todos los países... Tú eres la gloria y el ornamento del orbe, la porción más ilustre de la tierra en la que mucho se deleita y abundantamente florece la gloriosa fecundidad de la gente goda... Tú, riquísima en frutas y exuberante de racimos, copiosa de mieses, te revistes de espigas, te sombras de olivos, te adornas de vides. Tú, llena de flores en los campos, de frondosidad en los montes, de peces en las riberas...»³³.

El himno de la alabanza se convirtió en elegía de dolor y desconsuelo con motivo de la invasión árabe. Siete siglos luchando para librarse del invasor y para seguir afirmando de mil maneras que España y sus reinos querían seguir siendo cristianos. No será ocioso reproducir una vez más las palabras de Menéndez Pidal: «El libre y puro espíritu religioso, salvado en el Norte, fue el que dio aliento y sentido nacional a la Reconquista. Sin él, sin su poderosa firmeza, España hubiera desesperado de la resistencia y se habría desnacionalizado, y habría llegado a islamizarse, como todas las otras provincias del Imperio Romano al este y al sur del Mediterráneo, ...como sucumbieron, arabizándose, Siria y Egipto

³² GARCÍA VILLOSLADA, R., o.c., XLIII.

³³ *Historia Gothorum*, Prólogo, Elogium in Laudem Hispaniae, 1-2.

a pesar de su cultura helenística más adelantada... Lo que dio a España su excepcional fuerza de resistencia colectiva..., fue el haber fundido en un solo ideal la recuperación de las tierras godas para la patria y la de las cautivas iglesias para la cristiandad»³⁴.

Después, especialmente a partir de 1492, se desarrolló «una larga etapa que ha llegado hasta nuestros días, durante la cual tanto en el interior de la península como en el continente americano, que entonces se descubría, se creó y propagó una cultura católica de extraordinaria significación y relevancia.

«La obra realizada en España a lo largo de estas centurias nos permite recoger enseñanzas del pasado, que nos ayudan a reflexionar sobre el futuro, ya que nada sólido puede proyectarse en la vida de los individuos y los pueblos si no es a partir de la propia tradición e identidad.

«Durante este largo período la Iglesia ha prestado insignes servicios a la sociedad española, tanto de índole espiritual como material y humana, simplemente por el hecho de cumplir con su misión en los variados campos a que ésta se ha extendido. La fe, hondamente sentida, dio lugar a una realidad social de signo católico con características propias junto con otros pueblos y naciones de Europa, y una relación particularmente estrecha con los de América.

«No se puede entender la historia de España sin tener presente la fe católica con toda su enorme influencia en la vida cultural del pueblo español. Lo manifestamos sin arrogancia, pero con profunda y firme convicción.

«Por lo mismo consideramos que es un burdo error y una actitud anti histórica querer educar a las nuevas generaciones procurando deliberadamente el olvido o la tergiversación de aquellos hechos que, sin la fe religiosa, no tendrán nunca explicación suficiente.

«Fue la Iglesia la que salvó de la desaparición el patrimonio de la cultura grecolatina, matriz donde se gestó la nuestra occidental, copiando los libros clásicos junto con los de su propia tradición bíblica y patristica. La fe católica movió voluntades y sentimientos para crear espléndidos monumentos artísticos de que está sembrada la geografía peninsular: monasterios, iglesias, catedrales, en todos los estilos, que no pueden contemplarse sin admiración. La pintura, la escultura, la orfebrería, la música y todas las artes han alcanzado cimas inigualables en su expresión religiosa y encontraron sus mejores mecenas en hombres de la Iglesia. Como son también obra suya la mayor parte de las universidades antiguas y una vasta red de escuelas de todo tipo, –mucho antes de que el Estado tuviera una política escolar definida–, por medio de las cuales ha sacado de la barbarie o de la mediocridad a millones de españoles. En el campo de las literaturas hispánicas es incalculable la labor de clérigos y laicos cristianos, como es notorio a toda persona cultivada.

«La aportación en recursos y en hombres a las grandes tareas nacionales o consideradas como tales a lo largo de los siglos, es amplísima. En obras asistenciales o caritativas ninguna otra institución puede exhibir un conjunto de realizaciones tan extenso, ni un número tan elevado de sacerdotes, religiosos,

³⁴ MENÉNDEZ PIDAL, R. *Historia de España*, T. I, vol. 1, Introducción, Madrid 1963 ,3ª ed., XXVII.

religiosas y laicos, con frecuencia anónimos, que han consumido sus vidas, sin ninguna contraprestación ni relevancia, al servicio del pueblo y de la fe.

«De manera particular se pone esto de manifiesto en la admirable empresa de la evangelización de América y de otros países de África y de Asia llevada a cabo por la Iglesia española. Los propios naturales de esos pueblos encontraron en la Iglesia la mejor defensora de sus derechos y de su consideración como seres humanos»³⁵.

CONCLUSIÓN

Las consideraciones precedentes nos permiten comprender la importancia histórica que tuvo el acontecimiento que este año estamos celebrando. Ningún pueblo culto dejaría de recordar un hecho de tanta trascendencia como fue el Concilio III de Toledo. Tuvo una decisiva influencia sobre el ser de España y su unidad religiosa y política.

«A distancia de siglos –dijo el Papa a los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Toledo en diciembre de 1986– nadie puede dudar del valor de este hecho y de los frutos que se han seguido en la profesión y transmisión de la fe católica, en la actividad misionera, en el testimonio de los santos, de los fundadores de órdenes religiosas, de los teólogos que honran con su memoria el nombre de España. La fe católica ha desarrollado una idiosincrasia propia, ha dejado una huella imborrable en la cultura, ha impulsado los mejores esfuerzos de vuestra historia»³⁶.

Igualmente, el Concilio III de Toledo y lo que en él se logró, tuvo repercusión muy honda sobre la España cristiana que entonces nacía. Los Papas, los grandes evangelizadores que fueron surgiendo en los países europeos, los gobernantes, las leyes que fueron promulgándose por parte de los poderes civil y eclesiástico, tuvieron presente lo que antes se había legislado y promovido en la Península Ibérica en éste y en el siguiente Concilio, y las figuras de San Leandro y más tarde de San Isidoro merecieron el reconocimiento de los hombres cultos de su época por encima de lenguas y fronteras.

Mas no nos detenemos en la simple conmemoración. En todos los actos que se han organizado y aún se han de celebrar durante el Año del Centenario, nuestra mirada se dirige al futuro de nuestra existencia como pueblo y a nuestro personal destino de hijos de la Iglesia y conciudadanos de esta patria común, que es España. Ya no existen un Estado confesional, ni tampoco la unidad católica que en el orden religioso se vivió y se mantuvo durante tantos siglos.

A la vez que ofrecemos nuestro homenaje de respeto y gratitud al pasado por los inmensos beneficios que de aquella situación se derivaron, manifestamos nuestro respeto a la cultura actual y al legítimo pluralismo de ideas y tendencias que nacen, como normal exigencia de la libertad.

³⁵ Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española, nota con motivo del XIV Centenario del Concilio III de Toledo: en BOAT, octubre-noviembre 1988, 601-602.

³⁶ En BOAT, enero 1987, 36-37.

Es aquí y ahora, y en esta situación concreta, donde tenemos que evangelizar con fe y con esperanza. En este sentido acogemos con veneración las palabras del Cardenal Secretario de Estado, Mons. Casaroli, en la Carta que con motivo del XIV Centenario nos dirigió, en nombre del Santo Padre, y ha sido publicada en el Boletín Oficial del Arzobispado, el mes de mayor de 1989:

«El recuerdo de lo que la Iglesia española ha hecho en el pasado no debe llevar, sin embargo, a la sola añoranza nostálgica de unos tiempos que no volverán, sino que debe ser, sobre todo, estímulo para afrontar, con valentía y esperanza, el desafío del tercer milenio, en el cual la Iglesia ha de continuar su misión salvífica, impregnando de valores evangélicos la cultura humana, como sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5, 13-14). Si queremos para las futuras generaciones un mundo no deshumanizado, es preciso recobrar el dinamismo de la fe operante, que transforma y perfecciona la naturaleza humana. Esta es, pues, una ocasión propicia para elevar nuestra ferviente acción de gracias al Señor por los muchos beneficios recibidos y, a la vez, para recordar la riqueza de espiritualidad y la ingente obra que la Iglesia ha desarrollado al servicio de un pueblo, al que ha acompañado como Madre solícita durante largos siglos de su historia. Una historia que ‘a pesar de las lagunas y errores humanos –en palabras de Su Santidad Juan Pablo II– es digna de toda admiración y aprecio. Ella debe servir de inspiración y estímulo para hallar en el momento presente las raíces profundas del ser de un pueblo. No para hacerle vivir en el pasado, sino para ofrecerle el ejemplo de proseguir y mejorar en el futuro’». (Discurso en el Aeropuerto de Barajas, Madrid, 31-X-1982)³⁷.

Toledo, septiembre de 1989.

³⁷ En BOAT, mayo 1989, 262-263.

LA LITURGIA HISPANO-MOZÁRABE HOY

Presentación del Misal Hispano-Mozárabe, 2 de enero de 1990. Texto publicado en BOAT, noviembre-diciembre de 1991, 587-590.

EL MISAL HISPANO-MOZÁRABE REVISADO

Al entregar el Señor a su querida Esposa, la Iglesia, en la Última Cena, el sacrificio memorial de su Pascua, mandó a sus Apóstoles y a sus Sucesores que lo ofrecieran para actualizar el misterio de la Redención del género humano (Cfr. *Conc. de Trento*, sesión XXII, cap. I). La Iglesia, extendida de Oriente a Occidente, se ha mostrado siempre fiel en el cumplimiento del mandato del Señor.

La manera propia y peculiar con que cada Iglesia ha verificado el mandato del Señor de celebrar el Memorial Eucarístico, ha quedado plasmado en lo que hoy llamamos *Ordo Missae*. Fundamentalmente idéntico, varía no obstante de un Rito a otro Rito, manifestando al mismo tiempo la unidad y la catolicidad de la Iglesia de Cristo.

Las Iglesias de la Hispania Romana interpretaron el mandato del Señor de celebrar la Eucaristía según su propia personalidad e idiosincrasia, forjada en la aceptación de la Tradición que a su vez transmitieron a las generaciones posteriores. De esta manera se fue elaborando el *Ordo Missae* propio de las Iglesias de España y, con el *Ordo Missae*, todo el conjunto del rito llamado visigótico o hispano-mozárabe.

La elaboración del Rito fue obra lenta, cuyos resultados pueden apreciarse en los Concilios Hispano-Romanos y Visigóticos, sobre todo en los *Concilios III y IV de Toledo*. San Isidoro en su *Liber primus de Ecclesiasticis Officiis* (PL 83, 752-753) dedica un amplio comentario a la serie de oraciones variables que constituyen uno de los elementos más característicos del Ordinario de la Misa Hispano-Mozárabe.

Suprimido el Rito a instancias del Papa Gregorio VII, en 1080, pervivió, no obstante, en las Parroquias Mozárabes de Toledo todavía bajo dominio musulmán. Efectuada la Reconquista en 1085, se planteó el problema de la sustitución del Rito para los fieles de la Mozarabía toledana, que veían en él el vínculo que les había mantenido firmes en su fe cristiana. La solución de compromiso fue que se mantuviera el Rito ancestral para los Mozárabes agrupados en seis Parroquias, mientras que las Parroquias creadas para los nuevos pobladores castellanos y francos seguirían el Rito Romano lo mismo que el restaurado Cabildo Catedral.

Consciente el *Cardenal Cisneros, Arzobispo de Toledo*, del patrimonio teológico, litúrgico y cultural del antiguo Rito que se mantenía aún vivo en las citadas Parroquias toledanas, y para asegurar su permanencia, editó en 1500 el Misal y fundó la Capilla del Corpus Christi en la Catedral Primada de Toledo, para que

en ella se celebrara la Misa y el Oficio según tan venerable Rito. Rito que ha perdurado hasta nuestros días gracias a la Capilla Mozárabe y a las familias mozárabes descendientes de aquellos que, en medio de los musulmanes, mantuvieron su fidelidad a la fe expresada en su Rito propio y peculiar.

El Cardenal Cisneros, al editar el *Missale Mixtum* o misal plenario, para mejor adaptarlo a su época, integra un *Ordo Missae* que se encontraba en algunos códices del *Misal Romano Toledano*, que, como otros libros litúrgicos occidentales, había sufrido las influencias medioevales. Dicho *Ordo Missae* no representaba un proceso evolutivo y homogéneo de la Misa Mozárabe. El Cardenal Lorenzana en 1804 se limita a reeditar este Misal.

Son razones litúrgico-pastorales las que han movido al Concilio Vaticano II a promover la reforma de la liturgia romana, a fin de que los fieles participen plena, activa y conscientemente en las celebraciones litúrgicas (Cfr. *Sacrosanctum Concilium* 14). Esta misma solicitud se hace extensible a los otros ritos no romanos, los cuales, si fuere necesario, han de ser revisados según la sana tradición para que adquieran nuevo vigor.

De acuerdo con estas directrices conciliares fue surgiendo en Toledo la idea de que había que acometer de alguna manera la reforma del Rito. La Capilla Mozárabe inició pequeñas reformas formales de adaptación coincidiendo con el interés científico sobre el Rito que cristalizó en el I Congreso Internacional de Estudios Mozárabes el año 1975.

Considerado el Arzobispo de Toledo, por la Santa Sede, como *Superior Responsable del Rito Hispano-Mozárabe*, creí oportuno afrontar una reforma profunda del mismo a fin de que en los lugares en donde habitualmente se celebra y en donde pudiera celebrarse por diversas razones, se dispusiera de los respectivos libros litúrgicos renovados que hicieran posible una digna celebración de los Misterios del Señor.

Para ello propuse a la Conferencia Episcopal Española la conveniencia de la Revisión del Rito. La Conferencia Episcopal me encargó la realización de tal proyecto. Para lo cual instituí, el 12 de julio de 1982, una Comisión de expertos que desde esta fecha ha venido trabajando en ello.

El 17 de julio de 1988, festividad de las Santas Justa y Rufina, titulares de la Parroquia Mozárabe de Toledo, la Santa Sede aprobaba «ad interim» los primeros frutos del trabajo realizado, a saber, el *Ordo Missae*, el *Propio del Tiempo del Misal* y los *Prenotandos*, que previamente habían sido aprobados por la Conferencia Episcopal Española.

Esperamos que con este *Misal Hispano-Mozárabe* sea más consciente, más plena y más activa la participación en la celebración eucarística. Esta es la finalidad que nos hemos propuesto al revisar los libros litúrgicos según la manera propia y peculiar con que las Iglesias de España celebraron el sacrificio de la Misa, el Memorial de la Pascua del Señor, esperando su retorno glorioso desde el cielo.

Este *Misal Hispano-Mozárabe*, ahora editado, contiene la Eucología propia del Tiempo del Misal, según eslabón en cumplimiento del decreto «*Hispaniarum Dioecesium*».

Toledo, 2 de enero de 1990.
Festividad Mozárabe del Inicio del Año.

PEREGRINACIÓN DIOCESANA A ROMA

Carta pastoral, con motivo de la peregrinación diocesana a Roma, 1 de mayo de 1992. Texto publicado en BOAT, febrero 1992, 140-144.

Queridos diocesanos:

El pasado mes de diciembre, con ocasión de mi visita canónica a Roma, presenté al Santo Padre el nuevo Misal Hispano-Mozárabe o Visigótico. El Papa alabó mucho la obra que se le ofrecía y accedió enseguida a la petición que le hice: celebrar la Misa en este Rito Hispánico ante una Peregrinación Diocesana de Toledo, en la Basílica de San Pedro.

A esto os llamo y convoco, a peregrinar a Roma para encontrarnos con el Papa en la gran Basílica, el día 28 de mayo del presente año.

El nuevo misal

La Misa ha sido y es sustancialmente la misma en todos los lugares y en todos los tiempos: la renovación actualizada constantemente del Sacrificio de Cristo Resucitado, puesto que es Jesús el Señor, quien al instituir la Eucaristía dijo: *Haced esto en conmemoración mía*. Pero los ritos, oraciones y expresiones con que se manifestaba la fe y la devoción que acompañan al Sacrificio pueden ser y han sido variados.

Hoy en el mundo entero se celebra la Misa en rito romano, como lo hacemos todos los días en numerosas iglesias. Pero en los primeros siglos no era así, sino que fueron apareciendo expresiones diversas de piedad y de fe que dieron lugar a distintos ritos: el Galicano en Francia, el Ambrosiano en Milán, el Bracarense en Portugal, etc. En los territorios que se conocen hoy con el nombre de España también fue surgiendo un rito propio que se desarrolló con gran esplendor y pujanza en la época visigótica. Por eso se llama así.

Tras la invasión musulmana del año 711, el rito pudo conservarse en Toledo mejor que en otros lugares en que se fue perdiendo, por lo cual se le conoce también con el nombre de mozárabe –el de los cristianos que vivían entre los árabes– o incluso con el apelativo de toledano, algunas veces. Pero era en realidad el Rito Hispánico, el de los pueblos y las Iglesias de España, que, en los tiempos de San Leandro, San Ildefonso, San Isidoro de Sevilla, etc., había alcanzado un esplendor sin igual. Gracias a San Ildefonso de Toledo y más tarde a la obra del Cardenal Cisneros, reafirmada después, en el siglo XVIII por el Cardenal Lorenzana, el Rito se mantuvo entre nosotros dignamente.

El Concilio Vaticano II ordenó que estos ritos particulares se revisaran para que, conservando su propia identidad, pudieran ser tenidas en cuenta las disposiciones promulgadas en la Constitución sobre la Sagrada Liturgia (SC).

Esto es lo que hemos hecho durante varios años de trabajo. Un grupo de sacerdotes toledanos y de otras diócesis, competentes en los estudios de Teología y de Liturgia, consultando archivos y bibliotecas, manuscritos, códices, etc., bajo la dirección del sabio benedictino P. Jordi Pinell, profesor del San Anselmo, en Roma, han logrado restituir el Misal Hispánico a su auténtica y genuina pureza, eliminando las adherencias que se habían agregado a través de los siglos e incorporando lo que se había perdido en leccionarios, fiestas, del Señor o de los Santos, etc.

El resultado ha sido espléndido. Y se apreciará mucho mejor cuando aparezcan los cuatro volúmenes de que consta el Misal completo. Pero ya ahora este primer libro que hemos editado merece el aplauso de los que entienden la liturgia y la respetuosa atención de los hombres cultos.

Con esa liturgia se alimentó y se manifestó la fe de los españoles en los primeros siglos y una vez arraigada en el suelo patrio, les dio fuerzas para ir participando en la vida de la Iglesia que aquí crecía y para superar incluso las persecuciones y martirios que algunos tuvieron que sufrir en la época musulmana, como antaño las sufrieron durante la dominación romana.

Peregrinación

Cuando vi cómo el Papa aceptaba mi ruego de que se dignara celebrar una Misa en este Rito en presencia de los toledanos que pudieran acudir a Roma en esta ocasión, enseguida pensé en una Peregrinación, y así se lo indiqué. Daba expresión así no sólo a un anhelo pastoral mío muy sentido, sino también a lo que muchos habían manifestado estos años mientras se iban realizando estos trabajos.

Es un honor para nuestra Diócesis de Toledo ponernos en marcha hacia Roma, la Sede del Papa, sucesor de Pedro; honor que, por otra parte, es signo de la vocación toledana, siempre dispuesta a caminar por los caminos de la Iglesia bajo la luz y el impulso de Roma. Este honor nos ennoblece y nos hará comprender mejor el valor del «patrimonio espiritual de la venerable liturgia, de gran riqueza teológica y espiritual», como dijo en Toledo el Papa Juan Pablo II.

Nunca se ponderará suficientemente esta herencia de siglos, no por lo que sea en sí un Misal, sino por lo que evoca: la educación de la fe de nuestros antepasados. Ir a Roma a la luz de estos pensamientos significa ofrecer al Papa, como centro que es de la unidad, el testimonio de nuestro amor al Evangelio y a la Iglesia, en sintonía con el mismo amor y la misma fe de las generaciones de aquellos siglos.

A Roma vamos siguiendo los pasos de nuestros antiguos Prelados, que siempre en su originalidad se veían afianzados en la Roca de Pedro y sentados en la Mesa común, aún con la diversidad de oraciones y de ritos. A Roma vamos a celebrar la unidad en la diversidad, en la inteligencia de que la diversidad es la otra faceta de la unidad, cuando el Espíritu ha hecho fructificar las peculiaridades de cada Iglesia para hacer más visible la belleza de la Iglesia Universal. A Roma vamos para profesar con los labios la fe que llevamos en el corazón, como reza una invitación del Misal Hispano-Mozárabe. De Roma esperamos iluminación de

nuestro corazón para proseguir el camino hasta la venida definitiva de Cristo, el Señor.

Santa Misa

El Santo Padre celebrará en nuestro Rito la Santa Misa. «Ofrecen este sacrificio al Señor Dios nuestros Sacerdotes: Juan Pablo II, el Papa de Roma, y todos los demás Obispos...» (Del Misal Hispano-Mozárabe). Esta celebración viene a ser un acontecimiento histórico pues hasta ahora ningún Papa ha celebrado la Eucaristía en este Rito Hispánico.

Dentro de los múltiples cuidados y atenciones que el pastoreo de la Iglesia Universal hace gravitar sobre el corazón del Santo Padre, ha querido dedicar un espacio a la celebración de esta Liturgia Hispano-Mozárabe, ahora renovada. Es, por decirlo de alguna manera, como si las manos de Juan Pablo II elevaran la patena de la fe de la Iglesia de Hispania, de sus mártires, confesores, vírgenes y doctores, unida con la Iglesia de Roma, por cuyo vigor ha brotado la floración del Pueblo de Dios en su caminar por las tierras de España.

Confirmación de nuestra fe

Peregrinamos a Roma como lo hacen hoy tantas diócesis y tantos grupos de todas las naciones de la tierra, puesto que en todos los confines hay ya cristianos católicos que rezan el mismo credo que nosotros.

El Papa ha visitado ya muchas naciones y, dentro de ellas, muchas diócesis, también la nuestra. Vamos a devolverle la visita con veneración y gratitud por el gesto que va a tener.

Necesitamos que nuestra fe católica se robustezca para que sepamos dar testimonio de ella con obras y palabras. Tenemos que saber defenderla, y propagarla. La vida de nuestra sociedad en pueblos y ciudades, en el orden religioso, está siendo amenazada y seriamente dañada por criterios y actitudes de conformismo con una visión naturalista y pagana de la existencia. Hemos de saber luchar contra esto, no con gritos ofensivos ni con quejas lastimeras, sino con palabras, gestos y obras inteligentes, evangélicos, llenos de fe y de amor cristiano a esa misma sociedad de la cual muchos quisieran eliminar la presencia y hasta el recuerdo de Dios. Esta peregrinación junto con las palabras que el Papa ha de dirigirnos pueden ser una oportunidad que Dios nos da para reanimar vigorosamente nuestra fe.

Con San Ildefonso y la Virgen del Sagrario

Os invito a todos, sacerdotes y seglares, también a los miembros de las comunidades religiosas que podáis ir. Invito a todos los sacerdotes a concelebrar con el Papa en nuestro rito. A los seglares, padres y madres de familia. A los que pertenecéis a los cuerpos docentes o colegios profesionales. No os dejéis invadir por un respeto humano injustificado. Dad testimonio de vuestra fe. Aportando vuestro esfuerzo para que las expresiones de esa fe en la Iglesia sean cada vez más puras, más coherentes, más comprometidas.

No vamos solos. Nos acompaña la memoria de toda la acción evangelizadora que se ha realizado en la Diócesis de Toledo a lo largo de los siglos. Viene con nosotros el recuerdo de un San Ildefonso, por ejemplo, el más elocuente defensor de María Virgen en aquellos tiempos del occidente europeo en que él vivió. Y como premio que Ella quiso concederle viene también la devoción del pueblo toledano a esa misma Madre de Dios venerada después aquí, bajo el nombre bendito de Virgen del Sagrario.

No escatiméis esfuerzos en preparar la peregrinación y mover a los fieles a participar en ella. La Iglesia tiene presentes, actuándolos, sus orígenes, vive de la fidelidad, y cada vez que vuelve la vista atrás es para adivinar y proyectar un nuevo renacimiento.

Confirmados en la fe, volveremos a los cauces de nuestra vida religiosa tradicional y renovada, celebrando con gozo la fracción del pan, anunciando la vuelta del Señor «hasta que vuelva glorioso desde el cielo» (Misal Mozárabe) y colaborando en todo lo que pueda contribuir al conocimiento y propagación del Evangelio.

Os invito a todos a dar gracias a Dios y a estar presentes en Roma los que puedan ir para dar gracias a Dios por el don que se nos hace.

Debemos responder con reconocimiento y gratitud al Santo Padre, conforme a la noble usanza de los pueblos de nuestra Diócesis toledana, en los que brilla siempre el espíritu del agradecimiento. Adoremos a Dios en su unidad y confesándole en su Trinidad Santísima tal como lo profesaron los Concilios de Toledo.

Con mi saludo y bendición.
Toledo, 1 de marzo de 1992.

VENIMOS PORQUE QUEREMOS PROCLAMAR NUESTRA FE

Ofrecimiento al Santo Padre, con motivo de la peregrinación diocesana. Texto en *Padre Nuestro*, Toledo, nº 289, 14 junio 1992, 8.

Santo Padre:

Os ofrezco mi más respetuoso y cordial saludo en nombre de la Comunidad Diocesana de Toledo, representada por cuantos hemos venido en esta peregrinación, y también en el de todos los que, viviendo habitualmente en Roma, han querido unirse a nosotros para participar en esta Misa, que se celebra conforme al Rito Hispano-Mozarábico.

Dos motivos nos han congregado aquí: En primer lugar el deseo de manifestar nuestro agradecimiento a Vuestra Santidad por haber aceptado celebrar la Eucaristía en esta venerable liturgia. Es la primera vez que un Papa hace esto. Tendríamos que remontarnos al siglo VI para encontrar no ya algo semejante, sino una verosímil comunicación de prácticas y usos litúrgicos que pudieron haberse producido entre san Leandro y el futuro Papa san Gregorio el Grande,

cuando el primero estuvo desterrado en Constantinopla y san Gregorio está allí como Cardenal diácono, legado del Papa Pelagio II. Consta que se forjó entre ellos una gran amistad.

Gracias, Santo Padre, por esta delicadeza de espíritu que le hace ser tan comprensivo y benévolo para cuanto en la Iglesia Católica florece como testimonio vivo de la fe, idéntica en su contenido, distinta, a veces, en los modos con que se expresa. La Hermandad y Cabildo Mozárabes y todos cuantos estamos aquí, sentimos la honda alegría espiritual que este hecho nos produce.

En segundo lugar, venimos porque queremos proclamar nuestra fe. Hay aquí feligreses de muchas parroquias, padres y madres de muchas familias cristianas, sacerdotes gozosamente entregados a sus tareas pastorales, seminaristas de los varios centros de formación sacerdotal que funcionan en la Diócesis con sus profesores, superiores... Todos conscientes de que, si nuestra fe se fortalece dándola, también se reaviva proclamándola, cantándola y recibiendo de Vuestra Santidad las palabras de luz y de aliento que siempre brotan de sus labios.

Toledo vive esta fe desde hace muchos siglos, en sintonía plena con la Iglesia de Roma. Por si algo faltara, sucede que desde hace unos días en el pavimento de esta Basílica de San Pedro ha quedado inscrito el nombre de nuestra *Primatialis Ecclesia Toletana* y, por las dimensiones que le corresponden ha venido a quedar la inscripción junto a la Catedral del Papa, San Juan de Letrán. Todo un símbolo. Nosotros confiamos en que será también una realidad.

DISCURSO FINAL

Discurso pronunciado en la clausura del Sínodo diocesano, 23 de noviembre de 1991. Publicado en BOAT, mayo-junio 1992, 75-77.

Hermanos todos:

Hemos llegado al final del Sínodo, cuyos trabajos preparatorios comenzaron en 1986, con tan limpio deseo de realizar un servicio a nuestra Diócesis de Toledo, dentro del marco de lo que la Iglesia pide hoy a sus hijos.

Somos herederos y beneficiarios del Concilio Vaticano II, y de todo lo que a lo largo de esta etapa particular se nos ha ido ofreciendo entre alegrías y sufrimientos. Las luces han sido más abundantes que las tinieblas, y, durante todo este tiempo, desde que terminó el Concilio, el Magisterio de la Iglesia no ha cesado de ofrecer enseñanzas que, examinadas en su conjunto, ayudan a todos a caminar con toda seguridad hacia el futuro. Porque necesitamos seguridad y no incertidumbre.

1. En nuestra Diócesis de Toledo, al igual que en otras, era muy necesario realizar un esfuerzo de reflexión, tendente a lograr una renovación en los modos de pensar y actuar personales, en las instituciones y estructuras, con el deseo de hacernos más capaces de poder servir mejor en las tareas de la evangelización y el apostolado.

Pero tenía que ser un esfuerzo que hiciéramos conjuntamente, unidos todos en la meditación y en la caridad, y buscando el auxilio de la gracia de Dios en

nuestra oración personal y comunitaria, para que el resultado de nuestras deliberaciones fuese provechoso, orientador y comúnmente participado, aunque no fuese perfecto. Esto es lo que quería hacerse y se ha hecho en el Sínodo, lugar de encuentro y camino de hermanos que avanzan, como una familia unida, hacia un horizonte, que nos espera en la meta lejana de nuestras aspiraciones, a la que sólo se llega cumpliendo bien lo que nos pide nuestra conciencia responsable, tal como aparece en la cercanía inmediata del servicio que prestamos a la Iglesia y al mundo, según nos lo pide el Señor de los talentos.

2. Cuando alguien pregunte en el futuro qué hacía la Iglesia de Toledo aquellos –es decir– estos años del Sínodo, no dejará de oírse una voz que responda diciendo lo mismo que Pablo VI imaginaba que respondería alguien a quien preguntase en el futuro qué hacía la Iglesia en los años del Concilio. La respuesta sería y es: amaba: «Amaba con corazón pastoral», todos lo saben, si bien es muy difícil penetrar la profundidad y la riqueza de este amar... *Amaba la Iglesia de nuestro Concilio* –aquí de nuestro Sínodo– *con corazón misionero*. El amor que anima nuestra Comunión, no se aparta de los hombres, no nos hace exclusivistas ni egoístas. Precisamente todo lo contrario, porque el amor que viene de Dios nos forma en el sentido de la universalidad: nuestra verdad nos empuja a la caridad. Recordad el aviso del Apóstol: *Veritatem facientes in charitate*. «Obramos la verdad en la caridad» (Ef 4, 15). Aquí, en esta magna asamblea, la manifestación de dicha ley de la caridad tiene un nombre sagrado y grave: se denomina «responsabilidad» (Discurso de Pablo VI, 10 de septiembre de 1965, con motivo de la cuarta y última sesión del Concilio).

3. *Yo también apelo a ese amor, a esa responsabilidad*. A partir de ahora, nuestro Sínodo es pan para la mesa diaria en que la familia diocesana come y se alimenta: no quita nada de la gran legislación de la Santa Iglesia, sino que la supone y la presenta, haciéndola familiar en ese conjunto de artículos de las Constituciones finales para que los documentos eclesiales en que se inspiran, junto con las aplicaciones que se dictan para el bien de la concreta realidad diocesana de Toledo, nos ayuden a todos a cumplir mejor con nuestra misión.

Los cuatro libros en que aparecen divididas las directrices de nuestro Sínodo se resumen en estas cuatro llamadas que hace el Espíritu a nuestra Comunidad Diocesana:

Primero: *Haced más hermoso el rostro externo y visible de la Iglesia*, para que sea más fácil y hacedero llegar a comprender el misterio de su corazón.

Segundo: *Proclamad la Palabra de Dios*, id por el mundo y predicad, pregonad el Evangelio de Cristo, haciéndolo vida vuestra, y ayudad a que los demás también lo hagan de la suya, una catequesis permanente, un servicio al Verbo Encarnado, a la Palabra que se nos dio para nuestra salvación.

Tercero: *Meditad, orad, celebrad los misterios de la fe*, buscad la túnica de Cristo y tocadla con vuestras manos, uníos con Él para tomar parte en el gran sacrificio de alabanza y reconciliación, cantad el Credo todos juntos, recordad a los Santos, vuestros hermanos, buscad el perdón y acercaos a la fuente preciosa de la Eucaristía; no os olvidéis nunca de la Virgen del Sínodo y de todos los Sínodos, de la vida particular y colectiva de los hijos de la Iglesia.

Cuarto: Vivid la caridad, servid a vuestros señores los pobres, curad sus llagas, organizad vuestros esfuerzos, pero, sobre todo, alimentad en el Corazón de Cristo Jesús el fuego que ha de hacer arder el vuestro, para que nunca se canse de promover el amor y la justicia.

De esto nos hablan los cuatro libros. Meditadlos mil veces, perfeccionadlos, añadid a lo que es de todos lo que cada uno de vosotros puede aportar como suyo, no para romper la armonía coral de vuestras voces unidas, sino para hacer más potente el sonido y más fina la modulación.

4. En estos momentos, nuestra Iglesia Diocesana, como lo ha hecho siempre en el transcurso del Sínodo, se coloca en actitud de súplica al Señor para pedirle que con su gracia ayude a todos. Sacerdotes, comunidades, religiosas, familias cristianas y seglares todos, a una profunda conversión del corazón, para ponernos al servicio del Reino de Dios en la tierra, suplicando su intercesión poderosa a Nuestra Señora, Santa María del Sínodo, como así la hemos llamado al contemplarla en medio de nuestros trabajos, en la bella imagen que lleva este título, tan graciosamente expresivo de la maternidad eclesial que la acompaña...

HOMILÍA

Homilía, en la Misa de clausura del Sínodo diocesano, 23 de noviembre de 1991. Publicado en BOAT, mayo-junio 1992, 79-82.

Queridos hermanos en el Episcopado, miembros del Sínodo, Cabildo de la Catedral, sacerdotes de la Diócesis, alumnos de los Seminarios y hermanos todos en Jesucristo:

Fijaos qué aplicación tan directa e inmediata tiene la Epístola que hemos leído, al acto que estamos celebrando. Es un fragmento de la Carta a los Efesios, y en él dice San Pablo, refiriéndose a los que hasta entonces habían sido paganos: «Ya no sois extranjeros, ya no sois forasteros, sois ciudadanos del Pueblo de Dios, más aún, miembros de la familia de Dios».

Nosotros no venimos del paganismo; nosotros somos cristianos desde que hemos sido bautizados, y además, por las mil influencias propias del ambiente cristiano en el que hemos sido educados: de manera que estamos en casa desde hace mucho tiempo. Pero por lo que se refiere al Sínodo, nunca hasta hoy habíais participado tanto en construir pueblo y familia; y, por consiguiente, nunca hasta hoy podía decirse con todo derecho que ya no sois forasteros, ni extranjeros, que sois muy de casa. Esto es el cristiano y, de manera particular, el cristiano militante, el que ama a la Iglesia y se compromete por ella.

Segunda afirmación que hace San Pablo: «Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y los profetas», o sea, que sois Iglesia apostólica. Esta familia viene de muy lejos; nuestra genealogía llega hasta ese momento en que los Apóstoles fueron enviados por Jesucristo a predicar, como dice San Marcos, en el Evangelio que se ha leído; ése es el cimiento nuestro; y todavía podemos ir más lejos, porque hubo quienes prepararon esos cimientos, y fueron los Profetas, los que hablaron en nombre de Dios durante el Antiguo Testamento, y

fueron como preparando el terreno para que un día llegase la gran novedad, la Buena Nueva: el nacimiento de Cristo y la predicación de su Evangelio.

Ese es nuestro cimiento y por eso también vosotros, miembros sinodales, que habéis propuesto una legislación para la Iglesia particular en que vivís, lo hacéis conscientes de que no es un abuso por vuestra parte, sino que estáis llamados a participar en estas actuaciones, porque tenéis como cimiento a los mismos Apóstoles.

Y sigue San Pablo diciendo: «Y la piedra angular es Jesucristo, en el cual queda ensamblado todo el edificio», o sea, más que los Apóstoles, más que los Profetas, más que el Antiguo Testamento, más que el Nuevo; porque el Nuevo sólo tiene razón de ser por el que lo hace Nuevo, que es Cristo la piedra angular; y vosotros, miembros sinodales, estáis edificando sobre esa piedra angular, porque amáis a Cristo. Los trabajos del Sínodo han sido una prueba de amor, de amor muy grande a la Iglesia y a la obra de Jesús. Esta tarde que hemos venido aquí, traemos con nosotros todos los esfuerzos que fuisteis realizando durante la etapa presinodal, que empezó en 1986, y luego, después, de la etapa propiamente sinodal. Todos esos esfuerzos se incorporan al esfuerzo redentor de Cristo, que ama a su Iglesia y sigue vivificándola con su Espíritu. Y vosotros no habéis hecho más que esto. Yo en nombre de Dios, en nombre de la Iglesia Diocesana, he recogido esos trabajos vuestros, los he examinado, he visto que merecen la aprobación, y ahora vengo aquí con toda solemnidad, no por las personas que estamos, sino por el acto que celebramos, aquí en presencia de nuestra diócesis. Esto es también algo que pertenece a la piedra angular, y no lo digo yo, lo dice San Pablo, porque termina este fragmento de la Carta a los Efesios, diciendo el apóstol: «Y vosotros mismos también os vais integrando en la construcción». ¿Os dais cuenta, hermanos? Os integráis en la construcción del Reino, de tal manera que «por el Espíritu, venís a ser morada de Dios». Esta es la Carta de San Pablo a los Efesios. Y por eso digo yo que tiene una aplicación inmediata a nosotros, los que estamos aquí esta tarde, para que seamos conscientes de que lo que hacemos es para integrarnos más en esa piedra angular del edificio; pero con la alegría de ser no solamente los peones que arrastran las piedras, sino los albañiles que las colocan y las ponen junto a Cristo, que es la piedra fundamental. Y así, edificamos la construcción, o sea, edificamos la Iglesia Diocesana. Esta es la dignidad de nuestra labor durante este tiempo.

Ahora se va a proceder a la aprobación solemne de los Documentos Sinodales y se leerá el Decreto con el cual quedan promulgadas las Constituciones Sinodales. Yo dejo de hablar, pero no sin antes dar las gracias a cuantos estáis aquí: al Sr. Obispo de Ciudad Real, querido hermano nuestro, hijo de Toledo. Los demás Obispos de la Provincia Eclesiástica tenían hoy compromisos ineludibles; él ha hecho un esfuerzo para estar aquí hoy con nosotros, y se lo agradecemos muy de veras.

Doy las gracias al Excmo. Cabildo de la Catedral, por cuanto ha hecho para que este acto se celebre con toda dignidad, sin escatimar los medios necesarios para ello. Agradezco mucho a la Delegación Arzobispal del Sínodo, a los sacerdotes y seglares, que desde el principio han estado gastando tantas horas de trabajo, de día y de noche, para poder lograr que todo fuera lo más perfecto posible. A los seglares, algunos de ellos también miembros sinodales con todo derecho. Y

a todos los demás, sin excluir a aquellos más de diez mil o doce mil, que formaron parte de los grupos presinodales en todas las parroquias de la diócesis. Yo me acuerdo de aquel año en que recorrí todos los lugares, concentrando a los fieles en alguna parroquia un poco más significativa y más a propósito para eso, anunciando la convocatoria del Sínodo, explicando lo que iba a ser y recibiendo de todos una adhesión fervorosa que se ha mantenido hasta el final.

También a vosotros, los que habéis venido desde muy lejos, esta tarde, y volveréis muy de noche ya a vuestros hogares; que podáis regresar en paz y con alegría. Sabed que nos dejáis aquí como el perfume de vuestra presencia eclesial: ya no es sólo Toledo, no es sólo la Ciudad y la Catedral; aquí están las demás ciudades, villas, pueblos y aldeas; aquí están los demás templos; templo consagrado al Señor es el edificio que se levanta como consecuencia del Sínodo, tal como lo ha recordado San Pablo. Es como un templo el que hemos estado levantando durante este tiempo; ahora vamos a hermosear entre todos lo que tiene de edificación en su ser externo y en su estructura interior, para que de verdad se produzca la renovación necesaria en la diócesis.

Esta es la hora en que ya se puede decir: «Por sus frutos los conoceréis». Ya no es el momento de las críticas, ni de las preferencias subjetivas, ni de los comentarios estériles; es la hora de aportar todos, dando cada uno lo que pueda para que en todas las parroquias se estudie lo que propone el Sínodo: son cuatro libros, los cuatro libros deben ser leídos, estudiados, analizados, asimilados, retenidos, comentados y hechos fruto. Se explicarán en el Seminario, en las clases a que correspondan los estudios a que se refiere cada uno de esos libros, se explicarán detenidamente para que los alumnos salgan ya a su vida sacerdotal con la mentalidad que requiere el Sínodo. Vosotros, cada uno, lo haréis en vuestras parroquias, y os referiréis a ello incluso en vuestras clases de religión; toda la diócesis se sentirá conmovida como consecuencia de esta acción, que durante tanto tiempo ha sido movida por el Espíritu Santo en la comunidad diocesana. Llamo, por último, de manera particular, a los jóvenes, a esas juventudes que están aumentando cada día en nuestra diócesis, que están organizándose ya fuertemente hasta el punto de contar ya varios millares, los que están así organizados y formados para seguir caminando en unión con Cristo.

Decía un escritor francés del siglo pasado que los jóvenes buscaban siempre lo desconocido para alimentarse con la novedad, de lo contrario, piensan que lo que tienen en la mano no sirve para nada. Muy pronto le corrigió otro poeta, Paul Claudel, diciéndole: «No hay que buscar lo desconocido para encontrar lo nuevo, hay que analizar cada vez más profundamente lo que se tiene para encontrar lo inagotable». Y ése es el Evangelio, lo inagotable. Y ése es Jesucristo, inagotable. Y ésa es la Iglesia, inagotable en su riqueza. Y ése es el Espíritu Santo, que nos conduce a todos.

¡Ven, ven, Espíritu Santo!, guíanos, santifícanos, enciéndenos con el fuego de tu Amor. Así sea.

La Virgen de Guadalupe y la evangelización de América

SANTA MARÍA DE GUADALUPE EN EL CORAZÓN DE LA HISTORIA CATÓLICA DE ESPAÑA

Carta pastoral con motivo del cincuenta aniversario de la coronación canónica de la imagen de la Virgen de Guadalupe (1928-septiembre-1978). Texto publicado en el *BOAT*, septiembre 1978, 476-506.

Celebramos este año el cincuenta aniversario de la Coronación canónica de la venerada imagen de Santa María de Guadalupe.

Ello me ha movido a escribiros esta Carta Pastoral con la que pretendo cumplir un triple propósito.

1º. Dejar constancia escrita en el «Boletín Oficial del Arzobispado» de lo que ha sido y es el Santuario de Guadalupe en la historia católica de España, y ofrecer a todos la posibilidad de tener a la mano una síntesis ordenada y suficiente que os permita conocer los hechos de esa historia.

2º. Presentar los vínculos que unen a Toledo con Guadalupe, tan fuertes que no podrán romperse nunca, aun cuando cambien las situaciones jurídicas, en cuanto a la pertenencia de los territorios a una u otra diócesis.

3º. Ofrecer por mi parte, como actual Arzobispo de Toledo, una florecilla de amor humilde a la Santísima Virgen de Guadalupe, a la que, si he amado toda mi vida como sacerdote y como español, mucho más la debo amar ahora como Obispo de esta Archidiócesis gloriosa que tanto ha contribuido al arraigo y desarrollo de la fe católica en España.

INTRODUCCIÓN:

GUADALUPE ANTES DEL HALLAZGO DE LA IMAGEN

Alfonso VI, rey de Castilla y León (1072-1109), que en los primeros años de su reinado siguió, respecto a la España musulmana, una política de explotación económica mediante el sistema de parias, aprovechó la primera ocasión propicia para poner sitio a Toledo, que se le rindió en 1085. La ocupación de la ciudad representó la consolidación de la línea fronteriza en el Tajo.

En seguida se preocupó de dotar a la Iglesia de Toledo y el 18 de diciembre de 1086 le concedió, en el territorio de Talavera, la aldea de Alcolea, la cual, junto con Alía, Azután, Guadalupe, el río Guadalupe y otras regiones comarcales

vecinas a las anteriores se enumeran y están incluidas en el alfoz talaverano o *iquim* árabe de dicha población de Talavera, en su parte occidental.

Estos lugares cambiaron varias veces de poseedor, dadas las frecuentes *razzias* árabes que se produjeron.

La comarca donde se encuentra Guadalupe fue, desde la conquista de Toledo (1085) hasta la batalla de las Navas de Tolosa (1212), durante más de cien años, zona fronteriza de musulmanes y cristianos.

En el siglo XII, portugueses y leoneses se lanzaron a la reconquista de las actuales tierras extremeñas y entraron en colisión. El rey Alfonso I Enríquez de Portugal (1111-1185) tomó Cáceres y Trujillo (1165) y llegó a ocupar momentáneamente Badajoz (1169); pero al luchar contra León, fue vencido y hecho prisionero por Fernando II (1137-1188), a quien tuvo que devolver las tierras ganadas.

Fernando II había firmado con su hermano Sancho III de Castilla el tratado de Sahagún (1158), que confirmaba la separación política de ambos reinos, establecida por su padre. Sin embargo, muerto Sancho (1158) y siendo Alfonso VIII menor de edad, se apoderó de Toledo y Segovia (1162) y repobló gran parte de Extremadura. Durante su reinado se formaron en Cáceres y Alcántara las Órdenes Militares de Santiago y Alcántara, aprobadas por el Papa Alejandro III (1159-1181) en 1175 y 1177, respectivamente.

Todas las conquistas emplazadas al sur del río Tajo se perdieron a manos de los almohades en una serie de expediciones que éstos realizaron en los últimos diez años del siglo XII. Las avanzadas cristianas se fijaron de nuevo a lo largo del río Tajo; y aún ocuparon los almohades, al norte de dicho río, las tierras de Guarda, Castelo Branco e Idanha, en el actual Portugal.

El peligro desapareció en 1212. Los almohades sufrieron una derrota definitiva en la batalla de las Navas de Tolosa, donde lucharon unidos Alfonso VIII de Castilla, Pedro II de Aragón y Sancho VII de Navarra.

No estuvieron presentes los portugueses ni los leoneses en el encuentro de las Navas, al que el Papa Inocencio III (1198-1216) dio carácter de cruzada. Sin embargo, algunas de las tierras de la comarca extremeña quedaron insertas en el territorio de expansión del reino de León.

Ascendido San Fernando (1217-1252) al trono castellano-leonés y fundidos los dos reinos en su mano, la reconquista dejó en retaguardia a esta región extremeña, que, ligeramente poblada y yerma, pasó a engrosar la obra conquistadora de los dos reinos unidos.

La incorporación definitiva de la comarca de Guadalupe a la España cristiana se debe a Don Rodrigo Jiménez de Rada, cardenal y arzobispo de Toledo (1209-1247), que había participado en la organización y campaña de las Navas de Tolosa y acompañará después al rey Fernando III en las siguientes expediciones militares.

Don Rodrigo Jiménez de Rada, notable historiador, nos cuenta en su obra *De rebus Hispaniae*¹ la incursión que realizó el propio Arzobispo en 1226 por estas comarcas extremeñas, atacando el castillo de Capilla e incorporando un vasto territorio a su diócesis. En esta expedición, que duró catorce semanas, no menciona el bravo guerrero e ilustre cronista la conquista de Guadalupe, señal evidente de que no existía ningún importante núcleo de población en este lugar.

La comarca de Guadalupe perteneció siempre a la diócesis de Toledo. Durante el siglo XII, las tierras extremeñas al norte del río Tajo tienen las sedes episcopales de Coria, Plasencia y Toledo. Conquistados los valles del Tajo y ocupados los del Guadiana se crea una sola sede episcopal en Extremadura, la de Badajoz en 1255; ya conquistada Mérida (1230) que había sido metrópoli en época romana y visigoda, no se restauró la antigua sede, porque, a principios del siglo XII, se había creado la ficción de que el obispado de Santiago de Compostela era el continuador de la metrópoli emeritense. Pues bien, ni Coria, ni Plasencia, ni Badajoz tuvieron jamás la comarca de Guadalupe. La conquista de Toledo y su territorio por Alfonso VI, en 1085, adscribió este territorio a la sede toledana. Pasados los vaivenes que le ocasiona el ser zona fronteriza, incorporada definitivamente la comarca a la España cristiana, la expedición militar del cardenal arzobispo de Toledo, Don Rodrigo Jiménez de Rada, asentó y afirmó el hecho de la pertenencia de Guadalupe a Toledo. Cuando ocurre la aparición o hallazgo de la Imagen, el lugar del hallazgo pertenecía al curato de Alía.

1ª ETAPA:

DESDE EL HALLAZGO DE LA IMAGEN (2ª MITAD DEL S. XIII) HASTA LA FUNDACIÓN DEL MONASTERIO JERÓNIMO (1389)

1. Hallazgo de la Imagen

En fecha no precisada, durante la segunda mitad del siglo XIII, acontece la aparición o hallazgo de una Imagen de Santa María, que cristianos de Sevilla, huyendo hacia el norte, habían escondido, junto con otras reliquias, en las estribaciones de la Sierra de las Villuercas.

De esta imagen, que la leyenda atribuyó al evangelista San Lucas, se decía que había sido llevada a Roma, que más tarde el Papa San Gregorio la regaló al entonces arzobispo de Sevilla, San Leandro, en torno al año 590.

La imagen, llevada a tierras cacereñas por los cristianos fugitivos, fue hallada al ser reconquistadas estas tierras en el siglo XIII. Un pastor llamado Gil Cordero, vaquero de Cáceres, recibió esta gracia de la Virgen y se levantó una pequeña ermita en el lugar del hallazgo. La imagen tomó el nombre de Guadalupe, «río escondido» según los arabistas, que discurre próximo al lugar.

¹ Libro IX, cap. 13, en *SS.PP. Toletanorum Opera*, edición Lorenzana, vol. 3, Madrid 1973, p. 202.

2. Rápida difusión de la devoción guadalupense

La noticia de las mercedes de Santa María de Guadalupe se divulga por todas partes. Comienzan las peregrinaciones. Crece el fervor, encauzado y promovido por los custodios o tenedores del santuario, clérigos de la diócesis de Toledo, que atendían al servicio religioso de las gentes que allí acudían.

El primer tenedor del santuario de quien se tiene noticia histórica es Pedro García, el cual hizo nacer en el ánimo de Alfonso XI el Justiciero, rey de León y Castilla (1321-1350), el amor a Santa María de Guadalupe.

Alfonso XI profesó a Guadalupe especial predilección. Le concedió carta puebla, para atraer población. Por privilegio otorgado en Sevilla el 15 de diciembre de 1337 dotó a Guadalupe de límites territoriales, que confirmó con otro privilegio, dado en Illescas el 15 de abril de 1347. Aún más, siendo tenedor o custodio Pedro Gómez Barroso, que luego fue obispo de Cartagena y cardenal con el título de Santa Práxedes, el monarca ayuda muy eficazmente a la construcción del nuevo templo, terminado en 1336, y a cuya sombra protectora fue naciendo el pueblo que entonces se llamó La Puebla de Guadalupe.

3. Erección del Priorato secular y declaración del Patronato Real

Las mercedes de Alfonso XI culminan haciendo a Guadalupe santuario nacional.

El 30 de octubre de 1340 tiene lugar la batalla del Salado. A orillas de ese río, Alfonso XI, auxiliado por tropas portuguesas y barcos de la Corona de Aragón, derrotó completamente a los benimerines que sitiaban Tarifa. Esta victoria puso término a la cuestión del Estrecho y cerró a los musulmanes africanos toda posibilidad de una nueva invasión de la Península.

Alfonso XI, profundamente agradecido a Santa María, favorece a Guadalupe con parte del botín conquistado; enriquece los servicios de culto poniendo seis capellanes y un prior secular; concede a los clérigos un sueldo y licencia para edificar un hospital, señal manifiesta de la gran cantidad de devotos que acudían peregrinos; y, finalmente, alcanza la declaración de Patronato Real.

En efecto, don Gil Álvarez de Albornoz, Arzobispo de Toledo (1338-1350) firma en Toledo, el 6 de enero de 1341, la institución del Priorato secular del santuario y el reconocimiento, a favor del rey y de sus sucesores, del Patronato Real. La carta de petición real dirigida al Arzobispo lleva la data de 25 de diciembre de 1340 en Cadahalso. Esta carta es el primer documento histórico que demuestra la condición multitudinaria y masiva de la devoción guadalupense.

Por los ruegos de Alfonso XI, que agradece la celestial protección de Santa María de Guadalupe en la batalla del Salado, y por la decisión del Arzobispo de Toledo don Gil de Albornoz, que interviene con su autoridad sagrada en la erección del Priorato y en la concesión del Patronato Real, Guadalupe es erigido santuario nacional. Pero a los ruegos del uno y a la decisión canónica del otro precedió la voluntad del pueblo, cuyo amor a la Virgen había ido creciendo cada vez más caudaloso.

Creado el Priorato secular, declarado el templo de Real Patronato, Guadalupe nace a la vida nacional. En 1340 se presenta como el santuario mariano más importante, el de mayor fuerza de atracción religiosa, que recibe confirmación definitiva e impulso poderosísimo de los supremos poderes civil y religioso.

4. El Priorato secular: desde 1341 hasta 1389

Con características de Priorato secular se mantuvo la iglesia de La Puebla de Santa María de Guadalupe desde 1341 hasta 1389.

En este período ya eran frecuentes las peregrinaciones y afluencias de gentes, especialmente en las fiestas de septiembre. Hay constancia histórica de hospitales y albergues, levantados junto al santuario, para la atención de peregrinos enfermos.

Aceptando la presentación regia, los arzobispos de Toledo instituyeron canónicamente los cuatro Piores seculares que ha tenido el Santuario: don Pedro Gómez Barroso, don Toribio Fernández de Mena, don Diego Fernández y don Juan Serrano.

De la importancia que había adquirido Guadalupe da testimonio que su Prior secular primero fue el cardenal don Pedro Gómez Barroso, antiguo Maestrescuela de la Catedral de Toledo. El 3 de septiembre de 1326 había sido nombrado Obispo de Cartagena por Juan XXII, a instancias de Alfonso XI, de quien era consejero. El 18 de diciembre de ese mismo año fue promovido a Cardenal con el título de Santa Práxedes.

Don Pedro Gómez Barroso implantó en el Santuario los usos litúrgicos de Toledo. Durante su mandato, en 1347, el rey señala términos a Guadalupe, mermando para ello los de Talavera y Trujillo. Se desmembró de Talavera «la dehesa de Guadalupe para dejar exenta la nueva Puebla de Santa María e independizar el nuevo y celeberrimo santuario de la Virgen aparecida junto al río Guadalupe, en la antigua gran dehesa de Puerto de Juan Román y en la comarca que sería más conocida por el nombre de las Villuercas»².

Don Pedro muere en Avignon el 14 de julio de 1348. Le sucede don Toribio Fernández de Mena, quien, como su antecesor, recibe la institución canónica del arzobispo don Gil de Albornoz, previa presentación de Alfonso XI. Éste, en 1348, continuando su generosa protección, otorga al Priorato el señorío temporal sobre el territorio de Guadalupe.

El tercer Prior fue don Diego Fernández, deán de Toledo; y el cuarto y último, don Juan Serrano, capellán real de Toledo. En su tiempo reinan en Castilla don Pedro I el Cruel (1350-1369) y don Enrique II (1369-1379). Don Pedro, al igual que su padre, demuestra su cariño al santuario con generosas concesiones y visitas; en su época se fortifica el monasterio. Don Enrique II confirma y aumenta los privilegios de los anteriores.

De los arzobispos de Toledo del segundo período del Priorato secular merece cálido recuerdo don Pedro Tenorio que rigió la sede de 1377 a 1399. Sus

² J. C. GÓMEZ MENOR, *La antigua tierra de Talavera*, Toledo, 1975.

aportaciones a la devoción a Santa María de Guadalupe merecen capítulo aparte.

5. El Puente del Arzobispo, signo de devoción guadalupense

Don Pedro Tenorio era devotísimo de Nuestra Señora de Guadalupe. Tal vez su nacimiento en Talavera explica este fervor mariano guadalupense.

En 1383 mandó construir un puente sobre el Tajo para que los peregrinos de Castilla eliminaran el obstáculo del río en su camino hacia el gran santuario. «Edificó –cuenta la Crónica de Juan I de Castilla– la puente que dicen del arzobispo en el camino de Guadalupe».

Una carta de don Pedro Tenorio, guardada en el archivo guadalupense, dice textualmente: «...si ay algunos que quieran venir a la dicha puente por sus jornales, que vengan, y asi omes como mujeres, ea en mejor obra no pueden servir que esta puente por do pasan los rromeros de la Señora».

El puente se terminó en 1338 «a rreverencia e honor –como dice la citada carta– de Santa María de Guadalupe».

Cinco años le llevó la obra del puente sobre el Tajo, edificación que daría después nombre al lugar de Puente del Arzobispo»³.

6. La Orden de la Merced en Guadalupe

Los clérigos seculares encargados del servicio espiritual del santuario desempeñaban su cometido de forma poco edificante; lo que no debe causar sorpresa, pues fue la época en que el Arcipreste de Hita escribió su acusatoria Cantiga de los clérigos de Talavera. En ella debían estar incluidos no sólo los de la ciudad, sino también los de su comarca.

Vista la indisciplina que reinaba en el santuario, el último Prior secular, don Juan Serrano, que después fue Obispo de Segovia (1389-1392), en conversación con el rey don Juan I (1379-1390), de acuerdo con el Arzobispo de Toledo, don Pedro Tenorio, pensaron, como remedio, instalar en Guadalupe una Orden religiosa para que fomentase la piedad.

La Orden elegida fue la de la Merced, en sus inicios orden laico-militar dirigida por un Maestro, convertida ya, desde 1317, en orden clerical. Los frailes mercedarios se posesionaron de Guadalupe y estuvieron allí sólo un año.

7. Fundación del monasterio jerónimo de Guadalupe

Abandonado Guadalupe por la Orden de la Merced, el obispo don Juan Serrano, último Prior secular de Guadalupe, pensó en la nueva Orden de San Jerónimo, orden española muy estimada en la diócesis de Toledo por ser uno de sus fundadores fray Fernando Yáñez de Figueroa; por tener en el arzobispo Tenorio un entusiasta velador, él, que había pasado buena parte de su juventud como

³ F. JIMÉNEZ DE GREGORIO, *Tres puentes sobre el Tajo en el Medievo*, Hispania, LV, 1954.

profesor en el Estudio Romano de la Corte Pontificia de Avignon; por haber establecido la casa madre en Lupiana (Guadalajara); por haber erigido en la misma capital de la diócesis el monasterio de la Sisle. Tan apreciada era la Orden Jerónima que más tarde se le encomendarán los monasterios de Yuste y de El Escorial.

El arzobispo de Toledo don Pedro Tenorio intervino, en 1389, con su autoridad ordinaria, en el acto fundacional del monasterio de Guadalupe. A petición del rey Juan I de Castilla en Real Provisión de 15 de agosto de 1389, dada en Sotos Albos, el arzobispo Tenorio otorgó su pleno consentimiento y confirió a don Juan Serrano poder para la entrega del santuario a la Orden de San Jerónimo y conversión del mismo en monasterio, según carta fechada en Alcalá de Henares el 1 de septiembre de 1389.

A la casa matriz se dirigió el recién nombrado obispo de Segovia, don Juan Serrano. Ofreció a los Jerónimos el santuario e imagen de Santa María de Guadalupe, haciéndoles ver de cuánto agrado sería para Dios y cómo servirían a su Santísima Madre, si ellos quisieran tomar bajo su custodia la administración del mismo, prometiendo a los Jerónimos, de parte del Rey, que éste renunciaría en manos del Prior de la Orden el patronato del santuario; y de parte del arzobispo y del Cabildo toledano la renuncia «a todo derecho que tuvieren en la casa de Guadalupe y en las rentas, por ser del arzobispado».

Fray Fernando Yáñez de Figueroa, prior entonces de San Bartolomé de Lupiana, rehusaba aceptar, temiendo que se enfriase el fervor monástico por el necesario trato con seculares.

Por fin aceptó el prior. «Hiciéronse las renunciaciones y donaciones», y en pocos días se consiguió la nueva entrega a la Orden de San Jerónimo. «La renunciación del patronazgo del Rey y todos los privilegios; la renunciación de su Priorato, que también había hecho el arzobispo y la iglesia de Toledo... y hechas todas las diligencias necesarias con el poder que llevaba el obispo don Juan Serrano, los puso en posesión, dándoles pleno y total poderío al prior y los frailes, en lo espiritual y temporal, de aquella casa y puebla de nuestra señora de Guadalupe»⁴.

Los monjes jerónimos, con el padre Yáñez como Prior, llegaron a Guadalupe el 22 de octubre de 1389; al caer la tarde cantaron Completas y entonaron la Salve a Santa María, cuya casa de Guadalupe venían a cuidar y a servir.

Con licencia de don Pedro Tenorio y del Cabildo toledano, se transforma en regular el Priorato secular. Aunque el prelado toledano había renunciado a su jurisdicción sobre el famoso santuario, continuó interesándose por la veneración de la milagrosa imagen, llevado de su amor y filial devoción a Santa María.

El rey don Enrique III el Doliente (1390-1406) quiso unir más los vínculos del santuario con la Iglesia de Toledo; ofreció la mitra toledana, muerto Tenorio, a Fr. Fernando Yáñez de Figueroa, primer Prior regular del monasterio, gesto immortalizado por Zurbarán en un lienzo de la sacristía del santuario.

⁴ FR. JOSÉ DE SIGÜENZA, *Historia de la Orden de San Jerónimo*, I, p. 87.

La transformación en monasterio jerónimo recibió, en 1394, solemne confirmación por bula pontificia. Paso a paso, mediante privilegios, el monasterio fue eximiéndose de la jurisdicción de Toledo, hasta que, por fin, el Papa Martín V (1417-1431) concedió, en 1424, la exención total de la jurisdicción arzobispal. Esta exención duró hasta 1835.

2ª ETAPA:

GUADALUPE, MONASTERIO JERÓNIMO (1389-1835)

Con la entrega del santuario a los monjes de San Jerónimo, en 1389, se abre un largo y espléndido período de la historia guadalupense, que tiene su momento cumbre en el último cuarto del siglo XV y los primeros cincuenta años del XVI.

Es casi imposible una enumeración completa de personas ilustres y de hechos memorables de esta dilatada etapa de cuatrocientos sesenta y seis años.

Bástenos ofrecer, aunque de modo breve y sucinto, la panorámica general que puede contemplarse en los siguientes apartados: vida religiosa; proyección hacia América; artes liberales; artes manuales; priores beneméritos y hombres santos; privilegios, donaciones y visitas de reyes; devoción y generosidad de los nobles; escritores y poetas.

1. Vida religiosa

Guadalupe fue en manos de los Jerónimos lugar de acendrada devoción mariana y de entrañable acogida de peregrinos. Cuantos querían servir a Nuestra Señora encontraban en Guadalupe la forma religiosa apropiada.

Dedicados a la cura de almas, los hijos de San Jerónimo tenían como objeto principal el culto divino. Fomentaron fielmente la devoción de las gentes a Santa María y lograron aumentarla con la solemnidad del culto y con varias instituciones y oficinas creadas en torno al santuario. Cada vez acudía mayor número de peregrinos. Para atenderlos, los monjes iniciaron pronto la ampliación del templo mandado construir por Alfonso XI, agrandaron el monasterio y levantaron los famosos hospitales dedicados a San Juan Bautista.

Peregrinaban con el pueblo los sacerdotes y los clérigos beneficiados de la Iglesia de Toledo que obtenían dispensa de residencia coral durante los días del viaje de ida y vuelta.

Uno de los auxiliares del culto es la música sagrada. Hoy, todavía admiramos los preciosos códices musicales de Guadalupe, libros de coro «punteados» por monjes jerónimos. Músicos insignes guadalupenses fueron el padre Melchor de Montemayor (maestro Cabello), fray Francisco de las Casas y fray Carlos de Salamanca.

Junto a los ilustres nombres que recuerda la historia, colocamos, gozosos y agradecidos, los de tantos otros, ignorados, que, con trabajo oscuro y callado, consumieron su vida en servicio de Dios y de la Iglesia, honrando a Santa María de Guadalupe.

2. Proyección hacia América

Cuando los monjes jerónimos llegaron el 22 de octubre de 1389, Guadalupe era ya santuario nacional. Cien años más tarde su radio de acción se ampliaría al continente americano.

Guadalupe es signo de fe en América. Con la protección de Santa María de Guadalupe se hizo el descubrimiento, la conquista y la evangelización del Nuevo Mundo.

Guadalupe y el descubrimiento de América

En Guadalupe firmaron los Reyes Católicos, el 20 de junio de 1492, dos reales sobrecartas, dirigidas al alcalde de Palos y a Juan de Peñalosa, urgiendo la entrega a Colón de las carabelas con su tripulación.

Cristóbal Colón, en peligro de naufragio durante su primer viaje, se acogió al favor de Santa María de Guadalupe. Se lee textualmente en el Diario de Colón: «Jueves, 14 de febrero. El Almirante ordenó que se echase un romero que fuese a Santa María de Guadalupe y llevase un cirio de cinco libras de cera y que hiciesen voto todos que al que cayere la suerte cumpla la romería». Cupo la suerte al mismo Colón, y al regreso cumplió el encargo, viniendo a Guadalupe «descalzo y en hábito de penitencia» a ofrecer a Nuestra Señora las primicias del Nuevo Mundo.

El primer topónimo español trasplantado a América es Guadalupe, impuesto por el mismo Colón a la Isla Turuqueira en su segundo viaje en 1493.

En Guadalupe se bautizaron, el 29 de julio de 1496, dos criados de Cristóbal Colón, como consta en el Libro I de Bautismos de la parroquia; eran, según parece, indios.

Guadalupe en la conquista de América

Los conquistadores de mayor nombre en la gran empresa americana, a excepción del andaluz González de Quesada, eran extremeños: Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Núñez de Balboa, Pedro de Alvarado, Hernando de Soto, Sebastián de Belalcázar y Pedro de Valdivia, padres de actuales naciones iberoamericanas.

Ellos, juntamente con otros héroes de menor relieve, llevaron a América el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe de Extremadura. Muchos visitaron, después de sus conquistas, el santuario y ofrendaron sus dones. Merece especial mención Hernán Cortés, «conquistador y misionero». En 1528 vino «a jornadas a Nuestra Señora de Guadalupe para tener novenas» y, entre otros obsequios, dejó en el santuario un famoso alacrán de oro.

Guadalupe en la evangelización de América

La devoción a la Virgen de Guadalupe, según testimonio de conquistadores y misioneros, ayudó mucho para la conversión de los indígenas.

España realizó gran parte de su obra evangelizadora bajo el signo de Guadalupe. Cuando Nuestra Señora se apareció al indio Juan Diego en el Tepeyac, adoptó el título de Guadalupe.

Es imposible señalar aquí la constelación de templos, ermitas y lugares que en toda América llevan el nombre de Guadalupe.

Como reclamo de fe cristiana los conquistadores y misioneros extremeños y otros devotos de Nuestra Señora impusieron repetidas veces el nombre de Guadalupe. 84 topónimos en América, distribuidos así: 9 Guadalupe en Estados Unidos; 48 en Méjico; 1 en El Salvador; 2 en Costa Rica; 5 en Las Antillas; 3 en Colombia; 3 en Ecuador; 3 en Perú; 4 en Bolivia; 3 en Argentina; 1 en Uruguay.

A los 84 en América debemos añadir otros 3 en Filipinas. En total: 87 topónimos de Guadalupe.

Los heroicos misioneros, que con una mano enarbolaban la Santa Cruz, mostraban con la otra la imagen de Nuestra Señora, plantando en América profundamente un triple amor que ha resistido todos los huracanes: amor a la Eucaristía, amor a la Madre de Dios y amor al Papa.

Si se omite el dulcísimo nombre de María, sería imposible pergeñar siquiera la historia de América, cuya ruta encontró con gesto audaz la proa de una nao que se llamaba precisamente Santa María. En la rica piedad mariana de América ocupa lugar preeminente el título de Guadalupe.

No puede omitirse en la evangelización americana bajo el signo de Guadalupe la labor de los misioneros procedentes de Extremadura, especialmente el equipo de provincias franciscanas extremeñas denominado «los doce apóstoles de Méjico», presidido por fray Martín de Valencia; la labor de fray Diego de Ocaña, monje jerónimo de Guadalupe, que recorrió la América andina propagando la devoción a Nuestra Señora de Guadalupe; y, finalmente, la de los místicos y santos que Extremadura envió a América. Entre ellos mencionamos solamente a San Juan Macías, dominico extremeño, canonizado hace poco por Pablo VI, que llevó a Lima el amor a Nuestra Señora de Guadalupe.

3. Las artes en Guadalupe

Además de la cura de almas, los jerónimos cultivaban el estudio. Guadalupe fue un gran foco de cultura en el que hubo escuelas de todas las ramas del saber, que frecuentaban, junto a los monjes, los seglares.

Artes liberales y ciencias sagradas

En Guadalupe se enseñaba gramática, filosofía, teología, derecho, medicina, cirugía, farmacia y canto.

En la Escuela de Medicina de Guadalupe se practicó por primera vez en España la disección sobre cadáveres humanos. Don Juan Guadalupe y don Alonso Fernández de Guadalupe, médicos insignes de su Escuela, fueron nombrados por los Reyes Católicos miembros del Protomedicato de la Corte.

El Colegio para enseñar canto y gramática, de principios del siglo XVI –palacio del marqués de la Romana–, y la Hospedería de Nobles forman actualmente el parador de turismo. En aquél se escribieron los preciosos códices musicales que hoy todavía se admiran.

Artes gráficas

El primer libro impreso en Extremadura salió de las prensas de Guadalupe.

Artes y oficios

Los monjes jerónimos en Guadalupe desarrollaron las técnicas del cobre e impusieron una potente industria del tejido artístico y de las miniaturas. En sus talleres de bordados y de miniaturas trabajaron monjes e iluminadores seculares. De su auge son testimonio las magníficas colecciones de telas y miniados.

En las crónicas se habla de monjes alarifes, escultores, entalladores, pintores, bronceístas, miniaturistas, orfebres, herreros, bordadores y cerrajeros, que hicieron del monasterio una verdadera joya artística.

Artes mecánicas

Para las labores propias del monasterio, los monjes construyeron el estanque, los molinos, una sierra hidráulica, un batán y un martinete.

4. Piores beneméritos y hombres santos

Treinta monjes jerónimos de Lupiana (Guadalajara), con fray Fernando Yáñez de Figueroa como prior, constituyeron la primera comunidad jerónima de Guadalupe.

Pronto iniciaron las obras de reedificación y agrandamiento de la iglesia, del hospital y de las dependencias del monasterio.

El monasterio mudéjar del siglo XIV recibe así formas gótico-mudéjares de ladrillo, lográndose en Guadalupe una artística armonización de las formas góticas occidentales con las hispanomusulmanas.

En 1405, también durante el Priorato del padre Yáñez, se levanta, en el centro del claustro mudéjar, el templete de la fuente o lavatorio, interesante obra gótico-mudéjar de ladrillo y mármol, con azulejos blancos, azules y verdes.

Cuando muere el padre Yáñez, en 1412, después de veintitrés años de priorato, su ilusión e inagotable actividad habían dado tal impulso al monasterio que, en 1424, los monjes eran ya un centenar.

«Siguieron en el gobierno del monasterio hombres santos y doctos inmortalizados muchos de ellos por el pincel de Zurbarán (1598-1664), como fray Pedro de las Cabañuelas, de Valladolid, fray Gonzalo de Illescas, que después fue obispo de Córdoba, miembro del Consejo de Castilla, y confesor de Juan II, de su primera esposa, la reina doña María, y del hijo de ambos, Enrique IV. Junto a ellos brillaron la obediencia del venerable fray Agustín, la contemplación de

fray Pedro de Plasencia, la penitencia de fray Andrés de Salmerón, la pobreza de fray Pedro de Salamanca, la inocencia de fray Diego de Orgaz, y otros muchos»⁵.

5. Privilegios, donaciones y visitas de reyes

En la etapa anterior (desde el hallazgo de la Imagen hasta 1389), hemos alabado el fervor mariano guadalupense, demostrado en generosas concesiones y devotas visitas, de los reyes Alfonso XI (1312-1350), Pedro I (1350-1369), Enrique II (1369-1379) y Juan I (1379-1390).

En esta segunda etapa (1389-1835), registramos las visitas reales de Enrique III (1390-1406), de Juan II (1406-1454), de Enrique IV (1454-1474), los Reyes Católicos (1474-1504), Carlos I el Emperador (1516-1556), Felipe II (1556-1598) y Felipe III (1598-1621).

Enrique III apreciaba tanto al primer prior jerónimo, fray Fernando Yáñez de Figueroa, que le ofreció la mitra toledana, entonces vacante, gesto immortalizado por el artista extremeño Francisco de Zurbarán.

Durante el reinado de Juan II, heredero de la tradición guadalupense, el Papa Martín V concede, en 1424, al monasterio la exención total de la jurisdicción arzobispal.

Enrique IV y su madre María de Aragón allí están enterrados, en sepulcros contruidos por Giraldo de Merlo.

Los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel, son el ejemplo más limpio, entre los reyes, de devoción a Santa María de Guadalupe. Acudieron muchas veces al santuario y muy cerca tuvieron la Granja de Mirabel, como lugar de recreo.

En su visita de 1477 fundaron una capellanía para el rey Enrique IV, allí sepultado.

El 21 de abril de 1486 se firma, en el monasterio, la Sentencia arbitral de Guadalupe, que puso fin al conflicto agrario de Cataluña. El Rey Católico recibió a los síndicos de las remensas y a los representantes de los señores en este monasterio y, después de tres meses de negociaciones, se llegó al acuerdo que reglamentó las relaciones jurídicas y sociales en el campo catalán. Quedaron abolidos los malos usos y los abusos señoriales, con lo que el campesino vio garantizada su libertad personal, obligado por otra parte a prestar homenaje al dueño de las tierras y al pago de un censo enfiteútico y de las rentas.

El Rey Católico murió en Madrigalejo (Cáceres), en 1516, cuando se dirigía a Guadalupe.

Carlos V visitó Guadalupe en 1525.

Felipe II tuvo en este monasterio la célebre entrevista con su sobrino don Sebastián, rey de Portugal, en 1576. Y tanto amó a los monjes jerónimos de

⁵ IGNACIO DE MADRID, *Guadalupe*, en *Diccionario de Historia Eclesiástica de España* (DHEE), Madrid 1973, T. III, s. v. *Monasterios*, 1.572-1.573.

Guadalupe que de aquí salió la primera comunidad que fue a regir los destinos espirituales del monasterio de El Escorial. Más aún: el precioso mueble de su escritorio particular pasó a ser, y sigue siéndolo, el tabernáculo de la Basílica de Guadalupe.

En la capilla mayor, separada del resto del templo por una magnífica reja de principios del siglo XVI, está, en sustitución del primitivo retablo, otro realizado a principios del siglo XVII, en el que intervinieron Giraldo de Merlo y, posiblemente, Jorge Manuel Theotocópuli, el hijo del Greco; tiene pinturas de Vicente Carducho y Eugenio Caxés. El rey Felipe III inauguró personalmente dicho retablo mayor de la iglesia guadalupense en 1618.

Esta fue la última visita real hasta los tiempos modernos. Don Alfonso XIII, en 1926 y en 1928, y el monarca actual don Juan Carlos I con su esposa doña Sofía, en 1977, se postraron a los pies de la Virgen reanudando la cita espiritual de tantos reyes con Nuestra Señora de Guadalupe. Pero no adelantemos acontecimientos. Sigamos con la etapa histórica que estamos recordando.

6. Devoción y generosidad de los nobles

Junto a los reyes –muchas veces acompañándoles en sus visitas al santuario– tenemos a los nobles. El Libro de Bienhechores y las Antiguas Crónicas ofrecen muchos nombres. Es casi imposible una enumeración completa. Baste citar a don Manuel López de Zúñiga Sotomayor Mendoza y Guzmán, duque de Béjar, muerto en Buda en 1686, cuyo corazón reposa junto al altar de nuestra Señora.

A doña María de Guadalupe Lancáster, duquesa de Aveiro, enterrada en hermoso sarcófago debajo del lugar que ocupa el trono de la sagrada imagen.

A Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II, que ofrendó uno de los mantos más ricos de la Virgen.

A don Juan de Austria, que regaló el famoso Fanal, la farola de la nave capitana turca de Lepanto, colgada actualmente en la sacristía del santuario.

Al Gran Capitán don Gonzalo Fernández de Córdoba, quien visitó el santuario en 1512 y es contado entre sus más insignes bienhechores.

7. Fervor guadalupense de los santos

Entre los santos recordemos a San Vicente Ferrer, que «llegó al célebre santuario de Nuestra Señora de Guadalupe» a finales del siglo XIV.

A San Juan de Dios, donado algún tiempo en el convento, que recibió en 1537 la aparición de Nuestra Señora de Guadalupe, presentándole al Niño desnudo y diciéndole: «Juan, viste a Jesús para que aprendas a vestir a los pobres».

A Santa Teresa de Jesús, peregrina en 1548.

A San Pedro de Alcántara, quien visitó a Nuestra Señora en 1541.

A San Francisco de Borja, peregrino en 1555.

A San Antonio María Claret, quien en medio de sus desgracias, acudió a Santa María de Guadalupe en 1865.

8. Escritores y poetas

También merecen mencionarse las grandes figuras de nuestras letras. Entre otros, José de Valdivielso, Pero Lope de Ayala, Marqués de Santillana, Fernando de Rojas, Bernardino de Laredo, Antonio de Guevara, Luis de Góngora, Tirso de Molina, Vélez de Guevara, Miguel de Cervantes, Calderón de la Barca y Lope de Vega; algunos de ellos fueron peregrinos de Guadalupe, y todos, cantores de la devoción guadalupense.

9. El Cardenal Cisneros y Guadalupe

El Cardenal Jiménez de Cisneros, arzobispo de Toledo (1495-1517), expresó en varias cartas autógrafas, que guarda el archivo del monasterio, su devoción a Nuestra Señora de Guadalupe, y, aunque señor temporal de Talavera, pleiteó mucho con los jerónimos, visitó a Nuestra Señora en 1509 y en 1516, manifestando «su mucha devoción» a la Virgen de Guadalupe.

10. Figuras insignes de la Iglesia o de la Patria, hijos de Guadalupe

Entre los hijos de Guadalupe, naturales de esta Puebla, más insignes por sus servicios a la Iglesia y a la Patria, merecen especial mención:

Gregorio López, comentador, en el siglo XVI, de las Siete Partidas de Alfonso X el Sabio, famoso jurisconsulto español, presidente del Consejo de Indias, de grata memoria en Guadalupe.

Fray Juan de Guadalupe, franciscano, del siglo XV, cofundador de la provincia descalza de los Ángeles.

Fray Andrés de Guadalupe, franciscano insigne del siglo XVII, autor de la «Historia de la Provincia de los Ángeles», gran teólogo concepcionista.

Don Juan de Guadalupe y don Alonso Fernández de Guadalupe, médicos de la Escuela de Medicina de Guadalupe, nombrados por los Reyes Católicos miembros del Protomedicato de la Corte.

11. Finalizando esta etapa: la ruina económica

A fines del siglo XVIII la situación del monasterio decayó por las medidas que tomó Carlos III, inspiradas en el regalismo. Hubo que vender mucho ganado y el monasterio se endeudó.

A comienzos del siglo XIX llegó a faltar grano para comer, a causa de las malas cosechas.

La situación se agravó con la guerra de la Independencia. La comunidad jerónima contribuyó al equipamiento de las milicias con 14 arrobas de plata y con la venta de posesiones. Las tropas francesas llegaron a Guadalupe en 1810 y

confiscaron las alhajas y los ganados, siendo ésta la mayor catástrofe económica del monasterio. Los monjes recurrieron a tomar dinero prestado.

12. Intervención del cardenal don Isidro de Borbón

Al producirse la primera exclaustación, durante la revolución de Riego, el ayuntamiento constitucional de Guadalupe entró en colisión con el monasterio y los monjes hubieron de abandonarlo el 17 de junio de 1822. Entonces, el cardenal arzobispo don Isidro de Borbón nombró cura de Guadalupe a don Agustín Castellón. Es el primer sacerdote secular de la diócesis de Toledo que regentó el santuario después de la fundación jerónima.

Más tarde volvieron los monjes, aunque por poco tiempo; además, muchos de ellos estaban secularizados, lo que provocó disensiones internas.

13. Los Jerónimos salen definitivamente de Guadalupe

El 25 de julio de 1835 se publica oficialmente por el Estado el decreto de exclaustación de los regulares.

El gobierno liberal procedió a la desamortización de los bienes de las órdenes religiosas suprimidas. El inmenso latrocinio afectó de lleno a Guadalupe. Fueron arrebatados sus bienes y vendidas a particulares muchas de sus edificaciones, a excepción del templo y sus anejos que adquieren la condición de iglesia y casa parroquial.

Los monjes jerónimos abandonan Guadalupe de modo definitivo el 18 de septiembre de 1835. El santuario queda convertido en parroquia secular de la Diócesis de Toledo. Vuelve, después de cuatrocientos sesenta y seis años, a la jurisdicción de los arzobispos de Toledo el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, cuya devoción la iglesia toledana jamás había dejado de fomentar.

Comienza la tercera etapa de la historia del santuario.

3ª ETAPA: GUADALUPE, PARROQUIA SECULAR DE LA DIÓCESIS DE TOLEDO (1835-1908)

Del 18 de septiembre de 1835 hasta el 7 de noviembre de 1908, es decir, durante setenta y tres años, el santuario de Guadalupe es parroquia secular servida por religiosos exclaustados y por ecónomos del clero toledano, nombrados por los arzobispos de Toledo.

Tras la desamortización, el estado de Guadalupe fue calamitoso. Los inmensos daños materiales y espirituales producidos contribuyeron a que desaparecieran innumerables tesoros aportados como ofrendas y dones en épocas anteriores. Parte del monasterio se derrumbó. La ruina hubiera sido total si no lo hubieran impedido los arzobispos de Toledo.

Aún más; apartado de las grandes ciudades y vías de comunicación, el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, sin el interés de sus prelados y párrocos, hubiera caído totalmente en el olvido nacional.

Justo es reconocer los esfuerzos de los prelados toledanos y de los párrocos seculares del santuario para defender el templo y mantener viva la devoción a Santa María de Guadalupe. Limpia hoja de servicio a Guadalupe tienen los sacerdotes diocesanos.

Entre los hechos importantes que revelan la preocupación de los arzobispos de Toledo por el santuario tenemos:

La declaración de monumento nacional a favor del mismo, otorgada por Real Orden en 1879, con el propósito de salvar al arruinado santuario.

La reinstalación de una comunidad jerónima, integrada por monjes exclaustros, llevada a cabo, en 1884, por el cardenal arzobispo don Juan Ignacio Moreno (1876-1884). Tras un año de duración se disolvió. Fue ciertamente un intento de restablecer en Guadalupe la vida religiosa, pero las circunstancias de los tiempos y el estado material del santuario no permitieron la continuidad de los exclaustros jerónimos.

La fundación de un Seminario Menor en Guadalupe, por iniciativa del cardenal Payá y Rico, arzobispo de Toledo de 1886 a 1891, continuada por el cardenal Monescillo y Viso, durante su pontificado de 1892 a 1898. Este seminario con una comunidad de eclesiásticos, a la que estaba encomendado, funcionó durante dos etapas: 1885-1893 y 1895-1899, que corresponden, respectivamente, a los prelados mencionados. En 1899, por motivos de diversa índole, fue cerrado el seminario, que tanto contribuyó al esplendor del culto y a la promoción de vocaciones sacerdotales.

La peregrinación regional de 1906, que conmovió profundamente los sentimientos marianos guadalupenses de la región extremeña y preparó convenientemente los espíritus para la declaración del patronato canónico de Santa María de Guadalupe sobre Extremadura.

La declaración de dicho Patronato a ruegos del cardenal don Ciriaco Sancha y Hervás, arzobispo de Toledo (1898-1909). Otorgado por San Pío X, mediante Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, el 20 de marzo de 1907, el patronato de Santa María sobre Extremadura fue un impulso poderosísimo para el resurgimiento de la devoción de Extremadura a Guadalupe. En su consecución y promulgación solemne tuvo parte muy destacada la sede de Toledo, preocupada por la devoción a Nuestra Señora de Guadalupe. Encabezó el interés de los otros obispos con jurisdicción en Extremadura: Plasencia, Coria, Badajoz, Córdoba, Ciudad Rodrigo y Ávila.

La generosa contribución al restablecimiento de una comunidad religiosa en Guadalupe. El cardenal Sancha y Hervás, en 1908, entregó, sin menoscabo de su jurisdicción ordinaria, el santuario y parroquia de Guadalupe a la Orden Franciscana, accediendo a los deseos de Su Majestad el rey don Alfonso XIII y de los promotores de la restauración guadalupense.

Por Rescripto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, de 1 de agosto de 1908, ejecutado el 3 de noviembre por el Ordinario de Toledo, la parroquia secular fue convertida en regular y entregada «pleno iure» a la Orden Franciscana, quedando sujeta como parroquia a la jurisdicción ordinaria de la Diócesis de Toledo.

El 7 de noviembre de 1908, los padres franciscanos se hicieron cargo del monasterio. Comenzaba la cuarta y última etapa de la historia guadalupense.

4ª ETAPA:

GUADALUPE BAJO LA CUSTODIA DE LA ORDEN FRANCISCANA

1. Labor de los padres franciscanos en Guadalupe

Desde el 7 de noviembre de 1908 hasta nuestros días han pasado setenta años.

Es difícil condensar en pocas líneas la labor que los padres franciscanos han realizado, durante setenta años, en el santuario-convento y parroquia.

Las gentes, fieles testigos de los hechos, han enaltecido siempre la labor meritísima y desinteresada de los hijos de San Francisco en Guadalupe, y admirado cómo, con su extrema pobreza, han podido realizar la restauración y rescate del santuario-convento.

En cuatro o cinco puntos puede sintetizarse la obra franciscana guadalupense en su vertiente exterior:

Labor pastoral y espiritual: Con la regencia del santuario y su parroquia, acomodada a los métodos de acción de cada época, realizada con celo, seriedad y dignidad, han promovido la vida cristiana de la comunidad de creyentes de la Puebla y de los peregrinos, sirviendo con solemnidad el culto litúrgico de todos los días y el de las fiestas y circunstancias especiales. La Casa de estudios de la Orden, con su Schola Cantorum, durante muchos años, y la Coral Guadalupense, en la actualidad, han ayudado mucho a la promoción del canto y realización del culto solemne.

En esta obra pastoral y espiritual es conveniente mencionar algunas efemérides, ciertamente gloriosas, pero también efectivas como fuente de vida espiritual, que han tenido lugar durante la era franciscana: la coronación canónica en 1928; la ofrenda de un nuevo trono a la Señora en 1953; la declaración de Basílica en 1955; el Congreso Mariano Regional en 1954, con la consagración de Extremadura a la Virgen de Guadalupe; la renovación solemne de esta consagración en 1956; el Año Jubilar guadalupense en 1957-58, conmemorativo del patronato de Santa María de Guadalupe sobre Extremadura; la ofrenda de una nueva carroza procesional en 1960, etc., etc.

Pero no son estos actos solemnes y ocasionales los que realmente han hecho el Guadalupe franciscano, sino la vida y actividad diarias de unos religiosos sencillos y abiertos, entregados a la santificación propia, al servicio del pueblo y de los numerosos peregrinos.

Labor material: Después de setenta años de continuas restauraciones puede la comunidad franciscana presentar un Guadalupe más hermoso que el anterior a 1835. Esto no es exageración; basta comprobar el santuario de 1835, mutilado por construcciones sobre el templo y sobre la fortaleza, y el actual, devuelto a su primitiva hermosura y enaltecido con nuevas obras.

Con sus propios recursos en los primeros años –hasta 1924–, y con la ayuda del Estado a partir de esta fecha, la comunidad franciscana ha acometido con éxito la ingente obra de la restauración material, que ha exigido también el rescate, por compra, de varias partes del santuario vendidas en el siglo pasado.

Un estudio comparativo sobre el material fotográfico de 1908 y el actual pone de relieve la gran obra restauradora de la Orden Franciscana en el conjunto de edificaciones, aumentada por otras realizaciones artísticas que ha llevado a cabo durante este tiempo.

Labor social: La labor social de la comunidad franciscana en Guadalupe se centra, entre otros aspectos, en la enseñanza, durante los setenta años, en las escuelas públicas del santuario; además, en los puestos de trabajo creados, en el convento y hospedería, para gentes del pueblo; y, sobre todo, en una constante y preferente atención por parte de la parroquia a las gentes más pobres y necesitadas.

Últimamente, la comunidad, preocupada siempre por la promoción cultural de los jóvenes, ha donado al pueblo un extenso olivar para instalaciones deportivas.

Labor cultural: Íntimamente unida y a veces confundida con la labor social está la obra cultural que la comunidad franciscana ha realizado en Guadalupe.

En este aspecto, baste decir que el santuario fue honrado por la Provincia Bética franciscana primero con la Casa Mayor de Estudios (Filosofía y Teología) desde 1909, y últimamente con el Noviciado de la Provincia, a partir de 1967.

Los franciscanos han fundado, en 1916, la revista «El Monasterio de Guadalupe» («Guadalupe» desde 1962) para fomentar la devoción a la Virgen y publicar estudios sobre temas relacionados con Guadalupe y la región, y han editado varias obras de relevante mérito.

En este orden cultural es preciso consignar la instalación de museos; también se promueven con frecuencia actos culturales extraordinarios.

La comunidad ofrece una bien nutrida biblioteca mayor con valiosísimos fondos, formada con distintas aportaciones y adquisiciones durante esta época franciscana. El archivo está debidamente catalogado para que los estudiosos, preferentemente los de Extremadura, puedan investigar sobre temas guadalupenses en su triple dimensión: devocional, histórica y artística; y sobre temas relacionados con la región y el culto mariano.

Durante este tiempo el convento guadalupense ha dado hombres insignes en ciencia y virtud. Entre los que han muerto merecen mencionarse Fr. Germán Rubio, autor de la famosa «Historia de Nuestra Señora de Guadalupe»; Fr. Carlos G. Villacampa, que escribió «Grandezas de Guadalupe», y, últimamente, Fr. Benigno Lerchundi, párroco de Guadalupe, durante diez y ocho años, que ha fallecido en olor de santidad en 1975, en Loreto, cerca de Sevilla, después de

haber anunciado el día de su muerte. La recibió, como San Francisco, pobre y humilde, sobre el suelo de su celda, coronando así más de cuarenta años de vida guadalupense, entregado a la virtud y al desarrollo de la ciencia y de la cultura en favor del convento y de los hijos de la Puebla.

Labor vocacional: Guadalupe ha dado siempre vocaciones sacerdotales y religiosas. En proporción al número de habitantes, podemos decir que en abundancia considerable; más para el clero secular que para la orden franciscana; y más –en cuanto a la vida religiosa– para instituciones femeninas: órdenes y congregaciones religiosas. Los sacerdotes y religiosas que de Guadalupe han salido se han distinguido por su ejemplar entrega a la vocación sentida.

Actualmente, no faltan en el noviciado franciscano los jóvenes que ofrecen muy sólida esperanza para el futuro de la orden.

2. Los arzobispos de Toledo y la comunidad franciscana

Los arzobispos de Toledo han mantenido estrechas relaciones con el santuario y con la comunidad franciscana.

Todos los arzobispos toledanos de esta etapa han demostrado gran devoción a la Señora y han considerado siempre a Guadalupe como uno de los focos de piedad mariana en el arzobispado, fomentando las peregrinaciones al santuario y procurando su mayor estimación entre los fieles con diversas acciones pastorales.

Entre ellas merecen mencionarse: la coronación canónica, en 1928, de Nuestra Señora de Guadalupe por el cardenal don Pedro Segura y Sáez; la celebración, en 1933, de las bodas de plata de la comunidad franciscana en Guadalupe, cuyo acto principal presidió, como arzobispo de Toledo, el cardenal don Isidro Gomá y Tomás; la declaración de Basílica Menor, recomendada vivamente por el cardenal don Enrique Plá y Deniel, en 1955; un año después, el 14 de octubre de 1956, el cardenal Plá y Deniel presidió, en Guadalupe, la renovación de la consagración de Extremadura a su celestial Patrona; la celebración del Año Jubilar guadalupense (1957-1958) con la recomendación del mencionado cardenal Plá y Deniel.

Ampliamos, dentro de la obligada brevedad, estos datos.

A) La coronación canónica, en 1928, de Santa María de Guadalupe

Si en ningún momento la Iglesia toledana ha dejado de fomentar la devoción a Nuestra Señora de Guadalupe, el interés de su Prelado se hizo más patente, en 1928, cuando obtuvo de la Santa Sede la concesión de la coronación canónica de tan venerada Imagen, cuyo cincuentenario celebramos ahora.

El cardenal don Pedro Segura y Sáez, quien, en nombre de Su Santidad el Papa Pío XI, coronó la imagen de Santa María de Guadalupe, fue el organizador y promotor de tan inolvidable jornada.

La coronación canónica de Nuestra Señora era, desde antiguo, un vivo deseo del santuario, de Extremadura y de la comunidad franciscana.

A partir de la toma de posesión de la Sede Primada de Toledo, por el cardenal don Pedro Segura y Sáez, el 24 de enero de 1928, la iniciativa, por obra de este insigne arzobispo, comenzó a hacerse realidad, de tal modo que en octubre de ese mismo año era llevada a feliz término.

Intervención personal del arzobispo de Toledo: El mismo cardenal Segura asumió la tarea de la preparación de los actos. Visitó algunas de las diócesis con territorio en Extremadura y, de acuerdo con sus obispos, se constituyeron las Juntas Diocesanas organizadoras.

Dirigió una carta a dichos obispos y al Vicario General de la Orden Franciscana en España, en la que expresaba su antiguo deseo, nacido cuando regía la diócesis de Coria, de proponer a los prelados con jurisdicción en Extremadura la iniciativa de elevar a la Santa Sede preces, solicitando la coronación canónica de la Imagen.

Acogida por los obispos y por la Orden Franciscana la iniciativa del Cardenal Primado, éste dirigió después, en mayo de 1928, a sus diocesanos otra carta, en la que exponía el sentido de las fiestas de la coronación, la cual se celebró con extraordinaria solemnidad el 12 de octubre de 1928, con asistencia del rey Alfonso XIII.

La coronación canónica de la Imagen de Nuestra Señora ha sido el acontecimiento más solemne y la jornada más gloriosa de la historia de Guadalupe en la etapa franciscana.

Presencia espiritual del Papa Pío XI en la coronación canónica: La coronación canónica de la Virgen de Guadalupe tiene, además, una significación especialísima: la presencia espiritual del Papa Pío XI.

Dada la importancia de este acto, la Santa Sede no se contentó solamente con la autorización, de trámite ordinario, concedida por el Cabildo Vaticano, en decreto de 13 de agosto de 1928, sino que quiso hacerse presente designando al cardenal arzobispo de Toledo don Pedro Segura y Sáez como Legado «a látere» de Su Santidad Pío XI, en Carta de la Secretaría de Estado, de 30 de septiembre de 1928.

Se dice en esta Carta: «Su Santidad se congratula mucho de tan fausto acontecimiento, tanto más cuanto que conoce y sabe que España entera, por su egregia fe y devoción a la Virgen, se conmueve para celebrarla con gran magnificencia... Por tanto, tratándose de cosa de tan gran importancia, el Augusto Pontífice te ha elegido Legado Suyo, para que, en su nombre y con su autoridad, coronas solemnemente a la venerada Imagen de Guadalupe y presidas las ceremonias, confiando plenamente en que tú mismo, por tu piedad y por la dignidad de la púrpura romana, has de contribuir no poco al esplendor de estas solemnidades».

Con este gesto Pío XI mostró el amor de toda la Iglesia a esta advocación de Guadalupe.

Resonancia regional y nacional de la coronación: Entre todos los acontecimientos de la historia de Guadalupe es, ciertamente, éste de su coronación, el de mayor incidencia en la fama externa del santuario. Fue un acto solemne de proclamación de María, bajo el título de Guadalupe, como Reina de las Españas. Fue el comienzo de un nuevo resurgir de la antigua devoción en Extremadura y en toda España.

B) 1933. Bodas de Plata de la Comunidad Franciscana en Guadalupe

Fervoroso entusiasta de Guadalupe fue también el cardenal don Isidro Gomá y Tomás. Visitó varias veces el santuario; y presidió, como arzobispo de Toledo, el acto principal de las Bodas de Plata de la Comunidad Franciscana en Guadalupe, el año 1933.

C) Declaración de Basílica Menor en 1955

Fue otorgada por Pío XII, a petición de la Orden Franciscana, con la viva recomendación del cardenal don Enrique Plá y Deniel que, durante su largo pontificado, promovió varias iniciativas en favor de Guadalupe.

D) Renovación de la consagración de Extremadura a su Patrona

El 14 de octubre de 1956, el mismo cardenal Plá y Deniel presidió, en la Basílica, la renovación de la consagración de Extremadura a su Patrona. También elevó preces, que fueron atendidas, para que se declarase el Año Jubilar Guadalupense, en 1957-58, durante el cual la Comunidad Franciscana trabajó celosamente para facilitar la gracia del Señor a los fieles.

3. El Rey don Juan Carlos I en Guadalupe

Guadalupe fue, durante varios siglos, lugar de devoción y de cita espiritual de los monarcas españoles. Eran frecuentes sus visitas para pedir a Santa María de Guadalupe ayuda en los asuntos más graves del Reino y, también, para descansar, después de sus fatigas.

El Rey don Juan Carlos I, en la actualidad, y su esposa doña Sofía, han continuado la tradición y han honrado el santuario varias veces ya, y, principalmente, en su visita del 10 de marzo de 1977.

4. Guadalupe hoy: medios de expansión devocional

Poco a poco, a partir de la Declaración del patronato de la Virgen sobre Extremadura, la devoción guadalupense ha recobrado el puesto que le corresponde en Extremadura, en España y en América.

Los medios de difusión –prensa y radio, sobre todo– han contribuido mucho a hacerla resurgir.

Asimismo, las *comunicaciones*, hoy rápidas y cómodas, han acercado el santuario a los pueblos.

Entre los medios de expansión devocional ocupan lugar preferente *las peregrinaciones populares*, cuando se organizan y desarrollan dentro del sentido de espiritualidad peregrinante de la Iglesia; igualmente *las excursiones*, que siempre dejan un sedimento religioso en el visitante.

Las celebraciones de bodas y de otros acontecimientos familiares ayudan en unos a despertar, en otros a arraigar, la devoción hacia Santa María de Guadalupe.

Pero sobre todas las manifestaciones devocionales, como nacida del sentir del pueblo sencillo, todavía ocupa el primer lugar *la magna y espontánea peregrinación del 8 de septiembre de cada año* en las fiestas mayores de la Virgen de Guadalupe.

Queremos rendir también el tributo de nuestro reconocimiento a la «*Asociación de Caballeros de Guadalupe*» y de «*Damas de Guadalupe*», que viven actualmente un momento interesante de renovación y de acción. Esta «Asociación de Caballeros de Santa María de Guadalupe», armonizando su vida práctica de creyentes con la atención al mundo de la cultura, ha sabido colaborar en la obra –la más importante del santuario– de la devoción a María manifestada en Guadalupe. Las fiestas del 12 de octubre y las Jornadas de Hispanidad que organiza cada año, a partir de 1971, en Guadalupe, han contribuido mucho, con notable acierto, a la expansión de la devoción guadalupense en Extremadura, en España y en América.

Entre los medios de propaganda devocional, hemos de alabar también la institución «*Cruzada Mariana*» que dirige el franciscano fray Antonio Corredor, poeta y apóstol de María. Tanto en España como en América, realiza esta institución una labor meritoria de propaganda mariano-guadalupense, resaltando los aspectos prácticos, vivenciales, de la devoción a María.

EPÍLOGO

He aquí, queridos diocesanos, la historia de Guadalupe a grandes rasgos. Ocultos en el silencio quedan los datos que no se pueden recoger ni escribir: son la palabra de Dios que allí se ha predicado sin cesar, los sacramentos administrados, los ejemplos de tantos buenos religiosos y sacerdotes, la piedad y la abnegación del pueblo al que la Virgen María ha facilitado los caminos del perdón y de la confianza en Dios, la influencia social y cultural impregnada de sentido cristiano, la contribución efficacísima a la evangelización de América, a través de tantas determinaciones, consejos, propósitos y nobles ilusiones que alentaron en el espíritu de las gentes de España, en un descomunal forcejeo entre sus sueños y la pesada realidad con la que hubieron de enfrentarse. Esas tensiones internas son las que no se pueden reducir a palabras escritas. Y, sin embargo, por ellas corre el fluido vital, secreto y ardiente, sin el que no se comprende nada de lo que aparece al exterior.

Bendigo de todo corazón a la Comunidad Franciscana que hoy rige los destinos de la Basílica y del Monasterio, y que tanto ha hecho, sin querer proclamarlo nunca, para que de entre las ruinas y el polvo surja otra vez airoso el guion de la realidad actual de Guadalupe, fiel a su historia.

Cuatro grandes misiones de servicio a la Iglesia veo que podría cumplir Guadalupe en nuestros tiempos, las cuales me atrevería a encomendar a los hijos de San Francisco, si la Providencia de Dios quiere ofrecer los medios para ello.

La primera es que siga siendo, como lo es hoy, y cada vez más intensamente, centro de devoción popular mariana, lugar de peregrinaciones de grupos y de muchedumbres, que encuentren cálida y orientadora acogida a los anhelos de su alma. El cristianismo no es una religión para minorías selectas, es para el pueblo que sufre y busca la salvación de Dios, a veces sin saberlo.

La segunda sería lograr en Guadalupe un centro de formación y acción litúrgica y pastoral, especialmente orientado al mundo rural, para conservar todos los valores que aún tiene y perfeccionarlos. Unidos los religiosos franciscanos y el clero de las diócesis cercanas podrían conseguir una institución viva, capaz de contribuir poderosamente a impulsar y enriquecer esa religión del pueblo, de que ha hablado Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*, libres por igual del inmovilismo de la rutina como del pastoralismo funesto de tantos que sólo saben hablar desde sus laboratorios artificiales, sin haber aprendido a amar.

Por último, Guadalupe no debe dejar de mirar a América. La Asociación de Caballeros de Guadalupe y, en su medida, la de Damas del mismo nombre, merecen un apoyo eficiente, que ellos mismos deben saber buscar, para promover encuentros, fomentar acciones, divulgar escritos, etc., que ayuden a mantener viva la llama de una amistad, nacida de la fe, entre los pueblos de España y el continente americano. La tarea ya ha sido iniciada estos últimos años. Falta desarrollarla con amplitud de miras y no limitarla a actos oficiales, el Día de la Hispanidad, sino extenderla al pueblo en todas sus dimensiones. Todo es poco, en esta hora de incertidumbres, para ofrecer lo que más eficazmente pueda dar a los hombres la paz interior y la alegría de vivir con esperanza.

No puedo ser indiferente ni a lo que Guadalupe ha significado desde siglos muy remotos, ni a la que en el futuro pueda significar para las tareas de evangelización de la Iglesia española en el ámbito nacional y en el extremeño.

Extremadura contempla al santuario de Guadalupe como algo suyo. Lo es desde siempre por el amor y la piedad. Y puede serlo ahora con una nueva regulación canónica, si se hacen bien las cosas y se evitan actuaciones y criterios anacrónicos y menos puros. Porque por encima de Toledo y de Extremadura, Guadalupe es de España entera y de América. Es un símbolo, una realidad, un medio de evangelización, una fuerza religiosa que nos alimenta y fortalece en nuestra debilidad.

Esta Carta Pastoral está escrita, porque la ocasión invita a ello, para conocer el pasado; pero el corazón pastoral y la mano de quien la escribe miran también hacia el futuro. Guadalupe es mucho más que un paisaje, un edificio arquitectónico, una imagen venerada. A Guadalupe no se le puede reivindicar bajo el impulso de una conciencia regionalista, porque no ha sido ninguna región, en el sentido en que empleamos hoy esta palabra, la que ha dado existencia al santuario ni al monasterio. Han sido la historia que corre, la Iglesia, los obispos de Toledo, las órdenes religiosas, el pueblo, y más que nadie la misma Virgen Santísima. Esté en una u otra diócesis, Guadalupe es de todos, y lo importante

es que allí siga fomentándose el amor a Santa María para recibir su protección y su influencia evangelizadora. Si conviene para la vida cristiana que los territorios extremeños pertenecientes hoy a Toledo pasen a otra diócesis de Extremadura, y entre ellos Guadalupe, hágase cuanto antes, y hágase bien. Ni podemos quedar anclados en una historia que empieza en la Edad Media, ni tampoco dejarnos aturdir por consideraciones que no sean estrictamente pastorales.

Como ciudadano español y obispo de la Iglesia deseo para Extremadura toda la satisfacción y el progreso a que tiene derecho; no misericordia compasiva, sino la justicia y el respeto que merece una de las tierras más nobles y abnegadas de España.

Como arzobispo de Toledo hoy, y juzgo que lo mismo pensarán mis sucesores mañana, lo único que me parece válido, con tal de que se aplique por igual a todas las diócesis de España en la realización de las reformas necesarias, es atender al incremento de la vida cristiana para la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas, lenguaje que prefiero a ese otro de la encarnación en el pueblo, etcétera, tan expuesto a las manipulaciones meramente humanas.

¡Oh, Virgen de Guadalupe, Reina y Madre del Amor más hermoso, haz que en España entera sigamos mereciendo tu protección! Que las florecillas y los arroyuelos de las Villuercas sigan murmurando suavemente aquellas palabras con que te hemos saludado tantas veces: «de todos seáis loada, ¡oh, Virgen de Guadalupe!». Que tu misión de llevarnos a Cristo, cumplida siempre con fidelidad bajo las más bellas advocaciones con que te ha honrado la historia antigua, las cuales repetimos hoy con veneración y amor humilde, siga lográndose por los siglos de los siglos en el corazón de tus hijos de Extremadura, de Toledo, y de toda la patria española.

Toledo, agosto de 1978.

ACCIÓN FRANCISCANA EXTREMEÑA EN LA EVANGELIZACIÓN DE AMÉRICA

Discurso de apertura del Congreso *Franciscanos Extremeños en el Nuevo Mundo*, 28-31 de octubre de 1986, publicado en *Actas y Estudios*, Los Santos de Maimona, Badajoz, 1987, 31-42.

Veo que estos padres franciscanos desmienten al menos con las palabras, no con los hechos, el ideal de la pobreza, porque ellos son pobres y, sin embargo, son excesivamente ricos en la alabanza a los demás.

Por mi parte no puedo ofrecer título especial ninguno para participar en este Congreso, como no sea una referencia muy sincera a la satisfacción con que lo hago, consciente de que lo único que puedo ofrecer es el obsequio de mi presencia, si algo significa, como Obispo de la Diócesis, y el compromiso lógico que yo he aceptado, de responsabilidad pastoral al identificarme con los planes y propósitos de los organizadores del Congreso. Un obispo, más el obispo diocesano, no puede ser indiferente nunca a un programa en que se trata de ofrecer pensamientos, sugerencias, luces, sobre un hecho de tantísima importancia como la evangelización de América. Al hablar yo ahora, tengo grabada en mi retina la imagen de la catedral de Toledo anoche, cuando estaba llena a reborar de una gran muchedumbre, que se había congregado para un acto de oración en unión con las intenciones del Papa, en la jornada que ayer se vivió en Asís.

Convocados el clero, comunidades religiosas y el pueblo a un acto de oración. Y bravo el pueblo, porque durante el día se había ido hablando y comentando un hecho que se promovía en Asís con motivo de una jornada de oración universal, en que el Papa, y con él tantos jefes religiosos de diversas religiones, se habían reunido para orar. Para orar por la paz. No tiene relación directa ese acto con lo que evocamos aquí con este Congreso al hablar de la evangelización de América. Aquí se trata de evangelización y aquél era un acto ecuménico. Pero en el fondo de ese acto ecuménico había todo lo que tiene de singular la trascendencia de lo religioso. Los hombres que allí estaban cada uno en su sitio, ofrecían a Dios su oración y esta oración atravesaba las nubes y se unía para llegar a Dios Omnipotente en el que todos confían creer.

De manera que era una jornada cultural, pacificadora, religiosa, en una palabra, benefactora de la humanidad. La evangelización también busca el beneficio de la humanidad. Cambian los tiempos, cambian los métodos, cambian las culturas, pero hay una similitud no demasiado remota, entre ese esfuerzo de ayer por parte de unos y otros para acercarse a lo que es lo más grande del hombre: la paz por caminos religiosos, y la obra que hace siglos realizaron tantos hombres de España, y concretamente de esta región de Extremadura, buscando también la elevación de los espíritus, por métodos distintos de los que el modo de pensar de hoy puede ofrecernos, para intentar conseguir la unidad del género humano en los sentimientos de la fe y del modo de vivir con la creencia y el

comportamiento moral, buscando paz, aunque a la vez se produjeran yerros de conquista, de los cuales la Iglesia no era responsable.

Con esta impresión, con este deseo de ofrecer lo que pueda significar el obsequio de mi presencia aquí, yo os felicito a todos los organizadores del Congreso y doy gracias también a la Junta de Extremadura por la delicada atención que tiene de patrocinarlo y de ayudar a que se realice. De esta manera demuestra su atención a la más honda y rica cultura de su pueblo. Evoca el pasado, contempla el presente y siembra para el futuro. Muchas gracias, señor Consejero de Educación y Cultura.

LAS RAÍCES ESPIRITUALES DE LA EVANGELIZACIÓN

Me dicen que, además, este año es cuando se cumple el V Centenario exactamente de la primera visita de Cristóbal Colón a este monasterio, en 1486. Ahí queda eso, Cristóbal Colón visitando el monasterio busca ayuda y concordia de pareceres para poder encontrar cimientos sólidos a lo que él ya iba adelante. El tema, pues, es muy grato para todos. Hablar de los franciscanos extremeños en su obra evangelizadora de América. En la homilía que yo pronuncié aquí el 8 de septiembre de este año utilicé estos términos: «Pronto celebraremos el Congreso que la Comunidad Franciscana quiere organizar sobre ‘Franciscanos extremeños en el Nuevo Mundo’ y se pondrá de manifiesto una vez más lo que significó para la fe y la cultura la acción de este pueblo y de esta región»¹.

Vosotros lo vais a poner de relieve, especialistas llenos de competencia, que habéis entregado muchas horas a vuestro trabajo de investigación, a la tarea de iluminar este aspecto de nuestra historia. Yo no voy a tratar de renovar aquí tópicos derivados de leyendas blancas o negras. No. Ni a discutir si es descubrimiento, invención o encuentro. Sólo voy a hacer unas observaciones muy sencillas sobre la evangelización franciscana extremeña y sobre sus raíces, las raíces espirituales de esta evangelización, tanto más cuanto de estas tierras salieron tantos conquistadores, misioneros, labradores y administrativos, que dejaron su vida y su sangre en América, tan parecidos en lo humano, aunque sus móviles no fueran los mismos. Lo primero que habría que destacar es el sentido misional del descubrimiento, puesto de manifiesto en la bula *Inter cetera*, de Alejandro VI, de 4 de mayo de 1493, famosa en la historia de la evangelización del Nuevo Mundo. Los Reyes Católicos quisieron delegar esa obligación de evangelizar en los que pasaban a Indias, pero los verdaderos depositarios de la misma fueron los misioneros, religiosos, sacerdotes y obispos. Y es curioso, señores. Leyendo esa bula del Papa Alejandro VI se encuentra una frase enormemente conmovedora para el que está acostumbrado hoy a pensar en las exigencias del sentido cristiano de la vida, tal como nos lo presenta el Concilio Vaticano II, porque el Papa Alejandro VI, al dirigirse a los Reyes Católicos, les dice: «Que en virtud del bautismo que habéis recibido tenéis la obligación de evangelizar»².

¹ Revista «Guadalupe», 683 (1986), 188-191.

² ALEJANDRO VI, bula *Inter cetera*, 4 de mayo de 1493: «et per sacri Lavacri susceptionem... orthodoxae Fidei celo intendatis... populosque in hujusmodi Insulis et terris degentes ad Christianam Religionem suscipiendam inducere velitis».

Esto lo venimos repitiendo hoy en la Iglesia en nuestros días, constantemente, cuando obispos y sacerdotes nos dirigimos a los laicos cristianos. En virtud del bautismo. ¿Cómo se realizó después? Esta es otra cuestión, en la cual yo no debo entrar, ni en este momento ni en otro del que yo no dispongo. Eso pertenece a los especialistas.

Pronto el sentido comercial, la exigencia de la rentabilidad, el negocio, se impusieron sobre la obligación de los pasajeros a Indias, pero los misioneros mantuvieron el propósito evangelizador: abrazaron a los indios, los defendieron de toda injusticia, les prometieron el mismo cielo que a ellos les estaba prometido. Predicaron a españoles y a indios que los que oprimían a los naturales estaban en pecado grave. Que los oprimidos eran hombres como los españoles y tenían alma racional. Esto tiene tanto valor, no ya desde el punto de vista del Evangelio y de la propagación de la fe, sino bajo una consideración estrictamente humana de atención a la dignidad del hombre, que nadie que examine estos hechos desapasionadamente podrá negar a los misioneros españoles en América la realidad fecunda de una empresa de primerísima orden, superior a la cual dudo haya podido existir otra.

Naturalmente que se produce un choque con las culturas autóctonas y se cambian las culturas. Y hoy puede darse el caso de que venga una visita a Madrid de jefe de tribus indias de países americanos que, amparados en la evolución de los pensamientos y reflexiones, también a veces de las propagandas, puedan decir, como acaban de hacerlo, que había que abolir esa bula del Papa Alejandro VI y reprobarla, porque se produjo, como consecuencia de la misma, un cambio de cultura, aboliendo la que ellos tenían. Y así éstas son consideraciones que no hay que despreciar desde el punto de vista de lo que los hombres piensan, pero las culturas cambian continuamente y se sustituyen unas a otras. La cultura puede cambiar incluso con la práctica del té de todos los días a las cinco. En la India, en Pakistán, en donde sea. La cultura puede cambiar simplemente con el cultivo de una relación humana y social, que va transfiriendo las costumbres y nadie se extraña de eso después. La tendencia continua en la humanidad es hacia un progreso mayor en la realización precisamente de la dignidad del hombre. Yo escucharé con mucho respeto siempre lo que me digan los jefes de esas tribus que tienen la facultad de hablar incluso en Madrid, capital de la nación que promovió todo esto, pero siempre podré pensar dentro de mí que una obra como la de la Iglesia, y ahora no me refiero a la conquista, la de la Iglesia, que va a terminar en la fundamentación más rigurosa y más profunda de la dignidad del ser humano, porque precisamente va a conducir al reconocimiento de sus méritos como hijo de Dios, no es ningún retroceso ni agravio.

DOS TESTIMONIOS ELOCENTES

Es un enriquecimiento, y junto a esta manifestación, que podían hacer los textos a que me refiero, yo podría decir cómo hace menos de dos semanas me encontraba en Roma para una Reunión Plenaria de la Congregación de la Evangelización de los Pueblos. Asistimos unos ochenta cardenales, arzobispos y obispos de todo el mundo, y un día en que nos reunimos unos pocos a tener una comida fraterna, junto a hombres como el cardenal Höffner, de Colonia,

Ratzinger, de la Congregación de la Fe, Araujo de Sales, de Río de Janeiro, Law, de Boston, etc. Éramos ocho o diez. Estaba también el cardenal Sin, de Filipinas, de quien han hablado los periódicos con motivo del cambio de régimen en aquellas islas. Nos conocimos ya hace tiempo y en aquella conversación se cruzaban como es natural consideraciones diversas sobre los problemas de la fe en el mundo de hoy, en Europa, América, en Asia. En África también, porque había un cardenal africano de Angola. Pues el cardenal de Manila varias veces, y luego en otros contactos que teníamos en las reuniones, se refirió a la evangelización española allí y siempre ponderativamente. Es un asiático y un hombre culto y sabe lo que valen las convicciones y las peculiaridades propias de la cultura de su pueblo. Simplemente desde el punto de vista de la consideración cultural, él se refería a lo que habían hecho los misioneros españoles y repetía con frecuencia:

«Es inconmensurable la labor que hicisteis allí. Hoy ya sé que todo se considera de distinta manera y yo, asiático, tengo que ponerme de rodillas, cuando contemplo y pienso la labor que realizaron los españoles que allí fueron, dándonos la cultura que hoy tenemos. De manera que es el único país de Asia que tiene una cultura católica con todos los fallos y deficiencias, que lógicamente acompañan a cualquier expresión comunitaria en la manifestación social de un sentimiento determinado, sea religioso, político, etc.»

«Ya sé todo lo que se dice de que se hizo por imposición, que la Corona española entró demasiado, y que se atribuyó poderes que no tenía. Pero, mire usted, cuando pienso en aquella frase de Felipe II que, al saber que cundió en un momento dado el desánimo entre los soldados y los propios misioneros españoles, dada la dificultad terrible para la evangelización de aquellas casi ocho mil islas del Archipiélago Filipino y hubo un intento de abandonarlo todo y de volverse a su patria, cuando pienso que Felipe II en aquel momento dijo: 'Jamás. Donde esté un sagrario con Cristo Sacramentado, llevado allí por españoles, los galeones de España cruzarán constantemente para lograr que siga adorándose al Dios de la verdad y del amor'.»

«Cuando pienso en esa frase no puedo menos de considerar la grandeza humana, religiosa y civilizadora de aquel hombre, en el que se personifican tantas veces los fundamentos de la leyenda negra, de la opresión española a otros pueblos y naciones.»

Cosas parecidas oía yo al cardenal de Corea del Sur, en los dos cónclaves que celebramos hace ocho años para elegir a Juan Pablo I y a Juan Pablo II. Me hablaba este otro cardenal, asiático de los pies a la cabeza: «¡Oh, los misioneros españoles! Yo he estudiado en Alemania –me dijo–. Es el país de la investigación teológica. He vivido también en Francia. Tengo mucha relación con la cultura de la Iglesia francesa, pero tengo que reconocer que, si unos investigan y otros divulgan, España ha sido el país que ha aplicado la vida al Evangelio. Como los misioneros españoles en Asia, en América, no ha habido nadie que haya llevado al corazón del hombre los tesoros de la fe que se convierten en cultura y modo de vivir».

Hombres de Asia, como de América y África, que no sufren quebrantos en su interioridad, ni en los modos de pensar, por el hecho de que se haya cambiado una cultura desconocedora del Evangelio de Cristo por otra que es cristiana.

¡Ojalá que se hubiera acertado siempre con los métodos adecuados! ¡Ojalá también que hubiera sido posible entonces lo que hoy se propone dentro de la manera evangelizadora como inculturación del Evangelio! Es decir, cómo propagar la fe, ayudar a admitirla, profesarla, pero haciendo compatible la unidad de la fe en el dogma, que es fundamental, de la moralidad y liturgia con las manifestaciones de la vida cultural propia.

Muchos destacan la unidad de la Iglesia y de la Corona, afirmando la politización de la Iglesia y la eclesialización de la Corona, pero no era la politización de la Iglesia. Era la sociedad que tenía esas bases en los principios cristianos y desde ellos construía sin discusión. Serán buenos cristianos, regulares, o menos buenos, pero así era la sociedad. Por eso, desde dentro de ella se quejan los encomenderos, los oidores o los militares en contra de la predicación de los religiosos, que tratan de defender los derechos de los indios. Era la sociedad así y los encomenderos y esos conquistadores materiales se profesaban cristianos y cometían abusos, pero los misioneros salían al paso de los mismos, quizás de una manera no sé si acertada o no.

Creo que ahora está presentándose en Madrid una película de la que hablan, titulada «La Misión», en la que se narra la historia de unos misioneros en América que defienden a su pueblo frente a los excesos de los conquistadores españoles. La idea puede ser hermosa, pero puede ser también un capítulo más de la leyenda negra por el modo de presentar las cosas.

LAS FAMOSAS REDUCCIONES

Dentro, pues, del tema que nos ocupa, la historia demuestra con argumentos fehacientes que los misioneros extremeños de la Orden de San Francisco se colocaron al lado de los indios, aprendieron sus lenguas, recogieron su historia, les defendieron valientemente de los abusos de los encomenderos y autoridades políticas y trataron de crear una sociedad en la que fuera posible y real el diálogo entre naturales y ocupantes.

Cuando vieron lo difícil que esto resultaba, a pesar de las clases de lengua y de los esfuerzos para que los indios adquiriesen cultura en escuelas y otros aprendizajes, pensaron estos misioneros franciscanos extremeños, a veces, en dos sociedades paralelas de indios y españoles. Y de ahí arranca el sistema de las famosas reducciones, que llegó a su cima en el Paraguay con las de Fr. Luis de Bolaños y San Francisco Solano, franciscanos andaluces, pero que desde el principio existieron en muchas partes de América, como medio adecuado para la evangelización y la cultura.

Cabe destacar los métodos que los franciscanos extremeños emplearon en la evangelización o educación en la fe: colegios primarios y secundarios, erección de seminarios, clases de música, estudio de lenguas e historia de los indios, y, sobre todo, la predicación directa, valiéndose de intérpretes, cuando el caso lo requería. Su afán de extensión del Reino de Dios los hizo muchas veces exploradores de nuevas tierras y culturas para implantar en ellas el Evangelio.

Como ejemplo, puede citarse la labor de los misioneros extremeños llegados en 1524 a Nueva España. Universalizaron las lenguas de los aztecas abriéndolas

al mundo a través del castellano y del latín, y universalizaron el idioma español llevándolo al corazón de Méjico y de los Andes. Testimonios de esta tarea son gramáticas, vocabularios y catecismos en lenguas aborígenes y modelo espléndido es el Catecismo del Concilio III de Lima, celebrado en 1583, en cuya redacción y aprobación intervinieron dos insignes obispos franciscanos extremeños en Indias: Fr. Antonio de San Miguel y Fr. Diego de Medellín.

LA MÍSTICA DEL AMOR Y DE LA POBREZA

¿Cuál es la raíz que posibilitó todo esto? Es sencillo descubrirla, si confrontamos las primeras narraciones franciscanas en América.

Primero, una espiritualidad personal profunda, fundada en la más radical pobreza, característica del misionero franciscano, y una personalidad, segundo, madura, dignamente independiente, emprendedora. Eran hombres con creatividad.

Abundan los estudios sobre la antropología de los indios. Faltan, en cambio, los referentes a los conquistadores, misioneros, labradores, administrativos y emigrantes, o lo que es lo mismo, de los españoles del siglo XVI.

De manera que entonces se produce, y a ello colaboran eficazmente los franciscanos extremeños, un nuevo renacer de la Iglesia, el que tuvo con ocasión de los descubrimientos españoles y portugueses, especialmente desde 1492 hasta la realización de la primera vuelta al mundo. Detrás quedaba una herencia de relaciones con judíos y mahometanos en la Edad Media, en España y en África. Es muy grato evocar el hecho, puesto que fue en estos territorios casi inmensos de la jurisdicción de Toledo donde se iba produciendo ese contacto entre las diversas culturas, la cristiana, la judía y la musulmana. Me atrevo a pensar que ya entonces, dada la cordialidad que se mantuvo en el trato de las tres religiones por estas tierras a las que me refiero, en un ámbito privado entre familias y barrios, se mezclarían oraciones de unos y de otros, o haría cada uno la suya, pero dirigiéndose unos a otros con mirada limpia de amistad, de afecto y quizás dándose la mano. Provocaron estos descubrimientos el encuentro de la Iglesia, que siglos atrás había mantenido, pero había ido quedando un poco ocultada. Misiones en Asia, conversión de las Islas Canarias, planteamientos de conversión de moriscos en Granada y en otras tierras habían quedado ya un poco sepultados en el olvido y ahora se reemprende la marcha misionera.

Los descubrimientos provocan, pues, este encuentro y desde el principio se entregan a la nueva actividad misionera los religiosos. Lugar destacado ocupan los franciscanos extremeños de la Provincia de San Gabriel y los franciscanos observantes de la Provincia de San Miguel, de Extremadura.

A este respecto conviene citar uno de los documentos más bellos de la evangelización franciscana extremeña. Ha aludido a ello el señor presidente del Congreso. La obediencia dada por Fray Francisco de los Ángeles Quiñones, Ministro General de la Orden, después obispo de Coria y cardenal de la Iglesia Romana, a los «Doce Apóstoles de Méjico», que él había designado en 1523 en la Congregación Intermedia de la Provincia de San Gabriel, celebrada en Belvís de Monroy, un pueblecito extremeño. Se trata de la primera y más destacada

realización evangelizadora en el continente americano. La obediencia e instrucción señalan un objetivo e indican un camino. El objetivo es llevar el Evangelio; el camino es vivirlo, según la Regla, sin glosas, sin dispensas.

Incluso marca con hondura un proceso de cambio de la espiritualidad franciscana de los descalzos extremeños: «A vosotros, pues, o hijos míos, yo vuestro Padre exorto, y con clamorosas voces os excito, a que si hasta aquí ascendistes a la alteza de la vida contemplativa (como Zacheo al árbol sicómoro) para ver a Jesús; ya de oy en adelante descendáis por la vida activa a la conversión de los próximos, para que con el ejercicio de ambas vidas, defendáis el ejército de el Rey Christo y triunféis de los adversarios del linage humano, aunque sea acosta de vuestra propia sangre»³.

Los descalzos extremeños llegan a América y consiguen gran éxito. Son los hombres de la pobreza. Llegaron a pobres y vencidos. Los pobres evangelizan a los pobres y se produjo el milagro de las conversiones al Evangelio. No se trata de repetir la Iglesia primitiva, ni lo primitivo de la Orden, sino de recrearla desde la vivencia cristiana de los españoles de la época.

La espiritualidad de los «Doce Apóstoles de Méjico», de la Provincia de San Gabriel, tenía como norte la mística de la pobreza. La vivían ellos y tenía que reflejarse en todo: ministerio pastoral, edificios, objetos de culto, vestidos, calzado, comidas y amor a los pobres, con quienes compartían de hecho su propia vida. Los «Doce Apóstoles de Méjico» y después de ellos muchos otros misioneros franciscanos extremeños, llevaron la pobreza, la solidaridad, la preferencia por el método de diálogo, los procedimientos pacíficos a todo el continente americano y así influyeron notablemente en lo cristiano y civil de los pueblos.

Esta es la utopía franciscana extremeña, como flor exquisita de la utopía cristiana, del planteamiento radical del amor cristiano desinteresado, a imitación de Cristo. La mística del amor y de la pobreza, convertida en método seguro de evangelización.

Cuando se habla de estas cuestiones sin apriorismos alimentados por las polémicas, que con frecuencia se producen en el ámbito de la conversación, y se examina seriamente el planteamiento de la evangelización en América, encontramos una espléndida unanimidad de reconocimiento y amor en obispos, sacerdotes, religiosos y comunidades cristianas de los países americanos. Cuando empieza a aparecer la imagen de la política y la actuación de los Estados, el panorama cambia.

Tenemos actualmente en el Seminario de Toledo unos cuarenta y tantos alumnos de América. Veintiocho tienen un Seminario propio, que sacerdotes de la diócesis han logrado construir, para que lo ocupen los seminaristas mejicanos, y después otros veinte de diversos países viven con nuestros alumnos en dos Seminarios Mayores, San Ildefonso y Santa Leocadia. Han salido ya en estos años cerca de veinte sacerdotes americanos educados en el Seminario de Toledo. Se mantiene una correspondencia llena de afecto, de profunda amistad. Jamás se ha oído por parte de ellos –bien es cierto que no se ha producido ninguna impertinencia por parte de nuestros alumnos españoles–, jamás se ha

³ TRINIDAD, Juan, *Chronica de la Provincia de San Gabriel*, Sevilla, 1652, 206.

oído, digo, una palabra que no sea de respeto y agradecimiento a la Iglesia española. Algunos de nuestros profesores y aun alumnos han visitado estos países americanos en estos años, precisamente llevados por el atractivo de la amistad, creada en la convivencia de sus estudios en el Seminario, y han vuelto gozosos a reconocer la inmensa alegría con que esos antiguos indios se glorían de tener la cultura que les da la fe. Y no sienten dentro de sí mismos ningún complejo, ni ningún agravio. Se dan cuenta de lo que vale el Cristo del Evangelio, la Eucaristía, la Virgen María, en una palabra, la religión del hombre, y encuentran que ninguna idea ni que ningún hecho puede lograrse sin la fundamentación mayor de la dignidad humana en esa fe que se les predicó y que ha llegado hasta aquí.

Pues bien, señores congresistas, estas pobres y humildes observaciones que yo he hecho sobre los misioneros franciscanos extremeños en su labor en América, no son más que un pequeño pórtico de entrada, desde el lugar en que mi pensamiento podía situarse, como obispo de la diócesis, a las deliberaciones que vais a hacer en vuestro Congreso. Competencia os sobra, señores congresistas; escucharemos en cuanto sea posible, con sumo gusto, la aportación que nos da vuestra capacidad de investigación y la reflexión de vuestro propio pensamiento. A mí me basta haberos ofrecido el obsequio de mi atención respetuosa, y ya que no tengo la competencia que vosotros para hablar de estos temas, sí que puedo ofrecer el amor a esa Iglesia de Cristo que nos cobija en este monasterio, y que es la que impulsó la generosidad de tantos hombres de esta tierra, que no fueron conquistadores de territorios muy amplios, ni derramaron sangre en las batallas, sino que llevaron humildemente el sayal franciscano y el crucifijo y con esto hicieron una labor que no se ha extinguido. Muchas gracias.

EL V CENTENARIO VISTO DESDE EUROPA: EL MANDATO DE ANUNCIAR EL EVANGELIO

Ponencia presentada en el Simposio internacional sobre la Historia de la Evangelización de América, organizado por la Pontificia Comisión para la América Latina. Texto tomado de las *Actas* de dicho Simposio, Ciudad del Vaticano 1992, 19-31.

UN PRECEDENTE INEXCUSABLE

En una crónica, escrita en la segunda mitad del siglo VII, su autor, un desconocido al que sucesivamente se ha llamado Isidoro de Badajoz y anónimo de Córdoba, hace un relato de la batalla de Poitiers (a. 732) en que fue contenida la invasión musulmana que amenazaba con apoderarse de toda la Galia y extenderse por el resto de Europa. Siete días duró la pelea. Al amanecer el séptimo los cristianos, ya vencedores, se adueñan de las tiendas de los árabes y las encuentran vacías. El cronista termina así su descripción: *Europenses vero... in suas se leti recipiunt patrias* («Los europeos, por su parte, regresan alegres a sus patrias»).

Muchos historiadores opinan que, a partir de entonces, se consolidó la conciencia de una identidad común entre los pertenecientes a los pueblos que se opusieron a la invasión musulmana: era la conciencia de sentirse defensores de una civilización cristiana. Así surgió la cristiandad medieval, en que, a pesar de todos los nacionalismos exacerbados, los odios y ultrajes humanos, las destrucciones y violencias de todo género, nunca dejó de brillar la luz del Evangelio y, muchas veces, con esplendor.

Pues bien, un poco antes de esa fecha del 732, exactamente el 718, en una porción de Europa llamada España, se iniciaba la reconquista del suelo patrio que, éste sí, había sido sorprendentemente dominado en muy poco tiempo por los invasores islámicos. Don Pelayo y los que con él se unieron para combatir, defendían la civilización cristiana. Y así durante más de siete siglos estuvieron los españoles luchando contra el islam, a veces ayudados también por los franceses, ingleses, germánicos, itálicos... La lucha continuada de España obedeció a dos motivos fundamentales: reconquistar el suelo patrio y querer seguir siendo un país cristiano en una elección libre que hicieron, y siguieron haciendo durante todo ese tiempo, a pesar de que la civilización árabe que se les ofrecía era más adelantada y humanamente atractiva que la suya.

La referencia a este largo período de la Reconquista es ineludible, si se quiere comprender bien el porqué del esfuerzo de evangelización que realizó España en América desde el descubrimiento de ésta.

El gran historiador Sánchez Albornoz, en su obra *La Edad Media española y la empresa de América*, afirma «como verdad indestructible que la Reconquista fue la clave de la Historia de España» y que «lo fue también de nuestras gestas hispanoamericanas. Repito lo que he dicho muchas veces: si los musulmanes

no hubieran puesto el pie en España, nosotros no habríamos realizado el milagro de América».

«La Reconquista duró casi ocho siglos y la Conquista sólo medio. Esta fue tan asombrosamente rápida, porque España hizo en el Nuevo Mundo lo que en la península venía haciendo desde hace ocho siglos. Estaba ya bien entrenada»¹.

Y, del mismo modo, en continuidad con la tradición multiseccular de avanzar, predicar, bautizar, alzar cruces, iglesias y nuevos pueblos para Cristo, ha de entenderse la rápida evangelización de América, esa inmensa transfusión de sangre, fe y cultura que logró la total conversión de los pueblos misionados, fenómeno único de la historia de la Iglesia. «Sin los siglos de batalla contra el moro, enemigo del Altísimo, de María, de Cristo, y de sus santos, sería inexplicable el anhelo cristianizante de los españoles en América, basado en la misma férvida fe»².

La Conquista de las Indias es completamente ininteligible sin la experiencia medieval de la Reconquista de España. Concretamente «la política asimilista, pero igualitaria, de Castilla, única en la historia de la colonización universal – política que declaró súbditos de la Corona, como los castellanos, a los indios de América y que no convirtió en colonias a las tierras conquistadas, sino que las tuvo por prolongación del solar nacional–, no podría explicarse sin nuestro medioevo»³.

«ID Y PREDICAD EL EVANGELIO A TODA CRIATURA» (Mc 16, 15)

Lo que conmemoramos en este V Centenario es el comienzo de la evangelización en América:

«La llegada y proclamación –en palabras del Papa Juan Pablo II– de la fe y del mensaje de Jesús, la implantación y desarrollo de la Iglesia; realidades espléndidas y permanentes, que no se pueden negar o infravalorar. Y (la Iglesia) se dispone a celebrarlas en el sentido más profundo y teológico del término: como se celebra a Jesucristo, Señor de la historia, ‘el primero y el más grande evangelizador’, ya que Él mismo es el Evangelio de Dios (cfr. *Evangelii nuntiandi*, n. 7).

Como ya tuve ocasión de señalar en el discurso al CELAM reunido en Puerto Príncipe: ‘Como latinoamericanos, habréis de celebrar esta fecha con una seria reflexión sobre los caminos históricos del subcontinente, pero también con alegría y orgullo. Como cristianos y católicos es justo recordarla con una mirada hacia estos quinientos años de trabajo para anunciar el Evangelio y edificar la Iglesia en esas tierras. Mirada de gratitud a Dios por la vocación cristiana y católica de América Latina, y a cuantos fueron instrumentos vivos y activos de la evangelización. Mirada de fidelidad a vuestro pasado de fe. Mirada hacia los desafíos del presente y a los esfuerzos que se realizan. Mirada hacia el futuro para ver cómo consolidar la obra iniciada’ (9 de marzo 1983, III).

¹ JOSÉ M^a. IRABURU, *Hechos de los apóstoles de América*, p. 38.

² C. SÁNCHEZ ALBORNOZ, *La Edad Media española y la empresa de América*, p. 106.

³ *Ibíd.* p. 128.

Por esto, la Iglesia se dispone a celebrar el V Centenario sin triunfalismos, pero consciente de saber que es una sublime gracia del Señor el que haya llamado a la luz de la fe a tantos millones de hombres y mujeres, que invocan su nombre y en él son salvados. Este evento eclesial debe ser también ocasión para una reflexión pastoral sobre el pasado, presente y futuro de América Latina; una reflexión que sirva para dar un nuevo impulso a la obra evangelizadora del continente a todos los niveles, en todos los países y en todos los sectores de la sociedad»⁴.

Es muy importante esta precisión del Santo Padre, porque deja a las investigaciones de los hombres el estudio de los hechos históricos que se desarrollaron en relación con el descubrimiento, la conquista, y el dominio de España y también de Portugal en la proporción que le corresponde, y pone el acento en lo que para la Iglesia es lo esencial, la llegada de la fe.

ACCIÓN MISIONERA DE ESPAÑA

Fue todo un pueblo el que sintió fuertemente el impulso de evangelizar el continente descubierto. Todo un pueblo –digo–, no sólo los misioneros y los religiosos, cuya única misión era ésa, sino muchos hombres y mujeres colaboraron intrépidamente en la tarea de dar a conocer a Jesucristo y a la Virgen María como poderosa intercesora ante su Santísimo Hijo.

La evangelización consiste en esto, tal como afirma Pablo VI en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*:

«No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios» (n.23).

Naturalmente, al ofrecer así la Buena Nueva que anunciaba el Reino de Dios en la tierra, se forjó y extendió entre los indios una cultura distinta de la que tenían, la cultura cristiana, porque, como afirmó Juan Pablo II en la Universidad Complutense de Madrid en su visita a España en 1982, «una fe que no se hace cultura es una fe no acogida plenamente, no pensada enteramente, no vivida fielmente».

Dondequiera que ha penetrado el Evangelio, aparece un nuevo concepto del hombre y de la vida. Así sucedió en los países europeos, cuando fueron abrazando el cristianismo, empezando por Roma y las provincias de su Imperio. En cada uno de ellos había un modo de pensar, de sentir y de amar que fue desapareciendo o modificándose, a medida que penetraba en ellos la luz de quien había venido a la tierra para ser luz del mundo (Jn 8, 12). Había que nacer otra vez, como dijo Cristo a Nicodemo (Jn 3, 3).

Las enseñanzas del Señor sobre la filiación divina, la esperanza de la vida eterna, la pureza de corazón, el amor fraterno, la mortificación y dominio de sí mismo, y las cartas de los Apóstoles Pablo, Pedro, etc., son un impulso constante hacia la radical novedad en la vida del hombre y de la sociedad, y hacen surgir una nueva cultura que el creyente en Cristo va generando y que a su vez da

⁴ Discurso a la II Asamblea Plenaria de la Pontificia Comisión para la América Latina, 14 de junio de 1991: *L'Osservatore Romano*, edic. en español, 21 de junio de 1991, p. 24.

lugar a nuevos cristianos. Todos los evangelizadores, en todos los lugares de la tierra adonde han llegado, en cualquier época de la historia, han hecho lo mismo. Primero el anuncio, después el catecismo y los sacramentos, y, como fruto de esta acción, la promoción humana, cultural y social, de los nuevos evangelizados. Así se hizo también en América.

Lo asombroso, lo verdaderamente sorprendente, es que la evangelización entendida como ofrecimiento y aceptación del misterio de Cristo e implantación de la Iglesia mediante el establecimiento de la jerarquía y administración de los sacramentos, se produjera con tanta rapidez.

La explicación está en lo que hemos dicho:

«La Iglesia en las Indias fue una madre capaz de engendrar con Cristo Esposo más de veinte naciones cristianas. Y en esta admirable fecundidad misionera colaboraron todos, reyes y virreyes, escribanos y soldados, conquistadores y cronistas, escribanos y funcionarios, frailes y padres de familia, encomenderos, barberos, sastres y agricultores, indios catequistas, gobernadores y maestros de escuela, cofradías de naturales, de criollos, de negros, de españoles o de viudas, de gremios profesionales, patronos de fundaciones piadosas, de hospitales y conventos, laicos fiscales y religiosas de clausura, párrocos y doctrinos, niños hijos de caciques, educados en conventos religiosos, corregidores y alguaciles... Todo un pueblo cristiano y fiel, con sus leyes y costumbres, con sus virtudes y vicios, con sus poesías y danzas, canciones y teatros, con sus cruces alzadas y templos, sus fiestas y procesiones y, sobre todo, con sus inmensas certezas de fe, a pesar de sus pecados, fue el sujeto real de la acción apostólica de la Iglesia.»

«Ese pueblo, evidentemente confesional, que no fue a las Indias a comunicar a los indígenas la duda metódica, sino que recibió de Dios y de la Iglesia el encargo de transmitir al Nuevo Mundo la gloriosa certeza de la santa fe católica, cumplió su misión, y es el responsable de que hoy una mitad de la Iglesia Católica piense y crea, sienta, hable y escriba en español»⁵.

Este pueblo era así, fuertemente católico. Había sido forjado en la lucha contra el islam invasor. Tenía fallos y defectos, muchos. Pero tenía también una fe ardorosa y militante y admitía y trataba de cumplir con generosidad sin límite el mandato evangélico: «Id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándoles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto Yo os he mandado» (Mt 28, 19-20).

«El espíritu religioso de aquella magna aventura que fue la conquista y la colonización, se mantuvo largo tiempo en su prístina fuerza gracias al fraile. El fraile es el segundo prototipo de la estirpe blanca en las Indias. En su esencia no difiere del conquistador. Viene a ser como un conquistador a lo divino. El fraile encarna el sentido universal más que el individual de la psicología española, pero desde luego la diferencia es más bien cosa de grado o dosaje que de naturaleza; de otro modo, que uno y otro tipo sólo difieren en proporción y puede pasarse de uno al otro por gradaciones casi insensibles. Hubo muchos conquistadores que terminaron frailes. Las Casas fue primero conquistador, luego encomendero, más

⁵ JOSÉ M^a. IRABURU, *Hechos de los apóstoles de América*, p. 84.

tarde clérigo y por último fraile. Caso típico si los hay, pues nadie abrazó la causa del espíritu universal con más celo y ardor, y sin embargo nadie luchó por tal causa con terquedad más apasionada e individualista. En el fraile se observa la misma osadía, el mismo espíritu de sacrificio, el mismo deseo hazañoso de vencer obstáculos, que caracteriza a los conquistadores. Pero mientras los conquistadores pasaban trabajos y fatigas por alzarse hasta la honra y la grandeza, los frailes luchaban por humillarse. ‘Maravillábanse los indios de ver tal tesón en los predicadores, y más de verlos tan desaficionados al oro y plata de que nuestros españoles seculares hacían mucha estima’, escribe un autor de la época. El ejemplo era, en efecto, el único lenguaje en que al principio era posible a los frailes hacerse comprender de los naturales y comunicarles la fe ardiente que les animaba; y en el lenguaje del ejemplo hablaban aun a riesgo de muerte... Era entre los frailes cosa a la vez de fe, de doctrina y de disciplina vivir tan modestamente como los indios más humildes. ‘Andan pobres y descalzos como nosotros –decían los indios– comen de lo que nosotros, asíéntanse entre nosotros, conversan entre nosotros mansamente’. Hubo muchos casos de martirio, y uno quizá todavía más significativo, el de fray Antonio de Roa, que no contento con imitar la pobreza de los indios, a fin de ganar mejor su confianza, y al ver que no se daban cuenta suficiente del horror que el pecado debía inspirar, solía disciplinarse cruelmente durante el sermón y para demostrarles que el cuerpo no era más que un esclavo, se marcaba a fuego con una tea. Tales eran los métodos de los conquistadores a lo divino, para intentar al menos la conquista espiritual del Nuevo Mundo»⁶.

PROPÓSITO DE LOS REYES DE ESPAÑA Y ABUSOS POSTERIORES

Sucedió, además, que quienes ejercieron la autoridad y el gobierno, como reyes de España, como jefes de las expediciones desde el primer viaje de Colón, o como conquistadores de los territorios, eran y fueron también –muchos de ellos– igualmente fervorosos cristianos, que tenían el anhelo de extender la fe que profesaban.

La reina Isabel, aunque educada conforme a la mentalidad esclavista de la época, nunca admitió que se tratase a los indios como esclavos, quería que se les tratase «muy bien y amorosamente», y obligó a devolver a América los esclavos que habían sido traídos por abusiva determinación de Colón. Consideró siempre las tierras que podrían ser descubiertas –y mucho más tras el descubrimiento– como campo de evangelización. Y así, toda su vida, hasta tres días antes de morir en Medina del Campo, cuando dicta un codicilo que se añade a su testamento, en el que declara cuál fue su intención principal cuando la Santa Sede concedió a la Corona las Indias descubiertas:

«Nuestra principal intención fue... de procurar inducir y traer los pueblos de ellos y los convertir a nuestra santa fe católica, y enviar a las dichas islas y tierra firme preladados y religiosos y clérigos y otras personas doctos y temerosos de Dios, para instruir los vecinos y moradores de ellas en la fe católica y les enseñar y doctrinar

⁶ S. DE MADARIAGA, *El auge y ocaso del Imperio español*, Madrid 1979, 154.

buenas costumbres, y poner en ello la inteligencia debida, según más largamente en las letras de dicha concesión se contiene» (Codicilo, Cláusula X).

Demuestra lo que estamos diciendo, la narración que hace Bartolomé de las Casas. Refiere lo que sucedió cuando llegaron algunas naves con sus respectivos indios esclavos. «Como por las cartas postreras del Almirante, que vinieron en los dichos navíos, supiese la Reina, de gloriosa memoria, que el Almirante había dado a cada uno de los que allí venían un indio por esclavo, y que, si no se me ha olvidado, eran trescientos hombres, hubo muy gran enojo, diciendo estas palabras: *¿Qué poder tiene mío el Almirante para dar a nadie mis vasallos?*, y otras semejantes». Este relato no se ha tenido suficientemente en cuenta. El Almirante había decidido cubrir la falta de oro y especias prometidas a los reyes con el envío de indios esclavos. Consta que la actitud de la soberana fue de disgusto y repulsa. «La reina Isabel, que había apoyado la hazaña colombina, demostró su fibra cristiana, su humanismo, y obligó a Colón a retraer sus malos pasos esclavistas». El hecho de que el Almirante enviara esclavos sin aprobación real fue una de las causas de su relevo en el gobierno de La Española. Las Casas sigue refiriendo la reacción que tuvo doña Isabel: «Mandó luego a pregonar en Granada y en Sevilla, donde ya estaba la Corte, que todos los que hubiesen llevado indios a Castilla, que les hubiese dado el Almirante, los volviesen luego acá (a las Indias desde donde escribe Bartolomé su Historia), so pena de muerte, en los primeros navíos». Y a continuación reconoce que él mismo tuvo un esclavo que le había llevado su padre (que acompañó a Colón en el segundo viaje a las Indias) desde La Española: «Y mi padre, a quien el Almirante había dado uno y lo había llevado en el susodicho viaje de los dos navíos o carabelas, que yo en Castilla tuve y algunos días anduvo conmigo, tornó a esta isla con el mismo comendador Bobadilla, y los trajo, y después yo lo vi y traté acá».

Como señala Rafael Altamira, el 20 de junio de 1550 es una fecha memorable para el mundo entero, porque señala el primer reconocimiento del respeto debido a la dignidad y libertad de todos los hombres, por incultos y primitivos que sean: principio que hasta entonces no se había proclamado en ninguna legislación, y mucho menos se había practicado en ningún país. Aquella disposición fue luego ratificada y ampliada por otras, en las que se declaró *hombres libres* a todos los indios; base de un empeño para protegerlos, que caracteriza de manera especial la filosofía política de la Corona española en Indias y cuya iniciadora fue Isabel I⁷.

No siempre fueron fieles a estos deseos y ruegos de la reina Isabel muchos de los españoles que fueron a América; con sus abusos y crueldades escribieron páginas oscuras. Pero los evangelizadores directos, los religiosos franciscanos, dominicos, agustinos, mercedarios, jesuitas, y con ellos muchísimas familias que allí llegaron, realizaron una labor de difusión del Evangelio inigualable.

Y, cuando en la península iban siendo conocidas las noticias que hablaban de tales abusos, cundió un malestar profundo, que dio lugar a posturas revisionistas sobre lo que se estaba haciendo en Indias y fue la ocasión para que brillara con esplendor una luz que no se ha apagado: la del gran maestro Vitoria y, en

⁷ Cf. ENRIQUE GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *Filosofía política de la Corona española en Indias*, tesis doctoral defendida, en marzo de 1992, en la Facultad de Teología del *Angelicum*, en Roma.

general, la Escuela de los teólogos de Salamanca, que exponían sus enseñanzas fundados en el hecho de la dignidad humana y la revelación cristiana.

LA NUEVA ÉTICA:

LA FE EN EL INDIO Y EN SU CAPACIDAD DE LIBERTAD

Francisco de Vitoria y sus discípulos durante el siglo dieciséis llegan a ser la voz más cualificada de la Iglesia, la luz para iluminar los problemas múltiples que se originan con el descubrimiento, la conquista, la colonización de las Indias Occidentales.

Las lecciones de Francisco de Vitoria desde la cátedra y desde el púlpito pasan de mano en mano; llegan a hacerse hasta 500 copias manuscritas de las mismas.

Los principios de los derechos humanos y de gentes están asentados en el derecho natural, que los fundamenta; y de tal forma estos principios son verdaderos y fecundos que sus discípulos de derecho y teología, pronto maestros, irán enriqueciéndolos al aplicarlos a los problemas y situaciones que se iban ofreciendo, sobre todo en los años de las conquistas.

Así podríamos compendiar las enseñanzas de esta Escuela que a la luz del Evangelio enseña al mundo entero la esencia del derecho natural, del derecho de gentes, de los derechos humanos.

Reivindica la dignidad humana de los indios; pues son seres racionales y libres, creados a imagen de Dios, con destino personal y trascendente. Los indios eran capaces de salvación y de condenación.

Tenían, por tanto, derecho a ser bautizados.

El retraso o subdesarrollo de los indios, su «bestialidad», o incapacidad, se debía más bien a la mala y bárbara educación.

Tenían derecho al progreso y a la paz.

Los indios eran verdaderos dueños de sí y de sus cosas de igual modo que los españoles.

Indios y españoles eran iguales fundamentalmente, en cuanto que eran hombres.

Su libertad política también es reivindicada.

Por tanto, la intervención de España en América se justifica en función de la necesidad de protección de los derechos humanos. No sería conveniente ni lícito al rey de España abandonar completamente la administración de aquellos pueblos.

Los españoles por derecho natural y de gentes tenían derecho a recorrer las provincias de los indios y permanecer en ellas, mientras no causaran daño a sus poblaciones. Los indios no podían prohibir el derecho de emigración.

Igualmente, los españoles podían comerciar con los pueblos indios, importar y exportar mercancías.

Los conquistadores y sus familias, por derecho natural y de gentes, tenían derecho a domiciliarse y tomar la ciudadanía de los países indios, contrayendo matrimonio, o por otras formas, mediante las que los extranjeros la adquieran; de igual modo pueden defenderse y buscar su propia seguridad⁸.

El ilustre historiador Lewis Hanke dice que «la empresa de España en América fue mucho más que una extraordinaria hazaña militar y política. Fue también uno de los mayores intentos que ha presenciado el mundo para que prevalezcan los preceptos cristianos en las relaciones entre las gentes»⁹.

Francisco de Vitoria, en virtud de estos títulos y con éstas y otras limitaciones, obligaba tanto a indios como a españoles, a la Corona y a los gobernadores, virreyes, encomenderos, vasallos y soldados. El derecho natural obliga en conciencia a todos.

La Universidad de Salamanca es pionera en España y en el mundo entero en el riguroso y crítico planteamiento de la presencia de España en las Indias.

«LA DUDA INDIANA»

La intervención de Vitoria y sus discípulos no se limita a dictaminar sobre algunos casos de gravedad que le son planteados, sino que progresivamente llega a ser la conciencia de la mejor sociedad española cristiana. De las aulas de Salamanca saldrán los mejores defensores de los indios; misioneros, obispos, juristas, profesores de las universidades americanas de Lima, México, promovidas precisamente con el propósito de predicar íntegramente el Evangelio entre los indios: Pedro de la Gasca (pacificador del Perú y presidente de la Audiencia de Lima), Juan de la Peña (obispo de Lima), Zumárraga (arzobispo de México), Anchieta, Juan del Valle (obispo de Popayán), Domingo de Santo Tomás Navarrete (obispo de Charcas), Tomás de San Martín (La Plata), Diego de Covarrubias (obispo de Santo Domingo y de la Concepción de la Vega).

Por encargo de Carlos V, Francisco de Vitoria escogía misioneros y profesores para las universidades americanas entre sus mejores discípulos.

El influjo de la Universidad de Salamanca es tan eficaz que la mayoría de las disposiciones legales de este tiempo van en el sentido de paralizar y prohibir las conquistas, porque se oponían radicalmente al concepto de tutela; misión que únicamente justificaba la presencia e intervención de España en las Indias (1556).

Por el magisterio de Juan de la Peña, se llega a la convicción de que es preciso, para obtener la absolución sacramental, la restitución y devolución de lo adquirido en guerra injusta.

⁸ Cf. LUCIANO PEREÑA, *La Escuela de Salamanca. Proceso a la conquista de América*, Salamanca 1986, 47-48.

⁹ Citado en la revista *Palabra*, agosto de 1991, p. 48.

La opción negociada y defendida por gran parte de los obispos, sacerdotes, misioneros y religiosos, y por no pocos juristas y funcionarios de la Corona, se enfrentaba a la opción continuista de los conquistadores y, encomenderos, que luchaban por el reconocimiento de la perpetuidad de sus encomiendas.

Tras los primeros años de descubrimientos, seguidos de conquistas muchas veces ensombrecidas por el atropello y la crueldad, se había llegado, después de muchos trabajos, a una situación que hoy podríamos llamar de protectorado político; única plataforma que podía ayudar a la tarea evangelizadora de la Iglesia¹⁰.

Imposible enumerar siquiera los hitos por los que van transcurriendo el pensamiento y las realizaciones jurídicas y de gobierno; la Escuela de Salamanca es la pionera en la Iglesia y a la vez la mentora de la Corona. Se consigue una política de rectificaciones continuas, pues «la Corona de Castilla tenía el país en fideicomiso hasta que los naturales fueran capaces de autogobierno y de perseverar en la fe cristiana».

A la luz de estos principios, y luchando enérgicamente desde el Consejo de Indias y la Corona de Castilla por el fiel cumplimiento de los mismos, se organiza la empresa de la evangelización de América con todo lo que lleva consigo de empeño cultural, asistencial, social, humano en una palabra. Esta es la base, que irá haciendo posible la futura independencia. Como el fruto maduro se separa del árbol, así estaba prevista por Francisco de Vitoria la independencia, como una mayoría de edad de los hijos de familia.

El problema no es sólo de juristas. La fundamentación de la ley está en último término en el derecho natural que asiste a todo hombre. Afectan, pues, muchos aspectos a la conciencia moral. En el fondo de todo problema político hay un problema teológico. La «gobernación de las Indias» está sometida también al derecho divino y natural.

Los reyes de España, dice Vitoria, habían asumido la carga de un mandato con el fin de capacitar a los pueblos de los indios para facilitar su integración en la comunidad del orbe sobre una base de igualdad fundamental. En interés de los súbditos de los países indios, y sólo por ello, los reyes de España se hacían cargo de la administración, mientras fuera necesario para utilidad y progreso de aquellos pueblos.

El emperador no podría dar leyes que fueran perjudiciales para los pueblos indios y beneficiosas para España.

FRUTOS ABUNDANTES

No debemos negar que hubo grandes atropellos y crueles violencias según fue desarrollándose el proceso del descubrimiento, la conquista y la evangelización, pues no se puede separar una cosa de otra de una manera neta y tajante.

Gracias a esa Escuela de Salamanca fueron distinguiéndose los diversos campos de actuación. Las leyes y ordenanzas que progresivamente se

¹⁰ Cf. la obra citada en la nota 8, 83-93.

promulgaron, sirvieron para hacer luz en medio de las sombras y nunca dejó de haber espléndidos testimonios de fe y de amor cristiano, tras lo que se ve una prodigiosa acción evangelizadora, que en menos de cincuenta años sirvió para que se extendiera la fe y el sentido cristiano de la vida en los numerosos territorios descubiertos.

Merecerán siempre la gratitud y la admiración de todos los que creemos en Jesucristo aquellas legiones de misioneros franciscanos, dominicos, agustinos, mercedarios, jesuitas y obispos, que aprendieron y enseñaron idiomas, fundaron escuelas y, sobre todo, abrieron la inteligencia de tantos para comprender de algún modo los catecismos y textos litúrgicos que explicaban con ardorosa fe. Hombres como Toribio «Motolinía» y los doce apóstoles de México; el incomparable Santo Toribio de Mogrovejo, en el Perú; San Pedro Claver, en Colombia; Acosta, Anchieta, Pedro de Gante, Bernardino de Sahagún, etc. ¿A qué seguir?

Los frutos de vida cristiana se multiplicaron sin cesar. La devoción a Cristo crucificado, a la Virgen María, a la Sagrada Eucaristía, arraigó en el pueblo y alimentó la piedad de pobres y de ricos como expresión de su fe y como estímulo para conservarla y propagarla.

En las iglesias de esos países de Iberoamérica cuajó con fuerza la familia cristiana y no fueron pocos los que dieron testimonio de santidad heroica con nombres gloriosos, que tienen su lugar hoy en el martirologio de la Iglesia. Juan Pablo II, antes de inaugurar los años de preparación del V Centenario, dijo a su paso por Zaragoza: «Una siembra generosa y fecunda fue la de aquellos misioneros españoles y portugueses, que sembraron a manos llenas la palabra del Evangelio en un esfuerzo que llega hasta hoy y que constituye una de las páginas más bellas de toda la historia de la evangelización, llevada a cabo por la Iglesia» (10 de octubre de 1984).

Así fue, en efecto; y cuando en el siglo XIX los países americanos se independizaron de España, no por eso se separaron de la Iglesia.

PROMOCIÓN HUMANA

La labor de evangelización que se realizó, prestó atención también a los problemas humanos de los indios, de manera que no fue una espiritualidad desencarnada la que se practicó entre ellos. Son innumerables los testimonios de amor al hombre y de transformación de la condición humana para fomentar el progreso de aquellos pueblos, gran parte de los cuales vivían en condiciones ignominiosas. Tantos y tan grandes como los abusos de muchos fueron también los gestos y los actos de amor y redención social que se realizaron por parte de los evangelizadores, los frailes, los obispos, y muchos de los laicos que los acompañaban.

Empezaron por tener que enseñar las elementales normas de educación y convivencia respecto al aseo personal, la comida, el vestido y la vivienda, la convivencia entre ellos, los oficios artesanales que les ayudaron a valerse por sí mismos, las normas de civilización (policía, se decía entonces) y ordenamiento político elemental, que poco a poco fue desarrollándose. En todo intervinieron

los misioneros, porque lo consideraban como un deber de la fraternidad cristiana que proclamaban. Las escuelas de los franciscanos, las «reducciones» de los jesuitas, y otras similares fueron una contribución muy notable al progreso y desarrollo de las poblaciones autóctonas. «Se edificaron ciudades enteras con sus plazas mayores, iglesias y catedrales, casas y palacios, fuertes, audiencias imperiales, universidades. Estos centros universitarios de Hispanoamérica precedieron tres cuartos de siglo a la primera de América del Norte»¹¹.

Escribe el historiador Pedro Borges:

«En el tema concreto de las relaciones de los padres y los hijos, los dominicos de Nueva España aconsejaban en 1548 a estos últimos que obedecieran a sus progenitores, pero, sorprendentemente, una vez establecido el principio general de la necesidad de esta obediencia, en lo que insistían era en la facultad de que gozaban los hijos para sustraerse a ella, cuando los padres les preceptuaban algo moralmente reprobable. Evidentemente, a estos religiosos les preocupaba sobre todo la posibilidad de que los adultos de reciente inserción en el cristianismo y probablemente aficionados todavía a las prácticas idolátricas prehispánicas intentasen obligar a sus hijos a realizar acciones contrarias a la nueva religión o a lo que ellos entendían por ley natural».

Más adelante, cambian las circunstancias y cambia la perspectiva. Continúa Borges:

«Un documento como el Tercer Catecismo del concilio de Lima, editado en 1585, es decir, en un momento en el que los indígenas peruanos, a los que se dirigía, ya estaban plenamente cristianizados, olvida esa preocupación y enfoca el asunto desde un punto de vista positivo y desde todas las vertientes de esas relaciones.

«Así, y según ese catecismo, los hijos debían honrar a sus padres, porque habían sido engendrados y criados por ellos, lo que practicarían obedeciéndoles y ayudándoles, cuando lo necesitaran, sobre todo en la ancianidad. Esta misma honra debían hacerla extensiva a los padres espirituales y a los ancianos, esto último a imitación de 'los españoles y todos los hombres de policía y buena razón'.

«Los padres, por su parte, tenían obligación de educar a sus hijos en las buenas costumbres, consejo con cuyo motivo inserta el catecismo la siguiente exhortación, antológica por su estilo y por su insistencia en basar el razonamiento en la cualidad de hombres de los indios, distintos por lo mismo de los animales:

«Mirad que oigan misa vuestros hijos, que recen cada día la doctrina antes de acostarse, que no se apuñeen y riñan. Limpiadlos y lavadlos y vestidlos, y las muchachas ya grandecitas no consintáis que anden con otros muchachos, y mirad que no duerman hermanos y hermanas todos juntos, como muchos hacéis. Eso es de bestias y no de hombres. ¿Son perros o carneros para que machos y hembras anden revueltos?... Que por ese pecado y otros que tenéis ha permitido Dios que andéis perseguidos y hechos esclavos como si fuédeses

¹¹ JULIÁN MARÍAS, artículo en ABC, 12 de julio de 1991.

bestias, porque no queréis vivir como hombres, sino como caballos y carneros del prado, sin orden ni limpieza en vuestras almas ni en vuestros cuerpos’.

«Estas exhortaciones de los catecismos americanos tienen el mérito de que trascendían el orden de las ideas, porque dichos catecismos eran una especie de manuales para los predicadores, a quienes se les quería facilitar su labor ofreciéndoles incluso el texto de cómo debían predicar a los indios, sin limitarse a simples guiones.

«Refiriéndose al noroeste de México, Andrés Pérez de Ribas nos ofrece en 1647 una relación detallada de lo que los jesuitas de esas misiones habían conseguido de los indígenas desde finales del siglo XVI. De una manera general, esos misioneros habían logrado ‘las mudanzas de costumbres fieras que (los naturales) tenían arraigadas y heredadas de sus antepasados’. En concreto, habían conseguido implantar entre ellos la monogamia, el corte de la cabellera al bautizarse, el abandono de los nombres personales bárbaros, la amistad con los españoles, la afición al trabajo cuando antes eran las gentes más ociosas del mundo»¹².

REFLEXIÓN DESDE EUROPA

Cuando en 1492 los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, conquistaron Granada, se celebraron grandes fiestas en los países de Europa occidental. Fueron famosas las de Milán y las de San Pablo, de Londres. Se vivía con gozo la victoria que suponía para la fe cristiana el alejamiento que representaba la presencia del islam en la Península Ibérica.

Ese mismo año se produjo el descubrimiento de América. En muchos lugares de Europa aparecieron en seguida manifestaciones de sorpresa y perplejidad, y en sus respectivos pueblos también de gozo por lo que suponía para la fe católica la actitud tan favorable de la Corona española en orden a la evangelización.

La escisión provocada por la Reforma protestante en el siglo XVI dio lugar a la aparición de actitudes contrapuestas y enconadas, e incluso a guerras de religión y desatadas ambiciones políticas. Todo apareció mezclado y confundido.

En lugar de atender a la evangelización, se rechazaba la conquista y el dominio, todo igual. Las devastaciones, saqueos y crueldades se presentaron como actitudes de la España católica sin más. Desde entonces y a partir sobre todo del siglo XVIII se ha ido extendiendo el apasionamiento y la deformación de la historia, que ha llegado hasta hoy.

Es necesario volver a estudiar con el máximo rigor los hechos y las interpretaciones.

Durante los siglos en que se fue forjando la Europa cristiana medieval, la violencia, los ataques feroces de unas regiones contra otras, las destrucciones en masa estuvieron a la orden del día. Un Carlomagno, que tanto hizo por la

¹² PEDRO BORGES, *Misión y civilización en América*, 176-177.

cristiandad, se distinguió igualmente por su afán imperialista y sus atropellos y venganzas.

América debe mucho a Europa y más aún a quienes han ido realizando desde 1492 la gran empresa de la evangelización. Pero también Europa debe mucho a la América evangelizada. El simple hecho de poder contar con tantos otros pueblos que creen en Jesucristo Redentor fue para los europeos, libres de odio y pasión, un motivo de satisfacción incalculable, el que produce la propagación de la fe, que permite, según nuestras creencias, pasar de las tinieblas a la luz. Pero está comprobado que no se logra esto normalmente, sin que aparezca el misterio de la contradicción.

Evangelizadores íntegros, sin ninguna otra apetencia humana en sus afanes, son siempre escasos. Aquí tiene aplicación la parábola del grano de mostaza. Sólo con el paso del tiempo se hace árbol frondoso en que pueden anidar las aves del cielo. Y hoy el pueblo católico de América es árbol frondoso. Para Europa entera, el descubrimiento de América significa –creo yo– un complemento de humanidad que sólo entonces haría comprender a los europeos qué perspectivas tan colosales se abrían a sus inquietudes, y qué poca cosa habían sido mientras estuvieron encerrados en sí mismos.

La Europa de Santo Tomás y San Bernardo, como la de San Francisco de Asís, Santo Domingo de Guzmán y San Francisco Javier, estaba reclamando horizontes de universalidad, que ahora se presentaban fascinantes a los espíritus nobles. También a los evangelizadores que salieron de Europa para América –pues no fueron sólo frailes españoles los que llegaron al nuevo continente–, como a los que en territorios europeos habían evangelizado siglos atrás, les acompañaron –sin que ellos fueran responsables– la ambición desmedida y muchas veces la barbarie. En medio de tantas sombras fue extendiéndose la luz.

Ahora esa América no reniega de la fe que recibió, aunque puede ser que las sectas se la arrebatan en gran parte. Europa debería prestar una mucho mayor atención a los problemas sociales y económicos de Iberoamérica, porque, aunque tengamos distinta casa, formamos parte de la misma familia. El corazón de las Iglesias de América late con fuerza en el momento actual y se siente agitado en sus afanes apostólicos.

Desde aquí, desde Europa, ¿qué podemos hacer para ayudarles? ¿O es que ya somos tan pobres en la fe los europeos, que casi estamos necesitando que vengan a ayudarnos ellos? Quizá no se trate de que ellos reclamen la ayuda que se les debe, sino de que ellos y nosotros nos dispongamos a predicar y vivir mejor el Evangelio hoy, en nuestro tiempo, en estos años que vivimos.

En la homilía que el Santo Padre pronunció el 1 de enero de este año, dijo estas palabras:

«Desde hace quinientos años el misterio de Cristo, Salvador del hombre, está presente entre los pueblos del continente americano, totalmente desconocido para el Viejo Mundo hasta 1492.

«El descubrimiento de América coincide con el comienzo de la evangelización de aquellas tierras nuevas. Desde entonces, el misterio de la salvación, revelado para

toda la humanidad en el Verbo hecho carne, comenzó a ser anunciado a nuevos pueblos, con los cuales hasta entonces Europa no había tenido ningún contacto. Sin embargo, aquellos pueblos eran conocidos por Dios desde toda la eternidad; y por Él siempre abrazados con la paternidad que el Hijo ha revelado 'en la plenitud de los tiempos' (cf. Gal 4, 4).

«Al igual que en otras partes del mundo, el Evangelio, de hecho, ha acompañado durante su andadura a los pueblos latinoamericanos, entre los cuales el mensaje de la salvación ha resonado mediante el testimonio de infatigables misioneros y apóstoles. Damos gracias al Señor por la asistencia constante y sobrenatural con la que ha guiado el camino de aquellos pueblos cristianos a lo largo de estos quinientos años. Al mismo tiempo, reafirmamos nuestra voluntad y el compromiso de continuar el irrenunciable ministerio de la evangelización.»

RESUMEN FINAL

Si se me pidiera una síntesis de los principales pensamientos que me sugiere el hecho de la evangelización de la América Latina, vista desde Europa, diría lo siguiente:

1º. La evangelización que comienza en 1492 y ahora conmemoramos, es, en conjunto, una labor prodigiosa, llevada a cabo principalmente por España, gracias a la cual se predicó la fe cristiana y el misterio de Cristo fue conocido y amado.

2º. Con la fe predicada surgió una nueva cultura, que en muchos casos sustituyó a la que existía, y en otros coexistió con ella, en cuanto lo permitió el nuevo concepto del hombre.

3º. A la vez que la evangelización realizada por la Iglesia (obispos y misioneros, Bulas alejandrinas, etc.) y por la Corona y el pueblo español, hubo abusos, crueldades, violencias numerosísimas que lamentamos profundamente. Es deber de los historiadores fijar con precisión estos hechos, discernir responsabilidades con exactitud, conocer el origen de muchas falsedades y calumnias que también se han dado desde el principio, por lo que son muy de alabar los estudios que vienen haciendo diversos autores españoles y extranjeros.

4º. La Escuela de Salamanca, con sus grandes teólogos y juristas, como Vitoria, Soto, etc., y otros como Suárez, merecen el reconocimiento universal por las luminosas doctrinas que difundieron sobre los indios y los conquistadores, y en general sobre el derecho internacional de pueblos y naciones, favoreciendo una autocrítica de lo que se venía haciendo en América, como nunca se ha dado entre colonizadores y colonizados.

5º. Las Iglesias de Europa deberían ser capaces de ayudar con mayor eficacia a las de América Latina, como lo hace la de Alemania. Ayuda para colaborar en la transmisión de la fe, en la erección de seminarios y noviciados, en la acogida y fomento de las vocaciones, en el envío de sacerdotes, en la defensa de los criterios que eviten la secularización de la sociedad, en el esfuerzo por aplicar lo que está pidiendo la justicia respecto a la situación de esos pueblos en cuanto a

la deuda exterior, los gastos en armamento, la defensa de la vida, el acceso a la propiedad de la tierra y a las fuentes de producción para los aborígenes y desposeídos, etc.¹³.

6°. El esfuerzo por secundar las exigencias de la nueva evangelización a que nos convoca el Papa Juan Pablo II ha de dar frutos, tanto en América como en Europa. Tendrá que ser nueva en su ardor, en su expresión y en sus métodos, sí, pero permanentemente fiel al Evangelio y a la guía y magisterio de la Iglesia.

¹³ Cf. Exhortación de las Comisiones episcopales de España en el Día de Hispanoamérica, 1 de marzo de 1992.

Siguiendo el año litúrgico

ELOGIO Y NOSTALGIA DE LA SEMANA SANTA DE VALLADOLID

Pregón pronunciado el día 23 de marzo de 1977 en Valladolid. Texto tomado de la edición publicada por el Ayuntamiento de Valladolid, 1977.

Perdonad que haya tomado el título de esta breve meditación, de un libro que Marañón dedicó a la ciudad de mi actual residencia, Toledo.

Hace ya 22 años, exactamente en 1955, fui honrado por el Excmo. Ayuntamiento para pronunciar el pregón de esta vuestra y mía Semana Santa incomparable.

En aquel entonces yo vivía entre vosotros, feliz y dichoso, y aunque nunca, por la gracia de Dios, me sobró el tiempo, pude dedicar parte de él a preparar con mucho amor, lo más dignamente posible, un canto a la Semana Santa de Valladolid y de los pueblos y ciudades de su provincia. Hoy, ni eso puedo, y ante la insistente invitación de vuestro alcalde debí decir que no, pues «nunca segundas partes fueron buenas», y el acto merecía más. No fui capaz de hacerlo. Hace ya años que ostento con orgullo (mayor por inmerecido) la Medalla de Oro de esta ciudad y a ella me debo; el volver a ella es para mí muy grato, y el pensar, aunque sea muy de prisa, en su Cuaresma y su Semana Santa, constituye uno de los mayores goces y satisfacciones de mi alma.

En mis palabras de elogio y nostalgia quiero incluir no sólo a la Semana Santa, sino también a la Cuaresma que nos preparaba a celebrarla y que, en mi recuerdo tras dieciséis años de ausencia obligada, brilla también con luz esplendorosa a mis cansados ojos de pastor de la Iglesia de Cristo.

LAS CUARESMA DE LOS AÑOS CINCUENTA

¿Cómo no recordar con nostalgia aquellas Cuaresmas del Valladolid de los años cincuenta? En un mundo cada vez más desacralizado, ¿cómo no añorar aquellas Cuaresmas de intensa vida cristiana en que todos queríamos ser un poco mejores, estimulados por el ejemplo que unos a otros nos dábamos?

Tras la litúrgica imposición de la ceniza que abría la Cuaresma, la ciudad cobraba un tono de seriedad y trascendencia de que sólo bienes podían derivarse y se derivaban. Las parroquias, las cofradías, las entidades religiosas todas, rivalizaban en la organización de conferencias, retiros, ejercicios y actos piadosos de toda índole, encaminados a hacer vivir la Cuaresma con las características que para ella quiere la Madre Iglesia, a saber: reconciliación, sacrificio y caridad.

Porquera esto y sólo a esto iban dirigidas esas prácticas, y ello, sólo ello se lograba en gran medida. Soy, aunque modesto, testigo de excepción de que así era.

Espíritus ligeros, cuando no mal intencionados, podrán hablar de tristeza, de ambiente opresor, de alienación... ¡Qué falso y equivocado todo ello!

¿Cómo puede ser triste, enfrentar, poner frente a frente al hijo débil y caído y al Padre que le ama, le perdona y le eleva?

¿Cómo podemos llamar opresor a un ambiente que no cierra nada, sino, por el contrario, abre al hombre todos los horizontes de esperanza y eternidad?

¿Cómo podemos calificar de alienantes unos actos que son todo lo contrario, que no alienan sino entrañan, presentando al hombre su mismidad pura, simple, auténtica?

No, no era triste aquella Cuaresma, sino alegre, abierta, esperanzada, y como de árbol frondoso se recogían sus frutos de reconciliación, sacrificio y caridad.

De la reconciliación con Dios, la única auténtica, fluía, como vena obligada, la reconciliación con uno mismo, y por ende con el hermano, con el prójimo. Sólo de la reconciliación con el Amor absoluto puede derivarse el amor a los demás. Todo lo demás es espejismo, cuando no hipocresía. Nadie puede dar lo que no tiene y el amor sólo en Dios puede generarse y de él fluir, abarcándolo todo. Y el amor es alegre.

Como es alegre el sacrificio. Yo os emplazo a que me señaléis a un solo egoísta, a un solo hedonista auténticamente alegre. Y todos conocéis y habréis sentido en vosotros mismos la alegría del sacrificio, la de los padres que velan por sus hijos, la de los hijos que ayudan a sus padres, la de todo aquel que se desvive por su prójimo.

Y se reforzaba la caridad, que es el amor manifestado en perdón, en comprensión, en ayuda, en desprendimiento, en eso tan denostado por algunos como son «las obras de caridad» que no son incompatibles ni sustitutorias de la justicia, sino complementarias de ella y culminación de ella. Y con obras tan entrañables de la caridad vallisoletana como el Asilo, la Cáritas, Pan y Catecismo, el Patronato de San Pedro Regalado, etc., que recibían en la Cuaresma las mejores adhesiones y apoyos.

Sí, yo recuerdo con elogio y nostalgia las Cuaresmas vallisoletanas de los años cincuenta. Me viene a la memoria un cartel que, cruzando en lo alto de la calle del Duque de la Victoria, anunciaba los Ejercicios Espirituales que hombres beneméritos organizaban todos los años en la Catedral; y recuerdo las naves de ésta repletas de ejercitantes que oían una vez más, o quizá por primera vez, las verdades eternas; y recuerdo sus filas apretadas ante los confesonarios y sus miradas alegres y esperanzadas tras su reconciliación con el Padre. Y recuerdo actos semejantes en otros muchos templos y el bullir de los hermanos de las cofradías preparando sus actos de culto, y las imágenes de las procesiones, y sus mismos atuendos privados.

Alguien podrá decirme: «Pero bueno, don Marcelo, ¿es que su Valladolid en las Cuaresmas de los años cincuenta era una ciudad de santos o de ángeles? Usted

chochea». No, ni creo chochear aún, ni nuestro Valladolid, por desgracia, era ni ha sido nunca una ciudad de santos o de ángeles. El pecado original, en el que creo firmemente, hace que eso no sea nunca posible. Lo que digo, con firme convicción interior, es que durante aquellas Cuaresmas intentábamos mejorar nuestra condición de pecadores, y que de esa mejoría sólo frutos de amor, de convivencia y de justicia se derivaban. Lo que digo es que de esas Cuaresmas sólo frutos de bien se cosechaban sin daño para nadie; y que, de su supresión, o al menos de su enfriamiento y languidez, sólo frutos de desamor, incompreensión o injusticia pueden dimanar, en mayor o menor grado.

Y, tras esa cristiana Cuaresma, la Semana Santa de Valladolid.

LA SEMANA SANTA DE VALLADOLID

A esa Semana Santa he venido a pregonar. No sé si lo haré. Más bien, a meditar brevemente sobre ella. Me impide pregonarla el peso de los pregones anteriores. Lo han hecho, en treinta años, las mejores cabezas y plumas españolas: académicos, catedráticos, políticos, literatos y poetas, muchos poetas. El poeta saborea y pregona mejor que nadie las cosas del espíritu. Muchos de ellos, Francisco de Cossío, Francisco Mendizábal, Adolfo Muñoz Alonso, Alejandro Rodríguez de Valcárcel, Jaime de Foxá, ya no están con nosotros. Al presentarse al Padre no habrá sido su menor mérito aquel pregón que en el Ayuntamiento de Valladolid o en los Museos Catedralicio, de Escultura o de Pintura pronunciaron en homenaje a la Semana Santa de este pueblo entrañable.

No voy, pues, a cantaros la historia de nuestras cofradías, algunas con antigüedad de centurias, ni la maravilla de nuestras imágenes procesionales de todos conocidas. Tenéis libros espléndidos, estudios documentadísimos, reproducciones insuperables, muchos de los cuales honran mi biblioteca y me han acompañado siempre y son, con frecuencia, un descanso de fe y de belleza para mis ojos.

Las cofradías. A todas las recuerdo. Desde la de «La Santa Vera Cruz» que debe de andar por los quinientos años, hasta la de «Nuestro Padre Jesús Resucitado», quizá la más moderna, pero con raíces de siglos. En todas ellas vi siempre fervor y seriedad, entusiasmo, espíritu de emulación y leal disciplina eclesial. ¡Beneméritas cofradías vallisoletanas!

Las imágenes procesionales. A todas me referí, quizá con torpe palabra, en mi pregón del 55. Nacidas de una fe honda y firmemente sentida en una tierra que sentía como ninguna el misterio de Dios y de su Pasión, Muerte y Resurrección. De Juni, Fernández, de Rincón, de la Cuadra, Diez de Tudanca, de la Maza, de Ávila, de Rozas, apellidos todos humildes de épocas de gloria para España, nacidos la mayoría en tierras distintas de Castilla, pero que en ella encontraron el ambiente espiritual que les permitió transformar árboles de nuestros pinares en joyas de arte y apóstrofes de espiritualidad que han vencido a los siglos y a la historia. Como os decía entonces: «en algunas iglesias, a las que no llegó la garra de la desamortización, en pequeños templos penitenciales como el de las Angustias, la Cruz y el Nazareno, o quizá en los desvanes y sótanos de algún museo que de tal no tenía más que el nombre, habían ido quedando avergonzadas y heridas, como restos dispersos de un ejército en derrota,

imágenes y símbolos, andas y carrozas, figuras y atributos, que yo no sé si eran, en efecto, los últimos vestigios del glorioso desfile del pasado, o más bien, todavía, las cuerdas de aquella hermosa arpa del poeta que estaban esperando la mano que supiera pulsarlas».

La mano del arzobispo Gandásegui, unida a la de todos los vallisoletanos, supo hacerlo más de medio siglo y desde entonces, el pueblo, y con el pueblo las piedras, las calles y las torres, Valladolid acogió sus procesiones como una madre que recobra a sus hijos perdidos.

Desde la bendición de los Ramos que abre la Semana Santa, hasta la celebración pascual alegre y exultante de gozo que la cierra, el templo catedralicio, las parroquias y conventos van recorriendo el ciclo litúrgico con dignidad y fervor admirables. En aquél la presidencia corresponde a un arzobispo, apellidado más de una vez García, nacido siempre en otras tierras, pero siempre respetado y querido por el pueblo que apacienta. En éstos a un sacerdote que vive con intensidad los misterios pascales, fundamento y razón de su vida. Allí el Cabildo, aquí el Presbiterio y las comunidades religiosas y allí y aquí el pueblo compacto, multitudinario, triste o alegre según los está la Iglesia, pero sintiéndose hermano auténtico de Aquél que padece, muere y resucita, y hermano también y, por tanto, de aquel que tiene a su lado. ¡Y los turnos de vela de los cofrades ante sus imágenes y los turnos de adoración ante el Santísimo Sacramento tras la celebración del Jueves! ¡Y las Horas Santas de reflexión y meditación del Jueves y el Viernes, y los Vía Crucis del Viernes Santo y de todos los viernes de la anterior Cuaresma!

¡Procesiones de Semana Santa de Valladolid! Desde la humilde y sencilla de «las Palmas» del Domingo de Ramos, «en el que quien no estrena no tiene manos», a la recia y viril del traslado, desde Laguna de Duero, del Santísimo Cristo que la cofradía de Las Siete Palabras acoplará al primero de sus pasos.

Desde la popular y fervorosa del «Santísimo Rosario del Dolor», que recorre las viejas calles de Valladolid con sabor de siglos el lunes santo, hasta la emotiva y profunda del «Encuentro de la Santísima Virgen con su Hijo en la calle de la Amargura», el martes, ante la fachada de nuestra Universidad. (Observemos, de paso, la profunda y teológica introducción de devociones e intervenciones marianas de la Semana Santa de Valladolid, prenda de su profunda raíz católica de los mejores tiempos).

Desde el Vía Crucis procesional del Miércoles Santo hasta los desfiles de «Penitencia y Caridad», «Nuestra Señora de la Amargura», «la Sagrada Cena», «Peregrinación del Silencio» y «Penitencia del Santo Entierro» que llenan las calles el Jueves. En todas las cofradías se afanan y desviven por mantener y mejorar el peculiar estilo de cada una, llena siempre de religiosidad seria y sentida.

Antes de entrar en el recuerdo del Viernes Santo y de la alegre y sencilla procesión del «Señor Resucitado y la Virgen de la Alegría», que cierra, el Domingo de Resurrección, estos desfiles, quisiera hacer una sencilla defensa (aquí ya sé que no es necesaria) de estos cultos procesionales, hoy combatidos por algunos.

Es verdad que la fe y la religiosidad tienen su trono, ante todo, en el corazón del hombre y en el sagrado recinto de los templos, pero no lo es menos que también pueden y deben manifestarse al exterior. Hoy, cuando nuestras calles han estado y estarán cada día más ocupadas con desfiles, paradas, marchas y manifestaciones de todo tipo, patrióticas, cívicas, políticas y hasta deportivas para celebrar triunfos, efemérides, discrepancias, actitudes discutibles, posturas partidistas, se quiere por algunos negar adecuación y licitud a manifestaciones religiosas como nuestras procesiones que a nadie ofenden y que sólo intentan ofrecer también la calle al Señor de todas las cosas y celebrar también en ella la mayor victoria y la más gloriosa efeméride, el triunfo de Cristo sobre el pecado y la resurrección del Señor que garantiza la nuestra.

LOS VIERNES SANTOS DE VALLADOLID

Y ya, en ese confluir de la Semana Santa de Valladolid, enmarcado en los conciertos sacros, en números extraordinarios de los periódicos dedicados a ella, en emisiones especiales de las emisoras locales elaborados cuidadosamente y con amor en los días y semanas precedentes, nos encontramos con el Viernes Santo de Valladolid.

Y aquí mi elogio y mi nostalgia suben aún más su acento y mi recuerdo se hace más fuerte y sentido.

Dije de él alguna vez que el Viernes Santo de Valladolid era «un prodigio de estética del sentido cristiano», «como un Himalaya del fervor popular, el arte y la liturgia unidas». Y no se me ocurre otra expresión más rotunda. Comienza, antes de clarear el día, con la procesión de «Sacrificio y Penitencia»; seguía (no sé si aún sigue) con el pregón que anuncia por las calles y barrios de la ciudad el Sermón de las Siete Palabras que al mediodía congrega al pueblo para escuchar, una vez más, y de labios de los mejores oradores de España, la glosa de aquellas divinas palabras de Cristo en la Cruz, testamento eterno del Amor de Dios a los hombres y prenda de nuestra herencia de salvación. Al caer la tarde, la «Procesión general de la Sagrada Pasión del Señor» que no admite adjetivos, y de la que otra vez puedo decir que «si un día se quemaran todos los libros del Santo Evangelio, bastaría ella sola para que un nuevo Lucas evangelista describiera otra vez la Pasión del Señor sin omitir detalle».

No voy a hablaros de sus veinticinco pasos con sus Cristos, sus Vírgenes, su Verónica y su Cirineo, sus Apóstoles, sus soldados y sus sayones, sus ladrones, cumbres inaccesibles de la fe y el arte de nuestro pueblo; los tenéis en el corazón, como los tienen todos aquellos que los vieron, como los tengo en el mío de por vida.

Voy a hablaros sólo, con este mi corazón abierto, de dos o tres de los infinitos recuerdos que esos Viernes Santos de Valladolid dejaron en mi alma.

Uno de ellos es ingenuo, si queréis, pero pienso que hondo y representativo. Se refiere a aquellas hileras de sillas de propiedad particular que horas antes de la procesión enmarcaban las calles y plazas del trayecto. Variadas, humildes, viejas muchas, y tan diferentes de las severas tribunas de pago y representación de la Plaza Mayor. Solían estar atadas, hilvanadas, diría mejor, por una cuerda

y guardada cada grupo de ellas por un pequeñuelo, delegado para tal menester por la familia o vecinos propietarios de las sillas, a efectos de disfrutar de un buen sitio para ver su procesión. El chaval solía entretener su espera leyendo tebeos y revistas infantiles que tenía amontonados en la silla contigua a la que ocupaba. Terminada la procesión, sobre las cabezas de la multitud que se retiraba hacia sus casas, se veían, como flotando, esas sillas que se reintegraban a sus hogares, a los hogares que entonces cité de «los obreros ferroviarios de las Delicias, los hortelanos de Santa Clara, los albañiles de la Magdalena y San Juan» y hoy supongo, con el Valladolid industrializado, de siderúrgicos y metalúrgicos de todos los barrios.

El segundo recuerdo es profundo y constituye el mejor elogio y la más alta gloria de esa «Procesión general de la Sagrada Pasión del Señor». Lo cité aquí el 55 y lo recuerdo hoy, porque lo viví muchas veces. Es el recuerdo de tantas miradas de hombres y mujeres clavadas en los ojos de los Cristos sufrientes, agonizantes, de los pasos, Son miradas hondas, profundas, serenas, llenas de resoluciones y entrega. Son miradas alegres y esperanzadas, plenas de futuro y aun de eternidad. Tienen la belleza y trascendencia de la mirada de la madre hacia el hijo, de la mirada de los esposos felices, de la mirada del hijo bueno hacia la madre anciana. Es una mirada, mezcla de todas las miradas hermosas de los ojos limpios, con la que los hombres se sienten mejores, más alegres y más hermanos de todos. Siempre que he leído el bello soneto de Sánchez Mazas que comienza diciendo «Delante de tu cruz, los ojos míos quédenseme, Señor, así clavados...» he recordado, con elogio y nostalgia, aquellas miradas de mis paisanos a los ojos de los Cristos del Viernes Santo de Valladolid.

El tercero se refiere a algo grandioso, sin par. Os lo describí el 55 y me vais a permitir que lo repita ahora con las mismas palabras. Es difícil cambiarlas para describir el mismo hecho y el mismo sentimiento. Se refiere a la Virgen. Decía así: «Y de repente un grito sofocado y explosivo: ¡La Virgen! ¡La Virgen de las Angustias! ¡La que hizo temblar y llorar a Juan de Juni al esculpirla! ¡La del patetismo insuperable! Va acompañada de todos los miles y miles de vallisoletanos que han vivido y han muerto desde que el escultor la creó. Lleva sobre sus ojos la mirada de todos los moribundos, de todas las madres desamparadas, de todos los hijos huérfanos. Reina de los dolores, Señora de las gentes, Emperatriz de la fe, Montaña de la amargura, Abismo de la contemplación, Castillo de la fortaleza. ¡Quieto todo el mundo, que pasa Ella siguiendo a su Hijo! ¡Se le han robado! La bravura de su instinto maternal que quiere recobrarlo, lucha con sus entrañas de misericordia que quieren regalarle a los hombres. Y vencen éstas, por fin, sobre aquél y por eso se echa hacia atrás y mira al cielo y pide desgarradamente que por lo menos los nuevos hijos la acompañen. Y la acompañan, sí. Vedles, si podéis; mirad cómo acuden presurosos por todas las calles, rompiendo ya el orden y el silencio. Van con ella, se adelantan, la esperan. Y cuando llega a ese templo de las Angustias que parece la casita en que Ella se refugió en Jerusalén después de muerto su Hijo, la rodean con una escolta de entrañable amor y hacen que se rindan ante Ella sayones, verónicas, apóstoles, verdugos, centuriones romanos, Magdalenas y Marías. Y desvanecen la negrura de la noche con el claro fulgor de una plegaria cantada por todos, en la cual –¿dónde están los que hablaban de tumbas y cipreses?– las almas se derraman al exterior con acentos de firmísima esperanza: ¡Oh clementísima! ¡Oh piadosa! ¡Oh dulce Virgen María! Una

plegaria –¿dónde están los que hablaban de extremada dureza?– en la que todo es un requiebro de la más lírica ternura: *¡Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos! ¡Vida, dulzura y esperanza nuestra!* Una plegaria, en la cual – ¡venid conmigo los que hablabais de fidelidad al Evangelio!– cada una de sus frases encierra tanta teología como la Summa de Santo Tomás de Aquino, gratitud, pesar, confianza: *¡Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Jesucristo!* La fidelidad al Evangelio llega a tan exquisita finura que, ¡ya lo veis!, al igual que cuando murió Jesús, la pequeña comunidad cristiana, arrepentida y anhelante, no excluidos los Apóstoles, se agrupó en torno a María, sólo en su amor confiada, así aquí, terminada la procesión del Santo Entierro, la ciudad se acoge a los brazos maternales de la Virgen, segura de que con Ella puede esperar la resurrección. ¿Quién ha ordenado que en Valladolid se hiciera así? Nadie. Es una consecuencia espontánea de la compenetración del alma del pueblo con el Evangelio en el que creyó y en el que cree. ¡Eso es la Semana Santa de Valladolid, vieja Corte de España!» Hasta aquí el elogio y la nostalgia. Aquél por merecido y ésta por lícita, cuando se rondan los 60 años y se está lejos.

ALIENTO Y ESPERANZA. LA RELIGIOSIDAD POPULAR

Y ahora el aliento y la esperanza. El aliento y la esperanza connaturales a los discípulos de Quien venció a la muerte. Ante los problemas del mundo presente, ante los del debilitamiento de la moralidad ambiental, ante la disminución de las vocaciones, ante las defecciones en la fe, ante las desviaciones litúrgicas, ante los ataques a la familia, ante los peligros que acechan a la enseñanza religiosa, ante tantos peligros y problemas, estad vigilantes, pero vigilantes y esperanzados.

Cristo, ese Cristo, Hijo único de Dios, de vuestros cultos cuaresmales y de vuestras procesiones de Semana Santa no sólo venció a la muerte, sino también al mundo. Y las fuerzas del infierno no prevalecerán frente a Él.

Yo os pediría, con toda la intensidad de mi alma de vallisoletano y de sacerdote, que continuéis trabajando por estas inigualables Cuaresma y Semana Santa de Valladolid, haciéndolas cada día más serias, más fervorosas, más conformes con el Evangelio. Os lo exigen vuestros antecesores en este medio siglo largo (un recuerdo emocionado para Ramón Pradera que en Dios esté y para José Luis Gutiérrez Semprún, que como alcalde y como vallisoletano vivió la Semana Santa con el mayor entusiasmo); os lo piden la fe y la esperanza de esta querida ciudad, y lo necesitan los hombres de su vecindad, los niños que guardan las sillas o ven los pasos desde los miradores y ventanas, los hombres y mujeres que miran frente a frente a los ojos de nuestros Cristos haciéndose hombres nuevos, y el pueblo todo de Valladolid que, entrada ya la noche de vuestro Viernes Santo, se aglomera frente a su Virgen de las Angustias y entona la secular plegaria de perdón y esperanza. Esos niños, esos hombres y mujeres, bañados con la gracia del Señor, son la mayor garantía de nuestra alegría para el futuro.

Mas no puedo terminar sin hacer una reflexión, a la que me siento obligado por mi condición de obispo. Conozco bien todas las discusiones de la teología

pastoral moderna sobre la religiosidad popular, sobre las nuevas líneas de la acción pastoral, sobre lo que el Evangelio exige para que la Iglesia esté al servicio del hombre, sobre la necesidad de no limitarnos a una religiosidad exteriorista y adormecedora, etc., etc. Por los diversos lugares en que he ejercido mi ministerio, me ha tocado ser testigo siempre muy directo de estas polémicas y afirmaciones, algunas veces protagonista, y otras, víctima de las mismas.

Tomé parte en el último Sínodo de los Obispos de 1974, donde, como sabéis, se tocó el tema de la evangelización del mundo contemporáneo. Al referirse a la religiosidad popular, todos los obispos del mundo la defendieron. Pero lo que resultó conmovedor fue oír a los obispos de Hispanoamérica, los cuales unánimemente se refirieron a cómo, después de las experiencias y ensayos de estos años posteriores al Concilio –y son muchas las que se han hecho en aquellos países, bastantes de ellas aprovechables–, juzgaban que era necesario defender las tres grandes manifestaciones de fe y de piedad que los evangelizadores españoles habían sabido dejar hondamente arraigadas en sus pueblos, la devoción a la pasión de Cristo, a la Virgen, y al misterio de la Eucaristía. Atribuían a esto el que la fe católica se haya salvado en sus naciones. Devociones las tres que tienen las mismas expresiones externas que en España.

Un año más tarde, el Papa promulgaba la Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*. Ved lo que ahí dice sobre la religiosidad del pueblo.

Más aún, en la visita *ad limina* que hemos hecho los obispos de España durante el pasado año, a todos nos ha pedido que cuidemos y fomentemos, la religiosidad popular con sus sanas y hermosas tradiciones y costumbres.

Lo cual en nada se opone a los esfuerzos que debemos hacer para cultivar la fe con mayor profundidad, a establecer pequeñas comunidades como el mismo Papa lo indica, a fomentar la catequesis en todas las edades de la vida, a despertar el compromiso cristiano en coherencia con la fe. No se opone en nada lo uno a lo otro.

Jesucristo cultivó de modo especial a algunos grupos y personas, pero jamás despreció las aproximaciones del pueblo a su Persona, de un pueblo débil, egoísta, interesado, como todos los pueblos de la tierra. Le acogió con amor y con ternura, y le invitó a subir con Él hasta la cumbre. Hagamos lo mismo. No exijamos más que Jesucristo.

En octubre del pasado año se celebró en Roma la Sesión Plenaria de la Congregación para la Evangelización de los pueblos, a la que pertenezco. Las ponencias, presentadas por obispos de todos los continentes, tocaron el tema de la religiosidad popular en ambientes primitivos, en pueblos no cristianos, en la Iglesia de más allá del telón de acero, y en los ambientes ya evangelizados. Todos la defendieron, todos estimaron que es y representa un valor extraordinario para la evangelización en el mundo actual.

Al defenderla yo también, con referencia expresa a algo que nos es tan querido como la Semana Santa de Valladolid, no trato de anteponer su valor al de otras expresiones de la religiosidad, de distinto ámbito y carácter. Sencillamente hago eso, defenderla como algo provechoso para el pueblo cristiano, y, en este caso, singularmente merecedor de respeto por la conjunción que encierra de arte, historia y piedad. Amo el canto gregoriano, la liturgia finísima de los monasterios,

la oración de los contemplativos, la meditación silenciosa y culta para grupos selectos con tal de que no crean que lo son, amo todas las renovaciones sanas y provechosas que el Espíritu de Dios va suscitando en su Iglesia.

Como escribe el cardenal Daniélou en sus *Memorias*:

«Yo intento defender al pueblo cristiano, es decir, a la masa de hombres y mujeres, así como de familias, que integran ese gran Pueblo de Dios, formado por santos y pecadores, creyentes e incrédulos. No tenemos derecho a desinteresarnos de él, asiéndonos a un cristianismo de capillitas, de 'minúsculas' comunidades que congregan a 'minúsculas' selecciones.»

«Me viene a la memoria una frase pronunciada ante mí por un filósofo marxista polaco con ocasión de las Reuniones Internacionales de Ginebra: 'Nosotros conocemos de sobra que habrá siempre hombres y mujeres que tengan problemas metafísicos, y es cosa que no nos molesta. Lo que no queremos es que haya un pueblo cristiano'. Le respondí: 'Las élites no me interesan, puesto que, en cierto sentido, ellas salen de por sí'. Me preocupa la inmensa grey de Jesucristo y sé que tiene necesidad de un mínimo de apoyo. Semejante punto de vista entraña importantes consecuencias prácticas: así, por ejemplo, siempre he defendido la existencia de colegios cristianos para unos muchachos que precisan un ambiente favorable en que expansionar su fe. Hoy en día, se comienza a volver a descubrir tales verdades, a admitir que las manifestaciones religiosas populares no dimanen únicamente de superstición o de un cristianismo sociológico, sino que son expresiones ingenuas de una fe verdadera. Después de todo, una mujer que va en peregrinación o que pone una vela a la Santísima Virgen, cuando su hijo está enfermo, posee una vida religiosa tan auténtica como la de muchos intelectuales»¹.

Por último, al defender estas tradiciones nobles, de Valladolid y de España, tampoco me sitúo en una perspectiva nacionalista. Pienso en las manifestaciones religiosas de cualquier parte del mundo, donde existan, en la Bretaña francesa, en Irlanda, en Polonia. Mi punto de partida es sencillamente el Evangelio, donde me encuentro con estas palabras del Señor: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura».

Me duele que ese Evangelio no haya llegado aún a tantos lugares de la tierra. Me duele todavía más, desde cierto punto de vista, que se oscurezca o se apague su luz allí donde se había encendido hace ya muchos siglos.

Todas las aportaciones son necesarias para que nuestro mundo no se desacralice del todo: la investigación teológica, la adaptación pastoral, el compromiso en favor de los hombres. Pero pienso igualmente con Teilhard de Chardin: «Cuanto más hombre se haga el hombre, tanto más experimentará la necesidad de adorar. La religión es una dimensión humana irreversible».

Ahora bien, para adorar y para contemplar lo que merece ser adorado, algo sirven también, hoy como ayer, esos Cristos de nuestros «pasos» y ese homenaje sencillo que la miseria de nuestra condición de pecadores rinde a su Majestad infinita.

¹ J. DANIELOU, *Memorias*, Bilbao, 1975, 105-106.

LA SEMANA SANTA Y LA VIDA CRISTIANA HOY

Pregón de la Semana Santa, de Medina del Campo, marzo de 1986, edición de la Junta Local de Semana Santa de Medina del Campo, 1986.

No he podido negarme a la amable invitación que me hizo vuestro párroco, don Félix Garnacho, para venir a pronunciar este pregón de la Semana Santa.

Si no hubiese otros motivos, me bastaría evocar años ya lejanos en que desde Valladolid, cuando allí ejercía mi ministerio sacerdotal, vine a Medina con frecuencia como Consiliario Diocesano de los Hombres de Acción Católica. Prediqué en varias iglesias, hablé en algún teatro, promoví la construcción de un pequeño grupo de viviendas sociales, y uní mis esfuerzos a los de los sacerdotes y hombres seglares de aquí, afanosos de demostrar que queríamos ver confirmadas las palabras con las obras, aunque fuese tan modestamente como podíamos hacerlo.

En cierto momento se produjo aquí una situación poco grata, como consecuencia de la actitud adoptada por algunos ante el deseo manifestado por el señor arzobispo don Antonio García y García, de trasladar por razones pastorales el mercado de los domingos a otro día de la semana. El arzobispo me llamó y quiso nombrarme Arcipreste de Medina, aun residiendo en Valladolid, con el encargo de trabajar en una determinada dirección hasta resolver el conflicto. Respetuosamente le hice ver la no conveniencia de tal designación, y pronto las aguas volvieron a su cauce para seguir discurriendo con tranquilidad. Muchas veces, al pasar por aquí en mis viajes a diversos lugares de España, ha vuelto a mi alma el recuerdo de aquellos días en que estuve a punto de quedar vinculado canónicamente a Medina más que como ya lo estaba espiritual y pastoralmente. No soy un extraño entre vosotros, sino uno más de la familia.

Todavía hay otra razón que ha influido poderosamente en mí para vencer todas las dificultades que normalmente me hubieran impedido venir. A vuestro párroco, don Félix, lo conocí hace ya muchos años cuando era un joven seminarista, despejado, inteligente, generoso, decidido, lleno de arrojo y simpatía. Llegada su ordenación sacerdotal, me invitó a que predicase en su primera misa, en Arrabal de Portillo, y así lo hice, con la satisfacción que podíamos sentir en aquel día de gloria que un sacerdote no olvida jamás, mientras dura su existencia. No podía negarme a aceptar la invitación de ahora recordando el gozo que tuve al aceptar la de ayer. Hablo, pues, de la Semana Santa y de la vida cristiana de hoy con el deseo de que mis palabras sean expresión de los sentimientos que llenan mi alma ante un tema tan delicado y tan profundo.

LA PRIMERA SEMANA SANTA

Los cristianos sabemos que ha habido una primera Semana Santa, tal como nos la ofrecen, con datos históricos reales, los Santos Evangelios.

La entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, sus visitas y predicaciones últimas en el templo, la institución de la Eucaristía en el Cenáculo, la oración en el huerto de los olivos, el prendimiento, las escenas ante Anás, Caifás y Pilatos, su condenación a muerte y el camino con la cruz a cuestas hasta el Calvario, su muerte y sepultura, su resurrección gloriosa, no son hechos inventados por nosotros, sino que constituyen el proceso veraz y auténtico de lo que sucedió aquellos días últimos de su vida en la tierra.

Los primeros cristianos, apenas pudieron, lo recordaban, hablaban de ello en sus reuniones y pronto se fijó una especie de calendario que permitía recordar la vida de Jesús y las escenas de su pasión y su muerte salvadora. Primero en sus hogares y donde podían reunirse. Después, a partir del siglo IV, en sus capillas y templos, y más tarde en la calle. Nació la liturgia, es decir, el culto público y oficial de la Iglesia que viene desde los tiempos apostólicos, desarrollado después en monasterios y catedrales a medida que el cristianismo iba haciéndose presente en todas las dimensiones de la vida social de un pueblo.

Durante toda la Edad Media fueron surgiendo hermandades, cofradías y asociaciones que conmemoraban estos y otros misterios de la vida del Salvador y de su Madre Santísima, la Virgen María. En algunas naciones como España, Italia, Francia, estas manifestaciones externas de la fe alcanzaron gran esplendor y fueron testimonio elocuente de la piedad del pueblo, que buscaba, a través de las imágenes labradas por los mejores escultores y en los desfiles procesionales, dar satisfacción a sus sentimientos religiosos y celebrar pública y comunitariamente lo que sentían en el interior de su corazón. Así surgieron las cofradías de Valladolid y, sin duda alguna, las de Medina del Campo, antiquísimas también, como lo demuestran documentos que pueden presentarse para dar fe de los hechos. Hubo como dos Semanas Santas: una en el templo, otra en la calle; una que consistía en la celebración de los Oficios, otra en los desfiles procesionales; una estrictamente litúrgica, otra popular y clamorosa; una en que se meditaba en silencio y se participaba en la adoración conmovida y fervorosa, otra en que las madres con sus hijos, los hombres y los jóvenes, los cofrades y los espectadores simples miran a las imágenes que pasan, forman en el cortejo procesional, o simplemente contemplan respetuosos el bello paisaje religioso de la procesión que despierta emociones y anhelos en el interior de las conciencias.

No hay por qué contraponer o excluir la una en nombre de la otra. Ambas se complementan, la del interior del templo y la de la calle.

La primera, por supuesto, la litúrgica, es la raíz de todo, y de ella no puede ni debe prescindir un cristiano consciente y bien formado. La segunda, la popular, es un tributo de la sensibilidad humana que se ofrece, conforme a las leyes de la psicología religiosa de las muchedumbres y simplemente de la comunidad, al misterio que se celebra, cuando conmemoramos la institución de la Eucaristía, cuando adoramos la luz, cuando recitamos el relato de la pasión, o cuando nos rendimos abrumados por el peso de nuestros pecados ante el Cristo que muere regalándonos el perdón divino y alimentando nuestra esperanza de inmortalidad.

Detrás de cada una de esas dos Semanas Santas está el drama de valor infinito de la muerte redentora de Cristo, luz suprema de nuestra vida cristiana.

VALORES DE LA SEMANA SANTA

Defiendo, pues, la Semana Santa, la de nuestras ciudades, nuestros pueblos, nuestras pequeñas aldeas perdidas en valles y montañas. Proclamo, ante todo, la necesidad de que el pueblo participe en los oficios litúrgicos en el interior de los templos y escuche la palabra de Dios bien predicada; pero no menosprecio la actuación piadosa de las cofradías y hermandades, los desfiles procesionales, los pasos con sus imágenes rodeadas de luces y flores, porque tienen su valor también no sólo como manifestación pública de los sentimientos religiosos, sino por lo que valen la mirada de los niños, la oración que musitan los labios de los ancianos, la atención respecto a los hombres y mujeres durante mucho tiempo alejados de Dios.

Basta en ocasiones un suspiro del alma, que brota incontenible ante la imagen de Jesús Crucificado o de la Virgen de los Dolores, para iniciar un camino que nos lleva a recobrar la inocencia perdida. Están nuestras calles tan llenas de profanidad, tan ocupadas por los instintos y los anhelos de goces inmediatos, sea como sea, que hemos de agradecer las pocas oportunidades que van quedando, para que la llamada de lo alto resuene en nuestra conciencia dormida, y nos haga abrir los ojos a la realidad misteriosa de Dios y de Cristo Redentor.

La Semana Santa no es más que un breve lapso de tiempo en el calendario, pero es a la vez la culminación y la síntesis, la fuente y el origen de todo lo que a lo largo del año celebramos los cristianos en nombre de nuestra fe. Del Corazón de Cristo muerto y resucitado han brotado la Eucaristía y los demás sacramentos; de su oración en el huerto de los olivos la profunda capacidad del cristiano para aceptar las adversidades de la vida sin desesperarse; de su diálogo con Pilatos la proclamación hecha por Jesús de que Él vino al mundo para dar testimonio de la verdad; de su serenidad divina para sufrir las vejaciones y tormentos a que fue sometido, la fuerza de los mártires de todos los tiempos; de su marcha hacia el Calvario y su suplicio en la cruz, la energía espiritual sostenida por la gracia para dominar el desenfreno loco de las pasiones.

Y en torno a la Semana Santa del Evangelio, concretamente de la resurrección de Cristo con la que se cierran esos días sagrados, brotan todas las fiestas del año, o como anticipación o como consecuencia, y todos los honores y alabanzas que tributamos a la Virgen María y a los santos, Madre del Redentor la una, y fieles imitadores de sus virtudes los demás.

Y porque creemos en Cristo muerto y resucitado, acudimos los cristianos a la oración y rezamos al Padre Nuestro como Él nos enseñó, procuramos la catequesis y la enseñanza religiosa para nuestros hijos, defendemos la existencia de la familia sólidamente constituida frente a todas las corrupciones desintegradoras a que está expuesta, clamamos por una juventud generosa y limpia en sus costumbres, y afirmamos la existencia de una moral católica que eleva al hombre a su más alta dignidad. Esta moral no es un catálogo de pecados que se deben evitar. El cristianismo no es primariamente ni una filosofía, ni una ética, ni un movimiento social. El cristianismo es fundamentalmente la intervención de Dios en la historia humana por medio de Cristo. La moral católica es orientación radical de toda nuestra vida hacia Dios, nuestro Padre, en Cristo Jesús por el Espíritu. La moral católica es una moral sobrenatural en el origen y

en los fines. El hombre nuevo, creado a la imagen de Cristo, no se descubre sino en la filiación divina, que nos revela el Evangelio. De ahí la necesidad de una profunda vida interior alimentada por los sacramentos, la oración individual y litúrgica, la devoción a la Virgen, la mortificación.

Tal es la belleza de la moral como vida; y sus exigencias, compromiso personal con Cristo. El nuevo Pueblo de Dios «tiene por cabeza a Cristo; por condición, la dignidad y la libertad de los hijos de Dios; por ley, el mandato del amor; como fin, el dilatar más y más el Reino de Dios» (LG 9).

Y esto es lo que llamamos la vida cristiana de los hijos de la Iglesia. A vivir esta realidad estamos llamados los creyentes venciendo el egoísmo que nos ata a la tierra. No nos oponemos a ninguna clase de progreso en el orden social, ni a una más justa distribución del bienestar y la riqueza, ni a un desarrollo progresivo de la persona humana hacia las más altas cotas de su dignidad, pero queremos que Dios esté presente en la vida como lo que es: nuestro Señor y nuestro Padre, no un huésped indeseado o un recuerdo molesto de nuestra historia lejana. Cristo no pasa de moda, porque es el centro de la historia y de la vida, y sus palabras llevan en sí mismas la luz de la verdad. Alejados de Él y del Dios que nos reveló en el Evangelio, los hombres nos hacemos autosuficientes, nos persuadimos falsamente de que se puede vivir sin religión, despreciamos con altanera arrogancia a quienes practican, y poco a poco, sin darnos cuenta, caemos en las esclavitudes de siempre, tan antiguas como las viejas miserias de todos los tiempos, aunque lleven nombres modernos; las de la avaricia y el consumismo; las del sexo, la droga y el alcohol; las del divorcio y el aborto; las de la degradación de las costumbres similar a la que San Pablo describía ya en su carta a los romanos. Eso en el orden individual y familiar. En el social y político venimos a caer, por virtud de esa autosuficiencia excluyente, en un continuo enfrentamiento entre los diversos bloques existentes, que hace que se gasten cada minuto un millón de dólares para mantener una paz precaria mediante el equilibrio del terror. Nuestra época no puede sentirse orgullosa de sí misma, a pesar de tantos progresos materiales y de la conquista ya comenzada del espacio. Aumenta en el hombre moderno un sentimiento de tristeza, de desasosiego, que le hace dudar cada vez más de que el camino que seguimos pueda llevarnos a buen fin. Hay que reaccionar contra estas tendencias y buscar con empeño el encuentro con el Dios de la verdad y de la vida que nos ayudará a construir lo que Pablo VI llamó civilización del amor.

LA VIDA CRISTIANA HOY, EN ESPAÑA Y EN EL MUNDO

Permitidme ahora una reflexión que se inspira en la realidad de lo que está sucediendo en España y en el mundo contemporáneo en relación con la vida cristiana.

Pienso que el error más grave que se está cometiendo en la vida española actual es el de olvidar o querer destruir nuestra propia cultura, es decir, nuestro modo de ser y de interpretar el sentido de la existencia. Comprendo que para la buena marcha de un pueblo, como para la de una persona, por el camino que ha de recorrer, mientras quiera seguir siendo tal pueblo o tal persona, le es absolutamente necesario revisar con frecuencia la propia marcha, para

incorporar a su esfuerzo de caminante de la historia los hallazgos que encuentra en su camino, rectificando lo que sea necesario, para seguir adelante, según sea el horizonte, el clima, el suelo, la estación, es decir, según las épocas y las dificultades que se presenten o las metas que se desea alcanzar. Esta tarea de eliminación de obstáculos o de allanamiento de senderos, de rectificación o purificación de propósitos, en un hombre o en un pueblo, es al fin y al cabo una consecuencia que nace de la solidaridad humana, del influjo inevitable de unos sobre otros, dada la común condición, de las leyes y condicionamientos del progreso.

Pero una cosa es enriquecerse en la marcha propia con las aportaciones que llegan de los demás, en un sentido o en otro, y otra muy distinta cortarse los pies para caminar mejor con el pretexto de que duelen o de que estorba el calzado que se lleva en aquel determinado trecho del camino.

Esto es lo que está sucediendo en España. Nuestro pueblo tenía –y tiene todavía– una cultura cristiana y católica. Más que tener, deberíamos decir que vivía y en gran parte vive de ella y en ella. Pero se la está olvidando y empobreciendo de una manera deliberada y consciente. Diversos factores concurren, en mi opinión, a producir este hecho doloroso de los cuales enuncio los siguientes:

- 1º. Las leyes que, partiendo de una determinada filosofía política, quieren construir un tipo de hombre español nuevo, con total olvido de lo que la ética cristiana señala, o a lo sumo con atención casi exclusiva a un aspecto –importantísimo, sí, pero no único– de la ética social, referida a la distribución de la riqueza y el bienestar.
- 2º. La tremenda frivolidad y ligereza de nuestros conciudadanos en este orden de cosas, que les hace capaces de inclinarse al cambio por el cambio, sin pensar en qué va a consistir ese cambio, o creyendo, porque así les parece a la hora de votar, que se va a limitar a lo que los votantes les agrade que cambie.
- 3º. Ciertas actitudes de la propia Iglesia española, que ha tenido que esperar a que viniese a España Juan Pablo II para que se dijera al pueblo español las claras y estimulantes palabras que él pronunció sobre nuestra historia de pueblo católico, sobre las relaciones entre fe y cultura, y sobre cómo hay que conciliar el respeto a una situación nueva, originada por la separación de Iglesia y Estado, con el mantenimiento de la identidad católica sin ambigüedades ni confusionismos.
- 4º. Una absoluta falta no ya de originalidad, sino de confianza en nosotros mismos, que nos hace incurrir en el absurdo papanatismo de la llamada progresía, en virtud del cual no se hartan de imitar lo peor y más vulgar de lo que ven fuera de aquí, confundiendo moral con religión, Iglesia con clericalismo, libertad con anarquía, apertura con desvergüenza y procacidad. Causa sonrojo leer la mayor parte de los periódicos y revistas españoles de hoy, y no digamos ver la televisión o escuchar la radio.

Una ley orgánica de la educación que impida prácticamente a los padres elegir el tipo de educación que desean para sus hijos es monstruosa. La despenalización de la droga multiplica la delincuencia, no favorece a nadie, y hace preguntarse a los ciudadanos para qué sirve la libertad tan proclamada, si no se puede usar de ella con tranquilidad y con decoro. Socavar, por un lado, la

institución familiar, y privar, por otro, a la juventud de las defensas que necesita para protegerse de las tempestades propias de esa edad, lleva fatalmente a la ruina moral de una nación, porque destruye sus cimientos.

Esta ruptura con el sentido cristiano de la vida que ahora irrumpe en España bajo la bandera de la modernidad y del progreso, tiene mucho de antigualla académica desde los tiempos de la Ilustración, y de reivindicación social apasionada y turbulenta desde la Revolución Francesa. Se ve que no hay más remedio que tener que aguantar y sufrir esas gangas de los ateísmos teóricos y prácticos junto a los legítimos esfuerzos de clarificación que se encuentran en la primera; o de las luchas tan duras y agotadoras que acompañan a la segunda, en medio de lo que tienen de legítimo anhelo de justicia. Lástima que los hombres no seamos capaces de servir a una causa, al menos parcialmente justa, sin hacernos esclavos de otra que no lo es; y que para curar una enfermedad haya que esperar a que se produzcan muertes. Pero así parece que es el destino fatal de la pobre condición humana.

Tanto en el Occidente, con sus libertades, como en el bloque oriental, con su ateísmo militante y su marxismo al servicio del imperialismo soviético, aparecen rupturas con la presencia de Dios en la sociedad; y proclamaciones, no del todo involuntarias, de la necesidad de ese Dios que es rechazado. Víctima de esas contradicciones, y en nombre de una cultura que quiere ser nueva, en una parte y en otra, tienen muchos la impresión, o creen tenerla, de que el cristianismo ya no sirve y que hay que buscar otra cosa. Pero se equivocan los que piensan así. Porque luego resulta que los adoradores de la libertad sin límites terminan en las filosofías de la nada o de la náusea; y los de la revolución del igualitarismo planetario asfixian a media humanidad con su totalitarismo aborrecible.

En estas circunstancias uno se pregunta qué suerte puede correr ese cristianismo con el que se ha roto, en tantas manifestaciones de la nueva cultura del hombre, a cuyo amparo se alimentan tantas expectativas de futuro, o en virtud de la cual simplemente se camina sin preguntar ni esperar nada, gregariamente, en las diversas «granjas» y los diversos «1984» que se han escrito con más o menos dotes de profecía y de ingenio. Y desde luego el que discorra desde su fe en Dios y en Jesucristo, del cual sabe que ha sido «enviado para recapitular en Él todas las cosas», no puede aceptar ninguna clase de fatalismo nihilista, así como así.

Por lo pronto, estamos viendo que, por primera vez en la historia de los siglos, un hombre que desde el primer día de su pontificado gritó con fuerza: «Abrid las puertas al Redentor», está llamando a todas esas puertas, también las del mundo africano o asiático, como nadie lo ha hecho hasta aquí. No disimula ni oculta nada. Se presenta como lo que es, el Vicario de Cristo en la tierra. Esas puertas no se le cierran. Y si alguna vez sucede, él espera siempre, y vuelve a llamar. No lleva otra riqueza que ofrecer sino la palabra de Cristo. Y regresa al Vaticano, por supuesto, sin haber bautizado a los pueblos ni haber convertido a los emperadores. Ya no hay Constantinos en Roma, ni Recaredos en España, ni Clodoveos en Francia.

En el mundo de hoy, hay, en cambio, en medio de tantas tinieblas, unos valores de magnitud creciente y auténticamente redentores de la humanidad. Son, por ejemplo:

- a) El mayor acercamiento de los pueblos, que lleva a un mejor conocimiento y puede fomentar la amistad.
- b) La conciencia cada vez más viva de los derechos humanos.
- c) El anhelo de paz y la posibilidad de actuaciones colectivas para manifestarlo, sin que quede como materia reservada a los gobernantes.
- d) El oleaje de las solidaridades que hacen sufrir más que ayer con los sufrimientos de los demás y querer ayudar más y mejor a los que necesitan ayuda.

Esto lo sienten los pueblos de hoy más que nunca. El Papa también lo predica. A primera vista parece que no son valores cristianos. Pero resulta que cuando se buscan sus raíces más sólidas y su fundamento último, los derechos humanos no tienen sentido si no se apoyan en la dignidad del hombre, y esta dignidad no se explica más que admitiendo que el hombre es hijo de Dios. La solidaridad que hace sufrir con los que sufren y ayudar al que lo necesita, es amor. La paz, sin la cual no se puede vivir, es exigencia de la justicia, del perdón, de la grandeza de corazón, de la bienaventuranza evangélica que habla de los pacíficos.

Es decir, un mundo que parece tan alejado de lo cristiano, busca cada día, como el hambriento el pan, soluciones que son, en el fondo, cristianas, no sólo humanas como aspiración de la humanidad; y un hombre que puede dirigirse a ese mundo con el lenguaje con que lo hace el Papa, habla también de esos temas –la paz, el trabajo, la familia, la limpieza de costumbres, el sexo, la solidaridad, la dignidad de las personas, etc.– como de algo que pertenece al patrimonio de su mensaje propio. Sólo falta que se termine hablando, en un lenguaje común, de la necesidad de un Redentor, en el cual creer con amor y esperanza. Ese mundo todavía no lo hace. El Papa sí, y no parece que esté equivocado. Mucha atención a este fenómeno, del que nosotros estamos siendo testigos. Quizá nosotros no, pero las generaciones que nos sucedan van a ser también beneficiarias de este singular encuentro de la necesidad que clama con dramatismo y de la palabra que se ofrece con mansedumbre evangélica, frente a los sistemas políticos de una y otra parte, ambos incompletos; y frente a las rupturas de uno y otro proceso histórico, ambas decepcionantes.

Por eso es tan doloroso comprobar que en un país de tan vieja y espléndida tradición y cultura cristianas como España, a pesar de nuestros fallos personales y colectivos, se presente, como solución reclamada por la modernidad, una ruptura pedante y ciega con las fuentes de donde mana ese sentido de la vida, que se apoya, en último término, en la revelación del Hijo de Dios. Aquí se sembró hace mucho tiempo una semilla. Ha dado, a lo largo del tiempo, muchos frutos. Se mantiene una herencia. Dilapidarla tontamente es como arrancarse los ojos creyendo que vamos a ver mejor. Por el contrario, el marxismo envejece inexorablemente y los restantes materialismos sólo se mantienen por el poder del dinero.

La sociedad española necesita tener confianza en su tradición cristiana y vivirla con autenticidad. Ahí está la solución. Se necesitan, sí, partidos políticos que luchen con intrepidez y sagacidad en este frente. Pero creo que se necesitan, aún más, asociaciones y grupos intermedios, culturales, históricos, vecinales, deportivos, familiares, de adultos, de ancianos, de jóvenes, etc., etc. Todo esto serviría para robustecer una sociedad desvertebrada, pero no vacía. La fe cristiana no es para mantenerla pasivamente, sino para propagarla. Cuando no

se hace así, muere inevitablemente y hace del individuo que la posee sólo para sí, un egoísta, que es lo más contrario al Evangelio.

LAS MÁS HONDAS RAÍCES

Se trata, pues, de que el varón y la mujer cristianos de hoy reflexionen sobre su dignidad y, convencidos de que no se les ha dado la luz para ocultarla, la difundan en torno suyo y la hagan brillar en la vida que les corresponde vivir como ciudadanos de este mundo, sin abdicar en ningún momento de su condición de creyentes en Jesucristo.

En esas asociaciones y actividades, a través de las cuales se va desarrollando la existencia humana, el hombre y la mujer cristianos, hijos de la Iglesia católica, ponen su sello, el de un modo de pensar y sentir que sean conformes al Evangelio. A esto equivale la apremiante exhortación del Concilio Vaticano II cuando pide a los seglares que pongan su empeño en impregnar de sentido cristiano las realidades temporales de este mundo.

Para actuar así, se necesita cultivar el espíritu, ir a las raíces de donde brota la savia que alimenta el árbol de la vida cristiana. Y nuestras raíces son los sacramentos, la oración, el deber de evangelizar y nuestra propia historia. A ella se refirió Juan Pablo II cuando al venir a España, en el mismo aeropuerto de Barajas, pronunció estas palabras: «Vengo a encontrarme con una comunidad cristiana que se remonta a la época apostólica: Es una tierra objeto de los desvelos evangelizadores de San Pablo; que está bajo el patrocinio de Santiago el Mayor, cuyo recuerdo perdura en el Pilar de Zaragoza y en Santiago de Compostela; que fue conquistada para la fe por el afán misionero de los siete varones apostólicos; que propició la conversión a la fe de los pueblos visigodos en Toledo; que fue la gran meta de peregrinaciones europeas a Santiago; que vivió la empresa de la Reconquista; que descubrió y evangelizó América; que iluminó la ciencia desde Alcalá y Salamanca y la teología de Trento».

«Vengo atraído por una historia admirable de fidelidad a la Iglesia y de servicio a la misma, escrita en empresas apostólicas y en tantas grandes figuras que renovaron esa Iglesia, fortalecieron su fe, la defendieron en momentos difíciles y le dieron nuevos hijos en enteros continentes. En efecto, gracias sobre todo a esa impar actividad evangelizadora, la porción más numerosa de la Iglesia de Cristo habla hoy y reza a Dios en español. Tras mis viajes apostólicos, sobre todo por tierras de Hispanoamérica y Filipinas, quiero decir en este momento singular: ¡Gracias España! ¡Gracias Iglesia de España, por tu fidelidad al Evangelio y a la Esposa de Cristo!»

«Esa historia, a pesar de las lagunas y errores humanos, es digna de toda admiración y aprecio. Ella debe servir de inspiración y estímulo para hallar en el momento presente las raíces profundas del ser de un pueblo. No para hacerle vivir en el pasado, sino para ofrecerle el ejemplo a proseguir y mejorar en el futuro»¹.

¹ Véase *Mensaje de Juan Pablo II a España*, Madrid 1982, BAC popular 53, 7.

CUIDAD VUESTRO TESORO

Volved a vuestras raíces, medinenses; que también vosotros las tenéis. El nombre de Medina del Campo evoca grandeza y esplendores del pasado. Esa Semana Santa, cuyo pregón me ha traído hoy aquí a vosotros, no es más que una pequeña muestra de una fe religiosa que no debe morir. Porque es un recuerdo emocionado de la pasión y muerte de Cristo Redentor; porque es una oración personal en muchos, y comunitaria y colectiva en todos; porque es el mantenimiento de una tradición cristiana que honra a quien la ha heredado.

No basta, por supuesto. De la imagen hay que pasar a la realidad; del desfile de la procesión al diálogo íntimo con el Señor; del cántico y las plegarias de penitencia a las afirmaciones valientes de la fe.

Medina ha de tener siempre su comercio y su industria, ojalá más florecientes cada día, y su hermoso campo castellano cada vez mejor cultivado y florecido, y sus centros culturales solícitamente atendidos para satisfacer la demanda creciente de instrucción y perfeccionamiento profesional de vuestros hijos.

Pero, aunque lo tengáis todo, que no falte una cosa en el horizonte de vuestra vida: ¡DIOS!

Sin Él esa vida no tiene sentido, y se quedan sin respuesta las preguntas más trascendentales que un hombre puede hacerse a sí mismo y a los demás sobre su origen y destino. Preguntad, preguntad, y Dios os responderá.

CONCLUSIÓN

Empecé hablándoos de la Semana Santa, porque ello era el motivo inmediato de mi venida en esta ocasión atendiendo a la invitación que me había sido hecha. Pero el título completo de mi disertación o pregón, como queráis llamarlo, era «La Semana Santa y la vida cristiana hoy». Este hecho, el de la vida cristiana hoy, es mi preocupación fundamental como obispo de la Iglesia. La veo amenazada por muchos factores adversos, de los cuales el principal es esa nueva cultura o modo de entender y expresar la realidad de la vida como si Dios no hubiera existido ni existiese. Es una especie de paganismo ambiental que poco a poco extiende su atmósfera contaminadora y asfixia la capacidad de reacción de nuestro espíritu. Que no se una a la acción perniciosa de esa atmósfera la perezosa comodidad de nuestra desidia.

Vosotros, los padres de familia, tenéis que volver a rezar en el hogar con vuestros hijos, y dar culto a Dios en el templo como pueblo sacerdotal, y proclamar sus derechos en la profesión y en la calle, y cooperar con decisión a que se implanten la justicia y el amor en las relaciones sociales.

Vosotros, los jóvenes, tenéis que persuadiros de que el gran amigo que tenéis es Cristo Jesús, el Dios de la eterna juventud; el que no defrauda ni engaña. Apartarse del camino que Él señaló es muy fácil, está al alcance de cualquiera, pero se cae inexorablemente en el abismo de la propia degradación, de la diversión alocada, de la frivolidad sin sentido, de la vida sin horizonte ni compromisos serios.

Que las cofradías y hermandades de Semana Santa de Medina del Campo aumenten su número y el fervor de sus participantes, que desfilen los pasos del Señor y de María Santísima por vuestras calles y ciudades, que la mirada pura de los niños se levante con ansiedad infantil hacia las imágenes tratando de ver el rostro de Dios y de su Madre bendita.

Pero se necesita también, y más que nada, vivir la vida cristiana con coherencia entre lo que se afirma y se practica; cuidar de la educación religiosa de los hijos, constituir grupos numerosos y bien organizados de apostolado seglar, alentar la formación de asociaciones juveniles católicas, trabajar como catequistas bien preparados en el hogar y en la parroquia; en una palabra, se necesita volver a las raíces que siempre han servido para que el árbol se nutra y dé frutos abundantes de fe y de piedad cristiana.

No se puede perder ese tesoro. Cuídalo con esmero, Medina del Campo. Cuidadlo vosotros, sus hijos. Haced que Medina vuelva a ser un núcleo poderoso de la vida del espíritu, que irradie su influencia sobre todos los pueblos de la comarca y atraiga la mirada de sus habitantes y de cuantos por aquí pasan, no sólo hacia su castillo y sus monumentos, legados de la historia, sino hacia la realidad actual de su servicio al Evangelio.

NOCHEBUENA EN TOLEDO

Artículo publicado en *ABC*, de Madrid, el 24 de diciembre de 1990. Texto reproducido en el *BOAT*, 1991, 31-34.

Desde lo alto de una de las colinas próximas se contempla la hermosa perspectiva de la ciudad con el cielo que la cubre y el río que la circunda. La luz del atardecer permite ver todavía lo que llaman el casco histórico. Se distinguen bien las diversas zonas o barriadas, con sus modestos edificios, entre los cuales descuellan las espadañas de las iglesias conventuales, las torres de los templos parroquiales, la nave pétreo de San Juan de los Reyes, la aguja tan elegante de la catedral, la majestuosidad del Alcázar.

Vamos bajando del escarpado cerro. Deambulamos por el pequeño laberinto de las calles estrechas y empinadas. Entramos en una cualquiera de las iglesias que aún están abiertas. Puede ser Santo Tomé, San Nicolás, Santa Leocadia o la Magdalena. Cuando salimos, ya es de noche.

Es Nochebuena. La Sagrada Escritura y la más auténtica tradición nos hablan de la paz y del gozo que para todo el universo constituyó, y sigue constituyendo, la aparición en la tierra del Hijo Único de Dios, hecho hombre y nacido de la Virgen María. Este acontecimiento histórico, actualizado ahora por la liturgia, es la prueba más inequívoca del inmenso amor de Dios para con el hombre. La misma Sagrada Escritura nos habla de la alegría que sintieron los habitantes de Belén, especialmente los pastores, y de la excepcional buena disposición de los Magos.

Es tan bella la narración evangélica del nacimiento de Jesús desde que María y José se ponen en camino hacia Belén, que se comprende perfectamente que haya inspirado con fecundidad inagotable a los mejores artistas de la pluma y del pincel en el mundo cristiano. Y cada día se interesan más por conocer y vivir de algún modo este hecho los poetas y pintores de mundos y culturas paganos. No hay ningún alma delicada que no perciba en su sensibilidad la belleza de ese misterio que nos presenta al Hijo de Dios nacido de una mujer inmaculada, para morar entre los hombres y redimirlos del pecado y de la muerte.

Esto es lo que ha prendido en el corazón de los hombres y mujeres de países de fuerte tradición católica como España. En esta ciudad –y quién no podrá decir lo mismo de la suya, si es parecida a Toledo en dimensión y número de habitantes– todo está dispuesto para que esa noche, bien sea al cruzar calles y plazuelas, bien acogiéndose a la intimidad del hogar, sintamos dentro de nosotros los nobles deseos que anidan en el corazón humano y que sólo en contadas ocasiones se manifiestan comunitariamente. Esta es la función que desempeñan sin darse cuenta –o desempeñaban– las fiestas religiosas en que participa el pueblo con sus sencillas devociones bendecidas por la Iglesia Madre. La sociedad y los grupos humanos que viven y luchan juntos cada día del año, necesitan también de jornadas en que, igualmente juntos, los vecinos o cofrades, o simples moradores del barrio o la ciudad, atiendan la llamada de algo superior a las vivencias cotidianas, algo en que se pueda descansar y que nos libere de las fatigas del cuerpo y del alma. La fiesta religiosa, cuando alcanza las

dimensiones y el sentido de la Nochebuena, ofrece a todos, sin imponérselo a nadie, una ocasión para la esperanza y para el deseo de ser mejores, haciéndonos presentir cuánto ganaríamos todos, si respondiéramos mejor a la llamada que la fiesta nos hace.

Pero con tal de que sea fiesta religiosa, no únicamente social o de familia. Y esto es lo que por desgracia va desapareciendo. Se nos puede acusar, a veces con razón, de que la Navidad, tal como la celebramos, es en muchos casos una lamentable deformación y quizá un escarnio. Se dice que son días de alegría y para el regocijo porque «Dios viene a salvarnos». Pero, ¿qué entendemos por salvación? ¿Pensamos de verdad en que somos redimidos del pecado gracias a ese Cristo que nace para predicar el Evangelio y morir en la cruz, y que sólo después de su muerte se produce el triunfo de la resurrección? Nos contentamos con dar una limosna a Cáritas, o a alguna familia que conocemos, acudimos también a la misa del gallo, y nos felicitamos con palabras amables extendiendo la felicitación un poco más allá del círculo de nuestras amistades habituales y poco más. ¿A esto ha de reducirse todo?

Eso sí. Puede haber en esta ciudad, en la que escribo, un belén instalado en Zocodover o en la lonja de la catedral, y grupos de jóvenes que pasan cantando limpias canciones navideñas. Quizá mejor que en otras partes, por las particulares características de las calles toledanas y por la abundancia de signos externos religiosos, es aquí más fácil persuadirnos individual y colectivamente de que nuestra vida y nuestras costumbres están impregnadas de profundo sentido cristiano. Es una equivocación. Porque ya no bastan los recuerdos de ayer, ni las puras y simples impresiones de hoy. Precisamente esto es lo que quieren muchos: que nos quedemos en recuerdos y evocaciones nada más de una cultura que, según ellos, ya no nos sirve.

Ahí está la catedral con los sepulcros de los grandes cardenales de España. Por sus naves se movían en su día el poeta Valdivielso o don Pedro Calderón de la Barca, capellán de reyes. Más allá, en una calleja sin salida, como su propia pasión, la casa en que vivía a temporadas Lope de Vega entre amores furtivos y arrepentimientos que le hacían escribir maravillosos sonetos. Por esa placita que se abre a la zona de los cobertizos cruzaba en las noches románticas Gustavo Adolfo Bécquer, escéptico unas veces y esperanzado otras. ¡Cuántas presencias, cuántos símbolos cristianos! En cada esquina una cruz, en cada calle un convento, en cada archivo de una institución o familia un documento que explica o atestigua el significado, el origen o el rastro de algún acontecimiento relacionado siempre con el hecho religioso.

Esa otra capilla en que también hay cuadros del Greco visitados por artistas de medio mundo, y allí abajo el Cristo de la Vega, el de Zorrilla en «A buen juez mejor testigo», o ese cigarral en que se levantaba la residencia de Tirso de Molina, el convento de donde salió la primera monja española para Oceanía, y ese otro de las Concepcionistas Franciscanas de donde partió la primera comunidad de religiosas de clausura a América, y aquel lienzo de la muralla sur con la lápida que nos recuerda el lugar por donde San Juan de la Cruz se descolgó al huir de la cárcel en que le tenían prisionero.

Recuerdos, recuerdos... No, historia, historia, que por lo mismo forma parte de nuestra vida de ayer y de hoy. Ningún pueblo culto olvida la suya: por el contrario, la mantiene y la celebra.

Por lo cual importa mucho que no se pierdan las costumbres cristianas de la Nochebuena y la Navidad en Toledo y en tantos lugares de España, porque todavía un villancico puede despertar el anhelo de lo sagrado y hacer gustar el deleite de una especial presencia de Dios. ¡Cuánto más una misa o una oración en familia!

Pero hoy urge afirmar que eso no es suficiente y que si seguimos contentándonos con las canciones de Navidad y con el abrazo que brota del deseo de ser felices, mereceremos, sí, que se nos tache de pobres nostálgicos y torpes cristianos.

El nacimiento de Cristo para la vida de los hombres y de los pueblos es el hecho más trascendental de la historia religiosa cristiana. Igual podría decirse de su pasión, su muerte, su resurrección. Es toda su vida la que es trascendental, porque, al encarnarse y vivir entre los hombres, nos abre a la transcendencia.

A través del año litúrgico la Iglesia nos ayuda a contemplar y celebrar los diversos pasos de esa vida divina. Y no se nos pide que en Navidad nos detengamos a recordar la pasión y muerte del Señor. Pero sí que hagamos un esfuerzo para superar y vencer nuestros egoísmos, para tomar más en serio nuestra condición cristiana, para ayudar a que haya un poco más de alegría y de paz en la tierra, es decir, en esa pequeña porción que habitamos, o a la cual podemos llegar con la generosa donación de nosotros mismos.

Con el nacimiento de Cristo empieza la evangelización del mundo, y eso es lo que ahora hemos de procurar: una nueva evangelización. No que dejemos de sentir el gozo que nos traen estos días con costumbres que son reminiscencias de la antigua fe, sino que sepamos añadir a lo que las fiestas de Navidad nos ofrecen una mayor exigencia de compromiso cristiano en nuestra vida y en la sociedad a que pertenecemos.

JUEVES SANTO, LA NOCHE DE LA EUCARISTÍA

Artículo publicado en *ABC*, de Madrid, el 24 de marzo de 1991, y reproducido en el *BOAT*, 1991,207-210.

En la Última Cena de Jesús con sus Apóstoles hay un momento en que ellos, y Pedro particularmente, manifiestan su decisión de serle fieles y no negarle nunca; «aunque fuera preciso morir contigo, jamás te negaré» fue la frase rotunda y sincera de éste. San Marcos añade: «Otro tanto decían todos». ¡Qué retrato tan vivo de lo que es la pobre condición humana! Porque en seguida caminaron hacia Getsemaní y allí se quedaron dormidos, mientras Jesús entraba en agonía. Y después, inmediatamente después, la dispersión y la huida cobarde. Todo se redujo a negación, ocultamiento y abandono. A Pedro, que parecía el más valiente, y seguramente lo era, le duró un poco más la fidelidad prometida, hasta que por tres veces le negó. Menos mal que apareció una señal, el canto del gallo, y una mirada, la de Jesús al pasar de una estancia a otra en la mansión de Caifás, y una palabra, pues se acordó de la que le había dicho el Señor, señala el evangelista, y entonces, al darse cuenta, lloró amargamente o, como precisa San Marcos, empezó a llorar.

Todo esto sucedió en la noche de la Eucaristía, cuando por primera vez recibieron el pan y el vino convertidos en cuerpo y sangre de Cristo. Pienso que esa comunión de la Última Cena no fue entendida por ellos en todo lo que significaba, aunque Cristo dijera tan explícitamente: «Este es mi cuerpo, ésta es mi sangre». Recordarían, sin duda, la promesa hecha tiempo atrás cuando les dijo: «Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. Yo soy el pan de vida. Si alguno come de este pan vivirá para siempre y el pan que yo le daré es mi carne, vida del mundo». Recordarían y harían algún comentario apresurado, pero sin pasar de ahí. No eran capaces de más. El hecho es que, en esa noche, cuando más grande fue el don que les hacía, más penosa resultaba su ingratitud y deserción. No era una noche para las traiciones, sino para el consuelo y el apoyo a aquel divino afligido a quien en seguida le iba a faltar hasta la tierra en donde pisar un poco seguro.

Sólo después empezaron a reaccionar. Pedro, también el primero, aunque de momento su reacción sólo consistiera en un llanto amargo y continuado. Hay ocasiones en que sólo las lágrimas empiezan a devolver a los hombres la dignidad perdida.

En esa fragilidad y miseria de la falta de correspondencia del grupo apostólico hacia quien tanto les había amado, veo yo, sin retorcer demasiado las cosas, como un símbolo de lo que es el comportamiento de los cristianos hacia Cristo, hacia el Evangelio, hacia la Eucaristía.

La dispersión y la huida de todo compromiso serio son la respuesta más frecuente de los cristianos de hoy –al menos de muchos, quizá de la mayor parte– a ese don divino del pan de vida, que es no sólo la Eucaristía, sino la palabra y los hechos de Jesús el Salvador. Como lo es también su don de Dios, su llamada al compromiso en favor de los demás, el amor fraterno, el servicio

oscuro y abnegado, como el que Él prestó cuando se puso a lavar los pies a sus discípulos.

Nos hemos acostumbrado demasiado a la posesión, gratuita y sin merecimientos, de todos los dones de esa noche de la Eucaristía, sin que por parte nuestra exista otra actitud que la que nos hace sucumbir a la tentación de un catolicismo fácil, cada vez más fácil.

El amor fraterno. ¿Dónde se encuentra ya eso? «Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros como Yo os he amado». En nuestras sociedades opulentas, en donde nos sobra todo, falta el amor. No se ha llegado a una apostasía generalizada, pero sí a un indiferentismo atroz y a un reduccionismo del mensaje evangélico a una mínima parte de su contenido, la que menos nos molesta.

¿Qué está pasando en la familia, ese pequeño núcleo base y fundamento de la sociedad, para que tan fácilmente se disuelva y se rompa el lazo que unía a los esposos entre sí y a los hijos con los padres? Si dentro del hogar es tan difícil la convivencia amorosamente mantenida, es sencillamente imposible que cuando se pone el pie en la calle el amor a nuestros hermanos guíe nuestros pasos.

Y, sin embargo, nunca hemos tenido tantos motivos también humanos, aparte de los de índole religiosa, para sembrar un poco más de amor en el mundo. Nos conocemos hoy los hombres mejor que antes, porque viajamos más y percibimos o disfrutamos de los bienes de las diversas culturas; hay una preocupación, por los problemas del Tercer y el Cuarto Mundos, que no existía antes; se reconocen los derechos humanos y se apela a los mismos, cuando se les considera violados; se clama contra las guerras con palabras tan ardientes que conmueven el alma, cuando los que gritan no están guiados por sucios intereses partidistas; incluso entre las confesiones religiosas se fomentan diálogos que permiten acercamientos nunca soñados, o se conocen mejor las virtudes que también se dan en los que profesan otros credos.

Días pasados, durante la guerra última en el Golfo Pérsico, hemos podido leer un relato conmovedor. Como consecuencia de uno de los combates incesantes, en una zona determinada del desierto yacían soldados iraquíes muertos o heridos. Uno de éstos, aún con vida, vio acercarse a otro del bando enemigo, y pensó que éste venía a rematarle. En medio de su extrema debilidad aún tuvo fuerzas para incorporarse levemente y con sus manos juntas en actitud suplicante le miró sin poder articular palabra alguna. Entonces el adversario le cogió las manos con cariño y le dijo: «No temas, soy hermano tuyo, soy egipcio, soy árabe».

Creo que hoy la humanidad está mejor dispuesta que nunca a realizar gestos como éste y aun a evitar que se inicien nuevas guerras, lo cual es mucho más importante todavía.

Y somos nosotros, los cristianos, los que tenemos mayor obligación y más fuertes motivos para contribuir a que se extienda entre nosotros, y por nuestro medio a otros ambientes, el don que hace Dios a los hombres en esta noche del Jueves Santo, que no es sólo sacramental, sino el impulso que Él hace sentir en tantos corazones nobles de todas las razas y continentes para que haya más amor en el mundo.

¿O es que aquella noche, la de su sacrificio e inmolación, no pensaba también en ese soldado egipcio hermano y en el iraquí vencido, hermano también? Mejor sería que no se hubiera producido la guerra, pero yo estoy hablando de un mundo al que hay que redimir, no de una humanidad utópica al menos por ahora.

Y supuesta la necesidad de redimirle, el Hijo de Dios se inmoló en oblación voluntaria por todos y nos pidió a todos, empezando por los que estuviéramos más cerca, que fuésemos capaces de amar y así cooperar a la Redención.

Mas no todo ha sido inútil, ni lo será nunca. Nadie podrá apagar totalmente la llama. En esa noche de la Eucaristía es también cuando Jesús llama amigos a los suyos, a esos que le van a negar pocas horas después. A pesar de todas nuestras flaquezas y maldades, Cristo tenía confianza en su pasión y en el sacramento eucarístico que es su memorial. Cuando después de Pentecostés, la pequeña Iglesia naciente se puso en movimiento, empezaron los grupos cristianos a darse la paz, a poner sus bienes en común, a llamarse hermanos porque sabían que lo eran. Esas comunidades se multiplicaron y se extendieron por el mundo. Son innumerables los hombres y mujeres que han hecho del amor fraterno su consigna y su norma de vida. Y no hablo de los que han sido capaces de besar a un leproso o acariciar el cuerpo purulento de un apestado. Me refiero más bien a tantos desconocidos que en su caminar por el mundo han procurado no hacer nunca daño a nadie, perdonar siempre, no manchar el amor humano como si fuera una vil mercancía, trabajar honradamente, aceptar las cruces cuando llegan, sin renegar de Dios. Todo esto es humanismo cristiano. Porque el humanismo, sin más, no basta. Y no basta porque el humanismo sin más es simplemente ser hombre, y todo hombre, no iluminado por la luz de Cristo, o que ha cerrado sus ojos a ella, se ama a sí mismo por encima de todo. Y así no conseguiremos nada.

Ni el ansia de poder o de placer o de tener salvan y redimen. Solamente el amor. Y Cristo, desde esa noche misteriosa de la Última Cena, seguirá urgiéndonos a que nos amemos como hermanos, aunque tenga que quedarse solo y abandonado. Él seguirá llamándonos amigos. Seguirá esperando un humanismo cristiano.

El humanismo cristiano

VISIÓN SOBRENATURAL EN LA MEDICINA DE UNA ÉPOCA DE CRISIS

Conferencia pronunciada en el Colegio Mayor «Menéndez y Pelayo», de Valladolid, el 21 de mayo de 1962.

He examinado atentamente el enunciado de los temas, que ilustres conferenciantes han expuesto en este Colegio Mayor dentro del ciclo general «Humanismo y espíritu en la medicina de nuestro tiempo». Medicina y arte; la medicina y el saber filosófico; forma y función en la medicina; medicina, individuo y sociedad, etc. Claramente responden tales títulos a esa llamada al humanismo que parece haber sido propósito de quienes organizaron el cursillo. Lamento no haber sido uno más entre los oyentes de tan insignes maestros.

El programa no habla sólo de humanismo, sino también de espíritu: «Humanismo y espíritu en la medicina de nuestro tiempo». Me pregunto si puede haber un auténtico humanismo que no lleve consigo un respetuoso reconocimiento de los valores del espíritu. Indudablemente no. Estoy seguro que así han sabido demostrarlo quienes han expuesto los temas anteriores, tan cargados de significación humana. Pero aun cuando así sea, la reflexión directa sobre el *espíritu* está justificada. Esta es la tarea que me ha sido encomendada a mí esta noche. *Visión sobrenatural* –dice el título de la conferencia– en la medicina de una época en crisis. Ya lo veis. Nos situamos de golpe en las más altas cumbres del espíritu. El paisaje que se nos invita a contemplar pertenece a los dominios de Jesucristo Redentor. Gracias a Él sabemos qué es lo sobrenatural. Voy a exponer mi pensamiento en forma de meditación, dividida en varios puntos. Empecemos.

1. EL ÍDOLO CAÍDO

¡Qué pena da ver sufrir al hombre! Yo os confieso –confío que no os parecerá mal– que más de una vez me he sorprendido a mí mismo a punto de llorar, al entregarme a una de estas meditaciones sobre el destino humano, inducido por mi propia inclinación personal y también por naturales exigencias de mi condición de sacerdote, propicia a esta clase de consideraciones. ¡Qué terrible acumulación de sufrimientos y dolores!

Me asomo al balcón de mi casa y veo a la gente que pasa por la calle. Un grupo de muchachos, miembros quizá de una tuna universitaria, que ríen y cantan. Dentro de unos años, algunos de ellos serán profesionales fracasados, esposos sin amor, amigos traicionados. Un hombre robusto y corpulento que, sin saberlo, lleva dentro de sí la enfermedad que le va acercando al sepulcro. Una muchacha, hermosa y atractiva, cuya belleza sólo despierta codicia en el que pasa a su lado. Una mujer, madre de familia, vencida por el cansancio, atónita ante la rapidez

con que se han evaporado las ilusiones de su juventud. Y así siempre. Enfermedades, muerte, odios, venganzas, soledad del corazón, incompreensión, falsedades, turbios apetitos, efímera duración de la alegría, fatiga en el trabajo, ingratitud, separación y ocaso de las personas queridas. Y lo más triste es que el hombre no quiere esto. Nadie quiere morir, pero muere. Nadie –a no ser los anormales– quiere ser malo, pero lo es. Y todos seguimos exaltando al hombre, conscientes de que en él hay un valor inmenso, y amando y queriendo y enorgulleciéndonos de lo que en lo humano de la vida existe, aunque todos suframos, por nosotros mismos o como consecuencia de la acción de los demás, la pesadumbre y opresión angustiosa de esas fuerzas desencadenadas que nos abaten y nos dominan.

Y si del hombre-individuo pasamos al hombre-grupo o colectividad social, étnica, política, ¿qué podemos ver? Independencia política, ardientemente deseada por pueblos que hasta ayer eran dominados por otros, y para conseguirla, torrentes de sangre. Revoluciones y cambios, intencionalmente dirigidos a conseguir un mayor bienestar (Rusia, China, Cuba), y millones de asesinatos y muertes violentas. Pueblos poderosísimos que por su misma opulencia (gigantesco poderío de Norteamérica) podían dedicarse a gozar tranquilamente de sus riquezas, y en contra de todas sus previsiones y determinaciones (aislacionismo), se ven obligados a despilfarrar su dinero y sus hombres por todos los mares, cielos y tierras del mundo. Naciones de antiguo esplendor, Alemania, Francia, España, con profundas divisiones internas que hacen precaria la paz de que disfrutaban.

Examinad también las formas de civilización y de cultura. Técnica aplicada a todos los usos de la vida, cientifismo como idolatría, libertad sin límites para el goce y el amor, productividad, comunicación sin fronteras, vértigo de la velocidad, pero luego resulta que la técnica nos aplasta en las grandes ciudades y se ansia más que nunca disponer de un pequeño espacio verde que nos permita imaginarnos que estamos en el campo para no ahogarnos. El cientifismo, idolatría de la química y la biología, nos deja sin respuesta a las preguntas de la filosofía de todos los tiempos. La libertad para amar y gozar sin freno nos ofrece películas de cine y fines de semana y reuniones múltiples en que los instintos animales aparecen tan decrepitos y nauseabundos como siempre, con más sedas y perfumes sin duda, pero también con un cortejo macabro de suicidios, traiciones y drogas. Productividad, y las tres cuartas partes de los seres humanos pasan hambre y miseria, para lo cual lo único que se les ocurre a los modernos dictadores es la planificación de la natalidad, convirtiendo el amor del hombre y la mujer en puro espasmo sexual, sucio y mutilado. Comunicación sin fronteras, hermosa conquista de nuestros días, pero todavía llena de recelos y desconfianzas, limitada a unos pocos que ven en los demás un obstáculo más que un amigo. Velocidad y prisa sistemática para ir de un sitio a otro y verlo todo, sin reflexionar en nada, agitados como pobres muñecos por los eslóganes de la propaganda y las fórmulas hechas que convierten al adorador de la libertad en un subproducto incapaz de elegir por sí mismo ni siquiera los muebles de su casa o la línea de sus trajes.

Nada de esto, queridos amigos, constituye un motivo para el orgullo, sino más bien para sentirse humillados. Precisamente porque son hechos dolorosos, reveladores de una trágica impotencia humana, ya que se relacionan con

aspiraciones nobilísimas y grandiosas, pero frustradas. Conocer, amar, producir, dominar, son afanes nobles que engrandecen al hombre, pero, desviados de su cauce y no sometidos a un orden superior, terminan por hacer del hombre una víctima. Esto es lo que, al ser contemplado, produce un irreprimible sentimiento de congoja.

El hombre se convierte en ídolo de sí mismo, y aparece inevitablemente el ídolo caído. El hombre tiene una luz que ha de guiarle, pero la apaga. Entonces enciende la suya propia, con la cual se ciega. «Una llama próxima –decía Malebranche– parece más grande que una estrella». La humanidad de hoy sufre más que antes: primero, porque han aumentado los sufrimientos morales; segundo, porque no han disminuido los sufrimientos físicos; tercero, porque al conocernos más y en mayor número unos a otros, la noticia y conocimiento del dolor se hacen más abrumadores. Hasta los habitantes de las aldeas más apartadas oyen hablar diariamente de muertes, de amenazas, de riesgos catastróficos, de peligros, de guerras, de accidentes continuos. Dicen que esto insensibiliza. Sólo hasta cierto punto. Porque inevitablemente se extiende la congoja, el escepticismo, la indiferencia cruel, el egoísmo, la desconfianza, y todo esto también es dolor y sufrimiento.

2. VOSOTROS, LOS MÉDICOS

Pues bien, a este hombre que sufre, vosotros los médicos os acercáis para curarle y ofrecerle alivio en su dolor. Digo, *vosotros, los médicos*, y este modo de hablar constituye una precisión importante. La medicina no es nada. Sois vosotros, los médicos, los hombres que sois médicos, quienes os acercáis a curar a los hombres que están enfermos. Esta es una afirmación fundamental que nos sirve de punto de partida. Se trata de una relación del hombre con el hombre. El médico, al actuar conscientemente, no lo hace sólo en nombre de una técnica científica, sino de acuerdo con las exigencias de su propia condición humana que le acompañan siempre. Además, la enfermedad, a cuya curación se va a entregar, afecta no a un miembro de un determinado organismo, sino a una persona humana también: no existen órganos enfermos, sino seres humanos que padecen enfermedad en uno u otro órgano. Por último, en el encuentro del médico con el enfermo lo que ha motivado la llamada del enfermo y la presencia del médico es el dolor.

Es decir, lo humano nos envuelve y nos rodea por todas partes, en el que sufre, en el que pretende curar, en el mismo sufrimiento, que por ser de quien es, dará lugar a la desesperación o la piedad, la angustia o la confianza serena, la paciencia heroica y sublime o el gemido iracundo y violento. Más aún, con frecuencia, el dolor del enfermo hará sufrir también al médico, aunque éste lo rechace, y hasta llegará a llorar –¿no os ha sucedido alguna vez?–, cuando vea que, a pesar de sus esfuerzos, todo ha sido inútil y la muerte ha entonado, triunfadora una vez más, su negro canto de victoria. Si esto es así, hay que hablar de la medicina de una manera distinta a como muchos lo hacen. Tiene otras exigencias que las que puedan tener las ciencias físico-químicas o las matemáticas.

Me imagino el primer caso que se dio, en los comienzos de la humanidad, de un médico y un enfermo. En medio de la noche o a la radiante luz del día, un hombre se sintió morir. No se conocía lo que era la muerte. El que acudió en su auxilio, atónito y desconcertado ante aquel ocaso imprevisto, sufrió también, le dio su calor, su respiración, sus manos, sintió que temblaban su propio corazón y su alma, luchó con frenesí, y terminó llorando al comprobar que su voz ya no era oída y que estaba en presencia de un cadáver. Había actuado el amor, sin el cual el hombre no es hombre. Algo semejante a esta escena que imagino sucedió siglos más tarde, en otra imaginada por Jesús, el Médico divino, cuando nos presentó al buen samaritano como ejemplo de amor al que sufre.

¿Por qué este amor al hombre, que no hay que razonar, puesto que se impone él solo por encima y a pesar de todas las maldades? ¿Por qué es y será siempre monstruosa la falta de piedad con el hombre que sufre? ¿Por qué una voz interior nos dice que así debe ser, y que lo que no debe ser es la indiferencia cruel, el desprecio del dolor y de las causas que lo motivan, la catalogación del enfermo entre los seres inútiles, como si se tratara de escoria o de cenizas? ¿Por qué esa lucha tenaz y épica, a lo largo de la historia de la medicina y la cirugía, para atenuar el dolor, y librarnos de la enfermedad y de la muerte, aun cuando vemos que no lo conseguimos? Si la medicina es exclusivamente una fuerza bioquímica para salir al paso de la disgregación de los tejidos y la muerte, nos veríamos obligados a confesar que era la única ciencia y profesión cuyo constitutivo esencial es el fracaso.

«Afrontando el problema de la enfermedad, el médico, quiéralo o no, debe tomar posición ante el destino humano. Si no reconoce algo más allá de los fenómenos bioquímicos, ¿no confiesa implícitamente el fracaso de todos sus esfuerzos? Ahora bien, es ésta una actitud contra la cual se resiste no solamente el sentido íntimo de todo individuo, sino esa larga marcha secular, esa valerosa y tenaz progresión que registra la historia de la medicina»¹.

Pero, ¿por qué hablar de medicina como de un valor independiente del hombre, que se presenta ante él con sus reglas y exigencias propias como puede presentarse la atmósfera o una máquina? ¿Por qué hablar así, si todo cuanto la medicina encierra de observación, análisis y terapéutica, es fruto y plasmación del ser humano en favor de sus semejantes? No tiene reglas propias e independientes del hombre, sino que es el hombre mismo en cuanto lucha para atenuar las consecuencias del gran drama del sufrimiento humano. El estudio anatómico del cuerpo, la observación de sus funciones fisiológicas, el análisis de la célula y su desarrollo, no tienen significación por sí mismas, sino en cuanto son necesarias para dirigir mejor la mirada de conjunto sobre el que padece. Y el que sufre y padece es siempre un hombre con su cuerpo y su alma, una persona humana dotada de pensamiento y libertad, un ser misterioso anhelante de vivir y de prolongarse en una existencia sin límites.

Un ser misterioso, sí, porque el hombre es un misterio indescifrable a la sola observación de nuestros sentidos. Hay en él eso que llamamos espíritu, que no sabemos lo que es, pero que existe y penetra toda su personalidad y nos induce a pensar que es hijo de Dios. Por ahí encontramos la respuesta a las preguntas

¹ Pío XII, Discurso al XIV Congreso Internacional de Historia de la medicina, 18 septiembre 1954: DER, XVI, 149.

que antes hacía sobre por qué el hombre es amado, y la indiferencia ante el dolor es monstruosa, y la lucha contra la enfermedad y la muerte una permanente exigencia de nuestra condición. Le amamos, y sufrimos con su dolor, porque en él hay algo de Dios.

Acercarse a él como si fuera únicamente nervios, músculos y sangre, es una profanación y una torpeza fabulosa. Una profanación, porque ello lleva consigo el olvido irreverente de lo más noble que el hombre tiene, su espíritu, y una torpeza, porque ese modo de proceder no logrará explicar nada. Absolutamente nada. Cuando, obedeciendo a una visión tan limitada y pobre del hombre, el médico se retira impotente del lugar en que el enfermo agoniza, jamás podrá dar una respuesta a ese grito último del moribundo que es todo un desafío a la ciencia médica: «¿por qué he de morir?, ¡yo no quiero morir!, ¿por qué, Señor, por qué?». Si se dice que la muerte se produce porque se paraliza el corazón, o por asfixia, ello equivaldría a decir que se muere porque se muere, y nada más, lo cual parecería un sarcasmo, si no fuera lo que es: la obligada confesión de la más dolorosa de las limitaciones.

Pero si se admite la presencia de Dios y la condición misteriosa del hombre que es también espíritu, y la significación teológica de la enfermedad, el dolor y la muerte, entonces la perspectiva cambia radicalmente. La medicina ya no se presentará despectiva y presuntuosa, sino que será el médico, el hombre médico, el que acudirá, humilde y sabio, al lado del paciente, con amor de humanidad, con respeto a quien permite el drama, para luchar y combatir hasta donde sus fuerzas lleguen, con esperanza, con moderación, consciente de que está en presencia de un ser humano, de una persona, de un hijo de Dios como él y, por consiguiente, será cuidadoso de sus palabras, de sus consejos, de las medidas y determinaciones que ha de tomar, para que su acción o sus omisiones no sean nocivas a aquella criatura que tiene entre sus manos. Esta actitud de reverencia y amor es la que tendría ese primer médico imaginado en presencia del primer enfermo. La naturaleza de las cosas la reclama y la exige. No tiene por qué ser distinta la de un médico de hoy, aunque trabaje como un anónimo analista, como un maestro de la cátedra, como un cirujano admirado, como un clínico famoso rodeado de sus discípulos y colaboradores. Si no obra así, no contribuirá, en la proporción que hay derecho a pedirle, a la reducción del sufrimiento y la salvación del hombre.

3. LA ARMADURA DE LA FE

Esta concepción del hombre y su misterio, y la consiguiente aceptación del modo como debe ser tratado por el que a él se acerca cuando sufre, sólo resisten las duras pruebas a que son sometidas, cuando el alma del médico se ve amparada por la armadura de la fe. De lo contrario, es fácil que se abran brechas en la postura humanista que defendemos. Y ya sabéis lo que ocurre: roto el muro, no hay quien contenga las aguas. Si se mutila el concepto esencial del hombre en una mínima parte, el camino está abierto para una mutilación más amplia y para la destrucción total. La fe íntegra y consecuente es la verdadera defensa.

¿Cómo ha sido tratada la fe por la medicina y por los médicos? Injurioso sería, para quienes tan dignos son de ser amados, generalizar sin distinción. Me temo,

sin embargo, que un examen atento del problema nos llevaría a la conclusión de que muchos médicos, si no la mayor parte, y muchas de las actitudes doctrinales y prácticas de la ciencia médica, han ignorado las realidades de la fe, a veces las han combatido, frecuentemente las han contemplado con una mezcla de superioridad orgullosa y desdeñosa indiferencia. Me refiero principalmente a los grandes maestros de la medicina y a sus discípulos del siglo pasado y primera mitad de éste.

Tienen a su favor dos atenuantes. El primero es el ambiente científico en que se educaron. El positivismo de Hipólito Taine y Augusto Comte lo iban a resolver todo y nos entregarían un mundo sin enigmas. La etapa de Dios había pasado, y sería sustituida definitivamente por la de la ciencia, cuyos triunfos eran innegables. Había que ser ateo e incluso admitir que ello constituía una hermosa tarea, por cuanto se trataba de explicar los hechos por la fuerza natural de las cosas sin hacer intervenir indebidamente a un Dios desconocido. «El ateísmo – había escrito un gran creyente, Pascal– indica fuerza de espíritu», y lo tomaban al pie de la letra, olvidados de que Pascal añadía: «pero sólo hasta cierto punto»².

El segundo atenuante nace, creo yo, del propio campo de trabajo en que el médico opera. El médico es el que más se acerca al hombre, a su intimidad física y moral, pero lo hace en momentos en que la belleza humana se eclipsa, cuando reinan las sombras, cuando el valiente luchador se ha convertido en un despojo con sus vísceras rotas, desnutridas, acaso malolientes. Se da la paradoja de que cuando el hombre se ve más obligado a descubrir su secreto es cuando éste tiene menos de hermoso y de atractivo. ¿Cómo no sucumbir a la tentación de creer que todo es materia, y triste y pobre materia? Es la impresión que sufre todo estudiante de medicina al familiarizarse poco a poco con la miseria de la enfermedad y la descomposición cadavérica. Un poco más, y se llegará a decir con ingenua e insultante suficiencia que el pensamiento y el amor no son más que secreciones e instintos; la fe, un atavismo inconsciente o un asidero en el naufragio; la santidad, una sublimación de la soberbia; la mística, una forma elevada del erotismo. Es decir, terminan haciéndose materialistas los que tan prolongado trato tienen con la materia.

Pero la verdad es que ni esta conclusión precipitada es científica, ni aquella concesión al ambiente en que muchos se educaron, está justificada. Son, a lo sumo, atenuantes que pueden invocarse en un pliego de descargos, y nada más. Precisamente por ser hombres de ciencia estaban obligados a una mayor y más prudente cautela en sus afirmaciones. De haberla tenido, habrían podido comprobar varias cosas:

1º) Que ante las dificultades contra la fe es necesario adoptar una actitud de paciente espera, seguros de que aquéllas se disipan. «Diez mil dificultades – escribió Newman– no son una duda» (*Apología pro vita sua*) y añadía, como hombre que había experimentado aquello de lo que hablaba, que no hay relación «entre el hecho de captar estas dificultades, por vivas y por extensas que sean, y el de concebir la menor duda con respecto al misterio que las hizo nacer». «No hay que extrañarse que la solución no aparezca con la prontitud con que el problema ha sido planteado; a menudo supone grandes esfuerzos y se conquista

² B. PASCAL, *Pensées*, edición de E. Havet, París, 1891,492.

a caro precio; es preciso observar, investigar, reflexionar, no obstinarse sobre una posición, no aferrarse a una actitud, hacer una prudente crítica, no sólo de lo que se considera como la tesis adversa, sino de las ideas propias, y, lo que todavía es más difícil, de sí mismo, lo cual exige un desinterés, una abnegación, un desprendimiento, una docilidad a la verdad sola, que son virtudes laboriosamente obtenidas y que jamás son conquistas que puedan considerarse como definitivas; y durante todo ese tiempo la dificultad no es sólo un objeto de pensamiento, sino que puede ser vivamente sentida hasta la saciedad, hasta el desgarrar, pues 'no porque alguna materia esté dura –ha escrito San Agustín– está recta, o lo que está insensible está sano' (Ciudad de Dios), y ni siquiera se debe ceder a una secreta y orgullosa complacencia por tal angustia, sino continuar trabajando sin pensar en sí, sin siquiera tener la certidumbre de llegar a ver resuelta la dificultad uno mismo; la solución, en efecto, puede estar en el progreso de otra ciencia que aquella de la cual parecía en principio que había que depender, o en un movimiento general de las ideas, cosas que superan las posibilidades individuales».

«Queda uno estupefacto al ver qué ideas más pobres esgrimió Voltaire, el inteligente Voltaire, el rey Voltaire, contra el catolicismo a lo largo de su vida, por otra parte con una fluidez inagotable, y una gracia chispeante, que nada añaden al valor del fondo, y de que al cabo de tanto tiempo, después de Voltaire, sea todavía eso lo que parezca suficiente a todos los volterianos. Nadie se cuidará hoy de inquietarse por ello. Pero cuando más cerca de nosotros, leemos las objeciones que a Renan le parecieron decisivas contra la Sagrada Escritura, nos vemos obligados a comprobar que ningún exégeta de nuestro tiempo las tomaría en serio»³.

2º) Es cierto que a la hora en que cae fulminado por la muerte, se diferencia muy poco el cuerpo de un Lope de Vega, una Santa Teresa de Jesús, un Pío XII, del cadáver abandonado de cualquier desconocido de vuestros hospitales y parece que todo es, una vez más, pobre y triste materia inerte. Pero, ¿con qué derecho nos olvidamos de las horas de plenitud que esos hombres vivieron, cuando en ellos brillaba la luz del espíritu? ¿Qué hubo en Pío XII para que, a su muerte, pudiera decir el presidente Eisenhower que, desde aquel día, el mundo era más pobre? A ningún médico, a ningún hombre de ciencia le es lícito negar la realidad de Dios y del espíritu, so pretexto de que no pueda ser comprobada experimentalmente, conforme a las exigencias del método científico. Esto es dar por supuesto lo que hay que probar, a saber, que no existen tales realidades.

«Para la ciencia, tal como se la entiende hoy, explicar es enlazar un hecho a sus condiciones observables, de tal modo que, una vez puestas las condiciones en las mismas circunstancias, se esté seguro de obtener el hecho. Ha de excluirse todo recurso a la intervención de otro orden, pues eso sería salir de la ciencia. Por consiguiente, en el plano de la experiencia científica jamás se debe hacer intervenir a Dios como hipótesis explicativa. Hay así, si se quiere emplear tal expresión, una especie de ateísmo de principio, planteado por exigencia del método. Los hechos se alinean como sobre un plano horizontal, cada uno en su rango, unidos a sus antecedentes necesarios y suficientes, sin que ninguna acción vertical, por decirlo así, sea admitida para turbar su riguroso

³ EMILE BLANCHET, *Ausencia y presencia de Dios*, Madrid 1958, 68-69.

ordenamiento. Resulta de ello una manera particular y exclusiva de tratar la experiencia: el mundo aparece como un conjunto de datos que hallan su explicación unos en otros; no ha de considerarse nada más, ninguna otra especie de valor que el de los hechos, ningún otro modo de interpretación que el enlace con la ley; si nos atenemos a este punto de vista, el mundo se basta a sí mismo».

«Nada es más legítimo en sí que este procedimiento de abstracción, con la sola condición de que nos acordemos de que es el procedimiento de abstracción propio de las ciencias de la naturaleza; por otra parte, ha sido probado con demasiado éxito para que lo vayamos a discutir ahora. El riesgo está en convertir este método en una doctrina absoluta, en decir no ya sólo 'por rigor de procedimiento me abstendré de considerar los hechos, a no ser bajo este aspecto', sino nada hay real más que lo que observo de esta manera, y todo se reduce al aspecto al cual me atengo'. No se trata ya entonces de ciencia positiva, sino de esa especie de positivismo doctrinal que se ha llamado cientifismo, palabra tan pobre como pobre es la cosa. Resulta uno engañado así por su propio procedimiento, porque olvida uno que se trata de un procedimiento; tras haberse impuesto voluntariamente unos límites, acaba uno por ser su prisionero inconsciente; el mundo aparece como una enorme máquina sin alma, porque en un principio habíamos decidido –cosa que olvidamos en el momento de comprobar los resultados– que no retendríamos de él sino lo que tuviera de mecánico. Rendimos aquí culto a un instrumento de conocimiento transformado en visión total y exclusiva de la realidad, y rechazamos del mundo tranquilamente a Dios porque Él no había de figurar en el marco de un método de trabajo; una vez más hemos hecho un absoluto de un mero producto humano, hemos fabricado un ídolo y el verdadero Dios vivo ha resultado así excluido. El viejo profeta podría reaparecer y repetir: 'No saben, no distinguen, porque están cerrados sus ojos y no ven'»⁴.

3º) De haber tenido esa prudente y sabia cautela, no se habrían precipitado tampoco a hacer acusaciones infundadas, o bien dando como conquistas definitivamente logradas lo que son meras hipótesis, o bien señalando como irrisorio lo que nunca había defendido la Iglesia como una posición dogmática.

«Dios no puede negarse a sí mismo –afirma el Concilio Vaticano I–, ni lo verdadero contradecir a lo verdadero. La vana apariencia de esta contradicción nace, lo más a menudo, del hecho de que los dogmas de la fe no son comprendidos o expuestos conforme al pensamiento de la Iglesia; o bien del hecho de que algunas opiniones hipotéticas son miradas como decretos de la razón» (Constitución *De fide*, c. VI, 3).

«Nada tiene de asombroso que, en la época en que el cristianismo halló en su camino la cosmología antigua, fuera pensando dentro de su marco. La idea más nueva es siempre recibida por unas mentes que no están vacías, y sin que eso la deforme en sí misma, en lo que la constituye esencialmente, suele refractarse así en unas imágenes particulares. El hombre no puede pensar sino conforme a lo que él es y no puede pensar más que con lo que tiene. Pero la fe religiosa no se funde por eso con la concepción que un siglo y una civilización particulares se hayan forjado de la naturaleza, como tampoco se identifica con las admirables

⁴ Cf. *ibíd.* 71 y 73.

y cándidas imágenes que adornan nuestras iglesias; Miguel Ángel, por ejemplo, no creía que Dios fuera aquel hombre resplandeciente de poderío y de majestad que en el techo de la Capilla Sixtina despierta con la punta del dedo la vida y el pensamiento en el cuerpo de Adán. Del mismo modo, cuando los cristianos hablan del Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, poco importa la idea que del cielo y la tierra pueda darles la ciencia en el tiempo en que proclaman su fe. El Dios de los cristianos, el Dios vivo, es el Eterno, lo cual quiere decir, no ya que dura siempre, sino que está fuera del tiempo, y, desde ese momento, ¿qué nos importa el número de los siglos por el cual contamos la duración de nuestro mundo? Dios es el inmenso, lo que no quiere decir que se extienda indefinidamente por el espacio hasta los límites del universo, sino que no está en el espacio y que la idea de límite no puede aplicarse en modo alguno al Infinito, y desde ese momento, ¿qué nos importa la distancia de la más lejana de las nebulosas? Más aún, lejos de sentirnos desconcertados por la magnificencia indefinidamente desplegada del mundo, en la que nos introduce nuestra ciencia, tal vez tengamos nosotros que encontrar allí la ocasión de una ‘conciencia más profunda del misterio de Dios’ (DUBARLE, *L’homme devant la science*, p. 409). ‘Obligados a superar así nuestras estrechas medidas, nos liberamos de algún modo de nuestros vínculos y nos abrimos por la admiración, por el respeto de esa silenciosa y ordenada grandeza, a una idea, que, aunque sin duda sigue siendo demasiado pobre –y lo sabemos–, es, sin embargo, un poco menos indigna de Aquél cuyas huellas lleva el mundo’»⁵.

4º) Por último, esa calma, paciente y sabia, de haber existido, habría evitado al médico tener que hacer rectificaciones humillantes, aunque sólo sea con su silencio. ¿Qué han conseguido con decir: ‘puesto que no puede ser explicada satisfactoriamente la presencia del mal y del dolor en la vida, sobre todo el sufrimiento del inocente, la idea de Dios debe ser suprimida’? El único logro ha sido destruir el camino por donde puede hallarse una explicación, si tenemos presente a Jesucristo Crucificado, y aumentar el dolor al eliminar la esperanza.

Dijeron también: el progreso es lo único que importa, la investigación incesante, el trabajo en equipo, el perfeccionamiento de las técnicas de exploración y de intervención posterior, la ciencia, en fin, sin más límites que sus leyes inmanentes. De ahí a decir que no puede haber una medicina cristiana no hay más que un paso. Y también se dio, y se dijo. Pero al que lo dice, la lógica le obliga a sacar otra consecuencia, esta vez aterradora. Luego no hay por qué respetar las exigencias del orden moral ni en la investigación médica ni en la aplicación de sus resultados. Esto es espantoso.

Si no hay freno moral para la planificación de la natalidad, ¿con qué derecho nos vamos a oponer a la planificación del pensamiento y de la libertad por medio de los ingenieros de almas en el universo concentracionario, a que aspiran Kruschef o Mao Tse Tung? Si es lícita la eutanasia por conmiseración hacia el que sufre, ¿por qué no ha de estar permitida la cámara de gas para librar a la magnífica raza aria de la contaminación de los judíos? Si se puede experimentar en el ser humano sin respeto a una personalidad o anestesiarle transitoria o definitivamente sin límite alguno, ¿por qué oponernos al empleo del pentotal, la orthetrina, el actedron, para lavar el cerebro y convertir al hombre en un pingajo?

⁵ Cf. *Ibíd.* 62-64.

Si la fecundación artificial de la mujer es permitida, ¿a qué hablar más del cuarto mandamiento y por qué sorprendemos de los establos de reproducción humana instalados por la China comunista? En fin, si la relación sexual del hombre y mujer ha de tener vía libre, porque así lo exige la naturaleza para evitar desequilibrios, ¿por qué lamentarnos de que se desequilibre también la paz del hogar, puesto que los hijos y las hijas, y la esposa y el esposo, pueden sentir la necesidad de restaurar su equilibrio por el camino que les apetezca?

¡Qué verdad es que no se puede burlar a Dios impunemente y que a la larga, en esta burla, es siempre el hombre el que sale perdiendo!

«Se objetará –decía Pío XII al Congreso de la Asamblea Mundial de Sanidad en 1949– que las ideas morales constituyen un obstáculo grave para la investigación y el trabajo científico. Sin embargo, los límites que hemos trazado no son, en definitiva, un obstáculo para el progreso. En el campo de la medicina no ocurre de modo distinto que en los otros campos de la investigación, de las tentativas y de las actividades humanas: las grandes exigencias morales obligan a la marea impetuosa del pensamiento y del querer humano a deslizarse, como el agua de las montañas, por un lecho determinado; la contienen para acrecentar su eficacia y su utilidad; le sirven de dique para que no se desborde y no cause estragos, que jamás podrían ser recompensados por el aparente bien que persiguen. Aparentemente, las exigencias morales son un freno. De hecho, aportan su contribución a lo que el hombre ha producido de mejor y de más bello para la ciencia, para el individuo, para la comunidad»⁶.

4. «Y EL VERBO SE HIZO CARNE»

Terminemos nuestra meditación, señores. Puesto que es el hombre el que sufre y el que se siente amenazado, los intentos y esfuerzos que se hagan para salvarle o aliviarle habrán de estar de acuerdo con lo que la naturaleza humana necesita. Y el hombre necesita a Dios. ¿Por qué suprimirle, si de verdad se quiere salvar al hombre? ¿Por qué empeñarse en apagar la luz del espíritu? ¿Es acaso porque haga preguntas a las que no sabemos responder? Es inútil que os molestéis, las preguntas seguirán haciéndose. ¿Por qué la vida? «Admitid que una vez no hubo nada –decía Bossuet– y nunca habrá nada». ¿Por qué el universo y sus leyes? ¿Quién las ha fijado? Eternos interrogantes que serán siempre formulados por el hombre y que exigen respuesta.

No permitáis que «la medicina» actúe. No tiene ningún derecho. Sois vosotros, los médicos, los hombres médicos, los que tenéis que actuar. Al acercaros a un enfermo, vosotros sois también tan enfermos como él y lo mismo que necesitan ellos, lo necesitáis vosotros. La medicina como pura ciencia, o es un instrumento que vosotros debéis usar adaptándola a las exigencias vuestras –las del hombre–, o es un intruso que os traiciona y os hace prisioneros de sus métodos.

Sé que decís que también vosotros tenéis preguntas que hacer y que no obtienen respuesta. ¿Por qué el mal? ¿Por qué el dolor de esos niños inocentes, ciegos, epilépticos, tarados para toda una vida? Hay respuesta. Existe el pecado, la solidaridad humana, Jesucristo con su pasión y su muerte, con su cruz. ¿Por qué

⁶ Pío XII, discurso a la Asamblea Mundial de Sanidad, 27 de junio de 1949: DER XI, 219.

rechazar a Jesucristo? ¿Por qué no admitir sus milagros? Él es el gran Salvador de todos los tiempos. Su moral es positiva y elevadora. Si dice a la medicina o la ciencia que no se puede hacer tal o cual cosa con el hombre, no es porque no se pueda hacer, es porque se debe hacer algo distinto y superior, cuidar de su destino inmortal. La moral cristiana es toda, toda, toda, amor a Dios y al hombre. Amor y siempre amor. ¿Por qué no se entiende así, y se oculta esta verdad a los estudiantes? Vivimos una época en crisis, que quiere decir transformación, cambio radical y profundo. Las épocas cambian, pero el hombre es el mismo, con sus penas y sus alegrías, con su esperanza y su desilusión. Yo pido a la medicina una visión sobrenatural, es decir, que respete los valores de la fe y sus ordenaciones morales, porque de lo contrario mata a los hombres, aunque momentáneamente cure sus cuerpos. Que no se salga de su terreno. No se trata de poner límites a sus investigaciones, sino a sus derechos, límites que nacen de sus deberes. Que reconozca que ha nacido para servir al hombre hijo de Dios, no un ser forjado en el laboratorio de los sabios, según su capricho. ¿Quién no se gozará con sus avances y sus logros?

«La célula –decía hace unos días en el Ateneo de Madrid el doctor Jiménez Díaz– considerada como la unidad orgánica por antonomasia, es susceptible en la actualidad de ser observada, merced al microscopio electrónico, con aumentos cincuenta mil veces mayores. El estudio de las hormonas y de las síntesis más íntimas del organismo permite abrigar para un próximo futuro fantásticas posibilidades terapéuticas»⁷.

Cuando se escuchan frases así, el corazón se abre a la esperanza. Ello no obstante, seguirán el dolor, la enfermedad y la muerte. El hombre seguirá sufriendo y preguntándose por qué sufre. Para entonces, la mirada a Jesucristo en la cruz. El Verbo se hizo carne y vino a la tierra para morir. El dolor tiene un sentido de expiación y de redención. La muerte, también. Una visión sobrenatural no se escandaliza por el hecho de que nos tropecemos con dolores inexplicables. Ni permite caer, no ya en la desesperación, pero ni siquiera en el estoicismo de un Camus, por ejemplo. Sabe que un drama no puede ser juzgado, mientras no se representen todos sus actos. Jesucristo nos ha asegurado que el acto final tiene lugar más allá de este mundo, cuando, al ver a Dios, comprendamos el sentido de todas las cosas.

Cuando pido a los médicos y a la medicina una visión sobrenatural en esta época de crisis, no les pido nada anticientífico. La fe se mueve en una órbita distinta de la ciencia, pero perfectamente compatible con ella.

Todos cuantos tenemos el privilegio de ser escuchados, no sé por cuanto tiempo todavía, sacerdotes, médicos, juristas, profesores, tenemos también la responsabilidad de no abdicar. Si ocultamos la gran verdad, o porque no creemos en ella, o porque no nos atrevemos a examinarla, no somos más que técnicos más o menos brillantes, diseñadores de un oficio, pero ya no podremos iluminar el pensamiento y la libertad de los demás, que ha sido siempre la más noble tarea de un humanismo rectamente entendido. Si los hombres no hallan respuesta en nosotros, cada vez nos abandonarán más, y se extenderá pavorosamente el desolador vacío del mundo. Yo no pido a los médicos que se conviertan en ministros de lo sagrado. Es suficiente ser ministros y servidores de

⁷ Artículo publicado en *Ya*, de Madrid, el 17 de mayo de 1962.

los valores humanos. La palabra, el consejo, la abstención, cuando el caso lo requiere, la referencia al espíritu, el ejemplo práctico, sobre todo, la atención a la persona del enfermo, la totalidad de la *persona*, aspecto en que insiste la medicina moderna, el amor interior a Jesucristo, serán actitudes que por sí mismas difundirán la luz.

Cuando cerramos los ojos y, libres del ruido, nos recogemos en el interior de nosotros mismos, una fuerza que asciende desde lo más profundo de nuestro ser nos pone en contacto, aunque oscuramente, con Aquél que es la «fuente de la vida y el pensamiento que construye el Universo». Amamos, y nos parece que nuestro amor puede llegar a identificarse con el Amor universal que ha creado todo. En esos momentos estamos presintiendo y como adivinando lo que es la eternidad, a la cual aspiramos indefectiblemente. Nos persuadimos entonces de que la muerte tiene que ser sólo un accidente pasajero, y que esa Vida y ese Amor nos llaman para abrazarnos.

«El verdadero sabio sabe muy bien que su ciencia no ha tocado nunca, ni tocará jamás, el fondo de lo real, ni lo que hay de esencial en la creencia en Dios y en la inmortalidad.»

Aun admitiendo el evolucionismo, tal como lo permitiría aceptarlo la doctrina católica, lo único que sabríamos es que partiendo de la célula viva se había llegado hasta los mamíferos y que con el hombre aparecía un nuevo ser dotado de pensamiento, conciencia y libertad. Habríamos descubierto el proceso, pero nada más. «¿En qué puede contradecir esta representación de las etapas de la vida en nuestro universo a la creencia en Dios, en el alma inmortal?» Más aún, aunque en el laboratorio se llegase a construir una célula viva, la única consecuencia es que habríamos aprendido a realizar lo que un día fue realizado. Pero ¿quién lo realizó por vez primera y por qué? Y, ¿de qué lo hizo?

«Se invoca el azar, explicación cómoda, pero que no soluciona nada, pues explicándolo todo, no explica nada. ¡Azar esa disposición de los átomos en moléculas! ¡Azar el paso de la molécula a ese núcleo-proteína! ¡Azar ese crecimiento repentino de organismos multicelulares y esos progresos sucesivos de la planta al animal, del reptil a pájaro, del bruto al pensamiento, de esa lenta maduración de la vida en su progreso hacia la conciencia y la libertad, a pesar de tantas dificultades, de tantos obstáculos, de tantos fracasos aparentes, pero siempre provisionales y finalmente superados! ¡Qué prodigiosa acumulación, de dichosos azares, continuados, triunfantes, para explicar que un universo que parte de la confusión y de la dilatación de una masa nebulosa de corpúsculos elementales llega, finalmente, a esa condensación, a esa concentración de vida sobre nuestro planeta, a esa transformación progresiva de la tierra por esta humanidad, surgida un día de su seno como la más desprovista, las más inerme, la más desnuda de todas las especies animales»⁸.

«Y es preciso explicar que antes de este mundo, antes de esta vida, ha habido algo *de qué* hacer este mundo y crear esta vida: una plenitud de ser, de quien hemos recibido todos nosotros nuestra partecita de existencia. Todo lo que aparece hoy, este universo inmenso, estos hombres, estas civilizaciones, estas máquinas, esta ciencia, debían ser posibles desde siempre so pena de no haber

⁸ MIGUEL RIQUET, *El cristiano frente a la vida*, Bilbao 1949, 145-146.

aparecido jamás. Ahora bien, lo que contiene y condiciona *desde siempre* todas las posibilidades, todas las virtualidades que se han desarrollado y se desarrollarán aún, esa realidad misteriosa, anterior a todo y superior a todo – pues todo lo que comienza a partir de ella, que participa en su existencia, en su duración, en su poder, en su inteligencia, le está necesariamente subordinada–, esa realidad, habla a nuestro corazón como una persona. Dice a Moisés: ‘Yo soy el que soy, YAHWEH’, y en Jesús, por otra parte el más humilde y el más dulce de los hombres, nos declara: ‘Antes que Abraham existiese, existo Yo’»⁹.

He aquí lo que es Dios para el cristiano. No es ese anciano de barba blanca que imaginan los niños y los pueblos de niños, menos aún un ídolo de piedra o de madera, sino esa realidad, a la vez inmanente y trascendente en el mundo, en toda la vida, en todo espíritu de este mundo. Inmanente, porque no hay ser sino por ella; trascendente, porque supera infinitamente a todo lo que hay y a todo lo que puede haber de ser en este mundo, puesto que ninguno puede existir sin ella y porque está delante y más allá de todo lo que comienza y de todo lo que acaba.

⁹ Ibíd. p. 148-149.

EL ECUMENISMO Y LA EUROPA UNIDA

Disertación leída en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, en la sesión del día 21 de enero de 1986.

El pasado año tuve el honor de hablar aquí, ante ustedes, de lo que está haciendo la Iglesia de hoy en relación con el ideal de la Europa unida. Hube de referirme, naturalmente, al movimiento ecuménico como a uno de los factores influyentes y significativos de ese esfuerzo de la Iglesia, por lo que tiene de posibilidad de unión de los espíritus.

Una Europa dividida en las creencias religiosas hará siempre más difícil la unidad en los intereses económicos y políticos. Y, al revés, la mayor unidad religiosa en una fe común fortalecería los lazos culturales y humanos que han de unir a los hombres y a los pueblos.

Con lo cual no quiero yo decir que, si tuviéramos la misma fe, desaparecerían *ipso facto* los conflictos y enfrentamientos. La historia demuestra lo contrario. Pero, indudablemente, la unidad sería mucho más completa y hermosa si, apoyándose en lo que Bergson llamó *un suplemento de alma*, del que carecía nuestra civilización actual, llegáramos a profesar todos los cristianos –hablo de éstos– el mismo Credo.

Mi exposición será necesariamente un tanto árida, porque se trata de ofrecer a ustedes una serie de datos, recogidos de las revistas especializadas y de las informaciones de la Santa Sede, que permiten entender el proceso que se está siguiendo en este campo del ecumenismo desde que hace veinte años fue aprobado en el Concilio Vaticano II el decreto *Unitatis redintegratio*. Ustedes son hombres que saben pensar y medir y, por lo mismo, valorar estos hechos a los que me voy a referir.

I. DIVISIONES CRISTIANAS

Europa, la vieja Europa, heredera de las culturas orientales, madre y seno fértil de la actual civilización, extendida por todo el mundo, no sólo está dividida geográfica, económica y políticamente, sino también en su organización espiritual y cristiana. Ha sido toda ella cristianizada, desde Gibraltar hasta los Urales y de Sicilia a Escandinavia. Aunque no escenario de los misterios de la redención obrada por Cristo, ha sido el área de la primera y máxima expansión misionera de los Apóstoles y sus sucesores. Gloria suya es haber recibido y encarnado en sus pueblos y su cultura el Evangelio, que ha fomentado en ella, a través de su historia, no exenta de sombras y tensiones, la convivencia, ha creado las universidades y ha favorecido el progreso en todas sus múltiples y excelentes manifestaciones.

Pero sobre este trasfondo de amplia y sólida solera cristiana, se han producido al correr de los siglos graves y profundas divisiones religiosas, que todavía perduran y merman su vigor continental. Evoquémoslas en sus líneas fundamentales.

Mundo ortodoxo

Cristo fundó una sola Iglesia sobre el fundamento de los Apóstoles y la roca de Pedro, «permaneciendo eternamente Jesucristo mismo como piedra angular definitiva y pastor de nuestras almas»¹. Pero al iniciar, después de Pentecostés, su expansión apostólica fuera de Jerusalén, entre judíos y gentiles, por el ámbito del Imperio Romano y más allá del mismo, «en esta una y única Iglesia de Dios»², surgieron, ya desde los comienzos, controversias y tensiones. Unas las reprueban los Apóstoles³; otras, nacidas posteriormente, cristalizaron en escisiones que todavía perduran, como los nestorianos en el 435; los monofisitas o jacobitas en el 475; los armenios en el 490, localizados actualmente en Rusia, Rumania y Turquía; los coptos de Egipto en el 550 y los etíopes en el 640. Pero la más importante de todas estas rupturas, que incide directamente sobre Europa, es el gran Cisma de Oriente.

Tras el Edicto de Milán del 313, dando libertad a la Iglesia, el emperador Constantino estableció en 330, en Bizancio, la capital del Imperio Romano de Oriente, que recibió el nombre de Constantinopla en atención al emperador; y el título honorífico de «nueva Roma». La importancia adquirida en la administración civil fue extrapolada, por influencia de los emperadores, al orden eclesiástico. El canon 3 del Concilio I de Constantinopla del 381 concedió, por deseo del emperador y motivos exclusivamente políticos, el primado de honor, después del obispo de Roma, al obispo de Constantinopla. Desde entonces empezó un largo proceso de distanciamiento y fricciones eclesiásticas entre la «nueva» y la «antigua» Roma, acumulando mucha exacerbación por ambas partes, hasta que explotó en 1054 con la recíproca excomunión del patriarca de Constantinopla Miguel Cerulario por el legado pontificio Humberto de Silva Cándida, y del Papa León IX por el mismo Miguel Cerulario.

Con la sede de Constantinopla se separaron también de la comunión con Roma los otros patriarcados del Oriente, que siempre habían definido y mantenido la fe ortodoxa de los ocho primeros concilios ecuménicos. Por eso a estos cristianos se les llama «orientales» u «ortodoxos». La Iglesia quedó dolorosamente dividida en dos mitades: la oriental y la occidental, los ortodoxos y los católicos.

Atendiendo, pues, a esta génesis, las Iglesias ortodoxas son la Iglesia que hunde «sus raíces en el Evangelio, en la Resurrección, en Pentecostés, en la predicación de los Apóstoles»⁴. El Concilio Vaticano II las presenta con mucho respeto y admiración, cuando «recuerda a todos que en Oriente hay muchas Iglesias particulares o locales florecientes, entre las que ocupan el primer lugar las Iglesias patriarcales, muchas de las cuales se glorían de tener su origen en los mismos Apóstoles... No debe olvidarse tampoco que las Iglesias de Oriente tienen desde su origen un tesoro, del que la Iglesia de Occidente tomó muchas cosas para su liturgia, su tradición espiritual y su ordenamiento jurídico. Y se ha de estimar como es debido el hecho de que los dogmas fundamentales de la fe cristiana sobre la Trinidad y el Verbo de Dios encarnado de la Virgen María hayan sido definidos en los concilios ecuménicos celebrados en Oriente. Las Iglesias

¹ UR 2.

² UR 3.

³ 1Cor, 1, 11-22; Gal 1, 6; 1Jn, 2, 18-19.

⁴ *L'Actualité religieuse dans le monde*, 1985, n° 28, p. 24.

orientales han sufrido y sufren mucho por conservar esta fe... Por eso el sagrado Concilio exhorta a todos a que tengan la debida consideración de esta peculiar condición de las Iglesias que nacen y crecen en Oriente y de la índole de las relaciones que entre éstas y la Sede romana existían antes de la separación, y a que se formen una recta opinión de todas estas materias»⁵.

«Tienen verdaderos sacramentos y, sobre todo, por la sucesión apostólica, el sacerdocio y la Eucaristía», que celebran con mucho esplendor en sus liturgias, «consiguen la comunión con la Santísima Trinidad, hechos partícipes de la divina naturaleza». «Ensalzan con hermosos himnos a María siempre Virgen, a quien el Concilio ecuménico de Éfeso proclamó solemnemente santísima Madre de Dios, para que Cristo fuese reconocido verdadera y propiamente Hijo de Dios e Hijo del hombre, según las Escrituras». «Honran también a muchos santos, entre ellos a los Padres de la Iglesia universal», de cuya doctrina teológica y mística viven. «Desde la época gloriosa de los Santos Padres», cultivaron «la espiritualidad monástica» y dieron origen al monaquismo, de donde «procede, como de su fuente, la institución religiosa de los latinos, que aún después tomó nuevo vigor del Oriente». Por eso, son Iglesias que conservan «un riquísimo patrimonio litúrgico y espiritual», que pertenece a «la plenitud de la tradición cristiana»⁶ y fomenta grandemente la vida cristiana en los fieles y en el mundo.

Según estadística de la publicación «Oriente Católico», de la Congregación para la Iglesia oriental, los cristianos ortodoxos son unos cien millones, pertenecientes a los países de la Europa oriental, principalmente Rusia, Rumania, Bulgaria, Constantinopla y Grecia. A causa de su especial concepción de la Iglesia y de la estrecha relación de ésta con el Estado, se han reorganizado en diversas Iglesias autocéfalas o independientes, según las naciones donde residen. Por eso el mundo ortodoxo hoy cuenta con esta distribución de Iglesias:

- Patriarcado Ecuménico de Constantinopla.
- Iglesia ortodoxa de Grecia.
- Iglesia autocéfala de Chipre.
- Patriarcado autónomo de Alejandría.
- Patriarcado autónomo de Antioquía.
- Iglesia autónoma de Finlandia.
- Patriarcado ortodoxo de Moscú.
- Iglesia ortodoxa de los Países Bálticos.
- Catolicado ortodoxo de Georgia.
- Iglesia autocéfala de Polonia.
- Iglesia autocéfala de Checoslovaquia.
- Iglesia autónoma de Hungría.
- Patriarcado autónomo de Rumania.
- Patriarcado autónomo de Bulgaria.
- Iglesia autocéfala de Albania.
- Patriarcado ortodoxo-serbio de Yugoslavia.

⁵ UR 14.

⁶ UR 15.

Reforma protestante

Cinco siglos más tarde, en la primera mitad del XVI, se repite, en el centro de Europa, la misma conmoción de divisiones cristianas, que se había dado a principios del XI en la parte de Oriente. Entonces se produjo la separación de la Iglesia ortodoxa; y ahora se desprenden, en Occidente, de la Iglesia de Roma las Iglesias nacidas con motivo «de los sucesos comúnmente conocidos con el nombre de Reforma protestante»⁷. «Primero surgió la Iglesia evangélico-luterana; pasó después la Iglesia evangélico-reformada; y finalmente, la Iglesia anglicana, que recibió la impronta interior de las dos precedentes»⁸.

Las causas de estas escisiones son profundas y complejas; y no es el caso de adentrarse en ellas. A principios del siglo XVI hubo un vasto y cualificado clamor de reforma fundamental de la Iglesia, tanto en la cabeza como en los miembros, que no se atendió debidamente, hasta que se desencadenó el movimiento cismático y revolucionario extra-eclesiástico, que fraccionó la Iglesia occidental. Las figuras que suscitaron y acaudillaron esta subversión anticatólica y anti romana fueron, sobre todo, el monje agustino Martín Lutero, el sacerdote Zwinglio y el teólogo Juan Calvino.

Formado en el nominalismo de Ockham, Lutero sufrió una radical transformación interior, pasando del realismo cristiano al subjetivismo de la fe, entendida como confianza en Dios, que no imputa los pecados al hombre, sino que lo adopta como hijo en atención a la justicia y los méritos de Cristo, único Mediador entre Dios y los hombres. De ahí los axiomas de toda su construcción religioso-intelectual: solo Dios, sola la gracia, sola la Biblia y sola la fe. Poseído por esta intuición, como si fuera la quintaesencia del Evangelio, reaccionó vehementemente contra todas las instituciones católicas de la Iglesia e incitó a las autoridades y a las poblaciones civiles a abandonar la antigua Iglesia de Roma y adherirse a la nueva forma de religión cristiana. El Papa León X lo excomulgó el 3 de enero de 1521.

Pero el movimiento luterano adquirió desde ese año proporciones masivas. Dada la decadencia moral y eclesiástica de la época, a las ideas de Lutero se adherían contagiosamente y en bloque, junto con los príncipes y los súbditos, los obispos, sacerdotes, monjes y religiosos desertores del celibato, de la disciplina y de la fe de la Iglesia tradicional. De esa forma, unos cincuenta años más tarde, habían dejado de ser católicas, para hacerse evangélico-luteranas, dos terceras partes de Alemania, toda Dinamarca, Noruega, Islandia, Suecia, Finlandia, Estonia, Lituania; y amplias zonas de Polonia, de Hungría, de Moravia y de Transilvania.

Seducidos por la innovación de Lutero, la adoptaron con su peculiar característica Zwinglio y Calvino en Suiza. De ellos nació el evangelismo reformado. Calvino lo impuso con tesón y violencia en Ginebra, desde donde se propagó por Suiza, Países Bajos, Francia, Polonia, Hungría, Escocia e Inglaterra. Con él la expansión del protestantismo se hizo mucho más amplia, abarcando no sólo a la Europa septentrional, sino también a la central y occidental.

⁷ UR 13.

⁸ KONRAD ALGERMISSEN, *Iglesia Católica y Confesiones cristianas*, Madrid, 1964, 765.

Tras esta revuelta, el mapa cristiano de Europa aparecía notablemente cambiado. La mayor parte de los países hasta entonces católicos del centro y del norte se habían separado de la antigua Iglesia. Una sangrante herida espiritual, que había de influir negativamente en el futuro de Europa.

Los principios del luteranismo y del calvinismo son radicales. Todos parten de su concepto de la justificación. Como en el proceso de la conversión, el hombre no puede ni necesita dejar de ser pecador para salvarse, de ahí la oposición apasionada, con que iniciaron su movimiento, no sólo a las indulgencias, sino también a los sacramentos, al culto de los santos, a la actuación de la jerarquía y a cualquier práctica católica tendente a la renovación interior y exterior del hombre. Como, por otra parte, lo esencial es la fe y la confianza en Dios, que salva en Cristo y por Cristo, a pesar de nuestros pecados, sin el concurso de las obras, de ahí la estima y veneración a las Sagradas Escrituras, única fuente donde pueden descubrir esta omnímoda certeza fiducial en Dios. En ellas, «invocando al Espíritu Santo, buscan –dice el Concilio– a Dios, como a quien les habla en Cristo, preanunciado por los profetas, Verbo de Dios encarnado por nosotros»; y «contemplan la vida de Cristo y cuanto el divino Maestro enseñó y realizó para la salvación de los hombres, sobre todo los misterios de su muerte y su resurrección»⁹.

Con las luces recibidas de esta meditación de la Palabra de Dios, «confiesan públicamente a Jesucristo como Dios y Señor y Mediador único entre Dios y los hombres, para gloria del único Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo»; y «tienden hacia Cristo como fuente y centro de la comunión eclesiástica. Movidos por el deseo de la unión con Cristo, se ven impulsados a buscar más y más la unidad y también a dar testimonio de su fe delante de todo el mundo»¹⁰, quizás con el secreto propósito de que todos piensen como ellos.

Administran el bautismo, que celebran como una manifestación de fe, y el rito de la Santa Cena, que, aunque «no conserva la genuina e íntegra sustancia del misterio eucarístico», «mientras conmemoran en ella la muerte y resurrección del Señor, profesan que en la comunión de Cristo se significa la vida; y esperan su glorioso advenimiento»¹¹. De donde resulta que «la vida cristiana de estos hermanos –concluye el Vaticano II– se nutre de la fe en Cristo y se robustece con la gracia del bautismo y con la Palabra de Dios oída. Se manifiesta en la oración privada, en la meditación bíblica, en la vida de la familia cristiana y en el culto de la comunidad congregada para alabar a Dios», que «presenta a veces elementos valiosos de la antigua liturgia común»¹².

A la fe con que creen en Cristo, que «produce frutos de alabanza y acción de gracias por los beneficios recibidos de Dios», unen también «un vivo sentido de justicia y una sincera caridad para con el prójimo. Esta fe activa ha producido no pocas instituciones para socorrer la miseria espiritual y corporal, para cultivar la educación de la juventud, para humanizar las condiciones sociales de la vida y para establecer la paz en el mundo»¹³.

⁹ UR 21.

¹⁰ UR 20.

¹¹ UR 22.

¹² UR 23.

¹³ UR 23 b.

Iglesia anglicana

Entre las Iglesias separadas de la Sede romana a partir de la Reforma de Lutero y de Calvino, la anglicana «ocupa un lugar especial» por su origen, sus tradiciones y sus estructuras más o menos católicas. Junto con la evangélico-luterana y la evangélico-reformada, constituye la tercera forma fundamental del protestantismo europeo.

Los escritos de Lutero penetraron en Inglaterra hacia 1520 a través de un círculo de intelectuales de la Universidad de Cambridge. Pero la verdadera causa de la ruptura entre la Iglesia de Inglaterra y la de Roma fue la política y la actuación del rey Enrique VIII, a causa de su divorcio de la reina Catalina de Aragón y su desposorio con Ana Bolena. Ante la condenación del Papa Clemente VII, ayudado por Thomas Cramer, profesor de teología, que se había aficionado a las teorías de Lutero y Calvino y a quien el rey había nombrado arzobispo de Canterbury, Enrique VIII, en 1534, rompió totalmente la comunión con el Obispo de Roma y se auto designó jefe supremo del clero y la Iglesia inglesa. El Papa Paulo III lo excomulgó en 1538.

Tras el breve período de restauración católica de la reina María (1553-58), hija de Catalina de Aragón, la reina Isabel I (1558-1603), hija de Ana Bolena, secundó la tendencia de su padre, Enrique VIII, y consolidó el establecimiento de una Iglesia nacional. Desde entonces la Iglesia anglicana sigue separada de la católica.

En un principio la separación de la Iglesia de Inglaterra fue sólo de carácter disciplinar por la insubordinación de Enrique VIII. Pero a través de Cramer, que compuso el «Libro de oración común» y los artículos fundamentales de la constitución de la Iglesia anglicana, y, sobre todo, de Martín Bucer, que contrarrestó la influencia de Lutero, penetraron en la vida eclesial inglesa las orientaciones reformada de Calvino. Por eso, la Iglesia anglicana es una Iglesia original, distinta de las demás, en la que se yuxtaponen y mezclan elementos católicos y reformados. Mantiene la organización católica del episcopado y del culto. Pero la doctrina es de inspiración calvinista moderada. Niega el primado del Papa y se somete, como Iglesia nacional, a la corona y a la administración política del Estado. Pone a la Biblia como única norma de fe y admite la justificación por sola la fe. Reconoce únicamente los sacramentos del bautismo y la cena, entendida en sentido calvinista, esto es, rechazando su carácter sacrificial y la transubstanciación, aunque ha introducido el conservar las formas consagradas, también para el culto, y la práctica de la confesión de los pecados. El Papa León XIII, en 1896, declaró nulas las consagraciones episcopales de los anglicanos a causa de la interrupción de la sucesión apostólica, con lo que creó un nuevo y grave problema, que el diálogo ecuménico intenta resolver de cara más bien al futuro.

Dentro de todas estas confesiones protestantes, en virtud de sus mismos principios, se han dado otras muchas divisiones y subdivisiones, originándose las llamadas Iglesias libres y las sectas. Pero no descendamos a su enumeración, porque no alteran el mapa religioso de Europa y las englobamos en la consideración general de las divisiones introducidas por el movimiento de la reforma luterano-calvinista, de la que son tributarias. No obstante, conviene añadir que a raíz del Concilio Vaticano I diversos grupos de católicos, que no

aceptaron la definición dogmática del primado y la infalibilidad del Papa, para recibir la sucesión apostólica –puesto que ningún obispo había apostatado con ocasión del Vaticano I–, se asociaron en 1889 con la Iglesia jansenista de Utrecht, formando entre todos la llamada Iglesia viejo-católica. En grupos minoritarios residen en Holanda, Alemania, Francia y Polonia. En nuestros días contamos también con el caso Lefebvre, contestatario del Concilio Vaticano II.

La Iglesia católica

A lo largo de sus ya próximos dos mil años, la Iglesia católica no presenta ninguna división: permanece fiel a sí misma y a Cristo desde el principio. Ha recibido del Colegio apostólico, presidido por Pedro, la antorcha de la divina revelación, que mantiene encendida a través de las tinieblas y los vendavales del mundo y de la historia; y todavía la levanta nítida y brillante, para iluminación de todos los hombres y todos los pueblos.

Durante el siglo XIV y XV, entre 1378 y 1417, padeció la prueba del Gran Cisma de Occidente; y un poco después, 1438-1449, el cisma de Basilea. Pero los resolvió por sí misma, sin ulteriores traumas, para la unidad de la fe y la disciplina.

Aunque haya tenido alguna parte de culpa¹⁴ por su modo menos santo de proceder en las complicadas situaciones que se le presentaron, la Iglesia católica tampoco es causa activa de ninguna división, ni se ha separado de nadie. Son, por el contrario, las otras Iglesias y denominaciones cristianas las que se han apartado de ella, rompiendo la comunión de vida e incluso la integridad de la fe. Por tanto, la Iglesia católica es el árbol bimilenario de la única Iglesia de Cristo, que hunde sus raíces en el Nuevo y Antiguo Testamento, recoge la savia de toda la tradición cristiana, y atraviesa el tiempo y el espacio vivo y pujante, del que se han desgajado, más o menos, al correr de los siglos, las ramas de las otras Iglesias y confesiones, que han fraccionado en Europa y en el mundo la única herencia de Cristo, los Apóstoles y el primer milenio del cristianismo. Pero por causa de estas mismas divisiones, la Iglesia católica también padece sus nefastas consecuencias, viéndose privada de numerosos miembros e inapreciables riquezas del común patrimonio cristiano.

En Italia, Francia, España, Portugal, Irlanda, Bélgica, Luxemburgo, Yugoslavia, Austria, Hungría, Checoslovaquia y Polonia, a pesar de todas las vicisitudes, la Iglesia católica conserva preponderante mayoría en perfecta coherencia consigo misma desde los orígenes. En las demás naciones europeas, donde han sufrido los estragos de las divisiones, tanto ortodoxas como protestantes, ha recuperado una diligente minoría, que en algunos casos, como en Alemania, alcanza el 50 por 100 de los creyentes. De esta forma se ha constituido no sólo en el grupo más extenso de cristianos, sino también en una de las religiones más numerosas del mundo, que prosigue su crecimiento y expansión por el dinamismo recibido de su divino Fundador y la asistencia del Espíritu Santo.

¹⁴ UR 3 a.

II. DIFERENCIAS CONFESIONALES

Entre todas estas Iglesias y comunidades cristianas existen múltiples y notables diferencias dogmáticas, morales, litúrgicas, eclesiales, culturales y disciplinares, que afectan gravemente a la unidad de la fe, a la constitución de la Iglesia y a la misma realidad de la salvación, que Cristo realizó y entregó a la Iglesia para transmitirla a todos los hombres de todos los tiempos y todos los lugares. No las vamos a recoger todas, puesto que se necesitarían varios tratados. Sólo resaltaremos las más significativas en relación con la Iglesia católica, que es el punto de referencia no sólo para nosotros, sino también para ellos.

Católicos y ortodoxos

Empezando por las venerables Iglesias cristianas del Oriente, hemos de afirmar gozosamente que entre católicos y ortodoxos se da una muy sustancial comunión cristiana: tenemos el mismo sacerdocio y la misma Eucaristía, los mismos Concilios y los mismos Santos Padres, los mismos sacramentos y la misma vida, participada de Dios Padre por Cristo en el Espíritu Santo y amparada por la intercesión maternal de la siempre Virgen María, la Santa *Theotokos*. El Vaticano II dice que nos unimos «con vínculo estrechísimo y nos aconseja alguna comunicación con ellos en las funciones sagradas, dadas las circunstancias oportunas y con la aprobación de la autoridad eclesiástica»¹⁵; y tanto Pablo VI como Juan Pablo II hablan de que ellos y nosotros formamos «Iglesias hermanas».

No obstante, persisten algunas diferencias, que es preciso superar, para restablecer la plena comunión. Las principales son de dos clases: unas de tipo cultural, y otras de tipo dogmático.

Bajo el aspecto cultural, la mutua diversidad procede de que las Iglesias ortodoxas encarnaron muy entrelazadamente la fe cristiana en la cultura griega y otras antiguas culturas orientales, mientras que los católicos lo hemos conseguido con igual penetración en la cultura romana y occidental. Como estas culturas del Oriente y del Occidente, aunque interdependientes, son muy distintas, de ahí viene que las Iglesias ortodoxas y la Iglesia católica se extrañen unas a otras, extrañamiento que se ha ido enconando con los lamentables avatares de la historia, levantando entre ellas muros impenetrables de aversión y recelo.

En el orden dogmático, la máxima diferencia está en el primado del Papa, como sucesor de Pedro en la sede de Roma, que los orientales rechazan, aunque no en absoluto, sino tal como ellos entienden que se ha desarrollado abusivamente en Occidente. Para ellos la suprema e infalible autoridad de la fe está en el Concilio ecuménico, en cuanto sucesor de todo el colegio apostólico. Reflejo y consecuencia de esta discrepancia es la cuestión del «*Filioque*», más teológica que dogmática, donde ellos niegan que el Espíritu Santo proceda del Padre «y» del Hijo, originando una diversa manera de atender el mismo misterio fontal del Dios uno y trino, que también repercute en una diversa manera de concebir y

¹⁵ UR 15 c.

organizar la liturgia, la Iglesia y la entera vida cristiana. La Iglesia católica se ha ido liberando, no sin grandes luchas y sufrimientos, del enfeudamiento al poder civil, ya del emperador, ya de los estados, mientras que la Iglesia ortodoxa ha seguido con su concepto de estrecha relación, primero con el emperador, y después con los estados, con lo que ha roto «su unidad jerárquica», dividiéndose en sus varias Iglesias autocéfalas y nacionales, según se independizaban sus respectivos territorios.

Católicos y protestantes

La Iglesia católica y las Iglesias y comunidades protestantes han vivido durante quince siglos en la misma «comunidad eclesial». Por eso hay entre ellas mucha «relación y afinidad». Pero a causa de «la gravísima crisis»¹⁶ que han padecido, se abrieron también entre ellas simas abismales de división.

Al establecer a la Biblia como única norma de fe, las comunidades luteranas y calvinistas o reformadas prescindieron de la Tradición patristica y eclesial, de la sucesión apostólica y del magisterio jerárquico, con lo que vienen a ser como un cuerpo flácido y desarticulado, por falta del correspondiente armazón óseo. La pérdida que todo esto les ocasiona es incalculable. Carecen del sacerdocio, la Eucaristía y los sacramentos en su genuino sentido cristiano, como instrumentos de Cristo para la justificación y salvación de los hombres, que no los salva y justifica por ninguno de estos medios, sino sólo por la fe fiducial. Conservan el bautismo y la Santa Cena. Pero no son signos eficaces de la gracia. El bautismo opera en virtud de la fe, que expresa y testifica; y la Cena consiste en recordar la pasión y muerte de Cristo, para confesar y fortalecer la fe, obtener el perdón de los pecados y aumentar la vida espiritual y la inmortalidad, al aumentar la confianza en Él como único y verdadero Redentor. No implica la transubstanciación del pan y del vino en el cuerpo y la sangre de Cristo; y la presencia real y substancial de Cristo no se da en las especies consagradas, sino en el acto de la celebración, en virtud, no del presidente, ni de la comunidad reunida, sino de «la primera institución».

Los ministerios ordenados, de que se proveen, aunque lleven los nombres de obispos y presbíteros, no son para actuar como canales transmisores de la salvación de Cristo, que no desciende hasta las almas por estas mediaciones humanas, sino para administrar la comunidad y colocar al frente de ella personas, que garanticen el anuncio de la Palabra de Dios y la celebración del culto y los sacramentos como medios de expresar y robustecer la fe, única que salva y justifica. Por eso, los ministros no se distinguen de los demás fieles más que en el oficio que han recibido de la comunidad; y pueden serlo incluso las mujeres. Tampoco tienen un gobierno central y unitario de todos los fieles, que sustituyen por la unión interna en el Espíritu Santo a Cristo, que es el que asegura la cohesión de todos.

Abolieron el celibato clerical y la vida religiosa. Aunque confiesan a la Santísima Virgen Madre de Dios y siempre Virgen y reconocen que en el cielo intercede por la Iglesia y los hombres, prohíben invocarla, así como el culto a los santos y

¹⁶ UR 19 a.

los sufragios por los difuntos, puesto que no creen en la existencia del purgatorio. De ahí que no cultiven ni el santoral, ni la mariología.

La raíz de tan esenciales e importantes alteraciones de la fe tradicional de la Iglesia, tanto católica como ortodoxa, está en su teoría de la justificación por la sola fe, el artículo fundamental de su concepción del cristianismo, por el que la Iglesia está o cae y al que «nada se puede quitar o añadir, aunque caiga el cielo y la tierra y desaparezca todo»¹⁷. Como la justicia original del estado de inocencia pertenecía, constitutivamente, según Lutero, a la naturaleza humana, el hombre después del pecado original ha quedado corrompido en su propia naturaleza, incapaz de nada bueno en orden a la salvación, que sólo puede recibir de un modo puramente pasivo. Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, es el único que ha realizado la redención, que el hombre sólo puede apropiarse por la fe. Por tanto, sólo la fe es la causa de la justificación y la salvación. Todo lo demás no sólo sobra, sino que incluso resulta nocivo. De ahí la enemiga intransigencia de Lutero a todo lo católico, que suponga alguna colaboración activa del hombre en el proceso de la salvación, como si se tratara de algo antidivino y anticristiano, interpuesto entre Dios y el alma.

El distanciamiento entre la Iglesia católica y las comunidades eclesiales salidas de la Reforma del siglo XVI es, pues, tremendo. Sobre la base común de la Sagrada Escritura, la fe, Cristo y el bautismo, parecen más Iglesias contrapuestas que distintas o separadas.

Católicos y anglicanos

Aunque influenciada por el protestantismo reformado, la Iglesia anglicana es menos tajante en sus planteamientos, con lo que conserva mayor vinculación con las Iglesias católica y ortodoxas. Erige a la Biblia en norma de la fe, pero acepta también la Tradición siempre que no se oponga a la Biblia. Niega el primado del Papa, de cuya obediencia se separó; pero desea seguir con la sucesión apostólica y la constitución episcopal de la Iglesia. No admite la transustanciación de los elementos eucarísticos, pero ha restaurado un cierto culto a la Eucaristía y a la Santísima Virgen. Ha suprimido el celibato y la virginidad consagrada, pero ha vuelto a admitir la vida religiosa. No reconoce como sacramentos más que el bautismo y la Cena, pero practica todos los demás, considerándolos como «signos eficaces de la gracia». Proclama que la justificación se obtiene sólo por la fe, pero defiende que el hombre, con la gracia preveniente, puede «querer las obras que son gratas a Dios»; y, con la gracia cooperante, puede «llevarlas a efecto». Por eso sostiene que los elegidos «siguen la gracia» y «caminan santamente en las buenas obras»¹⁸. Modificó el Oficio Divino, pero estableció una liturgia, que se basa en el salterio y la Sagrada Escritura, y consagra la misma distribución de las horas.

Esta moderación de la Iglesia anglicana se debe, en parte, a la fe católica de la nación y del rey Enrique VIII; y en parte a la idiosincrasia de los ingleses, que son por compleción conservadores y tolerantes o comprensivos de caracteres incluso antagónicos. Todo ello ha hecho que la reforma inglesa fuera más política

¹⁷ K. ALGERMISSEN, o.c., 910.

¹⁸ *Ibidem*, p. 900, 903-4, 917.

que teológica y que se instalaran dentro de esta Iglesia en aceptable armonía elementos tan heterogéneos como los católicos y los reformados. El episcopado, la Biblia, el libro de oración común y la Corona son la base o matriz común que aglutina todas las demás divergencias, resultando una cierta síntesis de contrarios. De ahí que no carezca de fundamento la opinión de que la Iglesia anglicana, como Iglesia católica de tendencia calvinista moderada, sea una Iglesia puente entre Roma, Constantinopla y la Reforma. Dogmáticamente está más cerca de la Iglesia católica que las demás protestantes, aunque no tanto como las ortodoxas; pero culturalmente se mueve en el ámbito occidental y está en mejores condiciones de diálogo y colaboración, con sinceros deseos de unidad. Por eso puede jugar un papel importante en las nuevas tendencias del ecumenismo.

III. ECUMENISMO ACTUAL

Todas estas divisiones cristianas tienen que desaparecer, no sólo por las razones internas de la voluntad expresa de Cristo, la naturaleza constitutiva de la Iglesia y su misión salvífica, sino también por el proyecto común de Europa. Para el ideal de la Europa unida no basta la unión económica, social, política y cultural de sus pueblos y gobiernos, se requiere indispensablemente su unión también espiritual y cristiana. La Europa unida implica complejivamente la Iglesia unida.

La causa más profunda de la dignidad, la libertad y la comunión de los hombres está en su espíritu; y lo más elevado del espíritu humano es la fe y su relación con Dios, principio y fin del hombre y de la sociedad, que se nos ha revelado en Cristo su Hijo amado. Por eso, mientras haya en Europa cristianos divididos y diversas Iglesias, siendo unas naciones católicas, otras ortodoxas y otras protestantes o anglicanas, o todas ellas mezcladas en unos y otros lugares, es claro que no se puede hablar de unidad europea.

¿No estarán las divisiones cristianas en la base de las guerras, desórdenes y enfrentamientos que tanto debilitaron y debilitan a Europa? Ellas son las que impiden dramáticamente que la luz y la paz de Cristo reinen sobre nosotros, puesto que no dejan al Evangelio actuar con toda su fuerza transformadora. Por tanto, en sentido inverso, ¿no será la unidad de los cristianos en una sola Iglesia visible de Cristo el motor del resurgimiento de Europa en coherencia con sus orígenes y sus épocas de apogeo?

El ecumenismo moderno ha intuido la importancia y la urgencia de esta meta esplendorosa de la unión de los cristianos, como en las instituciones del primer milenio; y se ha puesto denodadamente a trabajar por conseguirla. Por eso es digno de que le prestemos un poco de atención.

El Consejo Ecuménico de las Iglesias

En 1910 se celebró en Edimburgo una Conferencia Universal de las Sociedades Protestantes Misioneras. En el transcurso de la misma, un delegado de las Jóvenes Iglesias del Extremo Oriente, cuyo nombre no ha quedado registrado, apostrofó a la asamblea con estas clarividentes y retadoras palabras: «Vosotros

nos habéis mandado misioneros, que nos han dado a conocer a Jesucristo, por lo que os estamos agradecidos. Pero al mismo tiempo nos habéis traído vuestras divisiones: unos nos predicán el metodismo, otros el luteranismo, el congregacionalismo o el episcopalismo. Nosotros os suplicamos que nos prediquéis el Evangelio y dejéis a Cristo suscitar en el seno de nuestros pueblos, por la acción del Espíritu Santo, la Iglesia conforme a sus exigencias y conforme también al genio de nuestra raza, que será la Iglesia de Cristo en el Japón, la Iglesia de Cristo en la China, la Iglesia de Cristo en la India, liberada de todos los 'ismos' con que vosotros etiquetáis la predicación del Evangelio entre nosotros»¹⁹.

Impresionados por tan desafiante reto, algunos de los presentes se preguntaron inquietantes: «¿No cabría hacer algo, para conjurar el escándalo de las divisiones entre los cristianos?» Aquel día nacía el Movimiento Ecuménico. El obispo Ch. Brent, de la Iglesia episcopaliana de los Estados Unidos, se decidió a organizar la Comisión «Fe y Constitución», que todavía sigue promoviendo la unión doctrinal de los cristianos.

Entre los años 1914 y 1920, durante el desarrollo y las consecuencias de la primera guerra europea, se reveló la figura excepcional de Natan Söderblom, arzobispo luterano de Upsala, que, con su idea de un Consejo de Iglesias con miras a la unidad, lanzada en 1918, se convirtió en el profeta del ecumenismo. En 1925 logró reunir en Estocolmo la primera conferencia de la Comisión «Vida y Acción», que tendía a la unificación de los cristianos en las cuestiones prácticas de su actuación en el mundo. El necesario complemento teológico para la unión de los cristianos lo aportó la conferencia de «Fe y Constitución», celebrada en 1927, en Lausana.

Ambos movimientos, «Vida y Acción» y «Fe y Constitución», con sus propias características, continuaron su marcha independiente, hasta que en 1948, terminada la segunda guerra que asoló a Europa, se fusionaron en el Consejo Ecuménico de las Iglesias, en su Asamblea constitutiva de Ámsterdam. El fin de este organismo interconfesional, tal como ha sido completado en Nairobi, es procurar «la unidad visible» de todas las Iglesias cristianas, que operan en el mundo. A él no pertenecen los individuos sino las Iglesias y comunidades eclesiales, que «confiesen a Jesucristo como Dios y Salvador según las Escrituras y se esfuerzan por responder unidas a su común vocación, para gloria del único Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo»²⁰ En la actualidad abarca a más de 301 Iglesias miembros. Su sede central radica en Ginebra.

La máxima autoridad de este instrumento benemérito para las relaciones inter-cristianas reside en la Asamblea General, que se convoca, más o menos, cada seis años. La II tuvo lugar en 1954 en Evanston; la III en Nueva Delhi, en 1961, iniciado ya el Concilio Vaticano II. En todas se nota un ascendente progreso numérico, cristiano y dogmático.

Pero los primeros pasos de esta andadura ecuménica estuvieron marcados por el mutuo recelo entre Roma y Ginebra. La Santa Sede, aun admitiendo la inspiración del Espíritu Santo de este movimiento de unidad entre los cristianos,

¹⁹ M. VILLAIN, *Introducción al ecumenismo*, Bilbao, 1962, 22.

²⁰ M. VILLAIN, *o.c.*, 95.

vigilaba con prudencia la iniciativa y temía por los riesgos que pudieran sobrevenir a la pureza de la fe cristiana; y el CEI no desechó del todo la tentación de crear un bloque poderoso de oposición y presión sobre la Iglesia católica. Hoy la situación ha cambiado por completo.

El Concilio Vaticano II

La elección del Papa Juan XXIII en 1958, a la muerte de Pío XII, fue muy providencial para la apertura ecuménica de la Iglesia católica. Interesado en la unión de los cristianos, por cuya intención oraba desde sus años de joven seminarista, había entrado en amplio contacto con las Iglesias ortodoxas, durante la segunda guerra europea, en sus misiones de visitador apostólico en Bulgaria y delegado apostólico en Turquía y Grecia, descubriendo las inmensas riquezas cristianas de estas Iglesias orientales; y había sido en los años de la posguerra representante pontificio en París, con lo que también conoció el mundo protestante y sus anhelos de unidad, entablado particular amistad con la naciente comunidad de Taizé. Por eso, al llegar tras su etapa de Patriarca de Venecia a la cátedra de Pedro en Roma, impulsó cuanto pudo el mutuo acercamiento de los cristianos y la aspiración de todos a la unidad perfecta, que Cristo quiere.

El 25 de enero de 1959, clausurando la Semana de Oración por la Unidad en la Basílica de San Pablo, anunció la celebración del Concilio Vaticano II con los objetivos principales de renovar la vida de la Iglesia y facilitar el restablecimiento de la unidad entre los cristianos divididos; y en 1960 creó el Secretariado para la unión de los cristianos, que también elevó a la categoría de Comisión Conciliar y contribuyó grandemente a la línea renovadora y ecuménica del Concilio. En esta dirección, la muerte del augusto pontífice, venerado como servidor bueno y solícito, se convirtió en la cúspide de la atracción mundial. No sólo todos los católicos, sino también todos los cristianos y todos los hombres de buena voluntad, incluso de otras religiones no cristianas, se unieron para orar por él y acompañarle espiritual y afectuosamente en su lenta agonía. De ese modo lo que a otros niveles es causa de máxima división, aparecía como un punto de máxima convergencia.

El Concilio Vaticano II, inaugurado el 11 de octubre de 1962 bajo Juan XXIII y clausurado el 8 de diciembre de 1965 en el pontificado de Pablo VI, que lo había presidido desde la segunda sesión, no sólo es un destellante chorro de luz y de gracia para toda la Iglesia, como ha constatado el reciente Sínodo extraordinario de los obispos, sino también el potente reactivador del ecumenismo en todas las direcciones: «a nivel de jerarquía y laicado, de magisterio oficial e iniciativa privada, de instituciones y empresas unionistas, de Iglesia católico-romana y de las demás Iglesias con ella y entre sí»²¹. La doctrina del Vaticano II ha sido toda ella elaborada, tanto en el proceso de su discusión como en el de su formulación, en presencia de los observadores enviados por las otras Iglesias y comunidades cristianas de Oriente y de Occidente y con el expreso propósito de fidelidad al Evangelio de Cristo y al mundo de hoy, de forma que todos –católicos y no católicos– puedan aceptarla como verdad y enseñanza del mismo Cristo. Por

²¹ JOSÉ SÁNCHEZ VAQUERO, *Ecumenismo*, Manual de Formación Ecuménica, Salamanca 1971, 115.

eso, es netamente ecuménica en su origen, en sus contenidos y en su proyección. De hecho, el Concilio ha despertado gran interés en todo el mundo. Ha contribuido ampliamente a aglutinar más entre sí a todos los cristianos de unas y otras denominaciones. Todos han quedado como envueltos bajo su manto de claridad. Además, todos sus documentos recogen las cuestiones que inciden sobre los hermanos cristianos y contienen algún párrafo relativo al aspecto ecuménico de su propia materia, con lo cual demuestran tener explícitamente en cuenta el tema de la unidad pancristiana.

Pero la Carta Magna del ecumenismo conciliar es el Decreto sobre «la restauración de la unidad» cristiana: *Unitatis redintegratio*, llamado también Decreto de Ecumenismo, que el Concilio promulgó el 21 de diciembre de 1964. Este documento condensa los principios de los demás; y los aplica a las cuestiones del restablecimiento de la unidad entre los cristianos, con lo que logra que el ecumenismo aparezca «como, una dimensión esencial de todos»²². Ha sido muy laboriosamente trabajado; y trata con mucha altura y mucha delicadeza los delicados problemas con que se enfrenta. Los principios católicos del ecumenismo, que establece, son sólidos y estimulantes, amplios y fecundos: señala el fin de la unidad plena y madura, a que todos deben llegar; y confirma los medios seguros, por donde todos también debemos avanzar. Al mismo tiempo, la visión que presenta de los hermanos cristianos y sus valores auténticos es ponderativa y acogedora, resaltando todo lo bueno y positivo que hay en ellos, especialmente en los ortodoxos. Por eso es un documento de marcado carácter profético, que abre caminos y esperanzas, adelantando los fulgores de la unidad recuperada en un mañana, que anhelamos no muy lejano. «Exhorta a todos los católicos a que, reconociendo los signos de los tiempos, participen diligentemente en la labor ecuménica»²³; y traza, sin peligro de error para la fe y las buenas costumbres, las grandes directrices prácticas, por donde deben discurrir las empresas y las acciones ecuménicas, tanto de las Iglesias como de las instituciones y los fieles. Un verdadero impulso de renovación y progreso hacia el gran bien de la unidad, por la que el mismo Cristo oró la víspera de su pasión²⁴.

Estas ordenaciones generales del Concilio sobre ecumenismo fueron concretadas y aplicadas por ulteriores disposiciones de la Santa Sede: el *Directorio de Ecumenismo*, cuya primera parte fue publicado en 1967, y la segunda en 1970; un documento sobre el *Diálogo* también en 1970; una *Instrucción sobre la admisión de otros cristianos a la comunión eucarística en la Iglesia católica*, en 1972; *La colaboración ecuménica a nivel regional, nacional y local*, de 1975; y las normas introducidas en la nueva redacción del Código de Derecho Canónico²⁵. A esta disciplina de rango superior hay que añadir las múltiples intervenciones de los Papas y declaraciones de los organismos de la Santa Sede, especialmente del Secretariado para la Unión de los cristianos, que sería largo evocar en esta conferencia.

Fueron una serie de actuaciones que, en fidelidad a la inspiración del Espíritu Santo, dieron su fruto. Con ellas se ha introducido decididamente el ecumenismo

²² JOSÉ SÁNCHEZ VAQUERO, *o.c.*, 118.

²³ UR 4 a.

²⁴ Cf. Jn 17, 1-26.

²⁵ *Código de Derecho Canónico*, 755, 844, 933 y otros.

en la Iglesia católica y se la ha inclinado a colaborar sinceramente con los demás hermanos cristianos en la búsqueda ecuménica de la unidad plena de todos, que Cristo quiere y el mundo necesita para su salvación.

IV. PROGRESOS PROMETEDORES

Esta incorporación de la Iglesia católica al movimiento ecuménico, que Juan Pablo II califica de «irreversible», ha sido sumamente beneficiosa. Durante estos 20 años del posconcilio se han dado, tanto dentro como fuera de la Iglesia católica importantes progresos ecuménicos, que nos sitúan en una perspectiva esperanzadora de futuro. Sin descender a todos sus detalles e implicaciones, vamos a recorrer los más significativos, para poder comprender toda la excelencia del proyecto de unidad ecuménica entre los cristianos.

Fuera de la Iglesia católica

Con la celebración del Concilio Vaticano II y su refrendo al ecumenismo, el Consejo Ecuménico de las Iglesias cobró nuevo prestigio y nueva vitalidad. Su objetivo primordial de unidad entre los cristianos divididos había sido asumido por la Iglesia católica, como obra del Espíritu Santo; y, como arrastradas por el mismo soplo divino, todas las Iglesias y comunidades cristianas se afanaron por entrar animosamente en la dinámica de la unidad. Por todas partes se notó un refloreamiento del ecumenismo.

En estos años, el Consejo Ecuménico de las Iglesias celebró tres asambleas generales: la de Upsala, en 1968, con el lema «He aquí que hago nuevas todas las cosas»; la de Nairobi, en 1975, bajo la luz de «Jesucristo libera y une»; y la de Vancouver, en 1983, centrada en el estudio de «Jesucristo, vida del mundo». Todas ellas han significado un notable progreso ecuménico. De 235 Iglesias miembros del Consejo Ecuménico de Upsala se ha pasado a 304 en Vancouver; y en todas estas Asambleas ha habido también continuidad y evolución.

En la de Upsala se consolidaron los valores de catolicidad de la Iglesia; en la de Nairobi se señalaron como propósito del ecumenismo la unidad visible de la Iglesia, el testimonio común de los cristianos, la evangelización del mundo, la lucha por la justicia y la paz, la renovación de las Iglesias, la educación en la fe y las interrelaciones ecuménicas de unas Iglesias cristianas con otras; y en la de Vancouver se estimuló a todos a avanzar en la unidad de la fe, en la comunión conciliar y eucarística, en la lucha por la justicia y la paz, en la creación de una teología vital y coherente y en el servicio salvífico al mundo.

Desde 1967 la comisión «Fe y Constitución», que goza de una especial independencia dentro del Consejo Ecuménico de las Iglesias, ha estudiado un plan de acuerdo doctrinal de las distintas Iglesias cristianas sobre el bautismo, la eucaristía y el ministerio. Por fin, en la reunión de Lima de 1982 llegaron a un grado aceptable de «convergencias doctrinales»; y lo hicieron público. Por eso se denomina «Documento de Lima» o «Documento BEM», atendiendo al lugar de su aprobación o a las iniciales de los tres sacramentos²⁶. Todavía no es la

²⁶ *Bautismo, Eucaristía y Ministerio*, Facultad de Teología de Barcelona, Barcelona 1983.

expresión plena de la fe; pero ha conseguido una elevada aproximación en la valoración teológica de estos tres pilares de la unidad cristiana.

La Asamblea de Vancouver lo ha enviado a las Iglesias, no para que lo corrijan como en otras ocasiones, sino para que, a la instancia más alta de poder que haya en ellas, declaren si reconocen en él «lo esencial de la fe apostólica», si lo aceptan y qué conclusiones sacan de él para su vida y sus relaciones con las demás Iglesias que también se identifiquen con él. Con las respuestas oficiales obtenidas, se celebrará hacia 1987 o 1988 una asamblea mundial de «Fe y Constitución», que evalúe las proposiciones y marque ulteriores etapas.

Las Iglesias miembros del Consejo Ecuménico se encuentran ahora empeñadas en este examen, no sólo del «Documento», sino también de sí mismas. Tras tantos años de esfuerzos, en esta revisión dogmática, hasta cierto punto, despunta el comienzo de un verdadero progreso ecuménico. En la medida que las Iglesias unifiquen su fe en el bautismo, la eucaristía y el ministerio, y reformen según sus exigencias su liturgia, su catequesis, su enseñanza y su predicación, en esa misma estarán saliendo de las actuales divisiones y avanzando real y eclesialmente hacia la plenitud de la unidad. Una halagüeña promesa, que confiamos llegue a madurar.

Dentro de la Iglesia católica

El ecumenismo de la Iglesia católica ha ejercido, a partir del Concilio, un poderoso influjo tanto en su vida interna como en su acción exterior, especialmente en relación con los demás hermanos cristianos. Han florecido por doquier multitud de iniciativas ecuménicas, unas oficiales, creadas por la jerarquía, con carácter universal, nacional o local; y otras de vocación particular, orientándose tanto unas como otras a servir decididamente, con el estudio, la oración y la acción, la gran causa de la unidad; y en cuyo relato no nos podemos detener, por ser una prolífera eclosión verdaderamente primaveral. La Iglesia católica ha tomado tan en serio la llamada del ecumenismo que tiende con todas sus fuerzas a ecumenizar todas sus instituciones doctrinales, espirituales y pastorales, para facilitar el avance de todos hacia la verdad completa de Cristo y disponerse ella misma a la unión con todos en la plenitud de la unidad recuperada.

Al mismo tiempo que en esta labor interna de asimilación y servicio al ecumenismo, la Iglesia católica se ha empeñado también en tender numerosos puentes de conocimiento, de saludo, de diálogo, de colaboración y de acercamiento con todos los cristianos, en orden a progresar todos juntos por los caminos de la unidad, hasta que consigamos formar «un sólo rebaño, bajo un solo Pastor»²⁷. Bajo este aspecto de las relaciones interconfesionales, también han brotado en la vasta heredad de la Iglesia católica innumerables empresas y actuaciones de toda índole, jerárquicas y particulares, permanentes y esporádicas, que conectan directamente con los demás cristianos y cultivan la oración, el estudio, el apostolado y el testimonio comunes, para restañar las heridas de las divisiones, descubrir las claves de la unidad y poder restablecerla entre todos en su máxima perfección. Pero nosotros aquí nos fijaremos

²⁷ Jn 10, 16.

solamente en las grandes realizaciones de la Santa Sede, que abarcan el amplio abanico de las relaciones con todos los demás cristianos.

A. Con los ortodoxos

Desde la Iglesia católica siempre se ha mirado con especial estimación y veneración a las venerables Iglesias del Oriente cristiano. Para acrecentar la comunión existente con ellas, en estos años se han superado progresivamente, gracias a las determinaciones del Vaticano II, todas las marcas previsibles.

1. A primeros de enero de 1964, Pablo VI se encuentra con el Patriarca Atenágoras en Jerusalén, la tierra de Jesús, fundiendo en su cálido abrazo, que dio la vuelta al mundo, nueve siglos de dolorosa separación; e iniciando una nueva época de mayor proximidad y creciente acercamiento entre la Antigua y la Nueva Roma, que habían sido interrumpidos bruscamente a comienzos del siglo XI. Un año después, al final del Concilio Vaticano II, el 7 de diciembre de 1965, se levantaron mutuamente, en Roma y en Constantinopla, la excomunión de unos contra otros. Desde entonces los mensajes y las comunicaciones periódicas y espontáneas entre el Papa de Roma y el Patriarca de Constantinopla han ido tan en aumento que, al cabo de los años, han producido, recapitulados, un precioso libro titulado «Tomo del Amor»²⁸.

2. En este conjunto de intercambios, consultas y estímulos mutuos, que constituyen el «Diálogo de la Caridad», tan querido al entrañable Patriarca Atenágoras, hay que distinguir dos importantísimos acontecimientos del más alto nivel; la visita de Pablo VI en julio de 1967 a Constantinopla y la devolución de tal visita por parte del Patriarca Atenágoras I, viniendo a Roma en octubre del mismo año. El arco del puente entre Roma y Constantinopla estaba restablecido. Ahora sólo hace falta transitarlo y mejorarlo.

3. El cambio en la deposición de recelos y el retoñar de las buenas actitudes es sorprendente. Cuando las sesiones del Concilio Vaticano II, ni la III Conferencia panortodoxa de Rodas en 1964, ni la de Chambésy en 1968, habían admitido enviar al Concilio Vaticano II observadores de la ortodoxia en bloque, ni entablar un diálogo común con los católicos. Sólo las Iglesias ortodoxas locales podían hacerlo según su voluntad. Pero en 1975, al conmemorar el décimo aniversario del levantamiento de los anatemas de 1054, ya se pudo organizar una comisión preparatoria del diálogo de las Iglesias ortodoxas en cuanto tales con la católica. En esta ocasión, al final de la memorable liturgia de la Capilla Sixtina, es cuando Pablo VI se arrodilló y besó los pies del Metropolitano Melitón, jefe de la delegación del Patriarca Ecuménico.

4. Los contactos y visitas a nivel inferior se multiplicaron considerablemente. En 1978 se decidió que deberían realizarse principalmente todos los años, con motivo de las fiestas patronales: la de San Pedro y San Pablo en Roma y la de San Andrés en Constantinopla, como ya se venía haciendo. La oración de los dos hermanos, que estuvieron siempre unidos, ha contribuido y contribuye muchísimo en la aproximación de las dos Iglesias también hermanas.

²⁸ *Al encuentro de la Unidad*, BAC, Madrid, 1973.

5. Dentro de este contexto de mutua cordialidad han sido especialmente significativas las delegaciones enviadas por los ortodoxos al Vaticano a los funerales de Pablo VI, a la elección de Juan Pablo I y a su muerte, así como a la entronización de Juan Pablo II. Cuando el atentado de éste, en 1981, el Patriarca Dimitrios no se contentó con un mensaje escrito, sino que también envió una embajada personal para transmitirle sus sentimientos y enterarse de su estado.

6. El centenario del primer Concilio de Constantinopla fue otro momento intenso de comunicación entre la Iglesia católica y la ortodoxa, con presencia de unos en los actos conmemorativos de los otros, tanto en Constantinopla como en Roma. La comunión de fe en la Trinidad, el Espíritu Santo y la excelsa Virgen María, Madre de Dios, es garantía de que podrá llegarse a la comunión de todos en una sola Iglesia de Cristo.

7. En 1979, para la fiesta de San Andrés, Juan Pablo II fue a Constantinopla e intercambió con el Patriarca Dimitrios I mensajes, regalos y oraciones. Como refrendo de su voluntad de trabajar por la perfecta unidad, hicieron pública la comisión católico-ortodoxa encargada del *Diálogo teológico*, que debe acompañar y completar el *Diálogo de la Caridad*. Juan Pablo II manifestó el ardiente deseo de que el alba del tercer milenio nos encuentre nuevamente unidos.

La comisión inició sus trabajos en mayo-junio de 1980 en Patmos y en Rodas. Tras las primeras discusiones, en 1982, en Múnich, aprobaron y difundieron un luminoso documento sobre «El misterio de la Eucaristía y de la Iglesia a la luz del misterio de la Trinidad». Actualmente estudian «La fe, los sacramentos y la unidad», que todavía no han ultimado por las dificultades que han aparecido; y tienen en perspectiva «El sacramento del Orden en las estructuras sacramentales de la Iglesia y, en particular, la importancia de la sucesión apostólica para la santificación y la unidad del Pueblo de Dios».

8. Pero estos esfuerzos, no sólo se relacionaron con el Patriarcado de Constantinopla, sino que también toman en consideración el de Moscú. Con él se entablaron en 1967 unas «conversaciones teológico-pastorales», «que hay que distinguir claramente del diálogo teológico con el conjunto de la Ortodoxia»²⁹. Ya se han celebrado cinco, dentro y fuera de Rusia; y prometen ser fructíferas. Al mismo tiempo también se intercambian diversas delegaciones y consultas. El Patriarca de Antioquía, Ignacio IV, también giró en 1983 visita oficial a Roma.

9. Las Iglesias que no aceptaron el Concilio de Calcedonia, separándose de las demás en el siglo V, también emprendieron el camino de Roma y la comunión con todos. Enviaron observadores al Concilio Vaticano II y protagonizaron visitas al Papa al más alto nivel. En 1967 vino a Roma Koren I, Católicos de la Iglesia armenia de Cilicia; en 1970 Vasken II, Católicos Supremo de la Iglesia Apostólica armenia; en 1971 Mar Jacob II, Patriarca siro-ortodoxo; en 1973 Shenouda III, Patriarca de la Iglesia copta; en 1981 Abouna Tekle Hairaanot, Patriarca de la Iglesia ortodoxa de Etiopía; y en 1983 Mar Baselios Larthoma Metews I, Católicos de la Iglesia siro-ortodoxa de la India. Algunas de estas Iglesias ya han

²⁹ STEFANO SCHIDT, S.J., *Veinte años de desarrollo creativo del Ecumenismo*, en *Pastoral Ecuménica*, enero-abril 1985, p. 13.

repetido la visita, como la Iglesia armena de Cilicia, en 1983, en la persona del Católicos Karekin II Sarkissiam; y el Patriarcado siro-ortodoxo, en 1984, en la persona de Zakka Iwas I. Esta Iglesia ha visitado ya por tercera vez Roma.

Estos contactos han propiciado también grandes logros en el campo doctrinal. Se ha aclarado que estas Iglesias están en posesión de una recta doctrina sobre la Encarnación, aunque la expresaban con otras palabras y fórmulas. «Tanto es así que, con ocasión de la visita a Roma del Patriarca copto-ortodoxo Shenouda III, éste, junto con el Papa Pablo VI, firmaba una profesión de fe, que contiene también la doctrina de la Encarnación, si bien en la redacción se han evitado los términos controvertidos y se ha expuesto la doctrina con las expresiones del Concilio de Nicea. En el mismo sentido, en junio de 1984, se ha publicado una declaración común del Papa con el Patriarca siro-ortodoxo Zakka Iwas I»³⁰.

Bien estaría que la reconciliación empezara por las Iglesias del Oriente, donde empezaron las separaciones. Por eso, es de desear que todos estos conatos tan consoladores lleguen a su natural conclusión.

B. Con los anglicanos

A causa de la influencia protestante que ha recibido, la Iglesia anglicana no está dogmáticamente tan próxima a la católica; pero está muy dispuesta al diálogo ecuménico. Lo ha valorado y secundado ya desde los tiempos del Concilio Vaticano II, al que envió tres observadores.

1. En 1960, el Dr. Fisher se entrevistó en Roma con el Papa Juan XXIII y avivó el calor cristiano para el acercamiento fraterno de católicos y anglicanos. Sobre esta base, cuando en 1966 el Dr. Ramsey visita a Pablo VI, se constituye una comisión internacional, que examine las divergencias existentes según la fe común y las antiguas tradiciones de ambas Iglesias.

2. Las dificultades principales se redujeron a tres: la eucaristía, el ministerio y la autoridad en la Iglesia. La comisión se enfrentó con ellas y les fue dando respuesta. En 1971 consiguió «un acuerdo substancial» sobre la eucaristía; en 1973 otro acuerdo, estimado también «substancial», sobre el ministerio; y en la primavera de 1977 salió otro documento sobre el punto más difícil: «La autoridad en la Iglesia», que expresa «una convergencia significativa y rica en previsibles consecuencias»³¹.

3. A raíz de estos logros, en abril de 1977, el Primado anglicano Dr. Coggan acude oficialmente al Vaticano y en declaración conjunta con Pablo VI revisan el desarrollo conseguido en las recíprocas relaciones y las impulsan con energía hacia el futuro. Alientan al diálogo teológico y a la colaboración ecuménica, para poder dar testimonio común de la fe, sobre todo en el campo de la evangelización.

4. Los trabajos de la comisión fueron publicados con la autorización de ambas Iglesias, para que los valoraran y criticaran cuantos quisieran, especialmente los teólogos. Con las aportaciones recibidas, la comisión volvió a trabajar durante otros cuatro años, para ofrecer una síntesis más lograda, sobre todo en lo

³⁰ STEFANO SCHIDT, *o.c.*, 13.

³¹ *O.c.*, 19

referente al primado e infalibilidad del Papa. El «Informe final» fue publicado por las respectivas autoridades eclesiásticas en marzo de 1982, para analizarlo y poder decidir en qué medida refleja la fe cristiana.

La Iglesia católica ha enviado el «Informe» a las conferencias episcopales, junto con unas «Observaciones» de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, para que remitan sus pareceres al Vaticano en la primavera de 1985. Al final de este proceso, podrá la Santa Sede emitir un juicio altamente orientativo.

Por su parte, la Iglesia anglicana también sopesa la relación según sus procedimientos, para obtener los correspondientes puntos de vista a lo largo de 1986. De este modo espera que la Conferencia de Lambeth de 1988 pueda ofrecer su dictamen en nombre de toda la comunión anglicana.

5. A la vez que estos progresos doctrinales, se han cultivado los actos de buena amistad. En 1980 el Dr. Runde se encontró en Accra, capital de Ghana, con Juan Pablo II, durante la peregrinación apostólica de éste a varios países de África. El encuentro suscitó la confianza personal entre ellos y los comprometió a amplios y futuros proyectos de trabajo conjunto en favor de la unidad, «por la que Cristo oró al Padre»³².

6. Momento culminante de este acercamiento católico-anglicano ha sido la visita pastoral de Juan Pablo II a Inglaterra en 1982, con la audiencia de la reina, las celebraciones ecuménicas de Canterbury, Escocia y País de Gales, y la aclamación multitudinaria de la población, por todas partes. Ha sido como si se restableciera vitalmente la comunión, que se había roto en tiempos del rey Enrique VIII.

7. El viaje ha despertado también una nueva esperanza para el ecumenismo. Entre los actos tenidos en la catedral de Canterbury, aquella memorable víspera de Pentecostés de 1982, figura el establecimiento de una segunda comisión mixta de trabajo, para relanzar con nuevos bríos el avance conjunto hacia el restablecimiento de la plena comunión eclesial. La nueva comisión emprendió su andadura en 1983, con personal de refresco; y se le exige que, partiendo de las metas conseguidas, despeje los obstáculos que todavía persisten y halle nuevas vías para conseguir la reconciliación mutua en la unidad de la única Iglesia de Cristo. El Obispo de Roma y el Arzobispo de Canterbury invitan para ello a los católicos y anglicanos de todo el mundo a acompañar el trabajo teológico de la comisión con la colaboración interconfesional, el testimonio común y la ferviente oración. Actuando todos a una, podrá alcanzarse lo que es también para beneficio de todos.

C. Con los evangélicos

Las diferencias dogmáticas y teológicas entre los católicos y protestantes son mucho más graves y profundas. No obstante, el Espíritu Santo ha logrado a través del ecumenismo de estos años hacerlos volverse los unos hacia los otros, desde sus posiciones antagónicas y enfrentadas, considerarse como hermanos y tratar de encontrar juntos puntos de convergencia y de posible integración en

³² Cf. *Irenikon*, 1980, 222.

la unidad de una sola Iglesia. Los esfuerzos realizados son de inmensa trascendencia.

1. Con los protestantes de la «Federación Luterana Mundial» se iniciaron en 1967 unas reflexiones teológicas sobre el tema «Evangelio e Iglesia», que finalizaron cinco años después con el «Informe de Malta». De estas primeras aproximaciones surgió en 1973 la formación de una comisión, que prestaría tanta atención al aspecto pastoral como al doctrinal.

En lo referente a la doctrina, la comisión aprobó en 1978 un amplio documento sobre la eucaristía con dos partes: en la primera y más extensa, con el título de «Testimonio común», recogen sus acuerdos sobre la eucaristía; y en la segunda, mucho más breve, como «Realizaciones del testimonio común», señalan las dificultades que todavía deben ser objeto de mayores esfuerzos. Simultáneamente estudió desde 1977 «el ministerio en la Iglesia con especial referencia al episcopado», concluyendo en 1981 con un informe final, que deja la cuestión del episcopado necesitada de ulteriores desarrollos.

En relación con la pastoral, la comisión se dedicó también a las implicaciones prácticas del mutuo acercamiento, agrupadas bajo la fórmula de «Modelos de unidad». De sus estudios salió en 1980 una primera parte sobre «Caminos hacia la comunión»; y otra segunda en 1984 sobre «Modelos de unión», que ilustra la esencia de la unidad y sugiere «formas y fases para la comunión entre luteranos y católicos en la fe, en los sacramentos y en el ministerio»³³.

A estas colaboraciones prestaron especial refuerzo el 450 aniversario de la «Confesión de Augsburgo» en 1980 y el V centenario del nacimiento de Lutero en 1983. Sobre ambos acontecimientos la comisión elaboró sendas declaraciones conjuntas, que encauzan las viejas controversias en una dirección más serena y positiva, que puede permitir superar el antagonismo de ambas posturas. El mismo Juan Pablo II intervino en calidad de Romano Pontífice en ambas celebraciones. Sobre la «Confesión Augustana» reconoce que nos hace «descubrir cuán sólidos y profundos son los fundamentos comunes de nuestra fe cristiana»; y sobre Lutero dirigió al presidente del Secretariado para la Unión de los Cristianos una carta, que es la primera de un Papa sobre el tema. En ella exhorta a proseguir el diálogo, que cosechará cada vez mejores frutos.

Ese mismo año conmemorativo de Lutero proporcionó al Santo Padre la oportunidad de presidir un culto en la Iglesia luterana, Christus-Kirche, de Roma. El acontecimiento tan insólito y audaz tuvo vastas resonancias internacionales e interconfesionales. Pero fue un anticipo de la perfecta unidad, que salió reforzada. Hacia ella también estimuló a la comisión luterano-católica en 1984.

2. La «Alianza Reformada Mundial» también inició un poco más tarde, en 1970, una serie de exploraciones mutuas, que abocaron a un sustancioso documento sobre «La presencia de Cristo en la Iglesia y en el mundo». En 1980 un grupo mixto especial sopesó los pareceres de los miembros de la «Alianza Reformada Mundial» y de las Conferencias Episcopales de la Iglesia católica y recomendó continuar el diálogo. En 1982 se reunió un nuevo grupo de trabajo, que propuso

³³ STEFANO SCHIDT, *o.c.*, 17.

como tema: «La unidad de la Iglesia en el mundo de hoy». Su primera reunión ha sido ya en enero de 1984.

3. El diálogo con el «Consejo Mundial Metodista» ha seguido varias fases, de cinco en cinco años. De 1967 a 1972 giró en torno a varias materias: los cristianos en el mundo de hoy; la espiritualidad; la familia; la eucaristía y el ministerio. De 1972 a 1975 se volvió sobre los mismos argumentos, examinando también los acuerdos de la comisión anglicano-católica concluidos por esas fechas. De 1975 a 1980 logró una notable convergencia sobre la acción del Espíritu Santo en la vida de los cristianos y de la Iglesia. A partir de 1981 se centra en «La esencia y misterio de la Iglesia». La decisión más importante tomada en 1983 fue la de clarificar el objetivo del diálogo. Con él no sólo se intenta el mutuo conocimiento, sino que acordaron por unanimidad tender hacia la plena comunión eclesial en la fe, en la misión y en los sacramentos. El camino se presenta todavía largo y difícil. Pero la decisión «constituye un importante paso hacia adelante»³⁴. Por eso el problema actual de estudio es el del primado del Papa.

4. Los líderes del Movimiento Pentecostal del mundo protestante, que iniciaron un diálogo regular con la Iglesia católica en 1972, han excluido por principio las cuestiones de la eclesiología. Pero sus conversaciones sobre la obra del Espíritu Santo en la vida de los cristianos, no ha carecido de utilidad. En 1977 comenzaron un segundo ciclo, que duró hasta 1982. Tras una breve pausa para valorar los diez años anteriores, ya han vuelto a reanudar los trabajos.

5. Recientemente, en julio de 1984, se ha iniciado un nuevo diálogo bilateral con la «Alianza Mundial Bautista». Está todavía en la etapa del mutuo conocimiento sobre la manera de enfocar «la evangelización y la misión de la Iglesia». Pero es altamente prometedor por tratarse de una denominación poco ecuménica, que engloba muchas familias de tendencia evangélica.

6. A todos estos avances ecuménicos relacionados con el mundo protestante, les han dado especial luz y aliento los viajes apostólicos del Papa Juan Pablo II, peregrino de la unidad. En todas las naciones visitadas procura celebrar algún acto de oración y diálogo con los fieles de las distintas confesiones protestantes, con lo que en conjunto los discípulos de Cristo quedan rectamente orientados hacia la meta final de «un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo y un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos»³⁵. Sobre todo, han tenido esta dimensión ecuménica el viaje a Alemania en noviembre de 1980, el viaje a Suiza en 1984, y el viaje a Bélgica y demás Países Bajos en 1985. En todos ellos ha recibido a los hermanos cristianos, para orar juntos por la unidad que todavía nos falta y animarse a buscarla sin prisa y sin pausa, imprimiendo nuevo impulso a todo el movimiento ecuménico.

7. Una iniciativa de gran alcance para la unidad ecuménica de Europa es el comité mixto integrado por representantes de la «Conferencia de las Iglesias europeas» por parte evangélica y del «Consejo de las Conferencias episcopales de Europa» por parte católica, que ya ha tenido tres simposios: uno en Chantilly en 1978; otro en Logumkloster en 1981; y el tercero en Riva de Garda en 1985.

³⁴ *Ibid.*, 22.

³⁵ Cf. Ef 4, 5.

Constituye un organismo al más alto nivel de autoridad de las distintas Iglesias cristianas y está muy preocupado por la unidad intercristiana de Europa. La última reunión ha despertado gran entusiasmo, sobre todo con la solemne liturgia habida en la catedral de Trento.

Nada, pues, tiene de extraño que el Papa actual, conmemorando los 25 años de la erección del «Secretariado Romano para la Unión de los cristianos» dé «las gracias a las otras Iglesias y comunidades eclesiales por haber aceptado estos diálogos y haber reanudado con nosotros relaciones y contactos; y por todo lo que han hecho en favor del movimiento ecuménico, suscitado por el Concilio». Su buena disposición en docilidad a la gracia del Espíritu Santo es parte integrante de todos los programas que están en vías de desarrollo. Por eso, prosigue Juan Pablo II deseando «que el Señor nos conceda, a ellos y a nosotros, ser valientemente dóciles a su voluntad, a fin de que pueda llevar a término todo lo que ha suscitado en medio de nosotros»³⁶.

D. Con el Consejo Ecuménico de las Iglesias

La Iglesia católica como tal no es un miembro más del CEI, aparte otras consideraciones de tipo organizativo, porque no puede dar por válido el actual estado de división, como si la multiplicidad de Iglesias fuera indiferente o perteneciese de alguna manera a la esencia de la Iglesia; ni puede abstraer o prescindir, siquiera estimativamente, de la plenitud de la verdad y la salvación de Cristo, que «subsiste indefectiblemente» en su seno. Con ello causaría grave detrimento incluso a las demás Iglesias y comunidades cristianas, privándolas del motivo de superación y fidelidad a Cristo, que ella supone para todas. Pero entre la Iglesia católica y el CEI hay excelentes relaciones de ayuda y colaboración multilateral, que datan ya de febrero de 1965.

1. Durante la IV Asamblea de Upsala en 1968 se reorganizó la comisión «Fe y Constitución» y se admitió plenamente en ella, con voz y voto, a algunos miembros católicos. En la actualidad son doce teólogos católicos los que colaboran con ella.

2. En 1969 Pablo VI visita la sede del CEI en Ginebra y le ofrece la leal colaboración de la Iglesia católica para todos sus proyectos de restablecimiento de la unidad entre los cristianos divididos y de testimonio común ante el mundo. Con el correr de los años esta colaboración se ha vuelto cada vez más intensa.

3. Desde 1965 funcionaba el primer Grupo Mixto de Trabajo de la Iglesia católica y del CEI, que facilitaba la colaboración intercristiana de los organismos internacionales y evaluaba el desarrollo del movimiento ecuménico. Pero en la V Asamblea de Nairobi de 1975 se le dio una nueva estructura, con reuniones normales cada año, para incrementar el intercambio de información sobre el ecumenismo y promover su desarrollo, tanto en el plano internacional como a nivel local.

Las actividades de este Grupo Mixto son muy apreciables. En 1970 publicó un primer documento de estudio sobre el «Testimonio Común» que en 1981 fue

³⁶ JUAN PABLO II, *Al Sacro Colegio Cardenalicio y a todos los colaboradores de la Curia Romana, la víspera de San Pedro y San Pablo de 1985*, en *Ecclesia*, nº 2.236, p. 12.

reelaborado y notablemente ampliado. En 1980 editó otro titulado «Hacia la confesión común de la fe». En el futuro prevé desarrollar el testimonio común, el problema de la unidad y la formación ecuménica. Sobre todo, en cada asamblea general del CEI prepara un informe general, que mantiene el pulso del crecimiento de todos en la comprensión de la unidad que Cristo quiere para su Iglesia.

4. En 1968 se lanzó también, a título experimental, un organismo mixto entre Roma y Ginebra, para colaborar en los problemas de la sociedad, del desarrollo y de la paz, de donde le vino el nombre de SODEPAX. Permaneció en activo hasta que, en 1980, por el diverso enfoque doctrinal y político del CEI y de la Iglesia católica, se sustituyó por otras formas de colaboración en el campo de lo social, caritativo y asistencial.

5. Cuando las solemnidades de la sucesión de tres Papas en 1978 –la muerte de Pablo VI, la elección y muerte de Juan Pablo I y el nombramiento de Juan Pablo II– el CEI se hizo presente con sus respectivas representaciones. Lo mismo ocurrió cuando el atentado del Papa en 1981 y la conmemoración del Concilio de Constantinopla.

6. La aportación de la Santa Sede, a través del Secretariado para la Unión de los cristianos, a la VI Asamblea del CEI de 1983, en Vancouver, ha sido cualificada, tanto en su preparación como en su celebración. La precedieron numerosas reuniones de estudio y oración; y a sus sesiones fueron enviados veinte observadores católicos entre obispos, sacerdotes, religiosos y laicos.

El documento de Lima sobre «Bautismo, Eucaristía y Ministerio», propuesto por la asamblea para que sea estudiado y aceptado, la Iglesia católica lo ha enviado a las facultades teológicas de todo el mundo, para que hagan la correspondiente valoración del mismo, Después emitirá su juicio y lo remitirá a la comisión «Fe y Constitución». De esta conjunción de luces pueden salir sustanciosos avances ecuménicos.

7. El Papa Juan Pablo II está prestando todo su apoyo a toda esta tarea en favor de la unidad. Ha seguido con interés personal la Asamblea de Vancouver; y ha pedido las oraciones de todos los católicos por su éxito, recurriendo a la intercesión de la Santísima Virgen como «Madre de la unidad»³⁷.

En esta dirección hay que situar sobre todo la visita que hizo al CEI en Ginebra en 1984. Su discurso programático y la declaración conjunta firmada en esta ocasión, de una parte, consagran todos los esfuerzos realizados hasta el presente; y, de otra parte, relanzan con nueva decisión las iniciativas que deben llevarnos a «la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios»³⁸.

8. La Semana de Oración por la Unidad es otra de las grandes formas de colaboración intercristiana. Desde 1967, el tema, los textos y las intenciones, que la informan, se eligen y concretan conjuntamente por expertos de la comisión «Fe y Constitución» y del Secretariado del Vaticano. De este modo, todos los cristianos de todo el mundo, sean católicos, ortodoxos, anglicanos o protestantes, meditan lo mismo esos días y piden la unidad con las mismas

³⁷ Ángelus del domingo 8 de agosto de 1983.

³⁸ Ef 4, 13.

fórmulas. En 1972 el Secretariado realizó, junto con el Consejo Ecuménico, una encuesta sobre su práctica, constatando que «se difunde día a día»³⁹. De ella procede sin duda toda la vitalidad que observamos en el ecumenismo.

9. Colofón espléndido de todo este pulular de brotes ecuménicos ha sido el reciente Sínodo extraordinario de los obispos, convocado precisamente para conmemorar, revivir y relanzar el Concilio Vaticano II, a los 20 años de su clausura. Lo mismo que en el Concilio, también en el Sínodo ha habido, por decisión del Papa, observadores cristianos no-católicos, para testimoniar la prolongación del mismo espíritu ecuménico. Han sido diez, en representación de las Iglesias y organismos internacionales, que mantienen diálogo oficial con la Iglesia católica: la Iglesia ortodoxa, la Iglesia copta, la Comunión anglicana, la Federación Mundial Luterana, el Consejo Mundial Metodista, la Alianza Mundial Reformada, los Discípulos de Cristo, la Alianza Mundial Bautista, el Diálogo Pentecostal y el Consejo Ecuménico de las Iglesias.

En su declaración común, al final de los trabajos sinodales, estos hermanos cristianos expresan muy vivamente el cálido clima ecuménico, que reina por todas partes. «No nos habéis puesto –cantan agradecidos– al margen, ni nos habéis considerado como rivales. Tampoco nosotros nos hemos sentido así. Nos habéis recibido como hermanos en Cristo por la fe y el bautismo, aunque aún no en perfecta comunión. Vuestra invitación se ve como un signo de cercanía, que se ha desarrollado y sigue creciendo. Los observadores no son espectadores pasivos». «Mientras hemos revivido con vosotros la experiencia del Concilio Vaticano II, la esperanza que el Concilio despertó en sus observadores ha prendido nuevamente en nosotros». Por eso, concluyen confesando: «Con vosotros en el Sínodo hemos pedido, en la presencia de Dios, que se nos conceda caminar hacia la unidad y la comunión, que están fundamentadas en la verdad y en el amor; y que podamos participar juntos en el misterio de la salvación»⁴⁰.

En el mismo Sínodo hubo un día una oración especial por la unidad cristiana y ecuménica. En la homilía Juan Pablo II tuvo estas palabras, que me valen de síntesis final: «Las divisiones entre los cristianos son contrarias al plan de Dios». Por eso los que realizan la misión de Cristo, en quien «Dios quiere reconciliar todas las cosas consigo mismo», «tienen que reconciliarse, tienen que manifestar su amor unificador en la acción, tienen que vivir esa comunión que es en el Espíritu Santo por el Hijo hacia el Padre; y tienen que manifestar esto en una comunidad unida, que dé testimonio de la obra reconciliadora de Dios». Para conseguirlo «pidamos que la gracia renovadora de Dios, con motivo del Sínodo, toque a la Iglesia católica y que también renueve y anime, en la búsqueda de la unidad, a las Iglesias y a las comunidades cristianas mundiales aquí representadas por sus observadores y a todas las otras comunidades cristianas. Démosle gracias por lo que Él ha hecho por ellos, así como por la Iglesia católica a través del Concilio Vaticano II; y pidámosle juntos que, para todos nosotros, este Sínodo pueda ser punto de revitalización de la voluntad por la unidad, de profundización de nuestros propósitos de ir hacia adelante, de decisión de

³⁹ STEFANO SCHIDT, *o.c.*, 31.

⁴⁰ *Ecclesia*, nº 2.249, p. 23.

continuar en el diálogo teológico, con esfuerzos mayores de colaboración y testimonio común, en oración permanente»⁴¹.

CONCLUSIÓN

Por todo lo recogido en esta visión global del ecumenismo, está claro que la causa de la unidad espiritual y cristiana de Europa es una causa noble y necesaria. Las Iglesias, tanto la católica como las demás, le están dedicando mucho tiempo, mucho estudio, muchas oraciones y muchas actividades de todo tipo. ¿No estaría bien que todos nos responsabilizáramos un poco en esta empresa de reunificación ecuménica de Europa, tan superior a la política, económica y cultural, y por lo mismo tanto más urgente, yo como obispo y vosotros como distinguidos profesionales de las ciencias, las leyes y las artes?

Los políticos y gobernantes están empeñados en la ampliación y consolidación de la «Comunidad Económica Europea». España y Portugal acaban de ingresar en la dinámica del «Mercado común europeo». ¿No estaría bien que conjuntáramos todos estos esfuerzos, los de las Iglesias y los de los Estados, los de la vida humana y los de la fe cristiana, para entre todos, sostenidos unos por otros y aportando cada uno lo que le es propio, escalar la cima de la unidad de Europa, no sólo en lo económico, político y cultural, sino también en lo cristiano y eclesial? Sería la mejor respuesta al reto lanzado por Juan Pablo II en Compostela sobre la tumba del Apóstol Santiago: «Europa, vuelve a encontrarte. Sé tú misma»⁴².

⁴¹ *Ibíd.*, p. 24.

⁴² *Mensaje de Juan Pablo II a España*, BAC Popular, Madrid 1982, 259.

LA VIOLENCIA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Disertación leída en la Academia de Ciencias Morales y Políticas el 3 de marzo de 1987.

En la sociedad actual, especialmente sensibilizada contra la violencia, aparecen continuamente hechos violentos que se extienden por todo el mundo hasta convertirse en una sección obligada de los programas informativos y de la conversación ordinaria de los hombres. Hablar de paz induce forzosamente a hablar de guerras, armamento, terrorismo, cuyos preparativos y efectos nos son notorios. Hablar de seguridad ciudadana nos obliga a presentar la imagen de la versión negativa, acompañante fatídica de la vida social actual.

Sí. Por desgracia, este hecho de la violencia no es exclusivo de una época determinada, sino que acompaña siempre a la condición humana en su dimensión personal y social.

JUSTIFICACIÓN Y PLANTEAMIENTO DEL TEMA

Estamos, pues, ante un problema grave, de índole ética y práctica, y por ello nos encontramos también con él en la historia del pueblo elegido, recogido e interpretado en la Sagrada Escritura. Su estudio ofrece no pocas dificultades, ya que es poca la literatura exegética en torno al tema, a excepción de contados artículos y su obligada consideración en los tratados generales. «Surge –dice un estudioso del Antiguo Testamento– la sospecha de que también los eruditos bíblicos son víctimas de una tendencia a difuminar y eliminar todo lo que se relaciona con la violencia»¹. ¡Y, sin embargo, se mueve!, como diría Galileo. Ahí están los seiscientos casos, aproximadamente, en que se narra en la Biblia cómo un pueblo, un rey o una persona caen sobre hombres y los aniquilan. La conquista de Canaán, en la redacción del libro de Josué, aplicando la ley del anatema, significa la aniquilación total de los cananeos. En uno de los sumarios nos dice: «Batió, pues, Josué todo el país: la montaña, el Negueb, la Tierra Baja y las vertientes, con todos sus reyes, sin dejar ni un superviviente. Consagró a todos los seres vivientes al anatema, como Yahveh, el Dios de Israel, le había ordenado» (Ex 10, 40). El panorama que traslucen los profetas no es más halagüeño: «No hay fidelidad, ni amor, ni conocimiento de Dios en esta tierra; sino perjurio y mentira, asesinato y robo, adulterio y violencia, sangre y más sangre» (Os 4, 1ss). La historia de la monarquía vista por el deutero-redactor es un desfile de personajes con sus sienes laureadas de violencia; el mismo David, grande por su amor generoso a Yahveh, lo es también en sus crímenes; de Manasés, rey de Judá, por ejemplo, se nos da este epitafio: «Derramó sangre inocente en tan gran cantidad que llenó a Jerusalén de punta a cabo» (2R 21, 16).

¹ LOHFINK, N., *Antiguo Testamento. Desenmascaramiento de la violencia*. Selecciones de Teología 72 (1979), 286.

Este panorama, que es sólo un indicador, no nos sorprendería, si el Dios de este pueblo nos fuera presentado como juez, que denunciara y condenara cada acto violento, como regla suprema y razón última de toda moralidad.

Pero, ¿no es Él mismo un Dios violento? La simple lectura del texto bíblico puede hacernos dudar. Nos muestra un Dios que actúa movido por la ira; que utiliza y ordena la venganza, cuyos celos le llevan a castigar despiadadamente a propios y extraños; que aprueba matanzas y asesinatos. En fin, un Dios que ordena la *Herem* o anatema, y de manera sistemática, contra los cananeos, como dice expresamente Moisés en sus recomendaciones al pueblo antes de entrar en la tierra prometida en el país de Moab: «En cuanto a las ciudades de estos pueblos que Yahveh tu Dios te da en herencia, no dejarás nada con vida, sino que las consagrarás al anatema... como te ha mandado Yahveh tu Dios» (Dt 20, 16ss).

No es extraño que nos resulte sorprendente y hasta escandaloso este cuadro someramente diseñado. Hasta tal punto le pareció a Orígenes irreconciliable el Dios del Antiguo Testamento con el que nos reveló Jesús, que concluyó que se trataba de un Dios distinto. Estos datos y otras preocupaciones morales que suscitan otros pasajes bíblicos, desatan una catarata de interrogantes no sólo sobre su sentido entonces, sino también sobre su vigencia ahora.

Quizá hayamos tenido la experiencia de la dificultad que entrañan ciertas preguntas que se nos hacen desde un campo ajeno o por personas que no se mueven en nuestra área intelectual o pericia profesional, que, además, esperan una respuesta inmediata, como en recetas.

Una respuesta adecuada precisa una pregunta correcta. En este tema no se trata de impericia, sino de la dificultad que entraña la distancia cultural de las coordenadas presentes y las que taladran el Antiguo Testamento. Se nos impone un esfuerzo que consiste necesariamente en salvar estos extremos, teniendo presente que «el Antiguo Testamento no es una simple suma de verdades lógicas reveladas por Dios ni un simple código de normas morales. Ni siquiera es solamente un conjunto de libros inspirados. Es, ante todo, una economía de salvación instalada en la historia. Es el designio salvífico de Dios, que se revela y se realiza en la historia»².

Si acudimos a la Biblia, no es en busca de un documento más de la cultura semita, sino porque la consideramos un testimonio inspirado de la revelación positiva, de la cual esperamos una valoración o al menos una explicación de una problemática que nos acucia.

Intentemos sintonizar con el pueblo elegido, ya que sus libros no se preocuparon de exponer sistemáticamente su mentalidad religiosa. Su actividad en este campo consistió en elaborar, cambiar y dar una interpretación actualizada, en cada situación, de las tradiciones que poseía en documentos anteriores. No deja de ser una actividad racional, pero no usa la razón en la dirección griega, sino reflexionando sobre el significado de los acontecimientos históricos desde una perspectiva de fe. Ni siquiera predomina en este pueblo el recuerdo exacto de los hechos como un pasado concreto alejado del presente, sino que cada generación tiene como tarea comprenderse a sí misma como el Israel elegido,

² MUÑOZ IGLESIAS, S., *Valores de la antigua economía superados por la nueva*, Concilium 30 (1967), 633.

reconocerse como tal y poder presentarse como tal ante Yahveh. Para nosotros es también una tarea difícil descubrir el valor objetivo y las limitaciones de esta mentalidad, que percibió tan unilateralmente el mundo y la presencia de Dios en el mundo; pero tiene en sí misma su propia legitimación, su medida y su ley. No podemos catalogar, para comprenderlos, los testimonios de Israel a base de nuestras categorías, que no tienen nada que ver con el pensamiento de Israel. La forma más legítima de hablar sobre el Antiguo Testamento continúa siendo la repetición narrativa. Esta fue la primera consecuencia que Israel dedujo de su experiencia de la actividad histórica de Yahveh. No podemos limitarnos a exponer «su mundo conceptual» sin incluir «el mundo de la historia», sobre el que se centraba el trabajo teológico de Israel.

Esta premisa no constituye un reduccionismo pretendido, sino una necesidad que nos capacita para orientarnos en este país lejano. Estas ideas y expresiones sacadas sumariamente de la obra de Walther Eichrodt³ y que nos sirven de metodología, son ya conclusiones del estudio del Antiguo Testamento, de las que nosotros no podemos prescindir para no estar abocados a una continua «*petitio principii*».

Aun en las ciencias no todo lo que se aprende en los estudios básicos se justifica o demuestra.

REVELACIÓN E HISTORIA

Nos dice la Constitución del Concilio Vaticano II sobre la divina revelación: «Este plan de la revelación se realiza con palabras y gestos intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas» (DV 1,2).

Vamos, pues, a introducirnos en el oscuro túnel del tiempo y observar lo más cerca posible los hechos y las palabras por la única fuente que tenemos de información, la Biblia, sin olvidar que es una visión teológica de los mismos. No podemos ahora abarcar el largo proceso de al menos dieciocho siglos; no es necesario para el tema que nos ocupa. Nos fijaremos preponderantemente en la época pre-monárquica, es decir, desde la salida de Egipto hasta el establecimiento de la monarquía, época en la que todos esos elementos e imágenes predicadas de Yahveh aparecen de manera especial y que podemos considerar como prototipos literarios para épocas posteriores.

Hemos de tomar como punto de arranque el acontecimiento del Sinaí, la alianza, al que se orientan los hechos anteriores y del que toman sentido los siguientes, hasta penetrar, con el hilo conductor de la revelación, en los umbrales del Nuevo Testamento. Se trata de un acontecimiento fundante: un pacto que, sellado con sangre (signo de vida), crea una solidaridad para una misma vida y concierne a todas las esferas de la vida. El contenido preciso y constante es que Yahveh es para ellos Dios y ellos su pueblo entre los demás pueblos. Si tomamos en serio lo que comporta esta afirmación, podremos comprender cómo el pensamiento

³ VON RAD, G., *Teología del Antiguo Testamento*, Salamanca 1969, 147-175.

religioso de Israel no se ha de comparar a un círculo con un solo centro puesto en Dios, sino, más bien, en una elipse con dos focos –Dios y pueblo–. Unidad que no se puede romper so pena de caer en un horizontalismo o volar hacia una trascendencia lejana.

Fijémonos en este pueblo. Aunque en narraciones anteriores es presentado como tal, no deja de ser una retroyección. Eran unas gentes que habían vivido un largo período en un ambiente politeísta, aunque en el viejo zurrón semi nómada, heredado de sus antepasados, guardaban el recuerdo de una promesa y un pacto con el Dios familiar. Es a partir del Sinaí cuando surge el pueblo, que lo es, en cuanto es pueblo peculiar de Yahveh en virtud de la alianza.

No podremos conocer su peculiaridad, aun teológica, si no conocemos el ambiente religioso-cultural en medio del cual se abre paso. Detrás de las manifestaciones de este entorno se encierra una concepción mítica entonces fuertemente sacral, que incluye una concepción cíclica del tiempo y ritualista de la salvación. Para aquellos pueblos el hombre no se mueve libremente en la historia, sino que está atado a la rueda del tiempo, que, a semejanza de la sucesión invariable del día y la noche, verano e invierno (percepción inmediata), interpreta como alternativa fatídica los períodos de paz y guerra, prosperidad y escasez. Sus relaciones más profundas con los demás, con los fenómenos naturales y con el «*mysterium tremens*» no se explican sino en relación con las habidas en un período atemporal y prehistórico entre los dioses (tan numerosos como las profesiones, necesidades y experiencias humanas), cuyas relaciones recíprocas no son otras que una proyección de las que se dan entre los hombres. Sin embargo, aquéllas son la auténtica realidad, válidas y consistentes, de las que las humanas no son más que una sombra. ¿Cómo adquiere valor la vida del hombre? Por medio de los ritos que, escrupulosamente ejecutados, establecen el cordón umbilical por el que el hombre escapa de la fatal rueda del tiempo y de la historia. Así se siente salvado de la alternancia de los períodos que se le imponen y a los que está inexorablemente sometido. No hay, pues, salvación sin huida de la historia.

En medio de esta atmósfera, que dominaba a todos los pueblos y a todos los estratos de la cultura, tiene que abrirse paso este pequeño «grano de mostaza», que marcha a la tierra de la libertad sin más cultura e instituciones que la experiencia profunda de un acontecimiento enraizado en la historia, convicción irrenunciable por la que, a través de un hombre privilegiado, Moisés, un Dios, que se da el nombre de Yahveh, lo toma como peculio entre los grandes pueblos de la tierra. Ni más, ni tampoco menos.

Si a nosotros, políticos y juristas, moralistas y teólogos, se nos hubiera encomendado la configuración de este pueblo desde nuestra situación, habiéramos hecho gala de toda nuestra avanzada cultura y hasta habiéramos dado lecciones al mismo Dios. Les habiéramos dado unos cursillos intensivos en todas las áreas del saber y del ignorar humanos. A veces podemos olvidar la perspectiva histórica de nuestro substrato cultural.

Dejemos a ese pueblo tranquilo, que le queda una tarea ardua y gozosa hasta que descubra la misión que le ha sido confiada. Él irá descubriendo paulatinamente el dinamismo de los caminos de la revelación divina que se entrecruzan con los de la propia historia. Por lo que han visto y les ha dicho

Moisés, su destino queda vinculado a un Dios cuya exigencia no es otra que: «No habrá para ti otros dioses delante de mí» (Ex 20, 3); y esto porque: «Yo, Yahveh, soy tu Dios que te ha sacado de Egipto, de la casa de la servidumbre» (Ex 20, 2). A este pueblo le cabe una tarea en un plan que le sobrepasa y que no se le manifiesta en su totalidad, como nos dice la Constitución sobre la divina revelación: «Dios amantísimo, buscando y preparando solícitamente la salvación de todo el género humano, con singular favor, se eligió un pueblo a quien confió sus promesas» (DV IV, 14).

Que la revelación sea histórica no quiere decir que tenga implantación histórica, condición común a cualquier realización en la que se vea involucrado el hombre. Esta sería también la condición de una revelación fulminante y puramente espiritual. Más bien indica que Dios ha irrumpido en la historia y se ha implicado en la historia y, más en concreto, que Dios se ha revelado a su pueblo por medio de su actuación en unos hechos a través de Moisés. ¿No sería legítimo decir lo mismo invirtiendo el proceso? El pueblo descubre en unos hechos la actuación de Dios, desde la que paulatinamente va conociendo a Yahveh, por mediación de Moisés. No queremos ni podemos excluir ningún extremo de la proposición, pero esta última perspectiva nos parece más acorde con la de la sección de la Biblia en la que nos movemos en esta disertación.

En efecto, en la sección del maná, como en otras, Yahveh da este encargo a Moisés: «Diles: al atardecer comeréis carne y por la mañana os hartaréis de pan; y así sabréis que yo soy Yahveh, vuestro Dios» (Ex 16, 12). Es decir, tales hechos, como actuación de Dios, revelarán a Yahveh. Nos puede servir de paradigma el paso del mar Rojo. El pueblo protesta contra Moisés ante la persecución de los egipcios. Moisés contesta: «No temáis; estad firmes y veréis la salvación que Yahveh os otorgará en este día, pues los egipcios que ahora veis no los volveréis a ver nunca jamás. Yahveh peleará (!) por vosotros, que vosotros no tendréis que preocuparos» (Ex 14, 13ss). Lo que es lo mismo, tales hechos revelarán a Yahveh. La narración concluye así: «Aquel día salvó Yahveh a Israel del poder de los egipcios, e Israel vio a los egipcios muertos a orillas del mar. Y viendo Israel la mano fuerte que Yahveh había desplegado contra los egipcios, temió a Yahveh, y creyeron en Yahveh y en Moisés, su siervo» (Ex 14, 30ss). Sólo quisiera subrayar unos elementos que pueden ser esclarecedores: poder de los egipcios—mano fuerte de Yahveh; miedo a los egipcios—temor a Yahveh; vieron—creyeron. Sigue un cántico de alabanza y, entre otras aclamaciones, dice: «¡Un guerrero, Yahveh, Yahveh es su nombre!» (Ex 14, 3). Otros hechos «prodigiosos» tratan de ser una respuesta a una duda del pueblo: «¿Está Yahveh entre nosotros o no?» (Ex 17, 7). Saneadas las aguas amargas en Mará, entre otras, pone estas palabras en labios de Dios: «Porque yo soy Yahveh, el que sana» (Ex 15, 26).

Pensamos, como hipótesis, que Israel descubre la acción de Dios en los hechos; a partir de estas actuaciones descubre los atributos puestos de manifiesto en hechos determinados, y según el colorido de esos hechos se forma la imagen de Yahveh.

Descubrir o entender la actuación divina en unos hechos salvadores que no siguen el ritmo cíclico del tiempo, ni están sujetos a la magia de unos ritos y sin ninguna referencia a los mitos, es algo sorprendente. Esto, sin embargo, no supone una amnesia cultural. No parten de cero; están inmersos en una visión

sacral del mundo y de la sociedad, una imaginería de lo divino, unos ritos y unas costumbres, palabras y símbolos rígidamente significativos; todo un mundo, frente al cual no tomó una actitud de renuncia ni pudo. La síntesis de estos elementos supuso una «¡gran habilidad!» por parte de Moisés y sus gentes, que se mantuvieron en el filo de la navaja entre lo establecido y la novedad que importa la alianza. Y esto no de una forma analítica y consciente ante un objeto, sino por una necesidad, primero, de subsistencia, y, segundo, de subsistencia como pueblo de Dios. Esta es la habilidad que necesita en el uso del bistori exegético quien se acerca a analizar conscientemente ante un objeto cuanto sintetizó simbólicamente de su experiencia el pueblo de Israel.

ANTROPOMORFISMOS

Es obligado hacer referencia a los antropomorfismos tan abundantes y variados en el Antiguo Testamento. El hombre piensa de Dios y se imagina a Dios desde el hombre. «La idea de que el hombre se hace de Dios tiene matices antropomorfos, sociomorfos y cosmomorfos, que responden a los diversos estadios del desarrollo humano»⁴. No vamos a entrar en el problema de su valor, es decir, hasta qué punto estas imágenes responden a la autorrevelación de Dios, dejando por ahora la respuesta al P. Alonso Schökel: «El Antiguo Testamento desarrolla un riquísimo repertorio de representaciones literarias de Dios, todas más o menos a imagen del hombre; la justificación la da Gn 1, diciendo que el hombre es imagen y semejanza de Dios, dando la clave de lectura de todo el Antiguo Testamento»⁵.

A una mentalidad acostumbrada a la reflexión filosófica llama la atención la presencia de los antropomorfismos en el Antiguo Testamento por el peligro de antropomorfizar la divinidad olvidando el carácter espiritual, eje de este tipo de reflexión. Pero también ésta pierde la inmediatez de la relación religiosa y la auténtica comunión con Dios, resolviéndose o en un deísmo frío, o una filosofía moral racional, o en una mística sentimentalista.

Todo esto lo evita el antropomorfismo que apunta, en primer lugar, al carácter personal de Dios y a su plenitud de vida, aunque interpretados inconscientemente en sentido humano. Bien sabemos que en el cristianismo todos los inconvenientes se superan y se potencian todas las posibilidades en la persona de Jesús.

En esta actividad participa Israel de la cultura ambiente que personifica las fuerzas de la naturaleza. Sin embargo, no cae en esa nivelación de planos entre el hombre y las divinidades que se da en esas mitologías. Siempre testimonia el Antiguo Testamento la infinita superioridad de Yahveh sobre el hombre y su gran vitalidad, que no siente ninguna necesidad de que el hombre remedie sus carencias, pues no las tiene. Y así es presentado como fuente de toda vida, y en

⁴ FLOR, G., *El Dios del Antiguo Testamento, ¿un Dios violento?*, *Communio* (marzo-abril, 1980), 107.

⁵ SCHÖKEL, L. A., *Vocabulario del Antiguo Testamento*. Art. Dios, en *Nueva Biblia Española*. Madrid 1975, 1938.

su obrar poderoso se muestra la realidad vigorosa de su existencia frente a la nulidad de otros dioses.

El sentido que tiene el antropomorfismo en el Antiguo Testamento y el significado que ven en ellos los escritores bíblicos no ofrece ningún obstáculo a su idea de Dios, siendo tan sensibles como son a todo aquello que suponga una limitación o materialización de Yahveh, como ocurre en la prohibición de imágenes (Ex 20, 4) o la clara distinción entre el Dios que se reveló en el Sinaí y aquellos elementos naturales que la acompañaron y que jugaron un papel importante; todo lo cual tiende a salvaguardar lo inimaginable de Dios. La validez y la limitación de toda la imaginería antropomórfica que ronda a toda consideración del Antiguo Testamento, está en relación con la pureza de la idea de Dios, que se encarga de dejar bien claro, al distinguir el contenido del recurso literario cuando se trata del hombre o de Dios: «Dios no miente ni se arrepiente a lo humano» (Nm 23, 19; 1Sm 15, 29).

EL DIOS DE LA ALIANZA

A partir de los elementos que hemos considerado hasta aquí, nos sentiremos menos incapacitados para entender ciertas afirmaciones, apelativos, acciones y decisiones en que se ve envuelto el Dios revelado en la alianza. No es posible presentar una visión completa de las imágenes y lo que ellas comportan sobre el Dios de la Alianza. Nos limitaremos a aquellos atributos en relación a los cuales aparecen los elementos violentos, como son los celos, la ira y castigos, y en especial la guerra santa junto con el anatema. Contamos, pues, con esta limitación.

Dios personal y único: Yahveh, celoso

La manera de relacionarse el pueblo con su Dios, Yahveh, es la propia entre personas. El mismo símbolo de la alianza, con el que queda expresado el tipo de relación entre ambos, no está tomado del ámbito cúlrico, sino civil, con lo cual no lleva la impronta de lo divino difuso. El Dios contratante es perfectamente definido y personal. El hecho de darse un nombre «Yahveh» apunta a un Dios determinado, individual, que puede distinguirse de los demás. El uso que el mismo pueblo hace del nombre de su Dios, teniendo en cuenta la carga mágica que comportaba el «nombre» en el contexto cultural, jamás tuvo ese halo misterioso, sino que con él y por él establecía una relación tan abierta con quien le libró en la historia, como respetuosa; porque con tal nombre no pronunciaba una fórmula mágica, que puede degradarse, sino que era la misma persona de Yahveh.

Ya hemos visto antes cómo después de la presentación de Yahveh añade la exclusión de cualquier otro dios como el primer mandamiento del decálogo, formando tal unidad que nos obliga a pensar, como demuestra toda la historia posterior, que no se puede concebir un culto yahvista desprovisto del primer mandamiento. Esto es un caso único en la historia de las religiones. «La síntesis de todas las tradiciones quedan marcadas por el carácter exclusivista del

yahvismo: Yahveh no tolera otros dioses a su lado»⁶. Estamos tocando, pues, uno de los valores básicos de la fe yahvista, que pone uno de los fundamentos morales del pueblo elegido. El segundo mandamiento del decálogo es una especificación del primero, prohibiendo hacer imágenes: «No te postrarás ante ellas, porque yo, Yahveh, tu Dios, soy un Dios celoso...» (Ex 20, 5). Es en este contexto en que hemos de considerar cuanto se dice en la Biblia de los celos y todas sus manifestaciones e imágenes.

«En la mayor parte de las mitologías los dioses comparten los sentimientos de los hombres que los han concebido»⁷. En ellos se reflejan las mezquindades humanas, sin excluir la envidia por los hombres. Israel, pueblo que nace y crece en este ambiente, no pudo prescindir de estos mecanismos a la hora de expresar las nuevas relaciones entre su Dios y ellos. Sin embargo, su celo no tiene nada que ver con los de las divinidades, ni se nivela con las mezquindades de los hombres. La exclusividad que exige de Israel no se puede expresar con términos antropomórficos, sino es con el de «celos», pero no por los hombres, como las divinidades, sino para con «otros» dioses.

Los celos tienen una amplia gama de manifestaciones, todas ellas reflejo de la lucha titánica por consolidar no sólo la legitimidad de Yahveh entre las demás divinidades hasta su exclusividad universal. Parece legítimo sostener que hasta llegar al libro de Isaías con toda limpieza la idea de un Dios excluyente, hubo de recorrerse un largo camino, mediante un diálogo inconsciente, pero efectivo entre la presencia del único Dios y los elementos que ofrecía la cultura ambiental. Me atrevería a afirmar: los acontecimientos humanos que el hombre necesita valorar son interpretados en el mundo politeísta de modo que se disuelven en los múltiples fenómenos de la naturaleza, en los que atisba la divinidad.

De manera inexplicable, en cambio, Israel interpreta esos mismos acontecimientos de forma exclusiva hacia la unicidad de su Dios, centrándose en la configuración de la vida personal y social donde se enfrenta a una voluntad personal: «Una voluntad divina que de modo tan expreso tenga como meta una comunión humana, no puede entenderse como un oscuro poder impersonal ni como una fuerza inconsciente de vida; hay que concebirla en analogía con una voluntad humana, es decir, según el esquema de la personalidad humana, como ser que piensa de sí mismo, que quiere y actúa»⁸.

Aun los rasgos terribles de la imagen de Yahveh no los vive el pueblo elegido como un poder caótico, como un misterio inexplicable, sino como autoafirmación de una voluntad personal que en virtud de la alianza mantiene sus derechos señoriales sobre un pueblo, con el que se muestra fiel y solícito.

Dios de amor: Ira de Yahveh

Especialmente en la época profética la relación que establece la alianza entre Yahveh y su pueblo tiene caracteres esponsalicios. No sabemos hasta qué punto esto tenga que ver con su contacto con los cananeos. Pero en la Biblia estas relaciones están muy lejos de los amoríos cúltricos y del carácter instintivo y

⁶ VINK, J., *En sólo Yahveh está la salvación de Israel*, Concilium 30 (1967), 599.

⁷ LEON DUFOUR, X., *Vocabulario de Teología Bíblica*. Art. *Celo*, Barcelona, 1975, p. 157.

⁸ EICHRODT, W., *Teología del Antiguo Testamento I*, Madrid 1975, p. 192.

violento de las relaciones entre los dioses cananeos y sus fieles. Detrás de la relación matrimonial entre Yahveh e Israel hay un carácter fuertemente personal y voluntario, que apunta a un Dios que no es indiferente ante las actitudes del pueblo. Se muestra como un amor airado que ofrece la imagen de un Dios sufriendo y aun desconcertado por el amor a su pueblo, al que éste no corresponde. Sin embargo, la situación se resuelve en algo tan chocante a las normas humanas como es el perdón de la esposa infiel. Así lo expone el profeta Oseas en el capítulo II, en el que Yahveh termina razonando su actitud: «porque soy Dios y no hombre» (v. 9).

Hablar de ira en Dios, como en el hombre, hace referencia a cualquier tipo de enojo y a su manifestación, sin indagar en sus causas concretas. Es lo opuesto a complacencia. Así, cualquier desgracia se puede interpretar como signo de ira divina, como en la felicidad se manifiesta la complacencia de Dios. Esta interpretación, común en cualquier visión religiosa del mundo, en el Medio Oriente se la consideraba provocada por cualquier transgresión voluntaria o involuntaria realizada por el hombre. Según esto, las divinidades campean veleidosas ante la impotencia más indefensa del hombre, que pueden desencadenar su ira sin motivo y caprichosamente, ante lo cual nace un estado de miedo permanente que obliga a los hombres a aferrarse a un ritualismo escrupuloso.

No hay razón para excluir culturalmente a Israel de este contexto, el cual, enraizado en la experiencia del Dios de la Alianza, encuentra un sentido nuevo y distinto a aquellos mismos acontecimientos. En Israel la experiencia de la ira de Yahveh está unida a una transgresión del «status» de la alianza o a una ofensa a Yahveh: no es capricho, es castigo por los pecados. Así legitima esta reacción de Yahveh, que interviene ante el ultraje hecho a Él o a otros en virtud de ese «status» que nace de la Alianza.

Podemos decir que Israel resuelve los aspectos más contradictorios dentro de la exclusividad de la fe yahvista de un Dios personal con una voluntad moral. Resulta llamativo que no haya recurrido Israel a un poder satánico, ni al encantamiento de la magia para alejar los males. Ni siquiera en épocas tardías, ya desde una perspectiva individual, busca Job una explicación a su tragedia espiritual si no es desde ese mismo Dios, fuera del cual no se le ocurre plantear el problema. Todo aquello que ocurre en el pueblo elegido y que los pueblos circunvecinos fácilmente repartían entre las divinidades apropiadas, él lo concentra exclusivamente en Yahveh, sin escrúpulo, aunque a una visión analítica y crítica le resulte escandaloso. Todo cuanto le sucede tiene que ver con Yahveh; nada queda al margen. Dejar algo fuera de la competencia de su único Dios es dar lugar a otras divinidades, que en realidad no existen, y, en definitiva, dejarlo en manos de la fatalidad.

Concluamos este apartado constatando que, aunque sean frecuentes las alusiones a esta imagen, «nunca la ira se convierte en un predicado constante del Dios de Israel»⁹, como ocurre con otros, entre los que se encuentra la santidad.

⁹ EICHRODT, W., o.c., 239.

Dios santo: Yahveh guerrero

El predicado de santidad es el que más se aplica al Dios de Israel. También lo encontramos en las más diversas lenguas con el significado de algo separado del uso normal, referido a una esfera en la que domina un poder extraordinario impersonal ligado a objetos, ritos, etc., que va más allá de la vida común.

Israel no queda al margen del ambiente circundante y, sin duda, ha tomado muchos elementos de ese campo y los ha implantado en el propio. Sin embargo, la santidad aquí tiene un trasfondo propio. Mientras en los demás pueblos apenas se aplica a la divinidad, en Israel es a Yahveh a quien en primer lugar se le designa como «El Santo», con lo que la santidad adquiere un carácter marcadamente personal. Israel percibe la santidad donde experimenta la soberanía divina, de manera especial en aquellos acontecimientos que, por sus efectos devastadores, en los que descubre la actuación de Yahveh, ponen de manifiesto su inaccesibilidad. Con el atributo «Santo» se expresa lo propio, lo que constituye el ser de la divinidad. La reacción primera que produce su cercanía es el más profundo estremecimiento, que comporta temor y atracción. «Lo singular de las expresiones veterotestamentarias sobre la santidad no reside en sus elevadas cotas morales, sino en la índole personal del Dios al que se refiere»¹⁰.

Esta santidad, Yahveh la irradia en su entorno y se «muestra santo» ante los paganos, cuando realiza con su pueblo su designio soberano, por lo que le reconocerán irresistiblemente.

En este contexto hay que situar la guerra santa con la aplicación del anatema. El libro en que tiene más vigencia es el de Josué en relación con lo que se llama la conquista de la tierra prometida. No es una crónica de los hechos, sino que están repensados desde el espíritu de la reforma deuteronomista.

La catequesis que se quiere dar, gira en torno a esta enseñanza: sólo en la fidelidad a Yahveh seréis salvados. Reproduciendo la historia pasada desde el momento en que el pueblo está para entrar en la tierra prometida, trata de dar una explicación del desenlace del período monárquico, en el que vive el autor: la catástrofe del exilio de Babilonia. La culpa no es de Dios, sino del pueblo entero, en especial de los reyes, a causa de la idolatría que han tolerado y han practicado. Para invitar a la fidelidad y la confianza, presenta el autor a sus destinatarios, en género épico, la portentosa conquista de la tierra por Josué, en la que Yahveh mostró su poder venciendo como un guerrero a los dioses cananeos y todas sus pertenencias, entre ellas a sus adoradores.

El redactor sabe que, de hecho, no fue una epopeya la posesión de la tierra, que empezó siendo un asentamiento en los territorios de la meseta central, aunque en lo sucesivo surgieran los obligados encuentros bélicos con los habitantes cananeos de las ciudades-estado; tampoco ignoraba que a pesar de la aplicación del anatema total que él preconiza, siguió habiendo cananeos en la tierra de Israel. No sabemos, por tanto, en qué grado se aplicó esa destrucción total. Por supuesto, no en el grado de la redacción deuteronomista. La insistencia

¹⁰ EICHRODT, W., o.c., 252.

que pone el redactor puede que exprese un pesar de que no hubiera sido así. Se hubiera ahorrado Israel la amarga situación presente.

La práctica del anatema, aniquilación de toda vida de la ciudad vencida, no fue una práctica exclusiva de Israel. Aquí volvemos a repetir que es patrimonio del mundo que le rodea y que lo practicaron con él. El anatema es el colofón de la guerra santa, concepto común entre los pueblos antiguos, impregnados de un fuerte sentido sacral. Eran incapaces de comprender el mundo si no era con categorías sacrales, a partir de unas leyes e instituciones sagradas provenientes del culto, y se sostenían en vigor, en virtud de unos ritos. Para poder vivir había que someterse a esas normas y colaborar con ellas. No cabía otra oportunidad. Este contexto cultural, en que surgió el monoteísmo exclusivo de la fe yahvista, «era tal que concebía la guerra no sólo como justa y permitida en ocasiones, sino aun como santa. Un Dios que más que cualquier otro dios de otra nación había proclamado de sí mismo que estaba con su pueblo, que lo hacía su propio peculio, no podía ser concebido, en el contexto del siglo XIII a. de C., otro modo que como un Dios guerrero»¹¹.

La guerra santa no es una guerra de religión. Israel no lucha por motivos religiosos, sino por razones de supervivencia. Si esta esfera tan vital hubiera quedado fuera o al margen de Yahveh, sería un Dios muerto, antípoda de lo que era para Israel. Si era un Dios vivo debía ser actuante, comprometido e implicado. Difícilmente habría sido reconocido como Dios de su pueblo, si no lucha como él lucha. Así, la victoria no es un simple triunfo de Israel; es, sobre todo, supremacía de Yahveh sobre los demás dioses. Aunque las otras esferas de la vida, a las que hemos aludido en los apartados anteriores, hubieran estado dentro de la esfera de la soberanía de Yahveh, si ésta hubiera quedado al margen, la historia estaría dirigida por el destino y no por la voluntad personal del Dios único.

El significado fundamental del anatema es la consagración total y absoluta a la divinidad. Con él, podríamos decir, se cumple el ritual de la acción bélica, que adquiere su sentido de la ejecución del anatema. Con él se reconocen los derechos del dios vencedor sobre el vencido. Israel no pudo prescindir de esta institución tan importante que, por otro lado, le ofrece unos elementos extraordinarios para expresar la soberanía de Yahveh sobre las divinidades que, como él, están metidas en batalla. En tal lucha o se vence o se es vencido, no hay término medio. Dejar el elemento decisivo en todo el desarrollo bélico al margen, habría significado, además de negar un derecho a Yahveh, dejar un área muy importante a disposición de cualquier otra potencia divinizada, que en el fondo estaría negando la unicidad de Yahveh.

Llegados a este momento, volvemos la mirada hacia atrás. La problemática suscitada, la necesidad de adentrarnos en la perspectiva de la historia salvífica como método, nos ha obligado casi a asistir al nacimiento de ese fenómeno único en la historia de las religiones que es la fe yahvista, concretizada en el pueblo de Israel. En nuestra hipótesis hemos querido ser fieles a lo que nos parece una necesidad: seguir los pasos casi imperceptibles de ese pueblo, que no renuncia

¹¹ MONTAIGNE, G.T., *Teología bíblica de lo secular*, Santander 1969, 18.

a Yahveh, Único. Como tal, ningún frente de la vida humana le puede estar vetado. En todos ellos tiene que ser reconocido como el Único.

Creemos haber conseguido una luz ambiente que nos permite localizar los objetos a nuestro alcance y colocarlos en su sitio. A partir de aquí, nos parece, se pueden hacer preguntas correctas y posiblemente recibir respuestas adecuadas. Sin duda, nos hemos situado en el punto de partida adecuado. Sabemos que los elementos que hemos estudiado de forma reducida, circunscritos a un determinado momento de la historia, han ido recibiendo otras valoraciones más profundas. Los celos, la ira, la guerra de Yahveh, que en sus comienzos Israel comprendió en la única dirección del Dios único y de los que no pudo prescindir por razón de subsistencia, no serán más que recursos literarios para expresar la obra misma salvadora que llevará a su término.

Desde los comienzos han quedado puestas las bases insustituibles y seguras: un Dios único y personal con voluntad, que es el fundamento de la actitud moral del hombre. En el diálogo que Dios establece con el hombre para revelarse, la idea de Dios se irá purificando y, como fundamento de la moral humana, también se irá purificando la vida del hombre. Es el testimonio más claro que nos da el Antiguo Testamento: Israel se ha ido liberando progresivamente de las costumbres paganas. Nos dice la Constitución sobre la divina revelación del Concilio Vaticano II, refiriéndose al Antiguo Testamento: «Estos libros, aunque contienen elementos imperfectos y pasajeros, nos enseñan la pedagogía divina» (DV 15). Son los dos calificativos que podemos reconocer también en cuanto hemos dicho. Los elementos que hemos examinado participan en la limitación de ser imperfectos y provisionales, pero son testimonios, quizá muy recónditos, de la sabia pedagogía divina. También nuestras valoraciones, desde cualquier campo que las hagamos, están sometidas a esos condicionamientos.

Sólo dos consideraciones: no obstante estas imperfecciones del Antiguo Testamento, nadie duda de que no hubo moral más elevada en la Antigüedad que la del pueblo de Israel. Su carácter humanitario fue extraordinario. Que, aunque participa el pueblo elegido de los mecanismos de la violencia del ser humano, se va liberando de ellos en una doble dirección: por la experiencia del Dios auténtico y por la esperanza escatológica.

DESENMASCARAMIENTO DE LA RAÍZ DE LA VIOLENCIA

La rivalidad surgida entre los hombres por el afán de poseer lo que otros quieren engendra la violencia. Esta, en los sistemas arcaicos, se descarga sobre una víctima propiciatoria, alguien que desempeña causalmente este papel, aceptando la proyección que los demás hacen sobre él de sus culpas. Al eliminarle, surge de su cadáver la unanimidad entre los supervivientes, y de esta forma queda encubierta la realidad social de la violencia para no tomar conciencia de aquéllas.

En el Antiguo Testamento está presente este tema de la mimesis y de la rivalidad, revelándose como raíz de la violencia; cobrando forma narrativa en las relaciones de Saúl y David. Pero el Antiguo Testamento desenmascara este mecanismo de la violencia, porque el perseguido no acepta sin más que los demás le traten como culpable propiciatorio, porque no lo es, y se rebela ante su

suerte apelando a su Dios a quien en el trance descubre como al Dios verdadero. Esto lo vemos en los salmos de lamentación: Quien clama está rodeado de enemigos, acude a Yahveh en demanda de ayuda, y al final le bendice. Este hombre despreciado y salvado por Yahveh es la piedra angular desechada por los constructores (Sal 118, 22), que pone de relieve las mentiras de la sociedad violenta. También tenemos el caso típico de los profetas, que se presentan ante Israel siempre perseguidos, y acerca de los cuales se fue desarrollando una tradición que trataba de su suerte violenta.

Es ésta una experiencia única. Israel ha descubierto el mecanismo de la violencia, que no por ello ha dejado de existir. Pero ya las víctimas propiciatorias no son casuales, sino que son «personas que por su especial conocimiento del Dios verdadero y sus intenciones rectas y pacíficas concentran sobre sí la agresividad de los violentos. Así se denuncia la violencia en Israel»¹². Las víctimas son hombres justos que resultan molestos, porque viven la presencia de Yahveh. De esta forma, la violencia no queda ignorada o encubierta, y se toma conciencia de ella por el hecho de que la presencia de Yahveh en el hombre justo la denuncia como radicalmente mala. Se abren así las perspectivas de una sociedad nueva: el derecho, la justicia, la misericordia y el amor.

PROMESAS DE VENCER LA VIOLENCIA

Israel tiene presente y añora lo que posee por la revelación. La experiencia de la liberación de Egipto le revela que el perseguido injustamente es escuchado por Dios cuando recurre a Él, y le lleva a la tierra de promisión. Pero los caminos ensayados hasta ahora son provisionales. Se iba extendiendo la esperanza de la liberación definitiva de Israel, la esperanza del Reino de Dios, en el cual no será necesaria la violencia. Es la esperanza mesiánica: Yahveh reunirá a su pueblo y Jerusalén será el centro de un mundo pacífico. Este mundo de hermandad no se realizará desde las instituciones. Jeremías lo pone en la interiorización de la ley de Dios en el corazón del hombre (Jr 31, 33ss). Esta nueva vida surge, porque Dios renovará los corazones al final de los tiempos (Ez 36, 26ss). Las palabras proféticas sugieren un milagro, algo que sobrevendrá caído del cielo. Pero su significado no es éste, sino que se consideraba un suceso que sería real dentro de nuestro mundo, lo cual se aprecia en la forma en que se describe.

Las posturas del Antiguo Testamento acerca de esta cuestión son ambivalentes, aunque se espera que suceda dentro de la historia. Nos encontramos con la actitud primitiva del mundo violento; éste ve imprescindible un acto final violento para destruir la violencia, en el cual serían aniquilados los pueblos juntamente con el mal, prevaleciendo sólo los justos.

Junto a esta visión encontramos otra, que se ha desarrollado por la experiencia de los cantos de lamentación. En ella se llega al último grado de violencia, para que triunfe el mundo no violento; pero el cambio no sucede por la aniquilación de los demás, sino porque el marginado, la víctima expiatoria, reconoce al Dios verdadero y sabe que se puede vivir de otra manera. En cambio, sólo es

¹² LOHFINK, N., o.c., 291.

inteligible a partir del Dios personal que ha entrado en la historia y ha penetrado en el corazón del hombre.

Esta transformación nos la presenta el Deutero-Isaías vinculada a la figura del Siervo de Yahveh, contra quien se han levantado los pueblos, humillándole, escarneciéndole y, finalmente, matándole. Pero vive de su Dios, acepta la violencia y Dios le acepta a él.

La experiencia de los cantos de lamentación y el destino del siervo caído y humillado nos descubren cómo el mundo que obtiene la paz por medio de la violencia puede romperse, carente de valor y evidenciando su mentira. «Su centro era el destino de la víctima expiatoria rechazada. Todo el sistema puede ser transformado desde una víctima que no es tal, ya que lo sabe todo y lo soporta todo desde el Dios verdadero; en Él y en su destino puede verse que la paz puede proceder del corazón y que la violencia es estéril»¹³. La aceptación paciente del mal, asumido con consciencia, sufrido con y por la verdad de Dios, tiene la virtud de romper el odio que encalla al mundo y abrirle a la posibilidad de la paz y del amor, que brotan del corazón limpio y misericordioso.

Distante, que no distinta, la fe que nos vincula a aquel pueblo y al que camina bajo la luz. Donde ellos terminaron, nosotros comenzamos. Hay algo en este largo camino tan peculiar, tan extraño y maravilloso que no tiene otra palabra que: «revelación generosa de Dios».

En esta revelación, durante el Antiguo Testamento, Dios se adaptó a la humilde capacidad de sus hijos rebeldes y fue corrigiéndolos poco a poco, con arreglo a su pedagogía divina. Dios hizo evolucionar la conciencia moral de Israel hasta desterrar de su mente la idea de que Él pudiese amparar la violencia. Todo se entendería por completo con el nacimiento del Príncipe de la Paz y con la predicación del sermón de la montaña.

¹³ LOHFINK, N., o.c., 293ss.

LA ENCÍCLICA «CENTESIMUS ANNUS» Y LA 'INEFICACIA' DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

Disertación leída en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, el 11 de junio de 1991. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, 1991,393-404.

Me llama la atención, al reflexionar sobre la encíclica *Centesimus Annus*, la vigorosa afirmación que el Papa hace en la misma introducción, de que «millones y millones de hombres a impulsos del magisterio social (de la Iglesia) se han esforzado por inspirarse en él con miras al propio compromiso con el mundo. Actuando individualmente o bien coordinados en grupos, asociaciones, organizaciones, han constituido como un «gran movimiento para la defensa de la persona humana» y para la tutela de su dignidad, lo cual, en las alternantes vicisitudes de la historia, ha contribuido a construir una sociedad más justa o, al menos, a poner barreras y límites a la injusticia» (nº 3).

Voy a tratar de señalar los motivos de esta afirmación, sin ningún propósito apologético, porque no se trata de eso, sino únicamente con el deseo de mostrar el reconocimiento, que es de justicia, a los valores que tiene esa doctrina social.

1º. LA ENCÍCLICA

El Papa hace un análisis del contenido de la *Rerum Novarum*, y subraya que «lo que constituye la trama y, en cierto modo, la guía de la encíclica es 'la correcta concepción de la persona humana y de su valor único', porque el hombre en la tierra es la sola criatura que Dios ha querido por sí misma» (nº 11).

En coherencia con esta afirmación fundamental de León XIII, la *Centesimus Annus* es toda ella una proclamación de la dignidad humana. «Todas las líneas de la última encíclica de Juan Pablo II –ha escrito André Frossard– parten de un punto central: el ser humano, su dimensión personal y su destino».

Es muy importante tener esto en cuenta para juzgar atinadamente el pensamiento del Papa y para poder hablar sobre la eficacia o ineficacia de la doctrina social de la Iglesia, como veremos después.

«Todas las sociedades que se sitúan en otra perspectiva son condenables o ya están condenadas. El error inicial del marxismo fue el de despreciar a la persona, el de negar su alma y el de enterrar su libertad en los cimientos del sistema.»

«La persona se rebeló secretamente contra todo esto y acabó por provocar el hundimiento de los regímenes de la Europa Central. Ahora este mismo movimiento sacude profundamente las estructuras de la misma Unión Soviética, donde el comunismo, aunque tenga a mano todavía la fuerza coactiva de su policía y de su 'aparato', ha perdido toda justificación ideológica y no es nada más que una técnica de conservación del poder establecido.»

«Según Juan Pablo II, el error de las sociedades occidentales es ‘del mismo orden’, aunque éstas no hayan llevado nunca ese error hasta las consecuencias más insoportables y se dediquen de cuando en cuando a corregir ese mismo error. Las sociedades occidentales reconocen en principio los derechos de la persona, pero no conceden a su dignidad ‘la atención y el respeto que merece’.»

«En el materialismo marxista, el hombre, reducido al estado de función dialéctica, no tenía, no podía y no debía tener existencia propia. El materialismo práctico de las sociedades occidentales tiende a hacer del individuo, sometido también él a las leyes de la oferta y de la demanda, un simple consumidor de productos, ya que las distracciones culturales que se le quieren ofrecer, no tienen otro fin que el de engañar su hambre espiritual, la cual podría alejarle todavía más del mercado.»

«Entre estos dos errores, de una gravedad desigual, ya que uno es sistemático y otro corregible, la Iglesia no tiene una teoría económica que proponer. La Iglesia desea simplemente, como recuerda Juan Pablo II en todas sus intervenciones sobre la cuestión social, que las democracias, más aptas para las reformas que los regímenes totalitarios, busquen algo más activamente el bien común y no olviden que tienen todavía mucho camino que hacer para transformar sus sociedades anónimas en sociedades de personas.»

«Se puede observar que Juan Pablo II no quiere definir a las democracias occidentales con el término ‘capitalismo’ con el fin de no entrar en la lógica marxista, de la que nadie ha logrado jamás salir. Él prefiere hablar de ‘economía de empresa’ o también de ‘economía libre’; bajo ciertas condiciones, no rechaza la noción de ganancia y subraya los métodos del espíritu de iniciativa y de responsabilidad.»

«La acción del Papa ha sido, con la lenta e inexorable degradación del sistema comunista y la presencia de Gorbachov en el poder, una de las causas de la sorprendente evolución de los países del Este. En el Oeste la situación ‘estratégica’ no es evidentemente la misma y la encíclica no puede producir efectos más que a largo plazo.»

«Aunque también es verdad que con este Papa nunca se sabe lo que puede pasar; a veces tiene un extraño poder sobre los acontecimientos¹.»

La encíclica habla de la propiedad privada y el destino universal de los bienes con referencia al trabajo y la tierra como factores de riqueza, y señalando que hoy existe una forma de propiedad nueva: la propiedad del conocimiento, de la técnica y del saber. De lo que se sigue que el principal recurso del hombre para generar riqueza es el hombre mismo, cada hombre con los demás hombres trabajando para sí mismo y para los demás. El factor decisivo ya no es la tierra ni el capital (nº 32), sino el hombre mismo.

Pero hay muchos, muchísimos hombres, explotados o marginados, que no tienen medios que les permitan entrar en un sistema de empresa, donde el trabajo ocupe una posición central, ni tampoco conocimientos. Son los del tercer mundo que no pueden salir de un estado de humillante dependencia. El Papa

¹ ANDRÉ FROSSARD, artículo publicado en *Le Figaro*, de París, el 3 de mayo de 1991 y reproducido en *La Vanguardia* de Barcelona, el día 5 siguiente.

denuncia esta situación, al igual que la de los marginados del llamado cuarto mundo, como denunció León XIII la situación de los obreros en el siglo pasado.

Y habla, no de «lucha de clases», pero sí de un campo de acción y de lucha en nombre de la justicia, para los sindicatos y demás organizaciones de los trabajadores. No aboga por un mundo alternativo como es el sistema socialista, que «de hecho es un capitalismo de Estado» (nº 35), sino de una sociedad basada en el trabajo libre, en la empresa y en la participación.

Llama a las naciones más fuertes, para que sepan ofrecer a las más débiles oportunidades de inserción en la vida internacional y pide también a las más débiles sacrificio, disciplina, desarrollo de sus capacidades de formación.

Son muy notables las consideraciones que hace el Papa sobre los problemas específicos que surgen dentro de las economías más avanzadas, como son la demanda de calidad en los productos, el consumismo, la droga... Habla también de la «ecología», no sólo de la que se refiere a la naturaleza material, sino a la humana, en el sentido de que el hombre es «para sí mismo» un don de Dios y debe respetar la estructura natural y moral de la que ha sido dotado. Por lo que la familia ha de ser considerada como el santuario de la vida, como algo sagrado.

Interesantísimas son las nociones de alienación (nº 40-41) y los sentidos posibles de la palabra «capitalismo» (nº 42 y 43).

Igualmente, las precisiones que hace en el capítulo quinto sobre el Estado y la cultura condenando toda clase de totalitarismos, avisando sobre la posible degradación de los sistemas democráticos, aun afirmando que la Iglesia aprueba el sistema de la democracia. Rechaza por igual el «fanatismo o fundamentalismo» científico o religioso, porque la verdad cristiana no se impone (párrafo muy importante el del nº 46).

Enumera los derechos que deben salvarse en una verdadera democracia, incluso el de la «libertad religiosa», que es fuente y síntesis de todos los demás, el derecho a vivir en la verdad de la propia fe y en conformidad con la dignidad trascendente de la «propia persona». ¡Siempre la persona!

En relación con esto merece ser recordada la encíclica *Rerum Novarum* en su nº 126, respecto al fundamento del principio del derecho a la libertad religiosa (nº 9).

Párrafos muy graves aquellos en los que alude a lo que sucede en países democráticos. La Iglesia sólo puede hablar de la dignidad de la persona (nº 46 y 47).

Por último, tras de tratar sobre «el papel del Estado en el sector de la economía», de su función de suplencia en situaciones excepcionales; del «Estado de bienestar» y de «la evangelización» que ayuda a los pueblos en su camino hacia la verdad, y de la necesidad de poner a contribución todos los esfuerzos para «evitar las guerras» (nº 52), termina la encíclica hablando de que es «el hombre el camino de la Iglesia»; por eso, al insistir en lo que pide su dimensión social, lo único que hace es prestar atención y cumplir con su responsabilidad hacia el hombre, el hombre real, concreto e histórico; hacia cada hombre (nº 53-62).

2º. EFICACIA DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

Yo no sé si esto que apunta el Papa podrá convertirse en una realidad social de nuestro mundo, en todo o en parte. De lo que no tengo duda es de que más tarde o más pronto es eficaz como enseñanza y como aspiración.

Por supuesto, la doctrina social de la Iglesia, desde León XIII con la *Rerum Novarum* hasta aquí con la *Centesimus Annus*, no es una vía media entre capitalismo y socialismo, ni es una programación técnica y operativa que marque cauces concretos de índole económica, social o política, ni invade campos ajenos a los que son propios de la Iglesia. Más aún, creo que se debe aceptar lo que se nos echa en cara, a saber: que han sido las revoluciones, las luchas a veces encarnizadas de los hombres, las huelgas, las organizaciones sindicales, etc., lo que ha logrado la mayor parte de las transformaciones sociales del mundo contemporáneo. Como también habrá que admitir que hemos tardado mucho las personas e instituciones católicas en asumir el propósito serio de cumplir nuestras obligaciones sociales. Casi al mismo tiempo que Marx, el obispo alemán Mons. Ketteler, se esforzó por promover la enseñanza social de la Iglesia y movimientos obreros legítimos, y no se le hizo caso. Sobre León XIII llegaron a hacerse oraciones en algunos templos pidiendo su conversión. Pero en esta encíclica aparece un capítulo, el 3º, titulado sencillamente así: 1989; es decir, sobre lo ocurrido en 1989 en los países de Europa Central y Oriental. En él habla el Papa de la ayuda que de la Iglesia ha brotado en relación con los cambios producidos con su compromiso en favor de la defensa y promoción de los derechos del hombre. «En ambientes intensamente ideologizados, donde posturas partidistas ofuscaban la conciencia de la común dignidad humana, la Iglesia ha afirmado con sencillez y energía que todo hombre –sean cuales sean sus convicciones personales– lleva dentro la imagen de Dios y, por tanto, merece respeto».

¿Cómo ha influido y de qué manera ha sido eficaz la enseñanza social de la Iglesia para la transformación de la sociedad en esos sistemas a que nos referimos? Voy a resumir lo que dice el Papa en la encíclica sobre los factores de la caída de esos regímenes opresores:

1º. La violación de los derechos del trabajador que tiene conciencia de su dignidad, como lo han demostrado las muchedumbres de Polonia, la solidaridad que han encontrado y como descubierto de nuevo en expresiones y principios de la Doctrina Social de la Iglesia partiendo de la experiencia, vivida y difícil, del trabajo y de la opresión.

2º. «Se ha llegado a un derrumbamiento del sistema totalitario sin otras armas que la verdad y la justicia, sin violencia, mediante la negociación, el diálogo, el testimonio de la verdad, apelando a la conciencia del adversario y tratando de despertar en éste el sentido de la común dignidad humana». Todo lo cual es fruto de la enseñanza y de la formación cristianas. El marxismo, en cambio, sostiene que sólo llevando hasta el extremo las contradicciones sociales era posible encontrar la solución por medio de choque violento.

3º. Otro factor importante ha sido la ineficacia del sistema económico, es decir, la reducción del hombre a aspiraciones puramente económicas, con lo cual se

violan los derechos humanos a la iniciativa, a la propiedad, y a la libertad en el sector de la economía. O sea, otra vez la mutilación de la persona humana. «Al hombre se le comprende de manera más exhaustiva, si es visto en la esfera de la cultura a través de la lengua, la historia y las actitudes que asume ante los acontecimientos fundamentales de la existencia, como son nacer, amar, trabajar, morir» (nº 24).

4º. Ha influido notablemente en la nueva situación el vacío espiritual provocado por el ateísmo, vacío que no puede mantenerse mucho tiempo, ya que las generaciones jóvenes han buscado «las raíces religiosas de la cultura de sus naciones y la persona misma de Cristo» (nº 24).

5º. Estos hechos, las transformaciones sufridas han traído como consecuencia «en algunos países el encuentro entre la Iglesia y el movimiento obrero... En las crisis del marxismo brotan de nuevo las formas espontáneas de la conciencia obrera, que ponen de manifiesto una exigencia de justicia y de reconocimiento de la dignidad del trabajador, conforme a la Doctrina Social de la Iglesia» (nº 26).

«El movimiento obrero que desemboca en un movimiento más general de los trabajadores y de los hombres de buena voluntad orientado a la liberación de la persona humana y a la consideración de sus derechos, hoy día está presente en muchos países y, lejos de contraponerse a la Iglesia católica, la mira con interés».

Añade el Papa con gran finura espiritual una velada alusión a movimientos como «Cristianos por el socialismo» o la «teología de la liberación» en su postura más radical. Muchos creyentes –dice– en nuestro tiempo, buscaron «por diversos caminos un compromiso imposible entre marxismo y cristianismo».

3º. FRUTOS VISIBLES

Dije antes que no me proponía presentar una exposición apologética del valor de la Doctrina Social Católica, sino sencillamente una reflexión sobre si esa doctrina y enseñanza son capaces de producir frutos y, por consiguiente, de ser eficaces en cuanto a la transformación de la sociedad. He insistido después en que la centralidad de esa Doctrina Social católica no consiste, ni puede consistir en ofrecer un programa técnico, económico, político, laboral, sino en una visión del hombre, en un concepto de la persona humana y sus derechos, por lo cual esa enseñanza viene a formar parte de la teología moral. La encíclica *Centesimus Annus* es una demostración clara de lo que digo. La Iglesia no pondrá nunca su confianza en los recursos violentos, en las revoluciones sangrientas, en los sindicalismos, o en los capitalismo salvajes. Creo que el balance que puede presentar la Iglesia católica al final de este siglo que ha transcurrido desde la *Rerum Novarum*, dice mucho a favor de la Doctrina Social que profesa, aunque no tanto a favor de los católicos en sus comportamientos.

Para no exagerar ni en un sentido ni en otro, convendría recordar algunos hechos que están ahí como legado de la historia reciente.

1º. No han sido solamente los papas u obispos, o universidades católicas como la de Malinas, sino muchos hombres de empresa, muchos políticos que con

sentido cristiano, que no ocultaron, han intervenido en los parlamentos para promulgar leyes justas, o en organismos internacionales que han contribuido a encauzar con el mayor espíritu de colaboración las aspiraciones y exigencias del mundo de la economía y el trabajo. La misma Comunidad Económica Europea, aun siendo de índole política, tiene repercusiones sociales de primera magnitud, y está inspirada en sus orígenes por hombres que se declararon cristianos.

2º. La Doctrina Social Católica influyó en la formulación de la parte XIII (art. 27) del Tratado de Versalles, que dio origen a la O.I.T. y en la actuación posterior de la misma, como lo reconoció públicamente y en diversas ocasiones Albert Thomas, antiguo socialista francés.

3º. En casi toda Europa han existido y existen aún sindicatos cristianos que han luchado, sin odio de clases, por la redención de las clases trabajadoras.

4º. La primera ley sobre descanso dominical, aprobada por el parlamento francés, fue propuesta por diputados católicos.

El primer comité o consejo de empresa fue instituido en 1895, por el empresario católico León Harmel, en su fábrica del Val des Bois.

La primera Caja de Compensación de subsidios familiares fue establecida en 1900 por el empresario católico francés Romanet.

La implantación obligatoria del seguro de enfermedad fue propuesta en Francia en 1900, por el sacerdote Lemir².

En cuanto a España, las primeras leyes de índole social fueron promulgadas por hombres como Maura y Eduardo Dato; y en cuanto a los sindicatos, fue muy notable la labor desarrollada por hombres como el P. Vicens, en Levante, y el P. Nevaes, en Castilla. Los cuatro volúmenes que se han publicado ahora sobre este último ponen de manifiesto la admirable labor que realizó.

Y no sería justo silenciar las leyes de índole social tan avanzadas respecto a las anteriormente existentes, que se dictaron durante el régimen de Franco, inspiradas muchas de ellas en la Doctrina Social de la Iglesia, como correspondía a un Estado oficialmente católico.

Pero volvamos a la encíclica. En presencia de ustedes, expertos en ciencias económicas, sociales y políticas, yo no me atrevería a decir cuál es la consideración más importante y merecedora de atención de cuantas hace el Papa. Me limito a hablar en nombre de la teología moral o de la ciencia del hombre en cuanto se funda en la revelación y en el derecho natural, en el que creo. Resumo mi pensamiento en las siguientes proposiciones:

1º. No se puede decir que la Doctrina Social de la Iglesia haya sido ineficaz, puesto que ha contribuido muy notablemente a valorar mejor lo que en el orden social pide la dignidad del hombre.

2º. La encíclica *Centesimus Annus* apunta a determinados aspectos sociales de la vida de los hombres y los pueblos difícilmente rechazables. Hoy también los hombres anhelan cosas nuevas y soluciones nuevas a problemas nuevos. Ya no

² Cf. FERNANDO GUERRERO, *Proceso a la Doctrina Social de la Iglesia*, Ávila, 1986, 120ss.

es considerado el trabajo como una mercancía. Pero ¿qué pasa en el tercer mundo? Ya hay un orden internacional mejor; pero la relación entre los bloques ¿se inspira en actitudes de colaboración? ¿Debe seguir aumentando indefinidamente la deuda de los países pobres? ¿No se quebranta la dignidad humana con la legislación sobre el aborto que mata a seres inocentes? El derecho a conocer y a saber que tiene todo ser humano y todo pueblo, ¿es suficientemente atendido por cuantos tienen responsabilidad? Y así tantos otros interrogantes que podríamos hacer.

La encíclica habla de todo ello y da respuestas, no técnicas, sino de índole moral, basadas en el hecho de la dignidad humana. Esto tiene que influir y dar frutos necesariamente.

3º. Las enseñanzas del Papa en este orden de cosas tiene hoy una resonancia enorme. Hay indisciplina en la Iglesia, sí. Pero en estas materias la convergencia es cada vez mayor. Muchísimos obispos, sacerdotes, laicos, se harán eco de esta doctrina.

Cuando escribió León XIII, no había obispos nativos en el continente africano. Hoy son más de 300. Se comprende que el Papa, en otra encíclica reciente, la *Redemptoris Missio*, haya escrito: «en la proximidad del tercer milenio de la Redención, Dios está preparando una gran primavera cristiana de la que ya se vislumbra el comienzo» (nº 86).

En Bélgica existe un centro internacional sobre la marcha de la Iglesia titulado *Pro mundi vita*, que edita una revista bimestral con ese título. En mayo de 1988 dedicó un número al tema de la enseñanza social de la Iglesia y la práctica de los cristianos con datos positivos sobre cuestiones como «El compromiso de la Iglesia por el desarrollo en el Zaire»; «Los marginados en una Europa rica: Bélgica»; «La reforma de los derechos de los trabajadores en Corea»; «Las comunidades eclesiales de base en el Brasil y la lucha por la tierra»; «La acción por la paz: pax Christi en los Estados Unidos».

Hace simplemente cincuenta años era impensable que se pudieran escribir artículos como éstos.

4º. En las naciones desarrolladas de Europa, y en gran parte de América y Asia, no creo posible que vuelvan a imponerse totalitarismos de ninguna clase: la conciencia social los rechaza por completo.

En las zonas inmensas del subdesarrollo puede ocurrir cualquier cosa, pero tanto por influjo exterior como por exigencias internas (casos de Angola, Etiopía, Sudáfrica, Nicaragua, El Salvador, Corea, etc.) se propaga incesantemente la idea del hombre, de la dignidad humana, y vemos con frecuencia que del mismo seno de esas sociedades brota no ya el grito de los que piden socorro, sino la reclamación fuerte y serena de tantos y tantos que confían sencillamente en su condición de hombres y mujeres, más que en Breznev o Fidel Castro. Esto equivale a situarse en las cercanías de un sistema de vida social, por cuyos pasos entra ya algo del aire fresco de una doctrina que habla de la dignidad de la persona humana.

No se vislumbra una época propicia para los tiranos. La población del globo terrestre –que sobrepasa ya los cinco mil millones de habitantes– cada vez más

intercomunicada, más ilustrada, y más capaz de odiar o de amar según sean las condiciones de vida que se les impongan, no tolera ya, o dejará de tolerar cada vez más, explotaciones ajenas o despotismos propios.

Un miembro ilustre de esta Academia escribía no hace mucho tiempo en un periódico de ámbito nacional y afirmaba que tras el fracaso del colectivismo y de la dejación de toda acción pública, se ve la necesidad de una política social que procure el pleno empleo, condiciones justas de trabajo, pensiones dignas para la tercera edad, viviendas adecuadas, asistencia social, una renta mínima a los más desvalidos del llamado cuarto mundo, etc.

Hay que dar salida –añadía– a los temas de la formación profesional, de la familia, de la mujer, de la juventud, de la tercera edad, de los grupos de creación artística o cultural, etc.³.

Estoy totalmente de acuerdo con estas afirmaciones. Añadiré solamente una última reflexión. ¿Podrá lograrse esto sin un espíritu generoso de aportación y colaboración, sin violencia ni odios, a esa causa común? ¿Se podrá en lo sucesivo ser tan egoísta que se desee lograr todo eso para mí y no para los demás, para un grupo de naciones y no para las inmensas muchedumbres de que habla el Papa? Y, ¿van a tolerar esas masas, por tiempo indefinido, que unos crezcan tanto y otros tan poco?

Pero las revoluciones a lo Espartaco no tienen éxito, y hoy menos que nunca. Aunque triunfasen momentáneamente, si no se reconoce la libertad justa y la dignidad de los hombres, terminarían en nuevos «mil novecientos ochenta y nueve» que se repetirían sin cesar. La Doctrina Social de la Iglesia, en cambio, puede contribuir modestamente a que se logre un mayor bienestar por el camino del hombre y de su dignidad.

³ MANUEL FRAGA, artículo publicado en ABC, de Madrid, el 2 de abril de 1991.

EL TRIUNFO DEL HUMANISMO CRISTIANO EN EL MUNDO ACTUAL

Conferencia pronunciada en Toledo, en el acto inaugural de la XVII Semana de Teología Espiritual, el 1 de julio de 1991. Texto en *Concepto cristiano del hombre*, CETE, Toledo, 1992, 21-43.

Si al finalizar el Concilio, Pablo VI, casi con timidez en sus labios, cohonestaba su presencia y la de la Iglesia en el foro de la política universal, la O.N.U., «*como experto en humanidad*, aportando a aquella organización el legado de sus predecesores»¹, unos años después, el 3 de noviembre de 1982, aquí en España, ante la Universidad Complutense, la indomable entereza de Juan Pablo II se nos hacía presente a título de «portador de un nuevo humanismo, del que tanto necesita nuestro tiempo». Y respaldaba su presencia en la acuciante conciencia de la Iglesia, «que siente la responsabilidad de defender al hombre contra ideologías teóricas o prácticas que lo reducen a *objeto de producción o de consumo*; contra corrientes fatalistas, que paralizan los ánimos; contra el *permisivismo moral*, que abandona al hombre al vacío *del fatalismo*; contra las ideologías agnósticas, que tienden a *desalojar a Dios de la cultura*»².

A esta razón eclesial y magisterial apelábamos el año anterior, al inaugurar esta Semana de Teología Espiritual, reflexionando sobre *El hombre necesitado de perdón*; tema profundamente relacionado con la misión irrenunciable de la Iglesia ante el hombre, al mismo tiempo que subyacente en todo humanismo realista y legítimo.

Casi en continuidad temática y desde una visión más integral del humanismo cristiano, hemos de abordar la lección inaugural de esta XVI Semana de Teología Espiritual, justamente presentando su amplio programa de estudio, de reflexión y de oración bajo un título de ponencia que es, a un tiempo, un reto, una esperanza y un quehacer de enorme actualidad: *El humanismo cristiano en el mundo actual*.

1. LA PREOCUPACIÓN POR EL HOMBRE, RAÍZ DE TODOS LOS HUMANISMOS

¿Qué es el hombre? Es, y será siempre, una pregunta fundamental.

De los cuatro interrogantes en que el gran pensador Kant veía resolverse las cuestiones medulares; ¿qué podemos saber? (*Metafísica*); ¿qué debemos hacer? (*Moral*); ¿qué nos es dado esperar? (*Religión*); ¿qué es el hombre? (*Antropología*); esta última era a sus ojos la que ostentaba la primacía. Y,

¹ PABLO VI, discurso ante las Naciones Unidas, 4 octubre 1965: Conc. Vat. II, *Constitutiones, Decreta, Declarationes*, Typ. Polig. Vat. 1966, 1.018.

² JUAN PABLO II, alocución en la Universidad Complutense, Madrid. *L'Osservatore Romano* –edic. cast.–, dic. 1982, nn. 10-11, 54-55.

justamente, este objetivo, este interrogante sigue siendo el centro de todo planteamiento serio.

La preocupación por el hombre, por el sentido de su existencia, de su presente y de su futuro, por su identidad profunda y su dignidad de persona es, evidentemente, la raíz de todos los humanismos. Y lo ha sido, de una u otra manera, en todo el proceso de la historia humana. En cierto modo, Terencio, por labios de uno de sus personajes, ya planteaba esta raíz del humanismo en la misma conciencia personal del propio hombre: «Hombre soy y nada de lo humano me puede ser extraño». Y en todas las colectividades históricas, con sus proyectos, realizaciones o fracasos, subyace siempre la problemática histórica del humanismo o de los humanismos confrontados. Así. la propia historia universal se resuelve en «historia de los humanismos».

En la actualidad, también. Con imprecisión conceptual, pero con justeza testimonial, el Concilio Vaticano II nos dejó formulada esta advertencia: «Somos testigos de que está naciendo un nuevo humanismo». «Cada día es mayor el número de los hombres, de todo grupo o nación, que tienen conciencia de que son ellos los autores y promotores de la cultura de su comunidad. En todo el mundo crece más y más el sentido de la autonomía y, al mismo tiempo, de la responsabilidad; lo cual tiene enorme importancia para la madurez espiritual y moral del género humano. Esto se ve más claro si fijamos la mirada en la unificación del mundo y en la tarea que se nos impone de edificar un mundo mejor en la verdad y en la justicia. De esta manera somos testigos de que está naciendo un nuevo humanismo, en el que el hombre queda definido principalmente por la responsabilidad hacia sus hermanos y ante la historia»³.

En todo caso, es la preocupación por el hombre la raíz común de todos los humanismos. Cada uno de ellos cree poseer la «idea maestra» del hombre, de su condición y dignidad, de su identidad y sus destinos.

Políticos, sociólogos, biólogos, científicos, investigadores o filósofos de todas las ramas del saber abordan el problema desde su perspectiva particular. Pero ya Max Scheler advirtió del tremendo peligro que esto significa. Y lanza un grito de alarma: «La multitud siempre creciente de ciencias especiales que se ocupan del hombre, ocultan la esencia de éste mucho más de lo que la iluminan, por valiosas que sean»⁴.

Los psicólogos y antropólogos nos muestran que en el hombre hay mucho más de lo que pensamos. Precisamente los humanismos se alzan para encontrar un sentido a la existencia del hombre. Hay humanismos ateos, que niegan este sentido a la dignidad y libertad de la persona. Otros ven al hombre como «ser que se crea a sí mismo» por medio del trabajo; o como realidad autónoma, autosuficiente, independiente, cuyos únicos verdaderos valores son los vitales,

³ *Gaudium et spes*, 55. No deja de ser significativo el que el *Catecismo Católico para adultos*, La fe la Iglesia, de la Conferencia Episcopal Alemana (edic. cast. BAC, 1990) abra su exposición del Símbolo de la fe, partiendo metodológicamente de *El misterio del hombre* y de esta afirmación: «El hombre sigue siendo, en definitiva, una pregunta y un misterio profundo» (pp. 8-9). Evocando, a su vez, las «respuestas provisionales» de *la ciencia* (pp. 9-11), de *las ideologías* (pp. 11-14), de *las religiones* y de *la crítica de las religiones* (pp. 14-18). Más tarde, volverá sobre la «pregunta por el hombre» en la exposición de la creación (pp. 119ss.).

⁴ MAX SCHELER, *El puesto del hombre en el cosmos* (edic. Losada), 24.

que desaparecen con la muerte. Los estructuralistas se pliegan ante el juego de estructuras impersonales pensadas por el mismo hombre; sean del lenguaje, culturales, sociales, políticas o económicas. Los humanismos culturalistas o científicos pretenden la realización del hombre por sus propias creaciones⁵.

También hay humanismos de inspiración cristiana. Surgen aquí y allá, coincidiendo en la tarea y en el punto de partida de transformar el mundo desde la fe en Cristo y en el Evangelio. Y éstos son los que triunfan, a pesar de que las apariencias puedan contradecir esta afirmación.

Juan Pablo II no ha tenido reparo en afirmar que el cristianismo, Cristo y su Evangelio, es «también» un humanismo. «¡Qué valor –dice– debe tener el hombre a los ojos del Creador, si ha ‘merecido tener tan gran Redentor’, si Dios ha dado a su Hijo, a fin de que el hombre no muera, sino que tenga la vida eterna! (cf. Jn 3, 16). En realidad, ese profundo estupor respecto al valor del hombre se llama Evangelio, es decir, Buena Nueva. Se llama también cristianismo. Este estupor justifica la misión de la Iglesia en el mundo, e incluso, y quizá aún más, en el mundo contemporáneo. Este estupor, y al mismo tiempo persuasión y certeza de que en su raíz profunda es la certeza de la fe, pero que de modo escondido y misterioso vivifica todo aspecto del humanismo auténtico, está estrechamente vinculado con Cristo. Él determina también su puesto, su –por decirlo así– peculiar derecho de ciudadanía en la historia del hombre y de la humanidad»⁶.

Pablo VI sorprendió a la propia Iglesia y la defendió ante el mundo entero, al hacer del verdadero humanismo una línea maestra en el quehacer posconciliar y en la misma interpretación del Concilio. Decía así, en su discurso de clausura: «El humanismo laico y profano ha aparecido... en su terrible estatura, y en cierto sentido ha desafiado al Concilio. La religión del Dios que se ha hecho hombre se ha encontrado con la religión –porque tal es– del hombre que se hace Dios... El descubrimiento de las necesidades humanas... ha absorbido la atención de nuestro Sínodo. No como imperativo de un humanismo inmanentista o antropocéntrico, que habría desviado la mente de la Iglesia en Concilio hacia la dirección antropocéntrica de la cultura moderna, sino por imperativo irrenunciable del ser y actuar de la Iglesia»⁷.

2. UN HUMANISMO SIN DIOS, SIN DIOS QUE SE REVELA EN CRISTO, MUTILA AL HOMBRE

Hoy podemos estar ya de vuelta de vagos humanismos, de vagos altruismos, de vagos personalismos que nada nuevo pueden aportar. Y, desde luego, todo depende de la actitud que se adopta con respecto al problema de Dios en el origen, en la configuración y en la dinámica de cada humanismo. Porque, en

⁵ Resulta impresionante el realismo con que el Concilio Vaticano II aborda la polifacética denuncia del ateísmo en la actualidad como originado o sostenido por el «humanismo pluralista» de las ideologías o culturas que condicionan al propio hombre, a las comunidades o a las personas, en sus relaciones con Dios, con la trascendencia o, incluso, con la «pseudo trascendencia». Cf. *Gaudium et spes*, 19-20.

⁶ JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, 10.

⁷ PABLO VI, discurso de clausura del Concilio, 5 diciembre 1965, nn. 8, 14, 16.

última instancia, se enfrentan dos tendencias: la de quienes piensan que no es posible un auténtico humanismo sin el reconocimiento de Dios, que crea al hombre a su imagen y semejanza, le ama y le redime, con la cooperación libre del hombre; y la de los que creen que el humanismo exige la negación de Dios, para que el hombre asuma él solo su destino, en un tiempo más o menos prolongado de su existencia, y luego... ¡la nada!

El propio Concilio denunciaba, como un fenómeno «perturbador» y como «un cierto nuevo humanismo» característicos de nuestro tiempo, lo que parece reclamar el calificativo de «civilización del ateísmo inducido»: «La negación de Dios o de la religión no constituye, como en épocas pasadas, un hecho insólito o individual; hoy día, en efecto, se presenta no rara vez como exigencia del progreso científico y de un cierto humanismo nuevo. En muchas regiones esa negación se encuentra expresada no sólo en niveles filosóficos, sino que inspira ampliamente la literatura, el arte, la interpretación de las ciencias humanas y de la historia y la misma legislación civil. Es lo que explica la perturbación de muchos»⁸.

Pero un humanismo sin Dios, sin Dios que se revela en Cristo como la Verdad, la Vida, el Camino (cf. Jn 14, 6), como la Vid (Cristo) unida a sus sarmientos (los hombres) (cf. Jn 15, 1-7), con todas las consecuencias que ello conlleva, mutila al hombre y le arranca su realidad más profunda. «Sería la mayor mutilación privar al hombre de esta perspectiva, que lo eleva a la dimensión más alta que puede tener», afirmaba, con un fuerte énfasis en su voz⁹, el Papa Juan Pablo II en su viaje pastoral a España (1982). No sin añadir una precisa advertencia, tanto a los cristianos en general –allí en Barcelona– como al mundo universitario –en la Complutense–: «De aquí derivan todos los valores de la antropología cristiana»¹⁰; «la necesidad de una visión integral del hombre, el nuevo humanismo del que tanto necesita nuestro tiempo»¹¹.

Un humanismo sin Dios y sin su revelación humana en Cristo deja al hombre en el vacío de su propia existencia enigmática, privado de su realidad más profunda. Realidad que da sentido al «aquí» y «para qué» de su vocación humana y de sus esfuerzos y afanes, de su ser a imagen y semejanza de Dios, de la comprensión de dónde viene, de su misión, de su singular puesto en el mundo y de su condición de hijo y heredero, cuyo modelo primogénito es Cristo.

Sólo el humanismo cristiano hace de la civilización no un instrumento de poder al servicio de naciones poderosas, de potentes multinacionales, a la explotación para el placer egoísta de las grandes fortunas, sino «una gran civilización» al servicio del hombre. Cuanto más se desarrolla la inteligencia, cuanto más grandes sean sus obras, cuanto más se perfeccione su voluntad y más responsablemente asuma su libertad en la dinámica de la vida humana y de la dignidad de la persona, más se tiene que reconocer la grandeza del espíritu que las realiza y de su trascendencia.

⁸ *Gaudium et spes*, 7.

⁹ JUAN PABLO II, homilía 7 noviembre 1982, en el Nou Camp, 2: *Mensaje de Juan Pablo II a España*, BAC, Madrid 1982, 206.

¹⁰ *Ibíd.*, 3.

¹¹ Alocución en la Universidad Complutense (3 noviembre 1982), n. 3, 1. c., 54.

Y aquí está el problema: ¿A imagen y semejanza de qué o de quién se vive y construye?

Lo que caracteriza a la cultura contemporánea es la enorme importancia que en ella alcanzan la ciencia, la técnica y los saberes en sus distintos campos y diversidad de formas.

Pero «el hombre actual parece estar siempre amenazado por lo que produce, es decir, por el resultado del trabajo de sus manos y más aún por el trabajo de su entendimiento, de las tendencias de su voluntad. Los frutos de esta múltiple actividad del hombre se traducen muy pronto, y de manera a veces imprevisible, en objeto de ‘alienación’; es decir, son pura y simplemente arrebatados a quien los ha producido; pero, al menos parcialmente, en la línea indirecta de sus efectos, esos frutos se vuelven contra el mismo hombre; ellos están dirigidos o pueden ser dirigidos contra él. En esto parece consistir el capítulo principal del drama de la existencia humana contemporánea en su dimensión más amplia y universal. El hombre, por tanto, vive cada vez más en el miedo»¹².

Hay, pues, que fomentar y favorecer el desarrollo del pensamiento humano y científico y de los saberes axio-humanísticos en su doble aspecto: contemplativo, para no perder de vista el sentido de la vida humana; y en el práctico, para conseguir los mejores resultados que aligeren el esfuerzo y alivien el dolor de los hombres y a todos los seres humanos llegue el bienestar. Pero, «el progreso de la técnica y el desarrollo de la civilización de nuestro tiempo, que está marcado por el dominio de la técnica, exigen un desarrollo proporcional de la moral y de la ética... No podemos dejarnos llevar solamente por la euforia, ni por un entusiasmo unilateral por nuestras conquistas, sino que todos debemos plantearnos, con absoluta lealtad, objetividad y sentido de responsabilidad moral, los interrogantes esenciales que afectan a la situación del hombre hoy y en el mañana. Todas las conquistas hasta ahora logradas y las proyectadas por la técnica para el futuro, ¿van de acuerdo con el progreso moral y espiritual del hombre? En este contexto, el hombre, en cuanto hombre, ¿se desarrolla y progresa, o por el contrario, retrocede y se degrada en su humanidad? ¿Prevalece entre los hombres, ‘en el mundo del hombre’, que es en sí mismo un mundo de bien y de mal moral, el bien sobre el mal?... El tema del desarrollo y del progreso está en la boca de todos y aparece en las columnas de periódicos y publicaciones en casi todas las lenguas del mundo contemporáneo. No olvidemos, sin embargo, que este tema no contiene solamente afirmaciones o certezas, sino también preguntas e inquietudes angustiosas»¹³.

Frente a las ambivalencias de las euforias científicas o frente a las utopías de liberación del hombre por su absoluta autonomía frente a Dios, sólo un profundo sentido cristiano de la vida y una visión integral del hombre a la luz del misterio de Cristo podrán impedir las construcciones arbitrarias, que se pretende elaborar a partir de la misma ciencia. Porque entonces, en este científicismo arbitrario o absolutizado, ya no se trata de ciencia como saber del hombre y al servicio del hombre. Baste recordar la utilización de la energía para fabricar instrumentos de destrucción; el mal uso de los medios de comunicación; la violación «técnica» de la intimidad y de la vida privada. Todo se compra y todo se vende. Todo se

¹² JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, 15.

¹³ *Ibíd.*

fotografía y se «desvela». Al placer somático o físico se subordina todo. El consumismo devora. Una civilización sin alma, sin interioridad, aliena profundamente al hombre. No hace pie en el mismo, en lo que es su propio ser, su propia vocación, en lo que verdaderamente puede dar felicidad y sentido a su quehacer diario, a su descanso, a sus alegrías y esfuerzos.

3. TODA LA GRANDEZA DEL HOMBRE VIENE DE SU CAPACIDAD DE VERDAD Y LIBERTAD

Verdad y libertad: el hombre a imagen del Creador

Hay una verdad y una realidad, en que descansa todo el orden de la existencia. Dios es realmente Dios: Señor, Creador, Amor, Vida, Luz, Sabiduría. Crea al hombre y le habla por medio de Cristo, Palabra del Padre, Alfa y Omega de la creación (cf. Jn 1, 1-14; Hb 1, 12; Ap 1, 8.17; 22, 13). Orden básico de toda relación terrenal y de toda acción temporal (cf. Ef 1, 10; Col 1, 16). El hombre es el ser capaz de hacer ciencia, técnica, arte, proyectar la historia, crear instituciones, siendo responsable de ello. Dios ha dado al hombre el mundo como tarea.

Ciencia y técnica no pueden resolver los problemas del hombre. Es él quien ha de resolverlos, y quien los resuelve de hecho. Ciencia y técnica son ambiguas y pueden servir para lo mejor y para lo peor. Depende del hombre toda su orientación y sólo a la luz de lo que realmente es el sentido de su vida, las decisiones pueden ser fructuosas.

Dios nos ha dado un mundo que hacer. Nuestro espíritu creador, nuestra iniciativa y, por tanto, también nuestra responsabilidad, son inmensas. La obra a que está llamado es la de perfeccionar y embellecerlo todo, desarrollando en sí mismo y entre los que vive esta capacidad. Sólo el ser humano, entre los seres que conocemos, está llamado a añadir al orden de la existencia algo que viene auténticamente de él. Esto es, el bien y el mal que puede hacer. La misión del hombre, según la concepción cristiana, es la más alta que puede darse.

Pero no existe peor amenaza para la libertad, para el espíritu creador, que un mundo en el que el Estado, la sociedad, los grupos de presión –del orden que sean– deciden sobre el bien y el mal. La única garantía de nuestra libertad es de orden divino: Cristo. Por Él todos los «poderes» son juzgados en última instancia.

El sentido cristiano de la vida pone la libertad no en el hecho de dar cuenta a la máxima autoridad o al máximo poder político, económico, cultural, social, institucional, que puede ser manipulado, comprado, ignorado o estar al servicio de intereses bastardos, sino en el hecho de que en último término habrá de rendir cuentas a Cristo. Todos los amos de todos los poderes son criaturas que serán juzgadas por sus obras. No hay mundo más inquietante, inquisitivo, angustioso, que aquél en que el hombre está a merced de las sociedades e instituciones, y en el que ellas tienen la última palabra.

Sin Dios, sin Cristo-hombre, libertad y verdad se prostituyen; no tienen sentido.

Este «ser verdad y libertad» sólo es posible en y desde un Dios personal

El universo es creación y por eso es naturaleza. Es creación en el puro sentido de la obra producida por una acción libre, el amor de un Dios personal. Y con respecto al hombre, su esencia se encuentra, en último término, en su relación con Dios.

El valor de la persona deriva del hecho de que Dios le ha conferido la condición de «persona». Es distinto decir que Dios ha creado la persona que decir ha creado seres impersonales. Dios, que ha creado el universo, también ha creado la persona. «Dios crea a la persona» es expresar: Dios llama al hombre a ser «yo», y Dios es el «Tú» del hombre. Y desde la relación Yo-Tú está el «nosotros». Por algo tan radical están en el lenguaje los pronombres; tema, por otra parte, de tan honda poesía.

Cuando los pensadores, los investigadores han explicado «todo» y han pretendido encontrar la idea, la materia, la naturaleza, el Big Bang del universo, la realidad radical, la subjetividad del hombre, las fuerzas productivas, la intencionalidad de la conciencia, la misma existencialidad del ser humano... les queda ese «no se qué», ese punto de arranque (que desde luego no es el punto «cero»), y ese término de llegada que es el «todo» y que cualquiera se plantea en sus reflexiones.

En realidad, ¿qué otra cosa es ese sucederse de sistemas filosóficos, que se refutan y a la vez se complementan unos a otros, que la imposibilidad de explicarlo sin la referencia al misterio de Dios?

¡Qué chorro de luz es la revelación de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo! El error es olvidarlo.

Un universo racionalista se encierra en lo que Pascal llamaba «el espíritu y el mundo de la geometría». Un universo materialista es un universo de aburrimiento y repetición, de cautividad y ahogo. También los idealismos y personalismos son prisiones. El espíritu del hombre no puede convertirse en la medida del ser. Le falta, en realidad, lo mismo que a todo: «la última instancia», «el sentido de...», «la auténtica interioridad y apertura». Y por eso todos se convierten en prisiones, en jaulas; sean los barrotes de hierro o de oro.

El peligro está en la reducción, que es empobrecimiento. La maduración de la materia no puede desembocar en la eclosión del espíritu. Ni el progreso técnico en modificar moralmente al hombre. El movimiento del tiempo no nos acerca a la eternidad. La eternidad es otro plano.

Y, por otra parte, el espíritu tiene que aludir al poder divino, a la personalidad divina, que lo eleva por encima de sí mismo. El «espíritu», sin un Dios personal, es una palabra llena de equívocos. Tratarán de libertad, de pensamiento, de espíritu; pero quedan igualmente encerrados. Dios es el Tú del hombre. Y el hombre cesaría de ser persona, si no está en esta relación de Tú con Dios.

Y ahí está —claro— la gran relación de fraternidad con los hombres; la gran relación al grandioso «nosotros», que tiene una dimensión sin igual en la profunda realidad cristiana de la comunión de los santos, del Cuerpo Místico de Cristo (cf. 1Cor 12, 12-27).

4. EL CRISTIANISMO ES LA RELIGIÓN DEL HOMBRE, ES LA RELIGIÓN DEL AMOR

Sólo en el cristianismo encuentran sentido y explicación, incluso respuesta adecuada, los grandes interrogantes que, sobre el hombre, han sido planteados a lo largo de la historia.

El «acontecimiento trascendente» en la historia humana y el hecho que hace de ella Historia de Salvación es Cristo, el Hombre-Dios: «centro del cosmos y de la historia», «Redentor del hombre»¹⁴.

Todo depende de que se acepte en toda su fuerza esta realidad esencial y determinante del cristianismo: Dios «se ha hecho» Hombre (cf. Jn 1, 14). Se nos ha hecho «verdaderamente Emmanuel» –Dios-con-nosotros– (Is 7, 14; Mt 1, 23); ha formado con el hombre una unidad existencial como Redentor (cf. Heb 1, 5-55; 5, 1ss.). «El que es Imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación... por el que fueron creadas todas las criaturas y en el que tienen todas su consistencia... en Quien habita toda la plenitud... el reconciliador y centro de todas las cosas... tanto de las realidades terrenas como las celestiales» (Col 1, 15-20).

No tendríamos los cristianos necesidad de otros datos y constataciones ideológicas o históricas para saber que el humanismo cristiano es trascendente. El único, entre todos los posibles humanismos fragmentarios o utópicos, idealistas o verificables, pasados, presentes o futuros, que tiene garantizado en sí mismo el triunfo, por cuanto es el único que entraña y se asienta sobre la integridad realista de una doble verdad: la verdad sobre el hombre y la verdad sobre Dios. Más aún, la misma verdad sobre Cristo es en sí la definitiva verdad sobre el hombre.

A pocos meses de su elección pontificia y antes de la publicación de su luminosa encíclica *Redemptor hominis* (4 marzo 1979), resultó sorprendente la intrepidez magisterial con que Juan Pablo II, en su encuentro pastoral con el episcopado latinoamericano en Puebla de los Ángeles (México, 28 enero 1979), incluía, entre las prioridades fundamentales de la proclamación de la fe y la acción pastoral, la verdad sobre el hombre. Plenamente integrada en la trilogía determinante de su magisterio y de su ministerio: La verdad sobre Cristo, la verdad sobre la Iglesia, la verdad sobre el hombre. Y, justamente, fue en este último quehacer pastoral donde mayor energía exegética ponía en sus palabras: «La verdad que debemos al hombre es, ante todo, una verdad sobre él mismo. Como testigos de Jesucristo, como herederos, portavoces, siervos de esta verdad, que no podemos reducir a los principios de un sistema filosófico o a pura actividad política; que no podemos olvidar ni traicionar... Quizá una de las más notorias debilidades de la civilización actual está en una inadecuada visión del hombre. La nuestra es, sin duda, la época en que más se ha escrito y hablado sobre el hombre, la época de los humanismos y de los antropocentrismos. Sin embargo, paradójicamente, es también la época de las más hondas angustias del hombre respecto de su identidad y destino, del rebajamiento del hombre a niveles antes insospechados... es la paradoja inexorable del humanismo ateo... La

¹⁴ *Redemptor hominis*, 1.

Constitución pastoral *Gaudium et spes* toca el fondo del problema cuando dice: 'el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado' (n. 22). La Iglesia, gracias al Evangelio, posee la verdad sobre el hombre. Esta se encuentra en una antropología que la Iglesia no cesa de profundizar y comunicar»¹⁵.

Apenas un mes después, de retorno a Roma, publicaba su primera encíclica: la más teológica que se ha podido escribir sobre el humanismo cristiano; al mismo tiempo, la más humanista de las Cristologías posibles, la encíclica *Redemptor hominis*. Completaba así su pensamiento de Puebla: «El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por eso, precisamente, Cristo Redentor revela plenamente el hombre al mismo hombre. Tal es –si se puede expresar así– la dimensión humana del misterio de la Redención. En esta dimensión el hombre vuelve a encontrar la grandeza, la dignidad y el valor propios de su humanidad. En el misterio de la Redención el hombre es 'confirmado' y, en cierto modo, es nuevamente creado. ¡Es creado de nuevo! 'Ya no hay judío ni griego; ya no hay esclavo ni libre; ya no hay hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo' (Gal 3, 28). El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo... debe, con su inquietud, incertidumbre e incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo. Debe, por decirlo así, entrar en Él con todo su ser, debe 'apropiarse' y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo»¹⁶.

Redención no significa que el mal sea eliminado automáticamente y de raíz. La Redención no es magia. Es una Creación redimida y revalorizada, en la que al hombre se le sitúa en el «nuevo comienzo» y se le da la posibilidad y la fuerza para lo nuevo. Pero Dios no redime, ni renueva, ni salva al hombre sin el hombre. También en el hombre redimido está la posibilidad del mal. Pero en nuestra vida no hay dos polos opuestos, uno humano y otro divino. No estamos divididos entre lo humano y Dios, sino entre la glorificación y la idolatría que nos destruye; entre la trascendencia humana y divina de la gracia de Cristo y la degradante influencia del pecado o del rechazo de Cristo. Lo que hace daño al hombre es la falta de referencia a una concepción integral del hombre, como es la cristiana.

En Cristo el hombre está ordenado al amor, a la libertad, a la verdad. «Como el Padre me amó, yo también os he amado; permaneced en mi amor. Si guardáis mis preceptos, permaneceréis en mi amor, como yo guardo los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor» (Jn 15, 9-10).

Cristianos son el orden y la actitud que sitúan todas las categorías bajo la cualidad de persona que está en relación de Tú con el Dios revelado en Cristo (cf. Jn 3, 16; 1Jn 4, 8-12). La persona es lo decisivo; y, por tanto, los valores del amor adquieren primacía.

¹⁵ JUAN PABLO II, alocución al CELAM, en *Enseñanzas al Pueblo de Dios 1979*, enero-abril (BAC, 1980), 457-458.

¹⁶ *Redemptor hominis*, 10.

Creer no es creer que hay un Dios, sino creer que Dios interviene en la existencia humana. La esencia de la persona, en el cristianismo, consiste en ser amada por Dios en Cristo. Amor cristiano es la manera como Cristo se comporta.

Ningún progreso científico, ninguna revolución, ningún redencionismo humanista nos traerá nada tan importante como la Encarnación, Muerte y Resurrección de Cristo. Podremos librarnos de ciertas servidumbres mediante nuestros inventos y legislaciones, pero sólo Cristo ilumina la totalidad de nuestra existencia y nos salva (cf. Hch 4, 12).

Y en la misma proporción en que la vida humana está iluminada por el humanismo cristiano, será más humana y más una civilización que responda a la realidad y exigencia del ser humano. El humanismo cristiano no es un humanismo entre humanismos. Es el único construido sobre los derechos y deberes de la persona humana, que derivan de la fe en el destino y misión del hombre a la luz de Cristo, de su llamada y amor al hombre. El amor fiel a Dios hace algo inmenso: toma nuestro propio destino para mostrarnos con su propia vida cuál es la nuestra.

El cristianismo es la religión del amor y del hombre, porque el amor a Dios y el amor al hombre forman una unidad vital. Ese es el juicio: «Lo que hicisteis con el más pequeño de mis hermanos, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 40). Poco se dice de Dios cuando se dice que es el Dios de Universo, el Señor de la Historia, el forjador de seres inteligentes, creativos; el Absoluto, Eterno, Necesario. ¡Es el Dios Vivo, próximo, que ama y obra por amor! La revelación cristiana es, por esencia, la manifestación de parte de Dios del significado de nuestra existencia, del sentido último de nuestro destino: hijos y herederos de su gloria (cf. Rm 8, 29-30; Ef 1, 11; Rm 8, 17).

Desde esta transcendencia de persona y de vocación, como prioridades determinantes de la dignidad del hombre, el cristianismo exige y garantiza los verdaderos criterios humanistas de valoración prioritaria en la vida humana. Prioridad de la persona sobre las estructuras; de la interioridad sobre la fenomenología socio-comunitaria; de la ética sobre la técnica; del «ser» sobre el «hacer» o «tener»; de la voluntad sobre los instintos somáticos-hedonistas; de la libertad sobre el «robotismo» alienante o masificador; de la santidad, por la caridad que perfecciona integralmente al hombre, sobre cualquier otra «valoración reductora» de capacidades y responsabilidades humanas¹⁷.

Un hombre es verdaderamente hombre si se realiza a nivel de dominio sobre el universo: trabajo, conocimiento, arte, ciencia. En segundo lugar, si se realiza en comunión responsable con los otros, con las fuerzas del amor y de la amistad, con todo lo que respecta a nuestras relaciones humanas: deberes sociales, deberes nacionales, deberes de trabajar por la paz, la solidaridad, el progreso de los pueblos. Y, en tercer lugar, si se realiza consciente de su dimensión religiosa, su relación con Cristo, que da sentido a su vida y a los niveles anteriores de su conducta. El cristianismo permite a las personas humanas desarrollarse en la totalidad de sus dimensiones y exige de ellas que este desarrollo llegue a todos los hombres.

¹⁷ Ibíd. 16.

El propio Concilio, con una afirmación-eco de la historia, ha podido afirmar: «Todos los fieles, de cualquier estado y condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad; y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena. En el logro de esta perfección empeñen los fieles las fuerzas recibidas según la medida de la donación de Cristo, a fin de que, siguiendo sus huellas y hechos conformes a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, se entreguen con toda su alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Así, la santidad del Pueblo de Dios producirá abundantes frutos, como brillantemente lo demuestra la historia de la Iglesia con la vida de tantos santos»¹⁸.

5. EL TRIUNFO DEL HUMANISMO CRISTIANO EN EL MUNDO ACTUAL

Es impresionante el «realista optimismo cristiano», juntamente con el «humanismo visceral cristocéntrico», con que S.S. Juan Pablo II está re-evangelizando el mundo entero. Ese mundo, que hasta parece quedársele pequeño para sus viajes apostólicos.

Desde su primera encíclica –*Redemptor hominis*– hasta la última, *Centessimus annus*, el Papa nos pone de manifiesto su preocupación por el hombre. Y va por todas las naciones mostrando en cada una lo que es verdaderamente esencial para la existencia humana y para la dignidad del hombre.

Y, ¿qué otra cosa puede ser la misión del sucesor de Cristo? «Todos los caminos de la Iglesia conducen al hombre», nos decía en su primera encíclica¹⁹. Y, ciertamente, todos sus afanes, acción pastoral, viajes, escritos, catequesis, intervenciones, nos lo han puesto y nos lo están poniendo de manifiesto. Sus mensajes no son una propaganda. Ni una intromisión en la vida de las personas y de las naciones. Sino su urgencia de comunicar a los hombres la Buena Nueva.

Pasó Feuerbach y su deficiente y pobre interpretación de la esencia del cristianismo. Ha pasado Marx y su reducción total de las realidades humanas a las fuerzas productivas y a los medios de producción, prescindiendo de aspectos y valores tan esenciales al hombre como la dimensión moral y espiritual. La voluntad popular, tantas veces manipulada por semejantes ideólogos, no es un absoluto, y se convierte en instrumento de las peores opresiones, que llevan al totalitarismo y al aniquilamiento de sus libertades. Pasó Nietzsche y su transmutación de los valores, consistente en sustituir la moral por una moral que da él mismo: sus gritos de «Dios ha muerto»; por otra parte, con su sed y anhelo de infinito, como se ve en *El hombre loco*²⁰.

¹⁸ *Lumen gentium*, 40.

¹⁹ *Redemptor hominis*, 14, 18.

²⁰ «¿No habéis oído hablar de aquel hombre loco que, con una linterna encendida, en la claridad del medio día, iba corriendo por la plaza y gritaba: 'Busco a Dios'? ¿Y que precisamente arrancó una gran carcajada de los que allí estaban reunidos y no creían en Dios? ¿Es que se ha perdido, se ha extraviado como un niño?» decía uno, '¿o es que se ha escondido, tiene miedo de nosotros, ha emigrado?' gritaban, riendo unos con otros. El hombre loco saltó en medio de ellos y los taladró con sus miradas. '¿Adonde se ha ido?', exclamó. 'Voy a decíroslo. Lo hemos matado nosotros. Vosotros y yo. Todos somos sus asesinos. Pero, ¿cómo hemos hecho esto?... ¿Hacia

Pasan los humanismos, obras de los hombres, pero aquella semilla, tan pequeña como un grano de mostaza (cf. Mt 13, 31), fue ahondando en las entrañas de la tierra y sigue extendiendo sus ramas más y más para nutrir y alimentar a los hombres.

El humanismo cristiano va a entrar en su tercer milenio. Vemos su permanencia a través de las vicisitudes de los hombres que fueron sus portadores, de la fecundidad de los santos, de la fortaleza en medio de las persecuciones. La fidelidad al Evangelio nunca puede ser infidelidad a la Iglesia. La única reforma legítima tiene su origen en el amor a la Iglesia, que hace sufrir al no ir como Cristo la quiere; pero en ningún momento consiste en separarse de ella, o intentar configurarla a nuestros modos y maneras, o a nuestros «humanismos» de turno.

Hoy se da un despertar cristiano en las naciones oprimidas por el ateísmo; en la juventud, necesitada de confianza, de esperanza, de alegría, de fidelidad, de horizontes abiertos. El humanismo cristiano hace recuperar la responsabilidad ante la vida humana y su sentido, la conciencia moral, la necesidad de poner los medios al servicio del hombre integral. Sana la inteligencia enferma, que se cree incapaz de alcanzar la verdad e impotente para confiar; fortalece el pensamiento débil y la capacidad de fidelidad. Ahonda más y más en el respeto que hace evidente la persona con su dignidad, la obra con su belleza, la naturaleza con su poder.

Pone los proyectos políticos, económicos y científicos en su sitio justo; elimina de ellos toda pretensión de absoluto. Los coloca en el dominio de lo contingente, porque tienen que equilibrar las realidades complementarias.

La deformación es «politizar» todos los problemas. Y el humanismo cristiano lucha porque los valores religiosos, educativos, filosóficos, culturales, dejen de ser considerados como incidencias políticas. Esta ha sido una deformación del comunismo: ver todo desde la incidencia política.

dónde nos movemos nosotros, apartándonos de todos los soles? ¿No nos precipitamos continuamente?, ¿hacia atrás, adelante, a un lado y a todas partes? ¿Existe todavía para nosotros un arriba y un abajo? ¿No vamos errantes como a través de una nada infinita? ¿No nos absorbe el espacio vacío? ¿No hace más frío? ¿No viene la noche para siempre, más y más noche? ¿No se han de encender linternas a mediodía? ¿No oímos todavía nada del rumor de los enterradores que han enterrado a Dios? ¿No olemos todavía nada de la corrupción divina? También los dioses se corrompen. ¡Dios ha muerto! ¡Dios está muerto!, y ¡nosotros lo hemos matado! ¿Cómo podremos consolarnos los asesinos de todos los asesinos? Lo más santo, lo más poderoso que el mundo poseía hasta ahora, se ha desangrado bajo nuestros cuchillos: ¿quién puede limpiarnos esta sangre?, ¿qué fiestas expiatorias o qué juegos sagrados deberíamos inventar? ¿No es demasiado grande para nosotros la grandeza de este hecho?, ¿no deberemos convertirnos en dioses nosotros mismos, sólo para aparecer digno de ello? No hubo nunca hecho más grande; y cuantos nazcan después de nosotros, pertenecerán a una historia superior a toda historia precedente a causa de este hecho'.

En este punto calló el hombre loco y miró de nuevo a los que le escuchaban. También ellos se habían callado y le miraban extrañados. Finalmente, arrojó la linterna, que se hizo pedazos y se apagó.

Se cuenta, además, que el hombre loco, aquel mismo día, entró en varias iglesias y entonó en ellas su *Requiem aeternam Deo*. Y que, habiéndolo sacado y haciéndolo hablar, siempre había replicado solemnemente: '¿Qué son, pues, estas iglesias ya, sino las sepulturas y los monumentos funerarios de Dios?'. (La *gaya ciencia*. Obras completas –traduc. Castellano–, vol. 5. Buenos Aires 1959, 169-171).

El humanismo cristiano está hoy en el mundo restituyendo el valor primero a la persona humana, a la verdad, a la belleza, a la espiritualidad, al amor, al trabajo. Todo lo demás tiene por función hacer posible esto. Amor, inteligencia, trabajo humano, encuentran su dignidad y su significado en el humanismo cristiano.

«La doctrina social, especialmente hoy día, mira al hombre, inserto en la compleja trama de relaciones de la sociedad moderna. Las ciencias humanas y la filosofía ayudan a interpretar la centralidad del hombre de la sociedad y a hacerlo capaz de comprenderse mejor a sí mismo como ser 'social'. Sin embargo, solamente la fe le revela plenamente su identidad verdadera, y precisamente de ella arranca la doctrina social de la Iglesia, la cual, valiéndose de todas las aportaciones de las ciencias y de la filosofía, se propone ayudar al hombre en el camino de la salvación»²¹.

Juan Pablo II –lo acabamos de vivir– ha proclamado 1991 Año de la Doctrina Social de la Iglesia. Su encíclica quiere ser un grito, una súplica; mira al pasado, pero está orientada, sobre todo, al futuro. «Al concluir esta encíclica, doy gracias de nuevo a Dios omnipotente, porque ha dado a su Iglesia la luz y la fuerza de acompañar al hombre en el camino terreno hacia el destino eterno. También en el tercer milenio la Iglesia será fiel en asumir el camino del hombre, consciente de que no peregrina sola, sino con Cristo, su Señor. Él es quien ha asumido el camino del hombre y lo guía, incluso cuando éste no se da cuenta»²².

²¹ *Centessimus annus*, 54.

²² *Ibíd.*, 62.

EL HOMBRE EN EL CINE

Conferencia pronunciada el 23 de abril de 1963, en el Aula Magna de la Universidad de Valladolid, en la sesión de apertura de las IV Conversaciones de Cine de Valores Religiosos y Morales.

¿De qué hombre debemos hablar? ¿Del director de la película y el guionista? ¿De los actores y estrellas de la pantalla? ¿O más bien del hombre cómo tema y argumento, sobre el cual opera el arte cinematográfico, o para presentar su vida a los que después van a contemplarla, o para influir sobre aquellos a quienes les va a ser presentada? Cada una de estas preguntas requeriría un tratamiento distinto de la cuestión que sugieren.

La índole y el propósito de estas Conversaciones, e incluso el temario que va a ser objeto de examen y reflexión, —el hombre en el cine francés, italiano, japonés, etc.— nos indican claramente la postura que hemos de adoptar. Se trata de que reflexionemos sobre lo que viene haciendo el cine, o lo que debe hacer, respecto al tema *hombre*, una de las tres cuestiones —las otras dos son Dios y el mundo— que constituyen el objeto permanente y eterno de toda filosofía, y por consiguiente del arte, que es también actitud filosófica ante la vida.

¿Qué hace y qué debe hacer el cine en el hombre? ¿Cómo opera con su miseria y su grandeza? ¿Qué busca en él y qué encuentra? ¿Qué hace con lo que en él ha encontrado, sus pasiones, sus dudas, sus anhelos, su alegría y su dolor, sus esperanzas y sus fracasos? He aquí planteada la cuestión de que vamos a hablar.

Mas como quiera que el cine, además de arte, es espectáculo, y, desde el punto de vista sociológico, espectáculo de masas, resulta que cuanto el cine haga o deba hacer sobre el hombre, como tema de su expresión artística, alcanza también al hombre como espectador que toma asiento en su butaca, es decir, al niño, al joven, al padre de familia, al héroe y al malvado, a la mujer honesta y a la degradada, es decir, otra vez al hombre con sus alegrías, sus dudas, sus temores y sus esperanzas. He ahí las dos dimensiones que tiene el hombre en el cine: una, la que, extraída de su propia personalidad, es descubierta y presentada; otra, la que, al ser presentada, influye en los que la ven. Son inseparables la una de la otra.

EL HOMBRE

Hay una sola manera de tratar al hombre. Consiste en respetar su dignidad humana y facilitarle el acceso a la altura divina, a la que, por la creación y por la redención, ha sido llamado. No podemos renunciar jamás a este principio. Esa dignidad es algo objetivo, permanente, inmutable. Brota de las raíces más hondas del ser humano. Se manifiesta en la conciencia, a través del pensamiento y la libertad. El relativismo ético, que degenera en escepticismo y sistemático desprecio de las llamadas normas morales, es una monstruosidad. Los niños del mundo entero son fundamentalmente iguales en sus aspiraciones

y en sus reacciones. El hombre de la calle y el hombre culto de todos los tiempos aman la justicia y el bien. Los valores morales existen no como arbitraria imposición extrínseca a la naturaleza humana, sino porque antes existe la naturaleza que los reclama y los necesita.

Pascal escribe este pensamiento maravilloso sobre la grandeza del hombre: «El hombre no es más que una caña, la más débil de la naturaleza; pero es una caña que piensa. No es preciso que se confabule la totalidad del universo para quebrantarlo; un vapor, una gota de agua, bastan para matarle. Pero aun cuando el universo lo aplastase, el hombre sería todavía más noble que lo que lo matara, porque sabe que muere y sabe la ventaja que el universo tiene sobre él; mientras que el universo no sabe nada de ello». Pero añadió este otro pasaje sobre la limitación humana: «La grandeza del hombre es tal porque se reconoce miserable. Un árbol no se reconoce miserable»; «es, pues, miserable en cuanto tal, pero es sublime porque lo sabe»¹.

Esa grandeza y esa miseria, conjugadas, nos ponen a las puertas de la moral. Porque todo hombre se pregunta inevitablemente qué tiene para ser grande y por qué, a pesar de todo, es miserable. Al hacer esas preguntas, que son eternas, está rozando ya la cuestión del mal y del bien, de la luz y las tinieblas. Esto es así, y será así siempre, a pesar de las guerras mundiales que proponen generaciones de locos, a pesar de los grandes núcleos de juventud adoradores del nihilismo como sistema de vida, a pesar de las filosofías del disparate y del absurdo que, por serlo, se condenan a sí mismas como anti filosofías más bien.

La misma naturaleza humana nos conduce a Dios, y por eso no es posible tratar al hombre con la dignidad que merece, si no le facilitamos el acceso a la altura divina a que está llamado. Escuchad este otro pensamiento, también de Pascal, sólo en apariencia pesimista: «La verdadera y única virtud es, pues, odiarse (porque somos odiosos por la misma concupiscencia), y buscar un ser verdaderamente amable para amarlo. Pero, puesto que no podemos amar lo que está fuera de nosotros, es necesario amar un ser que esté en nosotros y que sea nosotros, verdad ésta que es válida para todos los hombres. Ahora bien, no existe más que el ser universal que reúna tales condiciones. El reino de Dios está en nosotros, el bien universal está en nosotros, es nosotros mismos y a la vez no lo es»².

Es decir, que sin la religación con Dios –religión– el hombre, y por consiguiente su dignidad, son algo incompleto. Dispensadme de más razonamientos en este primer paso de mi exposición. O, si queréis, permitidme que añada otro. Supuesto que la religión es necesaria para saber en qué consiste, de manera total, la dignidad humana, resulta, y cuantos estamos aquí lo reconocemos, que la luz verdadera de la religión verdadera ha sido encendida en el mundo por Jesucristo. Luego todo lo que vaya contra el Evangelio, va contra el hombre.

¹ B. PASCAL, *Pensées*, edición de E. Havet, París, 1891, 117.

² *Ibíd.*, 184.

EL CINE

He leído con atención la mayor parte de las ponencias y comunicaciones de las dos últimas Conversaciones que aquí se han celebrado. A través de ellas he visto la preocupación de muchos de vosotros, por lo cual ya no extrañaréis que yo también manifieste la mía. Estáis empeñados en una batalla hermosa, pero difícil, muy difícil. Vuestra acción será eficaz, ¿cómo no? Nada de cuanto hacemos se pierde en el vacío. Pero la eficacia depende de que tengáis criterios muy claros, lo cual no quiere decir cerrados. Sin duda los tenéis. He visto que en esas Conversaciones se ha hablado y se ha repetido y se ha comentado el discurso de Pío XII sobre el *film ideal*. También se han tenido presentes la Encíclica *Miranda prorsus* del mismo Pontífice y la *Vigilanti cura* de Pío XI. Bien. No voy a hacer yo un comentario más a normas tan sabias y tan magistralmente trazadas. Lo que intento es fortalecer un modo de pensar que a todos nos defienda.

A) En el Evangelio leemos estas palabras: «Caminad mientras tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas, pues el que camina en tinieblas no sabe dónde va» (Jn 12, 36). El cine no se ha puesto al servicio de la luz. En términos generales, podemos decir que ha servido más bien a las tinieblas. En los sesenta años de su carrera de expansión vertiginosa el cine ha hecho mucho daño a la dignidad humana.

Se dice que el cine cuenta cada año con 12.000 millones de espectadores. Los países más atrasados y que cuentan con menor número de asistentes al cine con los de mayor población: los asiáticos y los africanos. Por consiguiente, entre los europeos y los americanos –los más avanzados en cultura, técnica, religión– es donde el cine cuenta con más espectadores. O sea que está sirviendo a las tinieblas donde más debiera reinar la luz.

Dice Mons. Bernard, director de la O.C.I.C.: «He aquí el verdadero pecado del cine: pretender existir, tener un valor, tener un público, sin darse cuenta de que Jesucristo ha vivido, sin tener en cuenta que el mundo ha sido salvado, que el mundo no es ya un receptáculo de átomos inteligentes, o el campo cerrado de instintos incontrolables, o la reserva de animales feroces que se batan; el mundo debe cantar la gloria de Aquél que lo ha puesto en orden, debe hacer triunfar el Espíritu sobre el instinto, debe orientarse hacia el amor universal liberándolo de sus pasiones y de sus intereses personales».

«Cuando el cine busca público y cuando el público va en busca de una película, hacen como si Jesucristo no hubiera existido, se complacen en tesis materialistas o satisfacen sus instintos de brutalidad o de sensualismo decadente; cuando trabajan por el triunfo del orgullo, de la envidia o de la cólera, hay que pedir que al menos reconozcan la justicia de los anatemas que contra el cine se lanzan»³.

No extrañéis que los obispos del mundo entero –los de Italia, Francia, Austria, Estados Unidos, tengo sus declaraciones a la vista– se manifiesten llenos de alarma. Está justificada esta actitud. Se ha dicho que la Iglesia adoptó una

³ Véase *Revista Internacional del Cine*, diciembre de 1960, n. 36-37, 122.

postura negativa ante el cine. No es cierto. No se debe confundir a la Iglesia con algunos hijos suyos, eclesiásticos o laicos, los cuales con actitud que era más bien hija de un ambiente y de una época, condenaban incluso el instrumento, al condenar el fin al que servía. La Iglesia no necesita hacer explícitas y formales declaraciones a cada paso frente a un invento que surge, un hecho social que se consolida, o una expresión artística que aparece. Más bien tiene derecho a confiar en la honradez de los hombres que la conocen, los cuales, sin esperar nuevas precisiones, deberían recordar que ella ha hablado ya con su doctrina teológica y moral de siempre, nacida del Evangelio, sobre el uso de las cosas creadas, y sobre la obligación que el hombre tiene de poner sus facultades y talentos al servicio del bien y de la verdad.

Más aún, estoy por decir que la Iglesia no ha tenido ni tiempo siquiera de adoptar otra actitud que la de ponerse en guardia, hasta el momento en que Pío XI y sobre todo Pío XII, con un esfuerzo supremo de esperanza en medio del desastre, señalan los aspectos positivos que, más que tiene, puede y debe tener el cine. Hasta entonces, el crecimiento y difusión del mismo fueron tan explosivos y repentinos, que fue necesario esperar para ver a dónde conducía aquella carrera. En el año 1920, aproximadamente, es cuando empieza a tratar los valores humanos en la pantalla. Pronto se vio que más los degradaba que los enaltecía. Cuando el agua envenenada ha envenenado el organismo de un enfermo, lo primero que hace el médico es tratar de desintoxicar ese organismo prohibiendo que beba más; después procurará que las fuentes y los ríos ofrezcan agua pura. Esto es lo que ha hecho la Iglesia en la peligrosa y terrible cuestión del cine. Si, aun hoy, se oye más su palabra de cautela que de aliento positivo, la cual desde luego existe, es porque comprueba hechos como éstos que vosotros conocéis mejor. Las películas reprobables en Italia en 1955 fueron el 5% de la producción; en el 58, el 22%; en el 59, el 35%; en el 60 el 45%⁴. En el 61, las clasificadas como excluidas o desaconsejables, representan el 47,03% de la producción, y si a éstas se suman las consideradas «con reservas para adultos», se llega al 59,46% del total producido en un solo año⁵.

B) Lo más terrible de todo es la complacencia en el mal y el obstinarse en servirse de él para propagarlo y hacer que los demás lo asimilen. Entonces se cumple otra frase del Evangelio: «Si un ciego se convierte en guía de otro ciego, ambos caen al hoyo» (Mt 15, 14). Esto tiene particular aplicación al hombre de hoy, puesto que de él hablamos, y más precisamente al hombre de la cultura occidental, a la cual pertenecemos.

Durante mucho tiempo, Europa, y con ella, desde hace 50 años, América del Norte, han sido los guías de la humanidad. Hoy las cosas han cambiado. En África y en Asia aparecen nuevos pueblos que se adelantan a ocupar su puesto en la historia y a influir sobre el destino de la humanidad. Ya nada ni nadie podrá detenerlos. Y en el Oriente de Europa, en Rusia, hace tiempo que apareció un nuevo sistema de vida. Esos bloques inmensos de seres humanos, que cada día toman más fuerte conciencia de sí mismos, se preguntan si tienen algo que aprender de las viejas grandes naciones europeas, muchos de cuyos hogares y ciudades en nada se diferencian de un parque zoológico. Selva por selva, es preferible la de los bosques a la del cemento y las salas de cine. El erotismo y la

⁴ Cf. *L'Osservatore Romano*, 23 de marzo de 1961.

⁵ Cf. el artículo de A. AVELINO ESTEBAN, en *Resurrexit*, 31 de marzo de 1962, 64-65.

sexualidad están creando en Occidente una civilización afrodisíaca. No nos extrañemos de que este materialismo del corazón y las costumbres, en los pueblos que conducían y guiaban, provoque el materialismo de las ideas en los países y naciones que hasta aquí eran conducidos y guiados. Con la diferencia de que al hacerse materialistas en el pensamiento se creerán superiores, pues entienden que es propio de seres decadentes hacer concesiones a los instintos del bajo placer y a la inmundicia.

No otra explicación tiene la burla de Kruschef ante ciertas exhibiciones que le fueron hechas en su viaje por los Estados Unidos. O la respuesta de un grupo de jóvenes ucranianos que en régimen de intercambio visitaron no hace mucho la ciudad inglesa de Exeter. Después de recorrer varios círculos industriales, artísticos, culturales, fueron conducidos a un club de «jazz». «Muy instructivo – comentaron–, pero bastante inmoral». O los versos de una canción compuesta por un joven comunista del Vietnam del Norte el 14 de julio de 1960, mientras en Hanoi la muchedumbre danzaba en honor de la toma de la Bastilla. «Oigo, a la cruda luz del falso día de la noche, el ruido insoportable de la samba... Oh manes de mis antepasados, que nos enseñasteis las danzas castas, el pudor de la mirada, la continencia del lenguaje, la moderación del cuerpo, ...permitid que cambien los gobiernos, que se produzcan las revoluciones, que el sol se levante y caiga la lluvia..., pero no permitáis que nuestras hijas se contoneen al ritmo bárbaro de la samba».

Se calcula que Asia en 1980, dentro de 18 años, tendrá 2.011 millones de habitantes, bastante más de la mitad del mundo entero. En vista de lo cual se comprende la frase de Cardjin: «Ninguna fuerza técnica podrá impedir mañana a los pueblos asiáticos dominar el porvenir de la humanidad. Sólo los ciegos pueden negar este hecho».

Pues bien, aquí también va a entrar o está entrando ya la corrupción. Los ciegos conducen a otros ciegos. El Japón es el más grande productor de filmes en el mundo, más que Hollywood. El lenguaje técnico del cine japonés es, poco más o menos, el mismo que el de Occidente. Lo que constituye su carácter más original –escribe Etsuka Takano– es la naturaleza de sus temas... El de la exaltación de los valores familiares es constante. El amor, hasta fecha muy reciente, se trataba de manera harto distinta a como suele hacerse en las películas de los países occidentales. Un pequeño número de filmes han comenzado a reducir la importancia de la familia y a conceder al amor entre dos un papel preponderante. El adulterio, desconocido hasta ahora, ha hecho su aparición en el cine japonés hace tres o cuatro años.

Se dice que no sólo el cine, que también la radio y la prensa y la calle y el teatro y la literatura contribuyen al desastre. Es cierto. Pero ninguno de estos medios de difusión lo hace a tan gran escala y con tal profundidad como el cine.

No le demos vueltas. El erotismo, al que gran parte del cine sirve con tanto descaro, no puede engendrar más que enanos en el orden moral, hombres y mujeres llenos del más sórdido egoísmo, incapaces de sentir la llamada de la solidaridad fraternal de unos con otros, como no sea bajo la presión de circunstancias políticas y económicas, lo cual no es humano. Se puede lograr el Mercado Común Europeo, y puede suceder que sus beneficiarios consientan en

la unión, más por un instinto de defensa propia que porque les agrade la ayuda común.

Todo pecado, aun el que se comete en la soledad de los más íntimos deseos de cada uno, constituye también un delito social. Hace daño a los demás, aunque no lo crean esos millones de desertores que entienden que sólo se causa un perjuicio, cuando se roba o se asesina. El que quebranta el orden moral se mutila y se disminuye a sí mismo, por lo cual roba a los demás lo que éstos tienen derecho a recibir de sus semejantes. Un hombre menos limpio de corazón y pensamiento es un defraudador, porque a partir de su pecado se hace más egoísta y sus ojos ya no pueden mirar a sus hermanos los hombres con la limpia generosidad de antes. Para comprenderlo del todo, basta contemplar la perspectiva contraria. El santo –un Francisco de Asís, un Vicente de Paúl– y todos cuantos en uno o en otro grado se acercan a este ideal, son los grandes bienhechores de la humanidad, de los que nadie duda, ni los asiáticos ni los comunistas.

Se comprende, pues, la declaración del Cardenal Arzobispo de Viena: «Estamos muy obligados a las buenas películas y a los servicios que rinden a la formación y a la orientación de los hombres. Quiero expresar públicamente mi gratitud y mi reconocimiento a cuantos han contribuido a la realización de obras artísticas nobles y valiosas».

«Pero existe desgraciadamente otra tendencia que se hace cada vez más clara. Es nuestro deber decir que es paralela al problema, aún no resuelto, del capitalismo liberal desenfrenado que se sirve del obrero como un simple medio para enriquecerse. Por su desarrollo desmedido –los especialistas de historia económica nos lo dicen– ha provocado la reacción violenta de un mundo obrero explotado de una manera desvergonzada. ¿No nos encontramos ante un hecho análogo, cuando la industria del cine utiliza sus medios de influencia para atraer una clientela sin capacidad de juicio sobre una mercancía averiada? ¿No es asimismo vergonzoso suministrar al consumidor –el espectador de cine– lo que, en vez de hacerle más feliz y mejor, le hace más triste y menos bueno?».

Y concluye: «La movilización de todas las fuerzas responsables de un país debe conducir a establecer contactos similares a los que se produjeran en la época del capitalismo liberal sin freno que permitieron finalmente reducirlo al silencio»⁶.

C) No obstante todo lo dicho anteriormente, no es propio de cristianos limitarnos a una constatación tan dolorosa. También en el Evangelio hay otra frase de Jesús que puede tener aplicación entre nosotros: «Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres, para que viendo vuestras buenas obras glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos» (Mt 5, 16).

¿Por qué entre esas obras buenas no ha de aparecer, cada vez con más frecuencia, el film ideal, tal como lo definió Pío XII? El que se aproxima, cuanto es posible, a lo que debe ser para responder a las exigencias de la verdad, del bien y de la belleza. El que, si tiene que presentar el mal, porque el mal forma parte de la vida, no lo hace nunca en forma seductora, sino de tal manera que sale abiertamente condenado, aunque para condenarlo, no tiene porqué convertirse la pantalla en un pulpito. El que comprende, respeta, satisface y ama

⁶ Véase *Revista Internacional del Cine*, diciembre de 1960, n. 36-37, 124.

al hombre, sea éste niño o adulto; el que exalta y defiende los valores positivos de la familia, la religión y la sociedad; el que deleita y procura una grata evasión, necesaria al hombre fatigado; el que instruye y ofrece, con el poder persuasivo que él únicamente tiene, las conquistas del saber; el que no abusa de su influjo tremendo sobre la psicología del espectador, siempre en peligro de caer bajo la esclavitud de la imagen y el sonido, precisamente porque es esclavo de los sentidos; el que entiende de una vez para siempre que valores humanos irrenunciables son el sacrificio aceptado en defensa de la virtud, el deber de comprensión, la lealtad, el dominio de las bajas tendencias humanas, la solidaridad, la paz, el amor.

Creemos en el cine como elemento positivo de elevación, y aún más, queremos creer a pesar de todo. No podemos admitir que una criatura tan bella, salida de las manos del hombre, haya de vivir permanentemente prostituida y degradada.

Es necesario que se multipliquen los directores, guionistas y productores de filmes que tengan fe en el hombre y estén de acuerdo en lo que el hombre es, un hijo de Dios. Nosotros estamos de acuerdo. Si los demás no lo están y prefieren seguir ofreciendo mercancía averiada, que se fabriquen hombres a su antojo, pero que no destruyan los que viven, tal como Dios los ha hecho. Es necesario también que los hombres mismos, el débil ejército de los espectadores, que sobre la debilidad congénita de cada uno tiene además la servidumbre humillante de la colectividad y la masa, reaccione y luche. Si el cine no rectifica en gran escala y termina por producirse la catástrofe, el hombre de mañana que se ponga a juzgar nuestra época se sentirá atónito al comprobar que millones de hombres que se decían cristianos y creían en el Evangelio fomentaron gustosos con su presencia y su dinero la destrucción de sí mismos.

TENÉIS UNA GRAN MISIÓN

Vosotros, señores organizadores y participantes en estas Conversaciones Internacionales, tenéis una gran misión. Esforzaos por afirmar bien los sanos criterios. Difundidlos. Influid para que el cine se ponga al servicio del hombre. Cuidad, con esmero exquisito, de las películas que presentáis, los juicios que hacéis, los premios que otorgáis. La buena intención puede no coincidir con el dictamen de la prudencia. Todo es delicado, cuando está en juego el espíritu del hombre. Pero hacéis bien en seguir vuestra tarea. Si me lo permitís, yo me atrevería a daros un consejo o, si esto es excesivo, a señalar un peligro. El de que por un internacionalismo mal entendido os dejéis llevar, en vuestra apreciación, de una benevolencia excesivamente conciliadora. Cuando juzgáis una película, no sólo emitís vuestro juicio sobre un director o sobre un ambiente; también dais sentencia sobre la pregunta que se harán después millones de espectadores. Es menester que los principios que nos guían, como a hombres y como a cristianos, permanezcan íntegros e intangibles. Dios no disimula sus mandamientos, aunque puedan parecer severos.

A todos nos es conocida la figura insigne de un pensador europeo, teólogo y enamorado del arte, humanista y sacerdote, predicador y filósofo, Romano Guardini. Su influencia es grande en todos los sectores cultos. Él mismo ha declarado que el secreto, si le hay, de su influencia, consiste en que ha

arrancado siempre de los dogmas revelados y de la verdad natural. No ha tratado de acomodarlos al mundo, haciéndoles perder su propia fuerza, sino de situar al mundo en la órbita que le corresponde, la de Dios. Comprendo que hacer esto en el cine es más difícil que en el ensayo escrito o en una conferencia. Pero ése es el camino.

Cuanto os esforzáis por lograr un cine mejor –que sea cine, y que sea bueno– debéis saber que no estáis solos. Y cada vez lo vais a estar menos. Se aproxima la fecha de apertura del Concilio Vaticano II. Su propósito es la renovación de la cristiandad. De esa cristiandad renovada pueden brotar muchas fuerzas que hagan más fácil lo que hoy parece tan difícil, la salvación del hombre. ¿Por qué no puede también producirse un movimiento que ayude eficazmente a la renovación del cine? Del Concilio de Trento brotaron consecuencias de muy largo alcance que permitieron realizar empresas universales. Una sola cosa os pido: alma limpia y llena de luz frente a las tinieblas de gran parte del cine de hoy. Del seno de la cristiandad renovada nacerán millones de hombres que lucharán, consecuentes con su fe, por conseguir para sus hijos lo que ellos no han tenido: un cine al servicio del hombre, con todo lo que el cine es.

Espero muy poco, en cuanto al servicio a los valores humanos y religiosos, de gran parte del arte de hoy. Espero mucho de los cristianos verdaderos que tengan fe y la vivan. «La máxima desgracia del hombre moderno –escribe Daniel Rops, y ello es aplicable a los movimientos artísticos de hoy, y por lo mismo al cine– está en que no asiente. ¡Se le ha enseñado tanto el orgullo! Le es odioso todo cuanto marca un límite a su potencia, a su placer y a lo que él cree que constituye su realización. Cada uno cree poseer su verdad, porque la verdad ya no es algo que se recibe, cuando uno se hace digno de ella, tras larga paciencia, sino que tiene sus raíces en la peor de las vanidades. Semejante actitud puede compaginarse con el peor de los ‘consentimientos a los destinos’, a saber, la claudicación del hombre, que vimos ya, frente a las fuerzas que, desencadenadas por él, lo amenazan; pues, herido en su propio orgullo, prefiere el salto en el vacío a reconocer su propio desastre. De la misma raíz nacen también los árboles envolventes con los frutos mortales de la intolerancia, de la violencia y del odio... La rebelión del orgullo cierra al hombre aquel reino que fue prometido a los humildes de corazón»⁷.

«Desvanecida la confianza en la razón y en la riqueza interior del hombre –añade Passeri Pignoni– el sentido de la caducidad de los bienes terrenos ha adquirido un tono más dramático; no aparece ya el riesgo inevitable ligado al rigor de una ley natural, sino el sentido de precariedad de lo condenado a la autodestrucción».

«La humana dignidad se ha dispersado en la humillación progresiva del hombre absorbido por la masa, arrastrado en el ciclo de terribles acontecimientos en que su voluntad se ha ido anulando. La unidad de su vida se ha fraccionado en una serie de posturas aisladas que no pueden dar la idea de su totalidad. Y las teorías filosóficas de nuestro tiempo (fenomenología, existencialismo, marxismo, historicismo) aparecen como el testimonio de una pavorosa desbandada moral».

⁷ DANIEL ROPS, *Lo que muere y lo que nace*, Buenos Aires 1950, 163-164.

«Podría observarse que el choque de la materia contra el espíritu, la preponderancia de la técnica, la mecanización cada vez más sofocante que lleva a la humanidad a la muerte de toda poesía interior y al espectro del suicidio atómico que brota sobre el recuerdo atroz de terribles experiencias ya afrontadas y vividas, no son la causa, sino más bien la coartada de la inquietud de nuestros días... Y el arte ha sido el primero en diagnosticar su drama; en gritar, con inermes falta de pudor y de reserva, su angustia»⁸.

O salimos, pues, de esta confusión, o nos vemos perdidos como niños en el bosque en medio de la noche. El cine podría contribuir a salvarnos. Hasta ahora no ha contribuido, ni por parte de los que lo hacen, ni por parte de los que lo ven. Unos y otros parece que tienen miedo a ser cristianos. Y no se dan cuenta de que sólo siéndolo de verdad, cuando conocen que lo deben ser, son también plenamente hermanos. Si el cine ha fallado, como arte y como espectáculo, es porque antes ha fallado la conciencia en el artista y en el espectador.

Por eso no creo que del arte de hoy pueda venir la salvación. Tanto más cuanto que muchos de los agravios que comete el cine ni siquiera se cometen en nombre del arte; proceden de un fondo más bajo.

Sí que creo en el cristiano auténtico, porque éste es el restaurador del sentido del deber y de la esperanza. Luchad, señores, luchad. Gritad sin miedo las exigencias de la moral cristiana, que son las mejores defensas del hombre: alguien las escuchará con respeto. Dios es una añoranza y una nostalgia para muchos que le han perdido y no saben encontrarle. Cuanto hagáis por dignificar el cine servirá para facilitar el hallazgo.

Comprendo vuestras dificultades. Juzgáis con criterio, no local, sino internacional y mundial. Esto puede explicar muchas cosas. Pido al Señor que os dé acierto en la selección de las películas y en la distinción que hayáis de otorgar. Es más difícil construir que derribar, o simplemente mirar cómo la ruina se produce. La Iglesia no quiere que asistamos, pasivos e inertes, a la ruina del hombre en el cine. Que colabore también el espectador con la repulsa a lo que debe ser rechazado, o el aplauso a lo que es digno de ser aplaudido. Colaboremos todos, cada uno en nuestro puesto.

⁸ P. PIGNONI, *El hombre y lo humano en el arte contemporáneo*, Madrid 1961, 251-253.

LA IGLESIA Y EL CINE

Discurso de clausura, en las VII Conversaciones Internacionales de Cine y en la XI Semana Internacional de *Cine Religioso y de Valores Humanos*, Valladolid, 24 de abril de 1966.

Saludo a los organizadores y asistentes a la XI Semana Internacional de *Cine Religioso y de Valores Humanos* y a los participantes en las VII Conversaciones Internacionales de Cine, en Valladolid.

Estoy en esta solemne clausura por la insistente y empeñada amabilidad vuestra y por la condición mía de vallisoletano, cordialmente interesado en los nobilísimos quehaceres vuestros, desde el principio, en esta ya larga y meritísima tarea de nuestras *Semanas y Conversaciones*.

Habéis querido, sin duda, escuchar la palabra de un testigo y participante como obispo en los debates conciliares del Vaticano II y que intervino en la XXVI Congregación General brindando su granito de arena en la discusión del esquema sobre los instrumentos de comunicación social, al que habéis tenido el acierto de dedicar la *Semana y Conversaciones* que hoy concluyen, proyectando «la luz de Dios en el mundo del cine».

Acierto digo, pues como afirma paladinamente S.S. Pablo VI en la carta institucional de la Comisión Pontificia de los Medios de Comunicación Social: «Entre los muchos beneficios que, no sin una especial benevolencia divina, ha aportado el Concilio Vaticano II a la Iglesia de Cristo, creemos que ha de enumerarse el Decreto sobre los medios de comunicación social, que fue solemnemente aprobado por el mismo Concilio y por Nos promulgado en la sesión pública de 4 de diciembre de 1963».

«Pues estos medios –entre los cuales revisten particular importancia la prensa, la televisión, la radio y el cine– por sus estrechas relaciones plantean en nuestro tiempo problemas tan graves, que llegan a influir no sólo en la cultura, en la civilización y en la moralidad pública, sino también en la religión; requieren, por tanto, hoy no sólo una particular solicitud por parte de los sagrados pastores, y una eficaz presencia de los fieles, sino también la efectiva colaboración de todos los hombres de buena voluntad».

«La importancia que atribuimos a estos medios para la causa católica se puede fácilmente deducir de las palabras por Nos pronunciadas en aquella solemne circunstancia: ‘Otro de los frutos, y no de poco valor, de nuestro Concilio, es el Decreto sobre los medios de comunicación social, índice éste de la capacidad que la Iglesia posee de unir la vida interior a la exterior, la contemplación a la acción, la oración al apostolado’. También este resultado conciliar esperamos, podrá ser guía y aliento para muchísimas formas de actividad, insertas ya, como instrumento y como documento, en el ejercicio del ministerio pastoral y de la misión católica en el mundo»¹.

¹ PABLO VI, *Alocución a los padres conciliares*, 4 diciembre 1963: IP I, 1963, 376-377.

Copiando respetuosamente otras palabras de su Santidad en ocasión solemne: «Agradecemos la invitación para participar en esta sesión plenaria; agradecemos las corteses palabras que se nos han dirigido; damos gracias por sus grandes méritos a cuantos lleváis la dirección y promoción de estas actividades que se presentan llenas de interés y méritos como también de dificultades y trabajos. Os damos las gracias a todos vosotros aquí presentes, y a todos vuestros ayudantes y colaboradores»².

Y no queremos entrar ahora en lo vivo de vuestros temas. Basten unas sencillas palabras espirituales. Las justificaría el Crisóstomo glosando a San Pablo: «Cristo nos ha dejado sobre la tierra, para que nos convirtamos en faros que iluminan, doctores que enseñan; para que cumplamos nuestra tarea como ángeles, como heraldos entre los hombres; para que seamos adultos entre los pequeños; hombres espirituales entre los carnales, para ganarles; para que seamos semilla y demos frutos abundantes. No sería siquiera necesario exponer la doctrina, si nuestra vida irradiase tal fulgor; no sería necesario recurrir a la palabra, si nuestras obras dieran auténtico testimonio. No habría ningún pagano, si nos portáramos como verdaderos cristianos»³.

Y estas sencillas palabras espirituales tienen que ser las primeras de gratitud, felicitación y estímulo, porque habéis hecho lo que quiere la Iglesia: habéis encendido una luz en vez de contentaros con maldecir las tinieblas.

LA IGLESIA Y EL CINE: EVOLUCIÓN HISTÓRICA EN TRES ACTITUDES

1ª. Se ha dicho que todo progreso material, como todo ser humano, nace pagano: hay que bautizarlo. También el cine: nació fuera y nos resistíamos a cristianizarlo: reservas, miedo, condenaciones, censuras. Cuando dejó de ser juguete y ensayo de física recreativa, para convertirse en instrumento técnico, con las primeras manifestaciones de un nuevo lenguaje y sus sorprendentes posibilidades, las personas cultas y socialmente responsables, tras la común curiosidad inicial, adoptaron en general una postura de indiferencia e inhibición, cuando no de prevención desconfiada ante sus primeras audacias escandalosas, indiferencia y prevención que se convirtieron enseguida en una abierta oposición y condena.

A lo más se le aplicaron los exorcismos como si fuera «arte del demonio», bajo el influjo de la vieja teoría de lo «intrínsecamente malo». Y a la verdad, iba y ha ido tantas veces por veredas peligrosas alimentando bajas pasiones, con el señuelo de los nuevos usos, que se explica –aunque no se justifique– la **postura negativa** de oposición cerrada contra el nuevo espectáculo.

2ª. Pero el cine siguió adelante. Se vio que era una fuerza. Tenía un gran valor humano y se captaba las masas. Sería inútil y tonto cerrar los ojos a la realidad. Y de la postura negativa se pasó a **la defensiva**: empezaron las censuras

² PABLO VI, *Discurso a la Comisión Pontificia para las comunicaciones sociales*, 28 septiembre 1964: IP II, 1964, 562.

³ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Sobre la primera Carta a Timoteo*, homilía X, 2: PG 62, 551.

morales, los primeros ensayos para influir en el cine. La Iglesia comenzó a tratarle «paternalmente».

3ª. Y el cine siguió avanzando: adquirió un inmenso poder sobre el pueblo. Pío XI, sabio y genial, publicó la encíclica *Vigilanti cura* con las conocidas consignas, que no se detienen en la mera orientación de los fieles y educación de los espectadores. *Actuar, influir en el cine*, coordinar esfuerzos, organizar la explotación de las salas católicas, para que su importancia económica estimule la producción de buenas películas. Así este gran Pontífice regaló al mundo la aún hoy llamada Carta Magna de la cinematografía, con la que se abrió la tercera postura de la Iglesia: **positiva y activa**. Y en ella estamos. Y en ella estáis vosotros desde el primer momento con estas vuestras *Semanas y Conversaciones*, cuyo sólo título es un foco luminoso, coincidente con las expresiones mismas de los textos pontificios especialmente de Pío XII, el Papa del *film ideal* (1955), en cuyo pontificado empezasteis y debido a cuyas directrices optimistas y estimulantes, con las de Juan XXIII y Pablo VI, seguimos avanzando hasta este momento postconciliar.

No podemos, no podéis tolerar que el cine, criatura de Dios, gran don de la munificencia de Dios a la humanidad y gran don del arte, sea incentivo de pecados o escuela de vicios. Las leyes en que se basa todo el despliegue mágico de su técnica, son leyes puestas por el Creador para su gloria. Como la lluvia y los vientos, canten a Dios también esas fuerzas naturales que actúan en la luz, en el sonido y en el movimiento. También el cine nos muestra la grandeza, el poder y el saber del Creador. La Iglesia ve que es un elemento de influencia poderosa en el hombre: lo retrata, lo condiciona, lo mueve —en lo individual y en lo social—. Por eso ha hecho del cine nada menos que un tema conciliar. Vosotros lo habéis entendido así y no olvidéis «que el sentido visivo, por ser más noble que los otros sentidos, conduce más fácilmente al conocimiento de la realidad espiritual». Tenéis presente que «el cine —y con él la radio y la televisión— no son simples medios de recreación y entretenimiento (aunque gran parte de los auditores y de los espectadores lo consideren preferentemente bajo este aspecto), sino de verdadera y propia transmisión de valores humanos y sobre todo espirituales»⁴.

IMPORTANCIA Y AMBIVALENCIA DEL CINE HOY. ESTADÍSTICAS

He aquí un arte y una cultura, espejo y síntesis de culturas y de artes, que ya es clásico a los setenta años. Su valor más profundo está ahí: en la capacidad de influencia, aumentada cada día con un poder de sugestión mayor, por una estética más depurada y una técnica más perfecta. La cultura y civilización actuales son, en gran parte, cinematográficas. En setenta años el cine se ha construido una estética y un lenguaje que puede elevar o hundir al hombre.

⁴ Pío XII, *Miranda prorsus*: DER XIX, 841-842.

1. Estadísticas

Recordemos unas cifras globales para vislumbrar la influencia capital y masiva que ejerce el cine en el mundo de hoy.

Duplicando la producción de 1956, 3.000 películas de largo metraje salen cada año al comercio mundial, para las 220.000 salas, a las que acuden veintitrés mil millones de espectadores en sesiones que suman cuarenta y cinco mil millones de horas.

En España existen 9.034 locales de exhibición (además de los 100.000 receptores de televisión). Corresponde un local por cada 5.100 habitantes, con más de cuatro millones de asientos (nueve habitantes por asiento) y casi seis millones con los de verano al aire libre. Sabido es que España ocupa el segundo lugar del mundo (después de Italia) en los índices de habitantes por sala y en los ingresos por este espectáculo, el más importante de los pagados y la distracción más popular entre los españoles, casi una necesidad. Los cines no comerciales y cineclubes, escuela de espectadores, ascienden a 752 locales con el límite de una proyección semanal.

En el análisis de audiencias, realizado en Madrid por el Instituto de la Opinión Pública en 1964 y publicado en 1965, de las 1.408 personas entrevistadas por personal especializado en esa muestra, de las 160 secciones electorales de la capital de España, el 64% va al cine por lo menos una vez al mes y el 13% varias veces por semana. Sólo una parte mínima, casi insignificante: el 14% de los entrevistados (y lo fueron sólo el 21% del total) ha asistido a alguna sesión de cineclub, que el 42% ni sabe lo que es. El 53% no ha modificado su asistencia al cine por la televisión; y el ir al cine figura en cabeza –como leer el periódico– entre las actividades más frecuentes de las personas en su tiempo libre, después de escuchar la radio, por encima de la lectura de libros, de ver la televisión y de asistir a espectáculos deportivos.

Vivimos en la época de la imagen, en plena inundación de imágenes. El cine es hoy el alimento de las masas, merienda o cena del espíritu en todo el orbe, si el periódico ha sido llamado su desayuno de papel. Pertenece ya a la existencia misma del hombre moderno.

La barrera del analfabetismo aísla de la palabra escrita a casi el 45% de la humanidad mayor de quince años. Pero el cine, la radio y la televisión han circundado rápidamente todo el planeta en crecimiento vertiginoso y pueden ser usados en gran escala para el bien y para el mal, modificando notablemente la conducta humana.

Mundo maravilloso y tentador, instrumento prodigioso y peligroso, cuya fuerza puede ser tan grande que los hombres, sobre todo si no están formados, difícilmente serán capaces de advertir, dominar, y, si llega el caso, rechazar⁵.

⁵ Cf. IM 4.

2. Ambivalencia práctica

No se os oculta la ambivalencia práctica de este «maravilloso invento de la técnica» en el orden moral: como un cuchillo o como el fuego; para el bien o para el mal. Como la libertad que nos hace acreedores al premio o reos del castigo. Porque «estos medios técnicos ejercitan un extraordinario poder sobre el hombre, conduciéndolo así al reino de la luz, de lo noble, de lo bello, como al dominio de las tinieblas»⁶.

Rectamente utilizado, hecho por el hombre al servicio del hombre, presta ayuda valiosa, pues contribuye eficazmente a unir y cultivar los espíritus y afirmar y propagar el Reino de Dios. A través de lo visto en el cine un hombre corriente de nuestros días ha multiplicado por mil el número de personas que antes podía conocer de vista, con quien podía sintonizar y comunicarse. El África entera – todavía sin escuelas, ni industrias– enlaza con el mundo a través de los medios de comunicación social que le regalan toda una abundancia de manjares, sin pedir –en apariencia– nada a cambio.

A través de las imágenes pueden y deben viajar por todo el mundo la bondad y la alegría, el arte y la amistad, la esperanza y la fe. Pueden servir de enlace a los hombres de todos los continentes para conocerse y unirse en la familia de Dios.

Pero los hombres podemos convertirlos en instrumentos de nuestro propio daño, utilizándolos contra la ley de Dios, cuando en lugar de servir al hombre, se sirven de él, con torpes fines lucrativos, sometiendo y esclavizando esta criatura de Dios que es el cine y su mensaje, a la tiranía taquillera del dinero de los pobres. Es cosa pública que en algunas producciones cinematográficas franco-italianas se ruedan escenas inmorales y, al proyectarse estos filmes en Europa, se suprimen dichos pasajes. En cambio, se exportan en visión completa, exclusiva y original, para los países sudamericanos. Nadie diga que quien paga en taquilla es el único responsable, pues vender pornografía a un público poco culto es como propagar el alcohol en las escuelas, o las armas en los países subdesarrollados.

La Iglesia no puede menos de sentir una maternal angustia por los daños que con demasiada frecuencia han causado al género humano esas imágenes embrutecedoras, angustiosas, terroríficas o descoyuntadas, que a base de descripciones de crímenes y violencias, monocultivo de la sensiblería, explotación de las pasiones, propaganda política injusta, sensualidad sutil o abierta pornografía, emborrachan y drogan al pueblo, degradando al hombre.

Un balance detallado de la Comisión del Centro Católico Cinematográfico sobre 540 filmes atestigua que la producción en 1965 no registra sensibles mejoras: el porcentaje de filmes excluidos o desaconsejados es altísimo: el 31,11% frente al 45,74% positivo y al 23,15% con reservas. Estamos lejos de encontrar en la realidad del cine actual un positivo y eficaz instrumento de elevación y formación, sobre todo si nos damos cuenta de que los filmes considerados positivos se limitan las más de las veces a no destruir, pero no son tampoco constructivos y

⁶ Pío XII, *Miranda prorsus*: DER XIX, 840.

valiosos. Pocas veces los autores usan este extraordinario medio de expresión respetando su intrínseca naturaleza de don de Dios al servicio del hombre⁷.

LOS VALORES DEL CINE Y SU JERARQUÍA

Que la dimensión negativa no proviene «ni puede provenir de Dios –perfección absoluta–, ni de la técnica misma, que es don suyo precioso, sino solamente del abuso que de ella hace el hombre, dotado de libertad, el cual, perpetrando y difundiendo a sabiendas tal abuso, se pone de parte del príncipe de las tinieblas y se hace enemigo de Dios»⁸, está fuera de duda. Es el hombre malo quien hace malo el cine, ya empujado por un desordenado apetito de lucro, halagando la bestia para llenar arcas; ya víctima de ideas erróneas sobre la realidad de la naturaleza humana que está caída, que no es ideal o aséptica, sino corruptible; ya desorientado en lo que toca a la libertad de expresión que tiene por límites la verdad y el bien; ya equivocado sobre la verdadera concepción del arte, que, si es autónomo en sus leyes técnicas, no lo es en cuanto practicado por y dirigido a hombres, sujetos de moralidad y responsabilidad.

Me consta que en vuestras apreciaciones y premios tenéis en cuenta la *prevalencia de los valores morales sobre los técnicos y artísticos*, por ser aquéllos de orden superior y trascendente: «Así se ha de condenar a cuantos piensan y afirman que una determinada forma de difusión puede ser usada, fomentada y exaltada, aunque falte gravemente al orden moral, con tal que tenga mérito artístico y técnico. Es verdad que, al arte, para ser tal, no se le exige una explícita misión ética o religiosa. Pero si el lenguaje artístico se adaptase, con sus palabras, sonidos e imágenes, a modos falsos, vacíos y turbios, es decir, no conformes al designio del Creador; si en vez de elevar la mente y el corazón hacia nobles sentimientos excitase las pasiones más bajas, podría hallar resonancia y acogida, aun sólo en virtud de la novedad, que no es siempre un valor, y de la parte exigua de realidad que contiene todo lenguaje. Sin embargo, tal arte se degradaría a sí mismo haciendo traición a su aspecto primordial y esencial, y no sería universal y perenne, como el espíritu a quien se dirige»⁹.

Así pensáis y actuáis y estáis todos conformes en que son vigilantes propios de esta prevalencia el Estado con su censura, la Iglesia con su calificación, y los grupos profesionales con toda su múltiple y variada actividad.

Y como si hubierais seguido el plan de la *Miranda prorsus* habéis ido exponiendo con máxima competencia y oportunidad el campo que se abre a productores y usuarios y sus deberes para un cine bueno, para un cine mejor.

⁷ Cf. el artículo de GIACINTO CACCIO, *Cinema e morale nel 1965*, publicado en *L'Osservatore Romano*, 17-18 enero de 1966.

⁸ Pío XII, *Miranda prorsus*: DER XIX, 843.

⁹ *Ibíd.* 844-845. Cf. IM 6.

DOS COMETIDOS DE LA IGLESIA EN ESTE CAMPO

Mérito especial de esta Semana y de estas Conversaciones es haber iluminado con la luz nueva de Dios, matizada por las vidrieras del Vaticano II, este mundo fabuloso del séptimo arte.

El Decreto sobre los medios de comunicación social participa del estilo y características conciliares, aprendidos de los labios del Papa Juan y tan maravillosamente formulados por Pablo VI:

«Que lo sepa el mundo [también el mundo del cine, apostillaríamos nosotros]: la Iglesia lo mira con profunda comprensión, con sincera admiración y con sincero propósito, no de conquistarlo, sino de valorizarlo; no de condenarlo, sino de confortarlo y de salvarlo»¹⁰.

«Nuestro testimonio es una prueba de la postura de la Iglesia con relación al mundo moderno: actitud de comprensión, de atención, de admiración y de amistad»¹¹.

Como magistralmente habéis explicado «en el decreto conciliar se aprecian dos cometidos esenciales de la Iglesia en el ámbito de la comunicación social. Le incumbe, antes que nada, como a madre y maestra, suministrar a los productores y a los usuarios de tan abundante elemento social una orientación clara sobre los márgenes éticos, en los que han de moverse, y descubrirles los horizontes de elevación humana y servicio al Creador que tienen ante sí tan providenciales instrumentos. No menor acento ha de ponerse en la utilización directa, por parte de la Iglesia y de los católicos, de estos mismos instrumentos como vehículos del mensaje evangélico. Estudiadas ambas vertientes de la misión de la Iglesia, es patente que puede derivarse un eficazísimo código de acción que renueve y potencie este sector decisivo de la educación y del apostolado»¹².

«Se ha reprochado, primero al proyecto y luego al decreto, una excesiva insistencia en los problemas morales, profesionales y de organización, y no haber profundizado más en los presupuestos teológicos y sociales del problema. La objeción es, sin duda alguna, interesante, pues los medios de comunicación social son un elemento constitutivo importante de la nueva civilización, que estamos viendo nacer ante nuestros mismos ojos y que la Iglesia está llamada a cristianizar y hacer más humana».

«Es cierto –al menos muchos especialistas así lo dicen– que los medios de comunicación social dan un carácter particular a la nueva civilización que va a nacer, pero no hay que olvidar que ellos no son únicamente una causa, sino más bien un resultado de la cultura moderna. Además, estos no son realidades sustanciales humanas, sino instrumentos modernos, universales, cuyo buen uso debe enseñar la Iglesia con toda urgencia y dando ella misma el primer ejemplo. La Iglesia no puede, pues, sin fragmentar gravemente el problema, profundizar

¹⁰ PABLO VI, *Discurso de apertura de la segunda sesión del Vaticano II*, 29 septiembre 1963: IPI, 1963, 182.

¹¹ PABLO VI, *Discurso a la Unión de empresarios y dirigentes católicos*, 8 de junio de 1964: IP II, 1964, 379.

¹² Véase el artículo editorial de *Ecclesia*, 18 de abril de 1964.

teológica y científicamente en la cuestión de la comunicación social aislándola de su contexto, es decir, el marco completo de la civilización moderna y de sus tendencias, en que los medios de comunicación social no son sino vectores eficaces y sugestivos».

«Esta profundización, ciertamente indispensable, está de derecho en otro documento consagrado a todo el conjunto de los problemas del mundo moderno; el decreto de los medios de comunicación social debía conservar, por tanto, su aspecto práctico y pastoral»¹³.

Este documento a que nos referimos es la gozosa y esperanzadora constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, *Gaudium et spes*, que tal vez pudiéramos calificar de constitución pastoral de encarnación en añadidura más que en contraposición a la pastoral de transcendencia, tal vez más claramente plasmada en la constitución sobre la Iglesia en sí misma, *Lumen gentium*.

«CARA Y CRUZ DEL MUNDO MODERNO», SEGÚN PABLO VI Y EL CONCILIO

En la audiencia general del miércoles, 30 de marzo último, tuvo un discurso Pablo VI que es como síntesis del pensamiento conciliar: «Cara y cruz del mundo contemporáneo», se titula. Después de un saludo en que dice: la ciencia del hombre, la filosofía, la historia, la ética, la sociología, la cultura en general, la economía, las realidades terrenas, como ahora se dice, han sido sometidas por el Concilio al cono de luz de la teología católica con un nuevo y audaz juicio, con un esfuerzo de comprensión y clasificación, con un acto de estudio y descubrimiento que nunca antes de ahora el magisterio de la Iglesia había llevado a cabo de forma tan directa, tan sistemática y autorizada. Pablo VI habla de la complejidad de la expresión «mundo contemporáneo» para terminar trazando este magnífico cuadro de luces y sombras: «No podemos olvidar el optimismo –deberíamos decir el amor– con que la Iglesia del Concilio mira al mundo, en el que ella misma se encuentra, y que la rodea, la supera, la oprime con sus gigantescos y perturbadores fenómenos. Este es uno de los aspectos sobresalientes del Concilio, que considera al mundo en todas sus realidades con la atención amorosa que sabe descubrir en todas partes las huellas de Dios, y por ello la bondad, la belleza, la verdad. No es solamente ésta su filosofía: es su teología. He aquí para qué sirve la Revelación. La luz del Evangelio aclara el panorama del mundo; las sombras están ahí terribles y fuertes: el pecado y la muerte, sobre todo. Pero en todas partes donde se posa esa luz, el reflejo de Dios resalta. La Iglesia lo busca, lo toma, lo goza. Lo encuentra en el cosmos; nadie como un verdadero cristiano puede quedar atraído por la fascinación del universo; su mirada se cruza con la luminosa de Dios Creador, que, dice la Escritura: ‘Vio todas sus obras y eran buenas’ (Gn 1, 31)».

«Su mirada se detiene en el rostro del hombre y en él descubre, en él especialmente, el reflejo divino; se detiene en la historia de la humanidad y en ella encuentra un hilo conductor, un sentido que llega hasta Cristo y en Él se centra, y así sucesivamente. Y se posa, sí, sobre este mundo moderno, y no

¹³ André-Marie Deskur, en *Studi cattolici*.

teme ni rehúye, sino que contempla y bendice la obra humana: la ciencia, el trabajo, la sociedad. Ve, como siempre, la miseria y la grandeza; pero hay, además, otra cosa. La Iglesia ve su vocación, su misión, la necesidad de su presencia; los hombres tienen necesidad de su verdad, de su caridad, de su servicio y de su oración. ¡Cuántas cosas habría que decir! Pero sean éstas suficientes. Comprended con qué genio, con qué corazón, la Iglesia del Concilio se acerca al mundo moderno; se abre a él no para contaminarse con sus costumbres, sino para infundirles el fermento de su salvación, y comprended cómo en esta concepción de la Iglesia y del mundo debemos educarnos»¹⁴.

Y cinco días antes, el día de la Anunciación, había dicho a los consultores de la Comisión Pontificia para las comunicaciones sociales, en orden a la elaboración de la instrucción pastoral a que alude el nº 23 del Decreto *Inter mirifica*: «La orientación general (del Decreto) exige ahora ser estudiada, concretizada y completada con competencia y amplitud de miras, y con el espíritu del Concilio, manifestado particularmente por las dos grandes constituciones sobre la Iglesia en sí misma y la Iglesia en el mundo de nuestro tiempo: espíritu –lo sabéis– hecho de fervor religioso, de sentido comunitario de la mayor caridad, de diálogo, de apertura, de comprensión para toda la actividad humana». Termina apuntando esta teología clara vertida en ardiente deseo: «Quiera Dios que estas jornadas de intercambio y de labor fraternal, en fecundo diálogo a la luz del Concilio, aporten su preciosa contribución al trabajo posconciliar, que los medios de comunicación sean cada vez más buenos mensajeros, preocupados por la verdad, cuyo primer nombre es el amor, cuya buena nueva nos ha traído el Evangelio para ser transmitida de generación en generación»¹⁵.

EL ARTE, MEDIO DE EXPRESIÓN DE LA BELLEZA INTERIOR

Mensajeros, los medios de comunicación. Aquí está la gran finalidad de este que el Papa denomina «verdadero fenómeno de civilización».

«*Instrumentos* al servicio de las expresiones del espíritu humano: maravillosos y poderosos, pero siempre instrumentos. Lo que más vale es el espíritu, el pensamiento, la cultura, la palabra que ellos expresan»¹⁶.

De aquí deriva su bien y su mal. Por eso, más que hablar de cine bueno o malo o de que el cine hace buenos o malos a los hombres, habría que decir que son los hombres los que hacen al cine y le ponen su rostro y le imprimen su sello. Y que será cine bueno el que sea expresión de la verdad, de la justicia y de la caridad, el célebre trinomio del Papa Juan, que recoge al pie de la letra el número cinco del Decreto y que se ha de tener en cuenta tanto en el uso del cine como en su enjuiciamiento.

El gran Sócrates rogaba a la divinidad con estas preciosas palabras: «Otórgame la belleza interior y haz que mi exterior trabaje amistad con ella». ¡Bella oración

¹⁴ PABLO VI, homilía del miércoles, 30 de marzo de 1966: IP IV, 1966, 737-738.

¹⁵ PABLO VI, *Alocución a la Comisión Pontificia para las comunicaciones sociales*, 25 de marzo de 1966: IP IV, 1966, 143-144.

¹⁶ PABLO VI, *Alocución a la Comisión Pontificia para las comunicaciones sociales*, 28 de septiembre de 1964: IP II, 1964, 564.

para el cine, brotando del *anima naturaliter christiana*! El arte –bello cuerpo– que hace visible el alma todavía si cabe más bella: el contenido, el mensaje.

El Verbo Eterno «imagen del Dios invisible» (Col 1, 15) y «figura de su substancia» nos reveló los misterios de su Padre y del Espíritu, encarnándose y haciéndose Palabra tangible, santa, con esas tres características de Verdad, Justicia y Caridad. La Palabra encarnada da forma y plasticidad humana a la imagen del Padre. Todas las cosas han de recapitularse en Cristo y sanarse en Él, que es sacramento del Padre, del encuentro con Dios. La Iglesia ha de ser sacramento de Cristo, y cada uno de los cristianos sacramento pequeño de la Iglesia. A esta misión está llamado todo hombre, que ha de vivir una vida regida por la recta razón, iluminada por la fe. Esta vida la ha de plasmar en todas sus obras y todas las realidades de este mundo han de estar unidas por este contacto de la gracia, de lo divino a través del Hombre-Dios y del hombre divinizado¹⁷.

CINE Y EVANGELIZACIÓN

Vivimos en el siglo del cine y la civilización de la imagen. Nuestro mundo se está perdiendo o ganando en el cine. Es una cosa seria, muy digna de la atención de la Iglesia; mucho más que un amontonamiento de tentaciones demoníacas, puede ser uno de los más anchos caminos del arte, una escuela de la vida, realizada por el costado poético en que se la sorprende.

Pero el cristiano ha de ver en el cine un precioso y providencial medio de evangelización universal a la medida de las dimensiones actuales del planeta. El cine es altavoz que permite gritar el Evangelio «por encima de los tejados» (cf. Mt 10, 27) y anunciar el mensaje de salvación y responder a las preguntas más hondas de los hombres en su lenguaje universal –«católico»–, que se expresa según la psicología de las muchedumbres y habla a los ojos del corazón. Es preciso que el Evangelio se encarne en la psicología audiovisual del hombre de hoy para que le hable en *su lengua* (Hch 2, 6-11). Y, sin duda, lleva algunos elementos psicológicos apropiados para hacer penetrar en la masa y comprender mejor el mensaje cristiano. Por él puede comunicar la Iglesia lo que posee y convertir en vivencia lo que comunica.

En la historia de la Iglesia pesará, más que la misma universidad, la catequesis amplia de base, aunque de las cumbres nevadas bajan las aguas y fecundan los valles y llanuras.

Y el cine puede contribuir a la superficialización de los espíritus, pero también a superar la que ha sido llamada herejía de nuestro siglo: el abstraccionismo en la predicación del evangelio. No hay idea por abstracta que sea que no pueda ser expresada por medio de la imagen. Ésta aporta sus elementos de alegría, de fuerza y de comunión en perfecta armonía con nuestra naturaleza sensible y se dirige al hombre total con su mensaje de bondad, verdad y belleza, por las ocultas veredas de nuestra psicología –de ahí su poder de seducción–. Y

¹⁷ Cf. AA 5.

envuelve a todo el hombre –cuerpo y espíritu– con una riqueza mayor que la misma realidad, como obra del arte y fábrica de sueños.

No más llantos inútiles por el daño que el cine hace, y sí más acción para que no lo haga, y cambiando de signo haga el bien que está llamado a hacer. No basta excluir, es necesario construir y redimir, como decía en la apertura el Ilmo. Sr. Director General.

La Iglesia llama a todos los constructores responsables de un cine mejor en el proceso de la creación, de la realización y de la exhibición de las películas. En el nº 11 del Decreto se hace a este propósito una enumeración rica y explícita.

He aquí sus palabras y sus metas: «Que la producción y exhibición de cintas destinadas al honesto descanso del espíritu, provechosas para la cultura y el arte humano, sobre todo aquellas que se destinan a la juventud, sean promovidas por todos los medios eficaces y aseguradas a toda costa; lo cual se logra sobre todo apoyando y coordinando las realizaciones y las iniciativas honestas, tanto de producción como de distribución, recomendando las películas que merecen elogio por el juicio concorde y por los premios de los críticos, fomentando y asociando entre sí las salas pertenecientes a empresarios católicos y a hombres honrados»¹⁸.

EL COMPROMISO TEMPORAL DE LOS CRISTIANOS EN LA CREACIÓN Y EN LA INDUSTRIA DEL CINE

Sería un error funesto y el más grande fallo pastoral de los católicos en este campo del cine el seguir ignorándolo como industria y seguir tratándolo sin entenderlo así, tal como se hace, industrialmente. No sería eficaz la acción de la Iglesia sin el compromiso temporal de sus hijos en la industria del cine, auxiliando las iniciativas cinematográficas, adelantándose a las malas, formando a los guionistas y actores y sosteniendo con largueza y de buen grado con sus bienes económicos y su pericia esos instrumentos, en cuanto sirven al apostolado y a la verdadera cultura. No se olvida la Iglesia de llamar a la responsabilidad a economistas y técnicos y directores de la industria cinematográfica que ya a los cincuenta años del cine era la tercera del mundo en potencia económica¹⁹.

Refiriéndose a los **productores** de cine decía Pío XII: «Acérquense los autores a las fuentes de la gracia; asimilen la doctrina del Evangelio, adquieran conocimiento de cuanto la Iglesia enseña sobre la realidad de la vida, sobre la felicidad y la virtud, sobre el dolor y el pecado, sobre el cuerpo y el alma, sobre los problemas sociales y las aspiraciones humanas, y entonces podrán ver cómo se abren ante sus ojos caminos nuevos y luminosos e inspiraciones fecundas para realizar obras que tengan atractivo y valor perdurable»²⁰.

A los **empresarios**, que con los maestros y los médicos son en apreciación del Papa los principales transformadores de la sociedad, los que más influyen en las condiciones de la vida humana y la abren a nuevos progresos, les recuerda

¹⁸ IM 14.

¹⁹ *Ibid.*, 13, 15, 17.

²⁰ *Miranda prorsus*: DER XIX, 859.

Pablo VI su responsabilidad: «Procurad saber bien el pensamiento de la Iglesia sobre todo lo que atañe a vuestra actividad: no os desagrade anteponer a las teorías de los maestros profanos, a las ideas de moda de los artistas, de los críticos, de la opinión pública, las enseñanzas tan meditadas, tan autorizadas, tan humanas del Magisterio eclesiástico. Nuestra doctrina... no es cadena molesta que frena nuestro paso, sino que es sostén seguro para no sumergirnos, y criterio de juicio que nos ayuda a comprenderlo todo, a juzgarlo todo y calificarlo rectamente»²¹.

Ya antes, el 25 de junio, les decía: «Los empresarios forman la categoría profesional más numerosa del mundo cinematográfico y no se puede negar que se encuentran hoy ante una serie de problemas económicos y morales difíciles de resolver. Siempre ha de sostener y alentar al empresario, en medio de estas dificultades, la convicción de que nunca será un simple comerciante. Pío XII lo subrayaba con fuerza en su encíclica *Miranda prorsus*: el film no es una simple mercancía, sino un alimento intelectual y una escuela de formación espiritual y moral»²².

«Sed hombres de ideas dinámicas –les dice el Papa–, de iniciativas geniales, de riesgos saludables, de sacrificios benéficos, de expresiones animosas; con la fuerza del amor cristiano podréis grandes cosas»²³.

Con respecto a los artistas escribió Pío XII: «Respetando su dignidad de hombre y de artista, el actor no puede prestarse a interpretar escenas licenciosas, ni cooperar a una película inmoral»²⁴.

Pero Pablo VI da un paso más y les dice cariñosamente en la homilía a la Unión Nacional Italiana «Misa del Artista» (preciosa homilía, en la que hace las paces, a veces rotas, entre la Iglesia y el arte y se declara amigo de los artistas): «Tenemos necesidad de vosotros... Nuestro ministerio es el de predicar y hacer accesible y comprensible, más aún emotivo, el mundo del espíritu, de lo invisible, de lo inefable, de Dios. Y en esta operación que traduce el mundo invisible en fórmulas accesibles, inteligibles, vosotros sois maestros... Vuestro arte consiste precisamente en recoger del cielo del espíritu sus tesoros y revestirlos de palabras, de colores, de formas, de accesibilidad»²⁵.

Tal vez, a quien más hay que formar es a los espectadores, como habéis subrayado vosotros: educar la mirada, más allá de la curiosidad superficial o de la pasividad receptiva, para que aprenda a ver una película con intención reflexiva, con enjuiciamiento progresivo y sintético por encima de las vicisitudes del asunto, con comprensión de la estética cinematográfica que se rige por una gramática con signos propios, que hemos de entender: una sugerencia, un movimiento de la cámara, el valor de la luz, de las sombras y sonidos, la ambientación, el color, la mímica de los actores, los diversos planos.

²¹ PABLO VI, *Discurso a la Asociación Católica de empresarios de cine*, el 7 de julio de 1964: IP II, 1964,452.

²² PABLO VI, *Discurso a la Unión de empresarios y dirigentes católicos*, 8 de junio de 1964, IP II, 1964, 375.

²³ Ver nota 21.

²⁴ DER XIX, 857.

²⁵ Discurso del 7 de marzo de 1964: IP II, 1964, 313.

Educación de la mirada: saber ver. No dejarse llevar sólo de lo fácil y agradable, olvidando por difícil lo profundo.

Ante la pantalla se suele estar más bien en estado pasivo y amorfo. Corren las imágenes y arrastran con su hechizo subyugante que arrolla al espectador y le hace olvidarse de sí mismo para vivir la actitud del protagonista, de una sombra. Saber ver, comprender y juzgar, con más personalidad e independencia, con los ojos activos del operador o director, abiertos a las virtualidades amplias que posee como beneficio de Dios. Aprender a conocer el mensaje del filme y adaptarlo o rechazarlo como hombre. Aprender a apreciar y gozar esa meditación orquestada que es la película artística. Rechazar lo vulgar o mediocre, lo puramente comercial y de explotación, y lo que deforma y despersonaliza, raíz de mayores desviaciones.

Educación de la mirada, para que no se quede en apatía ni en mera curiosidad, sino que penetre en humilde sumisión a lo real, en descubrimiento profundo y sereno de la imagen mensajera del espíritu. Una mirada así formada se dirigirá hacia el mundo y lo iluminará descubriendo en él reflejos y huellas de Dios que lo ha dejado revestido de belleza.

Educación de la mirada, delicada tarea formativa, a la que contribuyen notablemente conocidas y excelentes revistas católicas. Vosotros lo habéis dicho hermosamente: detrás de las imágenes está el hombre y el cristiano, y, detrás del cristiano, está la figura de Cristo, Hijo de Dios, para gloria del Padre.

Pío XII, después de recordar que la formación buscada no puede ser pretexto para ver espectáculos moralmente ruinosos, añadía: «Dichas iniciativas –de formación de espectadores–, si siguen las normas de la educación cristiana y son conducidas con competencia didáctica y cultural, merecen no solamente nuestra aprobación, sino también nuestro más entusiasta aliento para que sean introducidas y fomentadas en las escuelas y en las universidades, en las asociaciones católicas y en las parroquias»²⁶.

EL «BAUTISMO» Y LA «CONSAGRACIÓN» DEL MUNDO DEL CINE

Hace unos días bendecía en mi catedral de Astorga el agua del bautismo en el transcurso de la vigilia de Pascua. Para que el agua sirva para lavar y hacer nacer los hijos de Dios con el bautismo, hay que separarla y hacerla santa y llenarla de la presencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Se invoca esta presencia de Dios a lo largo de un prefacio todo él trenzado de alusiones bíblicas a la historia del agua en los orígenes del mundo, en el diluvio purificador y destructor, etc. Se pide que el Espíritu Santo fecunde esa agua preparada para dar nueva vida a los hombres; para que la gracia dé a luz a nuevos hijos de ella. «No se mezcle a estas aguas el poder enemigo, no las rodee su insidia, no se insinúe su astucia, no las corrompa su contagio». «Que esta criatura santa e inocente se vea libre de toda invasión del enemigo y limpia con la retirada de toda maldad». Y se toca el agua con la mano y se hacen tres cruces sobre ella y se derrama hacia los cuatro puntos cardinales, y se introduce en ella el cirio bendito, símbolo de la persona de Cristo que ungió el mundo por el misterio de

²⁶ *Miranda prorsus*: DER XIX, 850.

su encarnación, muerte y resurrección. Y soplando tres veces se pide: «Descienda la fuerza del Espíritu Santo a la plenitud de esta fuente y fecunde estas aguas para que produzcan la nueva vida».

El Concilio pide a los seglares su insustituible participación en esta bendición y bautismo del cine. En caso de necesidad cualquier hombre o mujer puede bautizar. Podéis y debéis. Poco haríamos bautizando esa pantalla en la que han de unirse las cuatro esquinas del mundo, si no confirmamos a la vez a los espectadores, para que puedan ver con ojos nuevos al hombre y el mundo hecho por Dios, y descubrir el rostro vivo de la Iglesia. Así, como sal y como luz, lejos de padecer daño, darán sabor a la tierra e iluminarán el mundo.

Yo pido para vuestra acción esta eficacia cuasi-sacramental, para que también en el cine sea glorificado el nombre del Señor Jesucristo, ayer y hoy y el mismo por los siglos (Cf. Hb 13, 8).

Termino con las palabras de Pablo VI a la TV italiana: «Vosotros comprendéis vuestra fuerza arrolladora en el mundo de la cultura, de la educación, de la opinión pública, del pensamiento, de la moral, de la orientación de las almas. Surgís como maestros de la vida... Además, sois expertos, competentes, y conocéis muy bien vuestra fuerza potencial y real. Pues bien, comprenderéis el máximo interés que tributamos a la función decisiva que, por fuerza de las cosas, estáis desarrollando. Comprenderéis nuestra admiración, que es grandísima, y también nuestro miedo que es paternal, y a la vez nuestra desilusión y –no quisiéramos llegar nunca hasta allí– nuestra lamentación. Se trata de las almas, decíamos, del reino espiritual, que es principalmente nuestro y que compromete, ante Dios y ante los hombres, nuestra responsabilidad...»

«¡Oh! No os pediremos que estéis siempre y solamente ligados a nuestro mundo religioso, aunque os agradecemos que en determinados momentos lo estéis; o que quitéis de vuestros programas cuanto puede servir para reflejar dignamente en ellos todos los aspectos de la vida y cuanto pretende llevar distracción y descanso a vuestros clientes, que tan ávidos y quizá necesitados están de ellos; pero os deseamos que estéis siempre al servicio noble y consciente del hombre moderno, que quiere ser el hombre verdadero, el hombre digno de sagrado respeto y siempre necesitado de toda consideración y cuidado, del hombre que, precisamente por lo que tiene de grande y de débil, tiene siempre necesidad de ser ayudado e instruido, para pensar bien ante todo, para sentir bien, para bien amar, para bien creer, para bien esperar, para bien vivir... Pensemos en el caso extremo, imaginando lo que vuestros niños, lo que vuestros hijos van a escuchar y a mirar»²⁷.

²⁷ PABLO VI, *Discurso a los dirigentes, funcionarios y técnicos de la RAI*, 25 de febrero de 1964: IP II, 1964, 140.

Galería de retratos

LA GRAN FIGURA DEL CARDENAL GOMÁ

Se reúnen en este apartado tres trabajos, ordenados cronológicamente, sobre la figura y la obra del Cardenal Isidro Gomá (1869-1940), Arzobispo de Toledo y Primado de España.

I. EL CARDENAL GOMÁ Y LA GUERRA DE ESPAÑA

Prólogo a la obra de MARÍA LUISA RODRÍGUEZ AISA, *El Cardenal Gomá y la guerra de España. Aspectos de la gestión pública del Primado 1936-1939*, Madrid 1981, 11-16.

Yacen los restos del cardenal Gomá en su tumba de la catedral de Toledo, ante la cual millares de españoles que conocen la historia reciente de España se detienen con respeto y veneración, conscientes de la grandeza de esa figura insigne de la Iglesia y de la patria española.

En el sepulcro los restos, y en el archivo del Arzobispado documentos escritos por él o a él dirigidos desde muy diversas instancias, que sirven para conocer determinados acontecimientos de una época, de corta duración en el tiempo, pero de enorme trascendencia e intensidad en la vida de nuestra nación.

Pocas veces se han dado juntos a la vez tanto afán de destrucción y tan ardiente deseo de un porvenir mejor. Estoy hablando de los tres años de la guerra española de 1936 a 1939, de la Cruzada, del enfrentamiento bélico entre hermanos, de la sublevación de un pueblo contra los poderes constituidos, de la lucha entre las diversas clases sociales de España. De todo hubo en aquel doloroso conflicto en que nada fue pequeño: ni el odio ni el amor, mezclados ambos sentimientos, para que la tragedia fuese más viva, en los mismos corazones y en las mismas almas de los que lucharon y murieron de un lado y de otro.

Concretamente, el tema de la Iglesia y la guerra española sigue siendo de actualidad dentro de esa etapa de la vida de nuestro pueblo y nunca podrá soslayarse, a no ser que se renuncie injustamente a entender el fondo ideológico del conflicto. Es un tema del que se ha hablado mucho, pero que se ha estudiado poco. Predomina la polémica sobre el juicio sereno, y abundan más los análisis superficiales y subjetivos que las exposiciones documentadas.

Por lo mismo es necesario acercarse a él sin «prejuicios», sabiendo situarse en el tiempo y circunstancias en que los hechos se produjeron, convencidos de que no se necesita apología ni diatriba, sino sencillamente estudio y aportación de datos exactos, huyendo de todo tópico fácil y por consiguiente a-histórico.

Este es precisamente el intento del trabajo realizado por María Luisa Rodríguez Aisa que ahora ve la luz. Pacientes investigaciones llevadas a cabo en el archivo del cardenal Gomá, al que ha tenido acceso directo con la debida autorización de quienes podían darla sin infringir disposiciones testamentarias del cardenal, le han permitido elaborar esta tesis doctoral que alcanzó justo reconocimiento en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense. Es el suyo un estudio objetivo y sereno que ilumina aspectos diversos de la relación entre la Iglesia y la Patria y concretamente de la actuación, durante la guerra, del insigne Primado de la Iglesia española, cardenal Gomá.

La figura de Gomá en la guerra española

Don Isidro Gomá vino a Toledo en 1933. Había sido obispo de Tarazona desde 1927 hasta ese año. No dejó de causar cierta sorpresa su nombramiento para Toledo, en donde venía a sustituir al cardenal D. Pedro Segura. Sin embargo, la autoridad moral de que gozaba era ya muy grande, sobre todo por los múltiples escritos pastorales, catequéticos, bíblicos, teológicos, filosóficos, que habían brotado de su pluma. También sus cartas e instrucciones pastorales como obispo de Tarazona fueron documentos muy notables en aquella época, en que no faltaban los obispos de sólida formación cultural eclesiástica.

Pero era, sobre todo, un hombre de carácter, claro en sus juicios, enemigo de toda confusión, intrépido en la defensa de la Iglesia, de su misión en la sociedad, de sus derechos frente a quienes por sectarismo o por ignorancia querían negarlos.

Cuando llega a Toledo el 2 de julio de 1933, cumplidos los 63 años, la Iglesia sufría ya las consecuencias de una legislación laicista apasionada y rencorosa. La pequeña ciudad, por cuyas piedras hablaba la antigua historia, era ya, como tantos y tantos lugares de España, foco de desórdenes y tumultos continuos. La misma toma de posesión fue accidentada y dolorosa.

Nombrado cardenal por el papa Pío XI en 16 de diciembre de 1935, al despacho del Primado en Toledo o al Palacio de la Cruzada en Madrid llegaban continuamente visitas, informes y consultas. Y todo fue en aumento cuando, a partir de las elecciones de febrero de 1936, la vida nacional se convirtió en un alud incontenible de tensiones de toda índole, que hacían presagiar la gran tormenta que pronto se desencadenaría. El Cardenal no tuvo nunca conocimiento de lo que se venía tramando, y sí únicamente la presunción de que, tal como iban las cosas, la gran explosión se produciría inevitablemente. Tenía, si se quiere, más información que otros muchos españoles para presentir la tragedia que se avecinaba, pero nada más. Su ausencia de Toledo cuando se produjo el Alzamiento del 18 de julio se debió pura y simplemente al compromiso asumido hacía mucho tiempo de ir a Tarazona a consagrar al que había de ser su obispo auxiliar Dr. D. Gregorio Modrego. Allí estaba el 18 de julio y ya no pudo volver a Toledo hasta que se produjo la liberación de esta ciudad y de su Alcázar por las tropas nacionales el 27 de septiembre de 1936.

Declarada la guerra y partida en dos la vida y la geografía de España, desde el primer momento apareció el factor religioso como elemento importantísimo de la nueva situación, o como aglutinante de estímulos y reacciones para la lucha por

parte de unos, o como objeto de persecución devastadora y odio «impío» por parte de otros.

Gomá fue el que entendió que no podía permanecer indiferente. Asumió con dolor, porque él también era el Cardenal de la paz, todas sus responsabilidades, enormemente delicadas, complejísimas, difíciles, y pasó a ser, sin él quererlo, la figura clave de la Iglesia española durante la guerra, no sólo en la zona nacional, sino por consecuencia y derivaciones de sus actos, también en relación con la Iglesia que vivía o moría en la otra parte y con las instancias superiores de la misma.

Fue figura clave en la guerra:

Como cabeza de la Iglesia española, la cual, con rarísimas excepciones, formó un bloque sólido y compacto.

Como representante, aunque meramente oficioso, de la Santa Sede durante casi un año.

Y como exponente de una postura clara en relación con el Estado que surgía y en sus juicios sobre la naturaleza sustancial del conflicto y las implicaciones del mismo en el orden social y religioso.

Qué extraño es que muy pronto, y sobre todo años después, haya pasado a ser una figura controvertida y, más aún, combatida por muchos. ¡Triste destino – triste o glorioso según se mire– el de aquellos hombres que, sin buscarlo, se encuentran en un momento dado sumergidos en las tinieblas de la noche, teniendo que hacer sobrehumanos esfuerzos para encontrar caminos que permitan vislumbrar mejores horizontes para la Iglesia y para la Patria amada en el fragor de la tormenta! Son más cómodas otras actitudes. Lo difícil es mantener con firmeza convicciones que se estiman justas, y proclamarlas en nombre de una fe que tiene sus exigencias y cuenta con la experiencia histórica de tantos y tantos dramas humanos en el decurso de la civilización, también la que llamamos cristiana.

El Cardenal Gomá ha sido muy combatido; hora es ya de que sea profundamente estudiado, teniendo a la vista documentos fehacientes a través de los cuales puedan conocerse los matices de su gestión, lo que afirmó y rechazó, los motivos que le inspiraron y los límites más allá de los cuales ni pasó él, ni quiso que pasara nadie, en cuanto se refería a lo que el hecho religioso –mezclado con el político, social, bélico, etc., sin que él lo hubiera buscado– significaba o demandaba en tan difíciles circunstancias.

Fuera del libro de su secretario D. Anastasio Granados, apenas se ha escrito nada serio sobre su figura y actuación. Todo han sido repeticiones de los primeros juicios de aproximación, las mismas alabanzas, los mismos ataques y, por supuesto, las mismas fáciles contraposiciones con otros protagonistas de la vida civil o eclesiástica, que también sufrieron y actuaron de modo distinto, según se lo aconsejaba su conciencia y el ambiente en que se movieron. Decir de él que fue el Cardenal belicista es simplemente una calumnia; añadir que para explicar el fondo de su espíritu hay que acudir a su anhelo de restaurar una Iglesia constantiniana en el sentido peyorativo de la palabra, es ignorancia crasa. Hay que examinar con detenimiento los «papeles» de su archivo, todos los que

se conservan, en los cuales se refleja con sinceridad su posición ante los problemas que le tocó afrontar. Y, desde luego, no empeñarnos tercamente en juzgar con criterios de hoy lo que sucedió entonces. Lo que decimos en un intento de explicación de tantas incomprensibles posturas de hoy, a saber, que en cuarenta años ha evolucionado mucho el mundo actual, hemos de aplicarlo también al hecho que comentamos.

Algunos rasgos de su gestión

Para la historia quedan, y lo importante es que se ofrezcan con exactitud, los aspectos fundamentales de su gestión; lo que hizo o dejó de hacer; las ideas que guiaron su conducta; sus reacciones ante el curso de los acontecimientos; sus juicios sobre el momento y sus previsiones del porvenir. Esto es lo que la autora de este estudio nos presenta con fidelidad que se apoya en documentación rigurosamente analizada.

El Cardenal Gomá defendió siempre la independencia de la Iglesia en sus relaciones con las autoridades políticas o militares y luchó para que fueran reconocidas la dignidad y prerrogativas de su condición de Primado, tanto en el interior de la Iglesia como en sus gestiones con el Estado.

Se opuso siempre, como lo había hecho toda su vida, al laicismo entendido como ausencia o negación de Dios en la vida social, por lo cual propugnó ardorosamente un confesionalismo católico en la vida pública de España, cuya alta orientación política deseaba fuese informada por los principios cristianos tantas veces proclamados por la doctrina católica, la cual el propio Concilio Vaticano II estimaba válida al hablar, en la Declaración sobre libertad religiosa, sobre el deber de las sociedades en relación con la verdadera religión.

Esta convicción le movió a trabajar cuanto pudo, dentro del régimen político que nació del 18 de julio, en favor de una legislación que –sobre todo en materia de enseñanza– reparase los estragos causados durante la República.

Su juicio sobre los valores que estaban en juego en nuestra guerra fue clarísimo y firme, y nunca dudó en manifestarlo así, convencido honestamente de que su responsabilidad pastoral de Jefe de la Iglesia española se lo exigía. De ahí, su rotunda legitimación del Alzamiento del 18 de julio y su empeño en que esta actitud suya fuese conocida, a la vez que las razones que la avalaban, en el extranjero y sobre todo en Roma, lo cual no significó nunca la aprobación sin más de la política concreta del Estado naciente.

Como el obispo de Salamanca, Dr. Plá y Deniel, más tarde sucesor suyo en Toledo, Gomá no dudó en llamar Cruzada al doloroso conflicto, y ello no por presión extraña alguna, sino porque así lo estimaba en su conciencia.

En sus relaciones con el Generalísimo Franco y con las demás autoridades políticas y militares, mantuvo su independencia y libertad, lo que le llevó en ocasiones a tener que sufrir graves tensiones, cuando pensaba que en algún aspecto no se respetaba la necesaria autonomía de la Iglesia.

Habló a tiempo ante quien debía hacerlo, del peligro de ciertas corrientes ideológicas que podían ser dañosas para la vida de la Iglesia y del pueblo

español, o llevar a España por caminos ajenos a su historia (nazismo, socialismo, autocratismo, injerencia excesiva del poder político, etc.).

Deseoso de favorecer lo más posible el acercamiento entre el Vaticano y la España nacional, trabajó incansablemente por el establecimiento de relaciones oficiales, exponiendo sus opiniones con toda lealtad y sinceridad ante ambas partes, teniendo que experimentar dolorosas incomprensiones de unos y de otros. El Cardenal pensaba que los roces con el nuevo Estado se debían a la ausencia de acuerdos legales entre el mismo y la Iglesia. La dificultad principal estribaba en las diferencias entre el Vaticano y el Estado español respecto a la reinstauración de los antiguos privilegios concordatarios, sobre todo en el nombramiento de obispos.

Su vida se fue agotando en medio de tantos trabajos y sufrimientos, y, poco más de un año después de terminada la guerra, entregó su alma a Dios en su sede de Toledo con la misma grandeza de sentimientos con que había vivido siempre, lleno de paz y confianza en el Señor a quien se había consagrado, y deseando para España días más venturosos que los que él tuvo que vivir.

Lejos ya del fragor de la contienda, quizá su pensamiento en los últimos meses, en esa hora en que una mente lúcida contempla lo que va quedando de las cosas y examina las raíces profundas de los hechos vividos, volvería con frecuencia a meditar en lo que había sido su preocupación pastoral más noble y honda en lo que se refería a la Iglesia en su Patria española, aunque de ello apenas se ha hablado por parte de los que han tenido interés en presentarnos una figura parcial y deformada.

El Cardenal Gomá se lamentó toda su vida de los fallos del catolicismo español, de la fe rutinaria y puramente emocional de gran parte del pueblo, de la falta de preocupación social en las clases más acomodadas, de la deficiente formación de los sacerdotes, a cuya injerencia en asuntos políticos con claros matices partidistas de signo contrapuesto en todas las regiones españolas, pero particularmente en las más enardecidas por la pasión nacionalista, atribuía gran parte de los males que la Iglesia hubo de sufrir.

En el diagnóstico que hizo de la vida religiosa de España y en los trabajos que realizó para renovarla –tanto como escribió y habló a lo largo de su vida– apuntó certeramente a este objetivo fundamental: la formación espiritual e intelectual del clero. Pensaba él –sin necesidad de esperar al Concilio Vaticano II– que, si esto se lograba, se remediarían muchos otros males que secularmente habían venido influyendo sobre el catolicismo español, puesto a prueba tan dolorosamente en la dura guerra en que él tanto tuvo que sufrir.

El había amado la paz y la concordia sin dejar de servir nunca a la verdad. El no quiso la guerra. Sencillamente, cuando estalló, se vio envuelto en el conflicto según fue éste evolucionando, y trató de cumplir con su deber. Amó a la Iglesia y a España y este doble amor le acompañó en su agonía hasta que se extinguió su vida.

II. EL CARDENAL GOMÁ, PASTOR Y MAESTRO

Prólogo a la obra de LUIS CASAÑAS GUASCH y PEDRO SOBRINO VÁZQUEZ,
El Cardenal Gomá, Pastor y Maestro (1869-1940), Toledo 1982.

La figura del Cardenal Gomá es tan importante en la vida de la Iglesia de España en nuestro siglo, que merece ser conocida en toda su amplitud. Injustamente reducida a los límites de su actuación en los años de nuestra dolorosa guerra civil (1936-39), los españoles de hoy no tienen otra noticia de él que la que les ha llegado a través de las polémicas que de vez en cuando han surgido en estos años, referidas a los dramáticos acontecimientos que tuvieron lugar en nuestra patria durante este período.

Es frecuente en personas cuya vida va derramándose en las múltiples actuaciones, a que les empujó su destino, que, al cabo de algún tiempo, sólo sean recordadas por algunos rasgos más llamativos y clamorosos, aunque no los más exactos y consistentes para dar a conocer lo que en realidad fueron.

Esto es lo que ha sucedido con el Cardenal Gomá. Se tiene de él la idea de que fue el que bendijo y alentó lo que hubo de cruzada en nuestra guerra, el que intervino en favor de los ideales de una de las partes contendientes, el que procuró en España y en el mundo la adhesión a la defensa que hizo la Iglesia española de los valores por los cuales muchos lucharon y murieron, con exclusión y rechazo de las tesis políticas que defendían los contrarios. De ahí a llamarle el cardenal belicista no hay más que un paso, y se ha dado con frecuencia. Ello ha servido para que, en la conceptualización pública, quede vinculada su figura exclusivamente a unos hechos determinados de los que fue protagonista singular. Se ha producido así una deformación de su persona, de su trayectoria pública y ministerial, y de los nobles y hondos motivos que le indujeron a obrar en un sentido determinado.

Afortunadamente el libro editado en 1969 por el que fue su secretario particular y más tarde obispo auxiliar de Toledo, don Anastasio Granados, *El Cardenal Gomá, Primado de España*, y el reciente estudio de la doctora María Luisa Rodríguez Aisa, *El Cardenal Gomá y la guerra de España*, que vio la luz el pasado año 1981, editado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, permiten a los hombres cultos tener una idea más exacta de lo que en este punto concreto dijo e hizo el venerable Cardenal de Toledo y Primado de España en aquellos años turbulentos. Publicaciones futuras irán aclarando aún más todo lo relativo a este tema, en que él tuvo tan destacada intervención.

Pero, ¿fue solamente eso el Cardenal Gomá? ¿No hubo en él otros aspectos que merezcan ser conocidos? ¿Es legítimo que su figura pase a la historia enmarcada exclusivamente en lo que fue la guerra civil con sus implicaciones y complejidades? Es necesario tratar de responder a estas preguntas, si se quiere ofrece una visión más completa de aquel gran obispo de la Iglesia de España, para que no quede aprisionado entre las referencias siempre polémicas que se hacen de él, cuando se toca el tema de nuestra guerra, como si fuera esto lo único que merece ser estudiado en su biografía. Particularmente los sectores eclesiásticos de nuestra patria, y los de cualquier parte del mundo interesados

en conocer la historia de la Iglesia española en nuestro siglo, tienen derecho a recibir una información adecuada de las figuras que han contribuido a hacer esa historia. Sólo así dejarán de utilizarse frases hechas, tópicos simplistas, injustos reduccionismos que ocultan, o dejan para siempre en el olvido, las más reales y profundas manifestaciones del modo de ser de una persona o de los acontecimientos de una época.

Este es precisamente el servicio que quiere prestar el libro que, con el título de *El Cardenal Goma, Pastor y Maestro*, han preparado y escrito dos sacerdotes miembros del Cabildo Metropolitano de Toledo, don Luis Casañas y don Pedro Sobrino. El primero acompañó al Cardenal durante su vida de obispo en Tarazona y Toledo, también como secretario privado suyo, y ha continuado hasta ahora en la sede toledana ocupando diversos cargos que le han hecho acreedor al respeto de todos. Catalán, tarraconense, como el Dr. Gomá, ha trabajado pacientemente en la ordenación de los diversos escritos del Cardenal, sin dejar de prestar atención a los datos biográficos que él conocía mejor que nadie, completando así lo que escribió don Anastasio Granados.

Ha colaborado con él, con méritos propios en su aportación sistematizadora y de investigación, el M. I. Sr. D. Pedro Sobrino, joven profesor de teología de nuestro Seminario de Toledo, que sabe armonizar su afición al estudio de la patrística y las fuentes de la Tradición con el detenido análisis de la obra escrita por una figura eminente de nuestro tiempo, el Cardenal que rigió los destinos de la diócesis toledana, a la que este joven sacerdote pertenece.

Juntos han logrado poder ofrecer a los lectores, empezando por los de la propia diócesis, un estudio serio y responsable de las dimensiones que alcanzó, tan notables y ejemplares, uno de sus más insignes obispos. Así se hacen también las diócesis, que no son solamente una circunscripción geográfica, sino una determinada palpitación de la vida de la Iglesia con sus obispos, sacerdotes, comunidades religiosas y fieles. Una diócesis es, a la vez, vida comunicada, impulso creador, realidad consolidada día tras día, e historia que enseña y alecciona.

Los autores nos dan a conocer, con más abundancia de noticias que hasta aquí, la rica personalidad humana del Cardenal Gomá.

Era un hombre de curiosidad insaciable por conocer y ver, que se preocupaba de conservar el recuerdo de lo que había visto y conocido. Tomaba notas de todo, del libro que leía rápidamente, de la conversación mantenida, de la impresión que le habían causado las personas con quienes trataba en visitas que él hacía o que le hacían a él.

Prudente y discreto por temperamento y por las exigencias de su cargo, se mostraba anheloso de conocer de primera mano, en sus fuentes más inmediatas, las noticias y los hechos que las producían. Así lo recuerda el escritor Eugenio Vegas Latapié, con quien he conversado varias veces acerca de las relaciones que tuvo con él, cuando con frecuencia le visitó en Toledo, en compañía de Ramiro de Maeztu, o en otras ocasiones.

Dotado de una robusta capacidad intelectual y de un carácter vigoroso, no era seco y adusto, sino, por el contrario, profundamente humano, inquisitivo, deseoso de saber más y más, rico en sentimientos y ternura humana y religiosa.

Muy catalán, muy español, amaba a Cataluña y a España sin dejar de estimar las diferencias de sus pueblos y regiones en lo que tienen de propio y respetable, y sin sentir ninguna dificultad para aceptar los valores sociales, culturales y políticos de una superior unidad integradora que se manifestaba en la Patria común. La música, la poesía, la pintura y escultura, la fotografía incluso, le deleitaban.

Fue el Cardenal Gomá un humanista en el mejor sentido de la palabra. Fiel a sus amigos, parco en la censura y generoso en el elogio, nunca cerrado en sí mismo, se mantuvo siempre atento a las reclamaciones nobles que llegaban hasta él, tanto de parte de la historia y de la vida, como de los sufrimientos o las aspiraciones justas de las personas con quienes trató. Minucioso y ordenado; era así sobre todo para trabajar mejor y más eficazmente, pues su talante le empujaba más bien a las grandes síntesis, y, por consiguiente, a una visión más general y amplia de los acontecimientos, en la que el detallismo es frecuentemente un estorbo.

De su condición de «pastor de las almas», las páginas de este libro nos hablan con sobrada elocuencia. Sus visitas pastorales a las parroquias, su interés por la catequesis, su atención al Seminario como rector del mismo en Tarragona y más tarde como obispo en Tarazona y Toledo, su amor a los sacerdotes y su interés vivísimo por facilitarles siempre una más completa y profunda formación intelectual y humana para el desempeño de su ministerio, su estimación de la liturgia como valor primerísimo de la vida pastoral para la mejor expresión y proclamación de la fe, sus enseñanzas sobre la predicación sagrada y en concreto sobre la homilía, su solicitud por la observancia de la disciplina eclesiástica, revelan las grandes convicciones que nutrían su alma de «pastor de la grey», siempre afanoso de dar a todos el alimento y la luz que necesitaban.

El acierto del título de este libro es evidente, *Pastor y Maestro*. Porque en la figura del Cardenal Gomá brilla con esplendor esta doble condición. Fue pastor siendo maestro; y fue maestro, no para la especulación teórica y profesoral, sino para la acción pastoral y práctica y viva. Quería que se conociese y amase la Sagrada Escritura, y escribió sobre la Biblia; amaba la liturgia, y escribió sobre su valor educativo; sabía que la Iglesia y la vida cristiana no son nada sin el misterio riquísimo de Jesucristo, y escribió sobre Cristo Redentor. La Virgen Santísima, la Eucaristía, el papado, la familia tal como Dios la quiso y fortalecida por el sacramento que eleva el matrimonio a una dignidad superior, la sociedad civil en que el ser humano es consciente de sus derechos y deberes para mejor cumplir el destino que engrandece su misión en la tierra, fueron temas centrales que reclamaban su atención permanente.

Él no era un intelectual puro, ni mucho menos un investigador. Poseía una formación filosófica, teológica y canónica muy completa, porque nunca dejó de estudiar. Brilló por el acierto en los temas elegidos, por la densidad de la exposición, y hasta por la forma literaria, un poco retórica, connatural en él dada la exuberancia mediterránea con que se manifestaban sus concepciones y sentimientos.

Se inspiró en la teología clásica de Santo Tomás y otros grandes teólogos, y, ¡cómo no!, en los documentos del Magisterio pontificio, que supo comentar con extraordinaria profundidad y competencia.

Fue también asiduo lector de libros y revistas belgas y francesas del tiempo en que él vivió, lo cual le permitió seguir con atención el movimiento cultural y teológico de aquella época, incluidas las inquietudes pastorales que preanunciaban lo que más tarde se manifestaría tan impetuosamente.

Consideración propia merecen, aparte de sus libros y conferencias, las cartas pastorales que escribió durante sus pontificados de Tarazona y Toledo, llenas de doctrina sólida y orientadora sobre muy diversas cuestiones. En ellas brilla más que en los libros la urgencia que sentía, de sus deberes de adoctrinar y guiar, propios del pastor, pero son igualmente densas y riquísimas por su contenido. El lector puede apreciarlo así en esta obra de los señores Casañas y Sobrino.

Llegó un momento en que el rumbo de la vida política en España presagiaba la gran tormenta que se desencadenó después. Sus escritos son múltiples, y más conocidos, aunque sólo sea por referencia, pero es necesario volver a leerlos con serenidad y sin pasión, situándose en el contexto de las circunstancias históricas en que él se encontró. Siguió siendo pastor y maestro, con una diferencia: la de que ahora había caído sobre sus hombros –me refiero ya a la época de la guerra civil para muchos y, muy justamente, fue también cruzada en favor de los valores religiosos de un pueblo– la inmensa y difícilísima responsabilidad de asumir el deber de orientar, en unión con los demás obispos, a toda la Iglesia española.

Lo cumplió con toda decisión y con la misma generosidad e intrepidez que siempre le acompañaron en el desempeño de su ministerio apostólico. Tuvo que luchar en diversos frentes a la vez: en España, en Roma, y en la obligada relación con quienes sostenían diversas concepciones de nuestra guerra en países de Europa y América. Cuando terminó el conflicto, la nación española estaba materialmente deshecha, la Iglesia había sufrido indeciblemente, y empezaron a surgir intentos de ordenación política influidos por los totalitarismos doctrinales de la época, incompatibles con la fe católica, por la que él tanto se había comprometido. De nuevo tuvo que exponerse a los riesgos de la incompreensión apasionada. Pero siguió siendo pastor y maestro hasta la muerte.

El lector tiene en sus manos, gracias a este libro, la documentación que justifica cuanto vengo diciendo. En adelante será imposible reducir la gran figura del Cardenal Gomá a esquemas interesados y parcialistas. Los autores han logrado pacientemente ofrecernos una visión completa de quien sin duda fue uno de los más grandes obispos de la Iglesia española en la Edad Contemporánea.

III. REVISIÓN DE LA FIGURA DEL CARDENAL GOMÁ

*Disertación leída en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, el 5 de junio de 1984, publicada en *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, 61, 1984,470-481.*

Si me preguntan ustedes por qué he elegido este tema para mi disertación aquí en nuestra Academia, la respuesta es fácil: desde hace unos años estamos asistiendo a una vergonzosa manipulación de la historia de la Iglesia en España.

Los hechos de que ha sido protagonista o partícipe, su labor pastoral en los diversos sectores del pueblo español, sus figuras insignes y sobresalientes, por su apostolado, su ciencia teológica, o su espiritualidad, son presentados frecuentemente con sectarismo, con hostilidad, o con una superficialidad y ligereza que causan auténtico dolor intelectual, si es lícito hablar así.

Se comprende que el hecho religioso cristiano levante siempre contradicciones. Es un signo de Cristo y así está profetizado por Él mismo, no sólo por el anciano Simeón. Contradicciones que nacen, por ejemplo, de la moral de las bienaventuranzas, de la teología cristiana del cuerpo, de la dialéctica entre el dolor y el progreso, entre el egoísmo y el amor, entre las afirmaciones dogmáticas del misterio y las ineludibles exigencias de la razón. Son dos conceptos del hombre que luchan entre sí, y surge inevitablemente la tendencia a eliminar uno u otro. De esto nadie debe escandalizarse. Sucede y sucederá siempre dentro del cristianismo y en relación con el contenido religioso que encierra. No se da en cambio entre los adeptos de las religiones orientales, como el budismo, los cuales no polemizan entre sí, sino que, o abandonan silenciosamente sus creencias, o son capaces de mantenerlas siglos y siglos con la misma quietud con que la naturaleza mantiene sus ciclos.

Se comprende también, dado lo que nos enseña la realidad histórica, que surja igualmente la contradicción, cuando se trata de emitir juicios sobre empresas sociales y políticas inspiradas en ideales cristianos, porque «nunca es oro todo lo que reluce». En los empeños más nobles aparecen, tarde o temprano, las ambiciones humanas, y es cierto que en todas las «cruzadas» de todos los tiempos ha habido siempre excesos reprobables. Por lo cual, la cautela y la moderación deben acompañar siempre, no sólo a los impugnadores de una causa histórica determinada, sino también a los defensores y apologistas de la misma.

Lo que molesta y duele, en relación con este tema tan profundo y difícilmente abarcable de la Iglesia, es la ligereza tan atrevida, el desparpajo insolente, con que hombres cultos en otras disciplinas y cuestiones se lanzan a dar juicios y criticar personas, doctrinas religiosas y actitudes de espíritu, sin datos, con terribles omisiones, o con intencionadas ocultaciones de lo que realmente se ha dicho o se ha hecho por parte de los criticados y juzgados.

Con el Cardenal Gomá, figura eminente de la Iglesia europea, no solamente española, en nuestro siglo, sucede precisamente eso.

No se conocen bien su biografía ni sus méritos; se le juzga por una etapa de su vida, en que le correspondió actuar en cumplimiento de su misión altísima, la etapa de nuestra guerra civil, muy corta en su largo ministerio, puesto que solamente abarca los tres años del conflicto, y el que siguió hasta agosto de 1940 en que muere; y se transmite de él una imagen distorsionada, incompleta y obstinadamente parcial, puesto que ni siquiera se estudia con seriedad y con rigor lo que hizo y dijo en ese corto y dramático período de tiempo. Afortunadamente contamos con un libro de la Dra. María Luisa Rodríguez Aisa, *El Cardenal Gomá y la guerra de España*, editado en 1981 por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en que se ha hecho un trabajo de investigación muy lograda sobre esta parte de su vida. Pero ¿cómo vamos a

pedir que lo lean y reflexionen los que escriben en periódicos y revistas y hablan en determinadas cátedras bajo el impulso de sus prejuicios ideológicos?

Otros libros, indispensables para conocer su figura, son el de don Anastasio Granados, *El Cardenal Gomá, Primado de España*, editado por Espasa-Calpe en 1969; y el más completo, *El Cardenal Gomá, Pastor y Maestro*, de Casañas-Sobrino, publicado en 1982, y preparado bajo los auspicios del Estudio Teológico de San Ildefonso de Toledo, en dos volúmenes, donde se hace un detalladísimo estudio de sus escritos. Alguna otra publicación, como la del jesuita Ramón Comas, *Gomá-Vidal y Barraquer* escrito en catalán, es más polémica y tiende a contraponer las figuras de los dos cardenales, en su visión de la Iglesia en ese período de la guerra.

En este apunte, que no otro nombre merece mi exposición de hoy, prescindo por completo del capítulo más conocido de su vida, el de su actuación durante la guerra de España; primero, porque está estudiado, y segundo, porque prefiero referirme a aspectos menos ponderados de aquella gran personalidad sobre la que ha caído un espeso y doloroso silencio.

Permítanme ofrecer este esquema, cuya elocuencia y significación ustedes sabrán medir mejor que nadie. Sirva asimismo como homenaje a quien fue también miembro electo de nuestra Academia, sucesor de Ramiro de Maeztu, aunque la muerte le impidió tomar posesión de su medalla.

El Cardenal Gomá nació en 1869 y murió en 1940. Fueron setenta y un años los de una vida plena, como estudiante en el Seminario, coadjutor y párroco, canónigo, rector del seminario de Tarragona, provisor del arzobispado y obispo.

Viajó mucho por Europa, África, América. Fue entusiasta aficionado a la música, la pintura e incluso la fotografía. Le gustaba la caza y el montañismo. Fue un humanista auténtico. En su formación eclesiástica alcanzó los tres doctorados en filosofía, teología y derecho canónico.

Cuando llegó al episcopado, en 1927 –en Tarazona– es ya muy conocido por sus libros y escritos diversos, por sus conferencias en congresos múltiples, nacionales y extranjeros.

Ya obispo, en medio de una actividad pastoral incansable, tanto en Tarazona como después en Toledo, y más tarde durante nuestra guerra hasta el año 1940, en que muere, siguió escribiendo.

He aquí una relación esquemática de su producción literaria, siempre de carácter teológico.

Pertenecen a su etapa sacerdotal:

1. Tradición y crítica en exégesis.
2. El Nuevo Salterio del Breviario Romano.
3. El valor educativo de la liturgia católica.
4. María, Madre y Señora.
5. Las modas y el lujo.
6. La Eucaristía y la vida cristiana.
7. Santo Tomás de Aquino.
8. La familia según el derecho natural y cristiano.

9. La Biblia y la predicación.

(Escribe la dedicatoria de este último en septiembre de 1927, ya preconizado obispo de Tarazona.)

Corresponden a la etapa episcopal de Tarazona:

1. El Evangelio explicado.
2. El matrimonio.
3. Jesucristo Redentor.

Ya Arzobispo de Toledo y Cardenal de la Santa Iglesia publicó:

1. Anti laicismo.
2. Los Santos Evangelios.
3. Por Dios y por España.
4. María Santísima (es obra póstuma).

Escritos Pastorales:

Los escritos pastorales durante sus trece años de episcopado llegaron al total de 405, que se distribuyen así:

1. Cartas Pastorales, 27.
2. Instrucciones Pastorales, 20.
3. Exhortaciones Pastorales, 51.
4. Alocuciones, 8.
5. Circulares, 176
6. Escritos Pastorales varios, 123.

Las Cartas Pastorales:

- 1ª La edificación de la Iglesia (Boeta¹, tomo 63, año 1927, 675-728).
- 2ª La Cuaresma y la edificación de la Iglesia (Boeta-Tud, tomo 64, 55-91).
- 3ª La iconografía mariana y la mediación universal de la Virgen (Boeta-Tud, tomo 64, año 1928, 525-579).
- 4ª Transcendencia actual del papado (Boeta-Tud, tomo 65, año 1929, 75-121).
- 5ª Los deberes cristianos de patria (Boeta-Tud, tomo 66, año 1930, 153-203).
- 6ª La familia y la educación cristiana (Boeta-Tud, tomo 66, año 1930, 811-907).
- 7ª El XV Centenario de Éfeso: Santa Madre de Dios, ruega por nosotros (Boeta-Tud, tomo 67, año 1931, 283-338).
- 8ª Los deberes de la hora presente (Boeta-Tud, tomo 67, año 1931, 857-954).
- 9ª Por la justicia: los bienes de la Iglesia (Boeta-Tud, tomo 67, año 1931, 857-954).
- 10ª Matrimonio civil y divorcio (Boeta-Tud, tomo 68, año 1932, 89-142).
- 11ª Laicismo y catequesis (Boeta-Tud, tomo 68, año 1932, 623-676).

¹ La sigla *Boeta-Tud* designa el Boletín Oficial del Obispado de Tarazona y Tudela. La sigla *Boat* el Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo.

- 12^a El XIX Centenario de la muerte de Jesucristo (Boeta-Tud tomo 69, año 1933, 81-119).
- 13^a Horas graves (Boat, vol. 89, año 1933, 161-199; Boeta-Tud tomo 69, año 1933, 463-519).
- 14^a La perennidad de nuestra fuerza (Boat, vol. 90, año 1934, 133; Boeta-Tud, tomo 70, año 1934, 36-83).
- 15^a Nuestra peregrinación a Roma (Boat, vol. 90, año 1934, 8997; Boeta-Tud, tomo 70, año 1934, 247-260).
- 16^a El Congreso Eucarístico de Buenos Aires (Boat, vol. 90, año 1934; Boeta-Tud, tomo 70, año 1934, 707-761).
- 17^a Sobre nuestros seminarios diocesanos (Boat, vol. 91, año 1935, 33-43).
- 18^a Nuestro adiós (Boeta-Tud, tomo 71, año 1935, 379-427).
- 19^a Nuestra vuelta de Roma (Boat, vol. 92, año 1936, 33-47).
- 20^a En el 80 aniversario de Pío XI (Boat, vol. 92, año 1936, 169-201).
- 21^a La Cuaresma de España (Boat, vol. 93, año 1937, 61-86).
- 22^a Carta colectiva de los obispos españoles a los de todo el mundo con motivo de la guerra de España (Boat, vol. 93, año 1937, 193-211).
- 23^a Lo que debemos al Papa. En el XVI aniversario de la coronación de Pío XI (Boat, vol. 94, año 1938, 33-48).
- 24^a El Congreso Eucarístico de Budapest (Boat, vol. 94, año 1938, 193-216).
- 25^a "Catolicismo y patria (Boat, vol. 95, 193-216).
- 26^a Lecciones de la guerra y deberes de la paz (Boat, vol. 95, año 1939, 257-304).
- 27^a La Santa Cuaresma (Boat, vol. 96, año 1940, 21-48).

Conferencias:

1. En el Congreso de Apologética, en Vich, 1910, con motivo del Centenario de Balmes: *Tradición y crítica en exégesis* (publicada después como libro).
2. En el Congreso litúrgico de Montserrat, en 1915.
3. En el Congreso Montfortiano, de Barcelona, en 1918.
4. En la Semana Catequística de Reus, en 1923.
5. En el Congreso Eucarístico Internacional de Ámsterdam, en 1924: *María Santísima, modelo ideal de reparación asociada a la de Jesucristo en la Anunciación, en el Calvario, en la Conmemoración Eucarística de la muerte de su Hijo, durante la prolongación de su destierro en la tierra* (María Santísima, vol. 1, 19-70).
6. En el Congreso Eucarístico Nacional de Toledo, en 1926.
7. En la Asamblea Mariana de Covadonga, en 1926: *María Santísima, Reina del Universo* (María Santísima, vol. 1, 71-129).
8. En el Congreso Mariano de Sevilla, en 1929: *La Mediación de la Virgen y la misión del sacerdocio católico en la Iglesia de Cristo* (Boeta-Tud, tomo 65, año 1929, 373-410).
9. En el Primer Congreso de Acción Católica en Madrid, en 1929: *La autoridad de la Iglesia en las cuestiones todas de orden social* (Boeta-Tud, tomo 65, año 1929, 943-986).
10. En el Congreso Eucarístico Internacional de Cartago, en 1930: *Los Doctores de Cartago y la Comunión Eucarística* (BoetaTud, año 1930, 411-441).

11. En la Asamblea Catequística de Zaragoza, en 1930: *La familia y la educación cristiana* (publicada posteriormente con carácter de Carta Pastoral) (Boeta-Tud, tomo 66, año 1930, 871-907).
12. En el Congreso Eucarístico de Buenos Aires, en 1934, sobre la Hispanidad: *Discurso de la fiesta del Día de la Raza*.
13. En el Congreso Eucarístico Internacional de Budapest, en 1938: *El tema doctrinal del Congreso y el actual momento de España* (Boat, vol. 94, año 1938, 217-233).

Esta enumeración de sus escritos da idea de lo que fue su producción literaria como sacerdote y su magisterio como obispo. Son libros muy densos y profundos, de comentario y divulgación de los grandes temas teológicos, no de investigación. Él no fue un precursor de la teología moderna, entendiéndolo por tal la elaborada posteriormente por hombres como Lubac, Congar, Rahner, Von Balthasar, Daniélou, etc. Se ciñó estrechamente en sus reflexiones a la doctrina de Santo Tomás y a las grandes encíclicas pontificias, y trató de proyectar su luz, de modo magistral, a los problemas que eran ya actuales en su momento: la familia, el Papado, la Eucaristía, la Iglesia y la sociedad civil, la liturgia, etc. Son libros, los suyos, de 500 a 900 páginas los más. Se vendieron muchos. De algunos de ellos hasta 120.000 ejemplares, en aquellos tiempos. Con lo cual podemos decir que ejerció una influencia doctrinal sobre el clero de España muy notable. Creo no incurrir en exageración alguna si digo que en el Episcopado español del siglo XX no ha habido ninguna figura de tanto relieve intelectual y de tanta influencia doctrinal orientadora como el Cardenal Gomá.

Para encontrar otro de talla semejante o quizá superior tendríamos que señalar el nombre de Torras y Bages, catalán insigne también, el célebre obispo de Vich, muerto en 1916 (había nacido en 1846).

El pontificado de Gomá fue breve, pero intensísimo. De octubre de 1927 a julio de 1933, obispo de Tarazona: seis años. En Toledo, desde junio de 1933 hasta agosto de 1940: siete años.

Cuando llegó a Toledo no podía sospechar la dolorosa cruz que se le venía encima. La Diócesis Primada estaba vacante desde el 1 de octubre de 1932, en que el Deán del Cabildo, don José Polo Benito, mártir también en nuestra guerra, recibió una comunicación del Nuncio de Su Santidad que decía así:

«Nunciatura Apostólica en España.

Madrid, 30 de septiembre de 1931.

Ilustrísimo Señor: El Emmo. Sr. Cardenal Secretario de Estado de Su Santidad acaba de telegrafiarne, y yo me apresuro a poner en conocimiento de Su Señoría que el Emmo. Sr. Cardenal Segura, imitando el ejemplo de San Gregorio Nacianceno, con noble y generoso acto, del cual él solo tiene el mérito, ha renunciado a la Sede Arzobispal de Toledo. Ruego, por tanto, por conducto de Su Señoría, al Excmo. Cabildo Metropolitano de Toledo, para que, según las prescripciones del Derecho Canónico, proceda sin demora a la elección de Vicario Capitular. Con los sentimientos de mayor aprecio le saluda y bendice su afectísimo Federico, A. de Lepanto, N. A.

Ilustrísimo Sr. D. José Polo Benito, Deán de la Santa Iglesia Metropolitana de Toledo.»

Siguieron un año y seis meses y medio de orfandad hasta que llegó don Isidro Gomá. Se entregó enseguida al trabajo pastoral con todo rendimiento. En 1934 viaja a Buenos Aires para participar en el XXXII Congreso Eucarístico Internacional, donde pronunció el célebre discurso sobre la Hispanidad, en el teatro Colón. En 1935, celebra la «Semana pro Seminario», primer impulso motivador de la reforma de los seminarios de España en aquella época. Y en el 36 empezó para él la última etapa de su vida en que hubo de asumir tan graves responsabilidades. Su labor fue sencillamente titánica y cuando se la examina con atención, a través de un libro serio y documentado como el de la doctora Rodríguez Aisa, en que se transcriben importantes documentos del Archivo del Arzobispado de Toledo, que permanecían reservados, se siente conmovida admiración ante aquel hombre, patriota, clarividente, pacificador, no belicista, que amó a la Iglesia y a España hasta la extenuación.

Pero, añadido una vez más, no es mi propósito ocuparme del tema de su actuación en la guerra. Sólo diré que sus gestiones con los papas Pío XI y Pío XII (Pío XI murió en febrero de 1939 y Pío XII fue elegido y consagrado en marzo del mismo año), lo mismo que con el Generalísimo Franco en España, estuvieron marcadas por la prudencia y la valentía para explicar lo que sucedía, oponerse con toda dignidad a intentos equivocados, y avisar a tiempo sobre los peligros que para la Iglesia y para España podían derivarse de ciertas presiones en el Vaticano o de determinadas orientaciones políticas en el naciente Estado español.

Independientemente de esta labor durante aquella época atormentada, Gomá fue el sacerdote y el obispo que por su formación, su cultura, su capacidad de organización y de trabajo, contribuyó más que nadie en algunos aspectos, y siempre con singular relevancia en otros, a la renovación de la predicación sagrada por parte de los sacerdotes españoles, al aprecio de los estudios bíblicos, a la estimación del valor educativo de la liturgia (así tituló uno de sus libros), a la reforma de los seminarios, y naturalmente a la defensa de la Iglesia y sus derechos en las relaciones con la sociedad civil en el contexto de la época y de acuerdo con el Magisterio pontificio de entonces.

Como prueba de su espíritu renovador, de su clarividencia, de su talante pastoral en la época en que vivió, de sus inquietudes muy anteriores a lo que después dijo en el Concilio Vaticano II, ofrezco a ustedes un precioso documento que el Cardenal envió al Papa Pío XI en diciembre de 1936. Se lo entregó en mano, y, a raíz de esta visita al Vaticano, es cuando fue designado representante «confidencial» y «oficioso» de la Santa Sede cerca del Gobierno de Burgos. Llama profundamente la atención lo que entonces dijo sobre los sacerdotes españoles y sobre las asociaciones de apostolado seglar, concretamente sobre la Acción Católica y sobre la Asociación de Propagandistas fundada por el jesuita P. Ángel Ayala y desarrollada por don Ángel Herrera.

«ACCIÓN MINISTERIAL Y ACCIÓN CATÓLICA»

«Los dos conceptos de este epígrafe requerirían un estudio a fondo de las necesidades más urgentes que habrían de atenderse en el doble aspecto de la acción sacerdotal y de la Acción Católica en orden a la reconstrucción espiritual

de nuestra España. Me reduzco a notar algunos defectos de que han adolecido una y otra, y que les han restado gran parte de su eficacia.

A. Acción sacerdotal

1º. Aun reconociendo todas las virtudes de nuestro venerable clero, su espíritu de obediencia, la pureza de sus costumbres en general, su buena formación teológica, etc., pero ha de confesarse que ha pecado de rutina y que ello le ha hecho quedar rezagado con respecto a las necesidades del momento. Ha predominado el tipo del sacerdote-beneficiado, que ha vivido al amparo de sus rentas, hoy escasas, como vivió siglos pasados al cobijo de sus pingües beneficios, pero sin el dinamismo que nace de la comprensión de los problemas del momento y del celo que lleva a su resolución. Todas las profesiones se han puesto a tono con las exigencias de los tiempos presentes, y nosotros hemos quedado como anquilosados, siguiendo los mismos procedimientos de apostolado que un siglo atrás. Falta lo que llamaríamos 'presencia sacerdotal' en muchos aspectos de la vida moderna.

2º. Este mismo concepto de la vida sacerdotal inmovilizada por el disfrute de un beneficio ha determinado una gran corriente de vidas sacerdotales en el sentido de un desplazamiento de la vida de ministerios. Cuéntense las actividades restadas a la vida de apostolado por nuestras catedrales, por la organización castrense, por los beneficios fundacionales, etc., considérese que esto ha sido como el anhelo hacia cuya realización ha confluído la vida de muchos miles de sacerdotes, y se podrá calcular el quebranto que por ello ha sufrido la acción propiamente ministerial.

3º. Ello ha determinado un movimiento general de las mejores capacidades hacia un campo ajeno a la vida de apostolado, y una como descotización de la vida y del ministerio parroquial, para el que han quedado solamente aquellos que no se han sentido capaces de puestos mejores en el sentido material, o a quienes la suerte ha sido adversa en las provisiones. Me refiero en ello principalmente al régimen concordatario que ha durado ochenta años y que tantas corruptelas había introducido en la vida eclesiástica en España.

4º. Nuestra clerecía ha sido demasiado aficionada a la política. País eminentemente religioso como había sido España, andaban mezcladas las cosas religiosas con las civiles, por el mismo predominio que de siglos había tenido la religión. Gran falta ha sido la de los políticos, que en España han tenido siempre tendencia a invadir el campo de la Iglesia; pero no ha sido menor la de los sacerdotes que, con detrimento de la caridad y de los mismos intereses de la Iglesia, han militado, a veces entre la explosión pública de las pasiones políticas, en alguno de los partidos. Las cuestiones antiguas entre carlistas e integristas, liberales y mestizos, y las modernas en favor de las tendencias regionalistas o de la simple adhesión a los partidos políticos turnantes en el régimen político del país, significan una resta enorme a las actividades pastorales y especialmente a la caridad y concordia en que debería haber trabajado siempre el sacerdote. El daño derivado a la Iglesia de este aspecto de la historia sacerdotal en nuestro país es

cosa enorme. Hay que añadir que las tendencias más o menos separatizantes en cuestión política, han importado casi siempre una relajación del sentido de jerarquía y disciplina.

5º. Hemos faltado por escaso contacto con el pueblo. El principio pastoral *cognosco oves meas et cognoscunt me meae*, ha tenido entre nosotros gran quiebra, especialmente en determinadas regiones de España, donde el sacerdote apenas si es conocido por otra cosa que por las funciones administrativas, no tanto en el sentido sacramental de unas ceremonias que son el último residuo de la religión en muchos fieles, cuanto en el del ejercicio de unos derechos de orden económico que, si constituyen una forma de vivir, deberían serlo sólo en cuanto representan una retribución a una vida consagrada enteramente al bien espiritual de una feligresía.

6º. Nuestra predicación, en el sentido más amplio de la palabra, de contacto intelectual con el pueblo, ha sido escasa de ocasiones y de forma. La predicación propiamente pastoral, catecismos, homilías, de circunstancias, falta en gran número de parroquias o se da en forma totalmente rutinaria. La estadística en este punto nos daría resultados deplorables. Hay otra predicación que ha causado enorme estrago en España: es la de profesionales de la elocuencia, ensayistas de púlpito, hombres sin fondo cristiano y sin celo de las almas que, si han dado gran relieve a las grandes solemnidades, han contribuido a estragar el gusto de los oyentes y a sostener el estado de ignorancia religiosa deplorabilísima de nuestros ciudadanos.

7º. Tal vez deberíamos buscar la causa de estos defectos en la formación que se da a nuestros sacerdotes en los seminarios que, si están bien en general, en cuestión de disciplina, piedad y hasta muchos de ellos en formación literaria de los alumnos, pero no se da una formación práctica o de utilización de los recursos logrados en el seminario para la edificación de la Iglesia.

8º. Ha faltado coordinación entre ambas clerecías, secular y regular. Más que falta de coordinación ha habido muchas veces discrepancias y hostilidad, especialmente cuando se han congestionado, en ciudades de importancia, sacerdotes seculares y religiosos de varias clases. Ello ha redundado en desedificación del pueblo y en mengua de su aprovechamiento espiritual.

B. Acción Católica

Me refiero en este punto a la información dada a esa Secretaría de Estado en escrito formulado en Roma, en el mes de abril último, no pudiendo concretar ni fecha ni contenido por haber perdido mi archivo personal en las actuales depredaciones. No hará más que indicar algunos aspectos que ofrecen novedad, debida a los actuales acontecimientos.

1º. Insisto en señalar uno de los defectos principales de que ha adolecido nuestra actual organización de Acción Católica, que es el exceso de burocratismo. Cierto que la Acción Católica ha de tener una organización, una división de trabajo y una utilización de procedimientos modernos que traduzcan en unas oficinas el estado

de lo que llamaríamos el cuerpo social y externo de la Acción Católica, y que faciliten su conocimiento y régimen. Pero la organización nunca ha de exceder las exigencias del apostolado, sino que, formado el organismo para obrar, éste debe agrandarse paulatinamente a medida que crezca y avance la obra

2º. Porque no se hizo así, nuestra Acción Católica resulta excesivamente cara, casi mil pesetas diarias en junto. Se ha formado el organismo a base de sueldos, o, si se quiere, se ha formado una jerarquía de gratificaciones paralelas a la de cargos. Es cosa muy humana, y tal vez sería difícil encontrar quienes sacrificaran horas y trabajo en una obra de puro celo, sobre todo cuando ésta requiere asiduidad y constancia. Pero aun en esta hipótesis, debe procurarse que los gastos se atemperen a las posibilidades económicas de la organización.

3º. Aun teniendo la Acción Católica por fin inmediato la formación de selecciones, creemos que nuestra Acción Católica se ha mantenido en un plano superior al que exigían las circunstancias de nuestro país. Si la Acción Católica es participación de los seglares en el apostolado jerárquico, allí principalmente debía aplicarse su actuación donde se aplica la de la jerarquía, no tanto en su actuación circunstancial y más alta, como en el plano corriente de la formación del pueblo en la acepción general de la palabra. El enemigo ha sido más sabio que nosotros. Ha ido directamente a las masas, sin olvidar la preparación de los instrumentos que debían facilitar su conquista.

4º. A este principio de la conquista de las alturas habrá obedecido tal vez la celebración de los Cursos de Santander. Son copiosas las referencias que he recibido de su ineficacia, de la forma como se han dado y tal vez de los abusos que a su sombra se han cometido. Resultan, además, excesivamente costosos. Igual debe decirse de la celebración de Semanas pro Ecclesia et Patria. Excelente idea, a la que ha faltado ambiente popular y eficacia práctica. En un tono más acertado se ha movido la Editorial, aunque le ha faltado control y le han sobrado algunos desaciertos evidentes.

5º. Tampoco se ha encuadrado bien la Acción Católica en el marco de la Jerarquía. No puede ponerse una tilde a su sentido de sumisión a la Iglesia. Sí, que su funcionamiento ha estado demasiado destrabado en la práctica de lo que de más práctico tiene la Jerarquía, que es la dirección personal de obispos y párrocos, de cuya acción ha exorbitado la Acción Católica, si no es que alguna vez la Jerarquía ha encontrado en la Acción Católica algún obstáculo.

6º. Salvando siempre la rectitud de intenciones en todos, es innegable que algunos dirigentes de la Acción Católica han sido considerados como autores de la política de sector determinado. Ello ha ocasionado algunas polémicas de prensa en que se ha envuelto la Acción Católica, que debe estar por encima de toda querrela de carácter político, restándole simpatías y eficacia. Este aspecto se ha acentuado excesivamente con motivo de la guerra actual. Ello ha importado en un gran sector profunda animadversión contra una tendencia política y algunas de las personas que la han representado. Podría ello ser un grave inconveniente para la actuación futura de la Acción Católica. Para que la Acción Católica quede siempre en un plano superior a los partidos políticos, ya que no puede exigirse que los militantes

de Acción Católica dejen de cumplir sus deberes para con la nación o Estado, sería necesario se aplicaran escrupulosamente las normas pontificias que regulan este punto concreto de Acción Católica.

7º. Elegidos la mayoría de los dirigentes de Acción Católica en nuestro país entre el núcleo de 'Propagandistas' formados, antes de la actual organización, por el señor Herrera, aun reconociendo las cualidades que les adornan en general, de virtud y competencia, pero tal vez adolecen de falta de dinamismo, de espíritu de verdadero apostolado y de conocimiento de las diversas necesidades de las clases sociales en las que han de ejercer su actuación.

8º. Si la Acción Católica tiene por objeto formar la conciencia católica de los individuos y colectividades, extendiéndose la actuación de aquéllos y de éstas a todos los órdenes de la vida, es necesario que la influencia directora de la Acción Católica llegue hasta los mismos, de conformidad siempre con las normas pontificias. Así, en el orden económico y social, salvados los principios de religión y moral aplicables al caso, para conseguir la mayor eficacia la Acción Católica debería interesarse en que algunos de sus miembros se capacitaran en el sentido científico y técnico de la economía social, sin cuya preparación su influencia resultaría nula. Con igual o mayor interés se ha de procurar que la Acción Católica tenga hombres preparados en el orden pedagógico que puedan influir en las leyes o normas públicas para la formación de la juventud, siendo un punto de máxima importancia el que se formen centros que dependan solamente de la Iglesia, aunque el Estado establezca clases de religión en los centros oficiales. Igual podría decirse de los deportes. Poco o nada se ha atendido de todo ello en la actual organización de la Acción Católica.

No apunto más que los defectos más visibles de que adolece nuestra Acción Católica, subsanables todos ellos con el esfuerzo de todos, que deberá ser obligado, tenaz e inteligente, para salvar lo que se pueda de las ruinas acumuladas por la revolución, y reconstruyendo nuestra nación desgraciada, según las exigencias de su tradición y las que han creado los tiempos nuevos.

Tengo la seguridad de que para ello encontrará la Santa Sede totalmente dispuesta la Jerarquía y aquellos a quienes designe para las grandes empresas de la Acción Católica.»

EN LA MUERTE DEL JEFE DE ESTADO, FRANCISCO FRANCO

I. ANTE LA MUERTE DEL JEFE DE ESTADO

Exhortación pastoral, publicada el 20 de noviembre de 1975, con motivo del fallecimiento del Jefe del Estado español, don Francisco Franco Bahamonde, publicada en BOAT enero 1976, 27-28.

Queridos diocesanos:

Ante el fallecimiento de Su Excelencia el Jefe del Estado español, me dirijo a todos vosotros para pedir os vuestras oraciones por el eterno descanso de su alma.

Es una hora triste para la patria española, porque desaparece el que con tanta abnegación, llevada hasta el heroísmo de una manera casi permanente, se ha sacrificado por ella durante toda su vida. Pero esta tristeza no debe en ningún momento apagar nuestros sentimientos de esperanza cristiana, que precisamente han de manifestarse con serenidad de espíritu ante el hecho de la muerte. La esperanza es ahora confianza en Dios y súplica fervorosa para que el Señor se apiade del que ha fallecido, le conceda el perdón de sus pecados y le otorgue el premio de la vida eterna que por los méritos infinitos de Cristo es ofrecido a cuantos creen en Él.

Oraciones también por su esposa y sus familiares, seres humanos al fin que, como todos, al ver morir a quien amaban, necesitan el consuelo de la fe para su espíritu atribulado.

Y, aún más, pido vuestras oraciones por España y por todos los españoles para que la paz, la prosperidad y el justo desarrollo de la vida del país merezcan de unos y de otros el empeño más noble a cuyo servicio pongan todas sus energías. Nadie arrebatará jamás al Jefe del Estado que acaba de morir el honor de ocupar una de las páginas más gloriosas en los anales de la historia patria. La que él ha escrito con su vida y con su muerte es tan excelsa que podrá seguir iluminando a todos los españoles con tal de que exista una sola actitud: buena voluntad.

Aparte los sufragios que espontáneamente queráis ofrecer, según vuestra piedad, las autoridades civiles y eclesiásticas se pondrán de acuerdo para celebrar oportunamente solemnes funerales en la Santa Iglesia Catedral, en el Seminario diocesano y en todas las parroquias de la diócesis.

II. LA ELOCUCENCIA DE UNA VIDA Y UNA MUERTE

Homilía pronunciada en la misa de «corpore insepulto», celebrada en la S. I. Catedral Primado, de Toledo, el 21 de noviembre de 1975, en sufragio del alma del Jefe de Estado, fallecido, don Francisco Franco Bahamonde, publicada en BOAT enero 1976, 20-25.

Excmo. Cabildo de la Catedral, queridos sacerdotes y alumnos del Seminario; Excmo. Sr. Gobernador Civil, representante del Gobierno español; excelentísimas autoridades civiles, militares, representaciones diversas y hermanos todos en Jesucristo:

Es notable, pero así eran nuestros sentimientos y nuestras actitudes. A ninguno se le ocurría pensar que nuestro Jefe de Estado, Francisco Franco, no tuviera que morir. Pero ninguno dejaba de tener, por no sé qué secretos motivos, la esperanza de que seguiría estando con nosotros.

Como también está ocurriendo otra cosa paradójica: lo llena todo la aflicción y la pena; y, sin embargo, en medio de este dolor inmenso que atraviesa el corazón de los españoles, es tan grande como la aflicción la esperanza.

No tiene fácil comprensión esta actitud psicológica y espiritual de todo un pueblo. Lo primero acaso se explique sencillamente, por lo hondo que había penetrado, con el calor de su presencia, en la vida nacional de España. Y lo segundo quizá encuentre explicación en el hecho de que tanta nobleza como ha demostrado en su comportamiento, no puede quedar estéril. Y a un hombre que ha sabido sacrificarse así, con tal grandeza, por la patria querida, se le puede dar el crédito de la esperanza, como si también pudiera asegurarnos, después de muerto, que hemos de seguir por los caminos de paz que él abrió para España.

Cuesta siempre hablar en estas ocasiones. Hemos de dejar a un lado la emoción patriótica y humana, y que estos sentimientos cedan su lugar a las convicciones que nacen de la fe religiosa.

Estamos aquí para celebrar la Santa Misa por el eterno descanso de su alma. Elevaremos a Dios Nuestro Señor nuestras oraciones y plegarias. Y esta Catedral, con ser tan significativa y única, será uno más, entre tantos templos de España, grandes y pequeños, en donde estos días se reúnan los hijos de la patria española, para hacer lo mismo que estamos haciendo nosotros: elevar oraciones a Dios por el eterno descanso del alma de nuestro Jefe de Estado, y presentarle este homenaje póstumo; una prolongación del que con tanto respeto le hemos venido ofreciendo en vida, cuando sabíamos que, por ser la suprema autoridad de la patria, merecía nuestra obediencia y nuestro acatamiento. Ahora es nuestro hermano en la fe; y es nuestra fe la que nos llama y nos congrega para superar el dolor, y para vivir con esperanza el futuro, y para contemplar con serenidad este momento, fijándonos únicamente en este hecho triste de la muerte. Este hermano nuestro, el que fue nuestro Jefe de Estado, ya en el silencio de la muerte, pide a los españoles el único tributo que hoy podemos ofrecerle: el de nuestras oraciones.

Nuestro elogio fúnebre: dejar que él nos hable

Evidentemente yo no trato de hacer un elogio fúnebre al estilo de los que antes se hacían. La liturgia hoy no aconseja que en estas ocasiones se hable en esos términos. Ahora bien, en un caso como éste, todo lo que se diga de una persona, es decirlo de una patria y de una nación; y por lo mismo, cuanto podamos manifestar, deja, o pierde más bien, el carácter personal; porque él, el que ha fallecido, hace mucho tiempo que había prescindido también de su persona.

No hace muchos días me lo decía su propia hija: «Mi padre la única preocupación que tenía era servir a España. Cuando me han preguntado si había algo escrito sobre dónde iba a ser enterrado, yo he dicho que él nunca se ocupó de estos problemas. La única obsesión fue su servicio a la patria». Y de tal manera ha vivido este ideal, que acaso ahí encontraremos también el motivo para esta unanimidad en los sentimientos que hoy se están produciendo. Hablan las piedras, si no hablasen tanto las lágrimas. Ese pueblo sencillo que no entiende de políticas, pequeños y adultos, hombres y mujeres, que desfilan hoy incesantemente ante su cadáver, o que se han sentido sobrecogidos estos días, a lo largo de toda la geografía española, por las noticias que les iban llegando. Los hombres de corazón limpio, libres de ideologías, solamente pensaban, y solamente piensan, en esa especie de encarnación de la patria española, que ha sido nuestro Jefe de Estado. Y al pensar así en el significado que él tiene, desde este punto de vista, ya todos los elogios estarían justificados. Pero tampoco los voy a hacer yo, hermanos míos muy queridos. Voy a dejarle hablar a él, para que, de esta manera, sus palabras dictadas o escritas con la suprema humildad del que se acerca al final de su vida, sean lo que tienen que ser; reconocimiento justo, pero involuntario, porque no lo pretendía, de la maravillosa personalidad de un hombre que de tal manera ha sabido unir los dos más grandes sentimientos: el amor a Dios y el amor a la patria.

«Al llegar para mí la hora de rendir la vida ante el Altísimo y comparecer ante su inapelable juicio pido a Dios que me acoja benigno a su presencia, pues quise vivir y morir como católico». He aquí una frase limpia y sencilla, en la que aparece la vieja fe del cristiano español; el que piensa que al final de su vida efectivamente se encuentra con el juicio inapelable de Dios. Y lo único que sabe pedir en ese instante es que Dios le acoja benigno; una súplica a la misericordia de Dios en el cual cree, y con una confesión tan limpia como ésta: «Quise vivir como católico». A mí me recuerda aquellos últimos momentos de la agonía de don Juan de Austria, en tierras de Flandes, cuando nos dicen los historiadores que, en los últimos minutos de su vida, solamente decía aquel guerrero de la historia: «Jesús, Jesús, María, Virgen María, Jesús». Y diciendo estas palabras, añade el cronista, su alma, como una paloma, voló hacia el cielo.

«En el nombre de Cristo me honro, y ha sido mi voluntad constante ser hijo fiel de la Iglesia, en cuyo seno voy a morir». Nada de retórica; confesión noble, absoluta sinceridad, pero vindicación de un honor supremo: el Nombre de Cristo; en Él es en el que se honra: «Y ha sido mi voluntad constante ser hijo fiel de la Iglesia», frase que nos recuerda alguna muy semejante de Santa Teresa de Jesús. No en vano la mano de Santo Teresa ha estado en la mesa del Caudillo de España durante todos estos años. «Ha sido mi voluntad constante ser hijo fiel de la Iglesia, en cuyo seno voy a morir». Y cuando se proclama así esta voluntad,

y los hechos dan testimonios de la sinceridad de la misma, sobra todo análisis. Cualquier hombre que, a esta hora última, examine su conciencia, sea cual sea su estado y condición, ya podrá contentarse si puede decir, con justicia, esto: que ha sido su voluntad constante «ser hijo fiel de la Iglesia». La medida en que lo logremos unos y otros, eclesiásticos y civiles, autoridades y súbditos, siempre estará condicionada por nuestras deficiencias y nuestros fallos humanos. Pero ¡ojalá a cualquiera de nosotros, a la hora de morir, se le pudieran sugerir estas palabras, y pudieran ser dichas con esta sinceridad con que las dice él!

Y en seguida la frase cristiana y generosa, propia del hombre magnánimo: «*Pido perdón a todos, como de todo corazón perdono a cuantos se declararon mis enemigos, sin que yo los tuviera por tales*». ¡Espléndida expresión que revela todo el drama de un hombre que, sin quererlo, parece que ha tenido como destino único el de luchar hasta el final! Y el que lucha, en virtud de no sé qué destino que tiene que acompañarle, se encuentra en el camino con algunos que se declaran o son enemigos. Él no los ha considerado como tales. Le llamaron a la lucha, y tuvo que salir en defensa de la patria amenazada tantas y tantas veces. ¿Qué podría pensar aquel joven cadete, que acaso por los claustros de esta Catedral de Toledo, dentro de estas naves, en aquella juventud primera de los catorce a los diecisiete años, entrara por aquí más de una vez, a vueltas con su destino incierto todavía, pero que muy pronto habría de señalársele cuando en seguida saliera camino de África? Es posible que en alguna ocasión aquel joven cadete, en un visita oculta y silenciosa a la Virgen del Sagrario de esta Catedral de Toledo, sin pensar en nada de lo que iba a ser el signo de su vida, la ofreciera ya entonces en una actitud religiosa que encubría todos sus comportamientos patrióticos al servicio de España. «*Creo y deseo no haber tenido otros –otros enemigos– que aquellos que lo fueron de España, a la que amo hasta el último momento, y a la que prometí servir hasta el último aliento de mi vida, que ya sé próximo*».

Y ahora aparece esa estela brillante de la generosidad del hombre agradecido. ¿A quiénes? «*Quiero agradecer a cuantos han colaborado con entusiasmo, entrega y abnegación, en la gran empresa de hacer una España unida, grande y libre. Por el amor que siento por nuestra patria, os pido que perseveréis en la unidad y la paz, y que rodeéis al futuro rey de España, don Juan Carlos de Borbón, del mismo afecto y lealtad que a mí me habéis brindado, y le prestéis, en todo momento, el mismo apoyo de colaboración que de vosotros he tenido*». Es la palabra de un padre más que la de un jefe, lleno de agradecimiento a todos, que busca para el que le ha de suceder la protección de esa compañía y de esa asistencia que nace del respeto y la adhesión, no a una persona, sino a los valores que encarna como representante supremo de la patria. Y esto es también, queridos hijos, una virtud religiosa. El perfeccionamiento de un Estado, de un pueblo, de un sistema político, son exigencias insoslayables de todo el que quiera marchar al compás de lo que la civilización pide a los hombres.

Ahora bien, ese anhelo de perfeccionamiento, esa exigencia que nace del interior mismo de la propia sociedad a la que los hombres pertenecemos, no nos exime, en ningún momento, de respetar a quien encarna la legítima autoridad, y de ofrecer una colaboración noble y leal, en el sentido en que los hombres debemos prestarla, sin merma ni abdicación de las facultades que nos corresponden y en

el ejercicio de las responsabilidades comunes. Todo puede conciliarse. Y este período de casi cuarenta años en la historia de España nos lo demuestra.

A lo largo de este tiempo han ido cambiando muchas cosas; y las exigencias de hoy, en el orden de la convivencia civil, no son ni están sujetas a las restricciones explicables que se producían ayer. Salimos de una guerra muy difícil; hemos vivido hostilizados por tantas campañas de orden internacional, en medio de dificultades sin cuento. Poco a poco, el país ha ido abriéndose hacia un futuro en el que nunca se puede ver el límite exacto de qué es lo que piden la libertad, el respeto y la obediencia. Eso no se marca matemáticamente; eso se demuestra con hechos, con la conducta, inspirados por la responsabilidad y el amor en la convivencia social. Este proceso ininterrumpido de perfeccionamiento sin duda tiene que continuar; pero no podrá hacerse si fallan estos goznes fundamentales: el respeto, la adhesión a la autoridad, y el caminar juntos, buscando metas cada vez más grandes en orden a la convivencia civil.

Estas son las preocupaciones de un padre de la patria a la hora de morir, y se las deja a sus hijos, y les pide que mantengan la unidad, sin merma de esa rica multiplicidad de las regiones de España. Y, en su último momento, quiere unir los nombres de Dios y de España y abrazar a todos para gritar juntos, por última vez, en los umbrales de la muerte, los gritos del amor a la patria que tantas veces salieron de sus labios y resonaron por todos los caminos de España.

Conclusión

Referirnos a esto, leer sus palabras, meditarlas como cristianos y como españoles, no es romper con lo que la liturgia nos señala en orden a hacer hoy una homilía. No son elogios fúnebres. Es sencillamente dejar que corra, desde el altar de esta Catedral hasta vosotros, ese arroyo cristalino de los sentimientos de un alma noble. Debemos recordarlo siempre; y que el tributo de nuestra oración que hoy le ofrecemos y que seguiremos ofreciéndole siga más adelante cada día, recordándole a él ante el Señor; y recordándonos unos a otros, los españoles todos, los grandes amores que deben unirnos.

Vosotros, hijos de esta ciudad inmortal, los que tenéis ese símbolo, el Alcázar de Toledo, a cuyas minas llegó un día memorable, para escuchar aquellas palabras, también inmortales, del heroico defensor de la fortaleza: «¡Sin novedad en el Alcázar!» Vosotros, hijos de España y de Toledo, seguid adelante como cristianos, como españoles buenos, queriendo abrazar a todos también, buscando siempre paz, no divisiones, procurando, cada vez más, lo que él nos pide: extender la justicia social, la cultura, la hermandad, la paz, para que también, en cualquier momento en que Dios nos llame a juicio, podamos presentarnos con una inmensa humildad ante el Altísimo, y decirlo algo parecido a las palabras que el Caudillo escuchó en Toledo: ¡Señor, sin novedad en mi vida y en mi muerte! ¡Aquí estoy a tu servicio!

III. FRANCO, HOMBRE CREYENTE

Declaración publicada, a petición del director de ABC, en la edición de este diario madrileño el 21 de noviembre de 1975, reproducida en BOAT enero 1976, 33-34.

Yo no entro a juzgar la obra de Franco desde el punto de vista político. No es mi misión. Para mí hay otros valores más altos, sin los cuales la política, a la larga, tiene siempre algo de obligada frustración. Valores que se llaman paz, progreso ordenado, uso ponderado de la libertad, anhelo de justicia, trabajo creador, y, por encima de todo, sentido religioso de la vida que da a las empresas humanas, individuales o colectivas, la categoría suprema que ennoblece a los hombres.

Creo que durante los años que hemos vivido bajo la dirección de Francisco Franco, este conjunto de valores ha brillado con fulgor suficiente en la vida nacional como aspiración nobilísima, como logro alcanzado en grandes proporciones y como estímulo permanente para un perfeccionamiento progresivo y constante, al cual ningún pueblo tiene derecho a renunciar.

Como gobernante de un país que pasó por una de las mayores tragedias que pueden amenazar la supervivencia de un pueblo, han brillado en él dos excelsas cualidades: la magnanimidad y la prudencia. Pienso que estas dos virtudes, tan sabiamente practicadas, explican algo del secreto de ese prodigio que hoy se da cuando el pueblo sencillo habla de él, más que como un jefe, de un padre de la Patria.

Pero, sobre todo, he admirado siempre en él su sentido religioso-católico, tan noble y tan profundo. Me parece que su comportamiento tan ejemplar, público y privado, en esta materia tiene una significación excepcional en este mundo moderno en que el hombre, frente a los sistemas políticos que tratan de conducir a la sociedad, se siente interiormente cada vez más desamparado y más solo, es decir, menos hombre.

Y esto es distinto de las relaciones concretas entre la Iglesia y el Estado en cuanto se refiere a los cauces jurídicos por donde éstas deben discurrir. Accidental y temporalmente puede haber situaciones en que éstas se entorpecen por múltiples motivos, hasta que un diálogo continuado, lleno de amistad y de respeto, termina por eliminar las dificultades originadas hasta lograr un esclarecimiento que permite ver mejor cómo hay que regular, por el bien de los ciudadanos y de los miembros de la Iglesia, la necesaria armonía y la necesaria independencia. De ambas condiciones fundamentales en una actuación de alta política y vigorosamente actuales después del Concilio Vaticano II, habló Franco con la discreción que le era habitual.

Han sido muchas las cosas que han sucedido en España desde 1931 para que este asunto pueda ser tratado con ligereza. Un futuro no demasiado remoto nos enseñará a todos a comprender mejor lo que todavía es presente. Es un tributo que hay que pagar casi siempre. Ojalá, en medio de los avatares que puedan producirse, no nos conduzca a una funesta disminución del sentido religioso de

la vida. Y éste no se da, cuando no hay una fe viva, en un Dios personal y trascendente.

Un día y en un momento propicio a la confianza me atreví a preguntarle: «¿Es cierto que Vuestra Excelencia no ha perdido nunca la serenidad en tales circunstancias?» Y Franco me contestó: «Jamás; siempre he creído que la vida del hombre está en manos de Dios».

IV. MISA FUNERAL EN LA PLAZA DE ORIENTE, MADRID

Homilía pronunciada en la misa solemne de «corpore insepulto» celebrada, bajo la presidencia de los Reyes de España, el 23 de noviembre de 1975, en la Plaza de Oriente, Madrid.

Hoy celebra la Iglesia la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, Rey de la vida y de la muerte. De la vida, porque de Él, como de Dios, la hemos recibido. De la muerte, porque con su resurrección la ha vencido en su cuerpo glorioso, y ha asegurado la misma victoria a los que creen en Él. «Yo soy la resurrección y la vida, quien cree en mí, aunque haya muerto, vivirá, y todo aquel que vive y cree en mí no morirá para siempre» (Jn 11, 25).

Dejad que estas palabras crucen los cielos de la Plaza de Oriente y lleguen al corazón entristecido de los españoles. Transmitídselas vosotros mismos, los que con el más vivo dolor podéis repetirlas, porque creéis en Jesucristo y, por lo mismo, podéis demostrar que vuestra esperanza es al menos tan grande como vuestro dolor.

Vosotros, excelentísima señora y familiares de Francisco Franco, Reyes de España, Gobierno e instituciones de la nación. Su eco os será devuelto inmediatamente por un pueblo inmenso, cuyo rumor se extiende sobre todas las tierras de España y por tantas otras partes del mundo. Ahora mismo acabo de recibir un telegrama de un obispo inglés, monseñor Holland, de Salford, que dice así: «Ex corde participo dolorem tuum. Vivat in Christo bonus miles et dilecta patria». «Participo de corazón en vuestro dolor. Que viva con Cristo el buen soldado y la patria amada».

Estamos celebrando el Santo Sacrificio de la Misa y elevamos nuestras plegarias a Dios por el alma del que hasta ahora ha sido nuestro Jefe de Estado. He ahí sus restos, ya sin otra grandeza que la del recuerdo que aún puede ofrecernos de la persona a quien pertenecieron, mientras vivió en este mundo. Frente a ellos nuestra fe nos habla, no del destino inmediato que les espera al ser depositados en un sepulcro, ¡sino de la eternidad del misterio de Dios Salvador en que su alma será acogida, como lo será también ese mismo cuerpo en el día de la resurrección final. ¡Oh cristianos, niños y adultos, mujeres y hombres creyentes, hermanos míos en la fe de Jesucristo!, que vuestro espíritu responda en este momento a las convicciones que nacen de nuestra conciencia religiosa. Ante este cadáver han desfilado tantos que necesariamente han tenido que ser pocos,

en comparación con los muchos más que hubieran querido poder hacerlo, para dar testimonio de su amor al padre de la patria, que con tan perseverante desvelo se entregó a su servicio.

Presentaremos a la adoración de todos la Hostia Santa y pura de la Eucaristía, nos sentiremos incorporados a la oblación del Señor con la nuestra, podremos ceder, en beneficio de aquel a quien amábamos, los méritos que por nuestra participación pudieran correspondernos, y juntos rezaremos el Padrenuestro de la reconciliación y la obediencia amorosa a la voluntad de Dios, que está en los cielos.

Ese hombre llevó una espada que le fue ofrecida en 1926 y un día entregó al Cardenal Gomá, en el templo de Santa Bárbara de Madrid, para que la depositara en la Catedral de Toledo, donde ahora se guarda. Desde hoy sólo tendrá sobre su tumba la compañía de la cruz. En esos dos símbolos se encierra medio siglo de la historia de nuestra patria, que ni es tan extraña como algunos quieren decirnos, ni tan simple como quieren señalar otros. ¡Ojalá esa espada – él mismo lo dijo– no hubiera sido necesaria; ojalá esa cruz hubiera sido siempre dulce cobijo y estímulo apremiante para la justicia y el amor entre los españoles!

En este momento en que hablan las lágrimas y brotan incontenidas las esperanzas y los anhelos de toda España, el patriotismo como virtud religiosa, no como exaltación apasionada, pide de nosotros que levantemos nuestra mirada precisamente hacia la cruz bendita, para renovar ante ella propósitos individuales y colectivos que nos ayuden a vivir en la verdad, la justicia, el amor y la paz, exigencias del Reino de Cristo en el mundo.

Brille la luz del agradecimiento por el inmenso legado de realidades positivas que nos deja ese hombre excepcional. Gratitud que está expresando el pueblo y que le debemos todos, la sociedad civil y la Iglesia, la juventud y los adultos, la justicia social y la cultura extendida a todos los sectores. Recordar y agradecer no será nunca inmovilismo rechazable, sino fidelidad estimulante, sencillamente porque las patrias no se hacen en un día, y todo cuanto mañana pueda ser perfeccionado encontrará las raíces de su desarrollo en lo que se ha estado haciendo ayer y hoy, en medio de tantas dificultades.

Con la gratitud por lo que hizo y siguiendo el ejemplo que nos dio, es necesaria, mirando al futuro, no sólo la esperanza, irrenunciable en cualquier hipótesis mientras que el hombre es hombre, sino algo más, la ilusión creadora de paz y de progreso, que es una actitud menos conformista y más difícil, porque obliga a conciliar todos los esfuerzos de la imaginación bien orientada con la bondad del corazón y la buena voluntad. Ardua tarea a la que hemos de entregarnos a través de las pequeñas cosas de cada día y con las decisiones importantes de la vida pública, para que la libertad sea eficiente y ordenada, el pluralismo nos enriquezca en lugar de disgregarnos, la comprensión facilite el análisis necesario de las situaciones, y toda la nación, jamás esclava de las ideologías que por su naturaleza tienden a destruirla, avance hacia una integración más serena de sus hijos, unidos en un abrazo como el que él ha querido darnos a todos a la hora de morir, invocando en la conciencia los nombres de Dios y de España.

Mas ¡qué fácil es proclamar principios y manifestar deseos cuando no se tienen las responsabilidades, que atan o abren las manos! Por eso, en este momento,

todavía lleno de aflicción, pero ya abierto hacia los nuevos rumbos que se dibujan en el horizonte, incapaz yo de dar consejos y temeroso de que también los hombres de la Iglesia podemos excedernos con nuestra mejor voluntad, me detengo con respeto ante vosotros, hijos de España, y apelo a vuestra conciencia de ciudadanos rectos, o a vuestra fe religiosa en los que la profesan, para que no os canséis nunca de ser sembradores de paz y de concordia al servicio de un orden justo. Dentro del cual y sin tratar de imponer a nadie convicciones que puedan no compartir, habréis de permitir, a quien habla como obispo de la Iglesia, que afirme mi fe en que siempre hay una voz que puede ser escuchada: la voz de Dios que en la vida y en la muerte nos llama sin cesar al perdón, al amor, a la justicia, y a las realizaciones prácticas con que esas actitudes tienen que manifestarse en la vida social de los pueblos. Estoy hablando de Dios, porque creo muy poco en la eficacia duradera de los simples humanismos sociales. Jamás han existido tantos, y jamás han aparecido tantas incertidumbres en las conciencias de los hombres que se llaman libres.

Ese pueblo que sufre es también un pueblo que espera y sabe amar. Todos, desde el más alto al más bajo, en esta hora solemne en que se escriben capítulos tan importantes de nuestra historia, tenemos gravísimos deberes que cumplir; a todos se nos dice que, si el grano de trigo no muere y se hunde en la tierra, queda infecundo. La civilización cristiana, a la que quiso servir y sirvió Francisco Franco, y sin la cual la libertad es una quimera, nos habla de la necesidad de Dios en nuestras vidas. Sin Él y sus leyes divinas, el hombre muere, ahogado por un materialismo que envilece.

Para Vos, Majestad, que al día siguiente de ser proclamado Rey os toca presidir las exequias del hombre singular que os llamó a su lado cuando erais niño, pido al Señor que os dé sabiduría para ser Rey de todos los españoles, como tan noblemente habéis afirmado, y que el combate por la justicia y la paz dentro del sentido cristiano de la vida no cese nunca. Y pido, para el que os llamó, que el mismo Dios le acoja benigno en su misericordia infinita, tal como humildemente se lo suplicó cuando le llegaba la muerte.

Y que la patria perdone también a sus hijos, a todos cuantos lo merezcan. Será el primer fruto de un amor que comienza, y el postrero de una vida que acaba de extinguirse. *¡Requiem aeternam dona ei, Domine, et lux perpetua luceat ei!*

MONS. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

LA HUELLA DE UN HOMBRE DE DIOS

Artículo publicado en la revista *Scripta Theologica*, 13 (1981), 363-371.

Una de las cosas que hacen interesante el estudio de la historia es la vivencia de novedad que en la historia se encierra, ya que está escrita por la libertad. La historia de la Iglesia resulta aún más cautivadora, por la incidencia del más poderoso factor de la libertad: la iniciativa divina, que irrumpe en el curso de la normal existencia humana para invitarnos a responder al amor que Dios mismo nos ofrece.

Fue precisamente una de esas iniciativas divinas lo que aconteció hace medio siglo, dando origen al Opus Dei y, con él, a un importante capítulo de la historia de la espiritualidad y del apostolado católicos y a nuevas manifestaciones del influjo del espíritu cristiano en la historia del mundo.

Antes de seguir adelante, quizá convenga detenerse en la palabra que acabo de emplear –«influjo»–, ya que reclama algunas precisiones. El propio fundador del Opus Dei, Mons. Escrivá de Balaguer, hizo al respecto una consideración llena de sentido, respondiendo a un periodista que le preguntaba sobre la influencia de la Obra en la sociedad: «¿De qué naturaleza es esa influencia? Es evidente que, siendo el Opus Dei una asociación de fines espirituales, apostólicos, la naturaleza de su influjo –en España, como en las demás naciones de los cinco continentes donde trabajamos– no puede ser sino de ese tipo: una influencia espiritual, apostólica. Lo mismo que la totalidad de la Iglesia –alma del mundo–, el influjo del Opus Dei en la sociedad civil no es de carácter temporal –social, político, económico, etc.–, aunque sí repercute en los aspectos éticos de todas las actividades humanas, sino un influjo de orden diverso y superior, que se expresa con un verbo preciso: *santificar*»¹.

El espíritu cristiano nos habla del más allá de la historia, puesto que sus coordenadas no son político-sociales, sino religiosas: habla de la salvación del hombre y de su destino eterno. Pero, precisamente por ello, influye, y más que ninguna otra realidad, en la existencia humana, el hombre está hecho para la eternidad y sólo desde la perspectiva de lo eterno puede enfocar debidamente – y resolver– los problemas que se le plantean en el tiempo. Rastrear el influjo de la Iglesia en la historia es, por eso, rastrear el influjo de los ideales trascendentes, manifestando cómo informan y animan la vida ordinaria, en sus dimensiones individuales y colectivas.

En el caso, del Opus Dei es necesario, además, tener en cuenta otro factor. El Opus Dei no tiene como finalidad promover determinadas actividades o tareas,

¹ *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 18.

sino contribuir a que personas singulares tomen conciencia, en sus propios ambientes y condiciones de vida, de las exigencias del ideal cristiano. Su fundador ha podido decir de la Obra que es una *organización desorganizada*, a fin de subrayar, con frase gráfica, la realidad de la acción de un espíritu precisamente a través de una pluralidad de vidas, cada una de las cuales discurre por su propio camino.

Todo eso, ciertamente, hace difícil el empeño del que aspira a realizar un balance. Y, sin embargo, el acento puesto en la vocación personal es, sin duda, una de las aportaciones fundamentales del Opus Dei; hasta el punto de que quizá pueda decirse que es a partir de ahí como debe apreciarse toda su labor.

No puedo pretender escribir esa historia, irreductible, además, a la necesaria brevedad de estas páginas. Me cabe, con todo, intentar esbozar, en breves pinceladas, algunas ideas especialmente significativas.

Santificación en las estructuras temporales

Hace algunos años, el autor de una semblanza biográfica de Mons. Escrivá de Balaguer² afirmaba que, desde 1928, fecha en que se fundó el Opus Dei, su historia personal se identificaba con la de la Obra a la que había dado vida. Pienso que puede también decirse lo inverso: la historia del Opus Dei, desde 1928 hasta el 26 de junio de 1975, fecha en que Mons. Escrivá de Balaguer dejó este mundo, se identifica con la vida de su fundador. Con su trabajo sacerdotal en Madrid y en otras numerosas ciudades de España, y, después, con su dedicación en Roma al gobierno de la Obra y con sus viajes apostólicos por Europa y América, Mons. Escrivá de Balaguer no sólo dio impulso al Opus Dei, sino que lo consolidó y extendió por todo el mundo.

En un artículo escrito a raíz de su fallecimiento al reflexionar sobre el ingente trabajo que había realizado, me pregunté: ¿cuál fue su secreto?³ Contesté entonces hablando de la riqueza del espíritu que animaba su empresa, pero señalando que era necesario ir más al fondo: su plena disponibilidad interior. Esa pobreza, en el sentido profundo de la palabra, ese no tener nada propio para mantenerse en todo instante a la escucha del querer de Dios, fue lo que hizo de Mons. Escrivá de Balaguer un alma señora y un protagonista de nuestro tiempo.

En los comienzos de su apostolado, algunos le tomaron por iluso o por loco. En aquellos momentos era realmente revolucionario proclamar, y más con la fuerza con que lo hacía, la llamada universal a la santidad: que todos pueden ser santos, también los que viven en medio del mundo y se ocupan de tareas y profesiones seculares. La Iglesia en España –y no sólo en España– no hablaba de esta natural exigencia de una vida cristiana plena: no existía, en los años treinta y cuarenta, una conciencia desarrollada de la posibilidad de una espiritualidad secular, laical, tal y como luego la consagró el Concilio Vaticano II. Solamente Pío XI, y Pío XII después, con su autoridad, y algunos tratadistas de la vida ascética, con timidez y por coherencia con la enseñanza general de Cristo, habían renovado exhortaciones antiguas, perdidas en el olvido, como las

² FLORENTINO PÉREZ EMBID, *Josemaría Escrivá de Balaguer*, en *Forjadores del mundo contemporáneo*, t. IV, Barcelona 1963, 617-627.

³ *¿Cuál sería su secreto?*, en *ABC*, Madrid 24 agosto 1975.

de San Francisco de Sales. Pero, en poco tiempo, la predicación de Mons. Escrivá de Balaguer fue semilla que cuajó en numerosos corazones y abrió horizontes nuevos al vivir y al pensar cristianos.

Para llegar a todos –pensaba– hay que ir primero a la cabeza, así la eficacia del apostolado se multiplicará. Una aspiración le movía: *de cien almas, nos interesan las cien*. Y ahí encaminó sus esfuerzos.

En diversas ciudades universitarias de la Península, promovió residencias y colegios mayores. La temperatura espiritual comenzó a crecer: jóvenes estudiantes que aprenden a santificar el trabajo y a actuar con libertad y responsabilidad personal en los diversos campos profesionales. El espíritu del Opus Dei se fue difundiendo, *como una inyección intravenosa en el torrente circulatorio de la sociedad*. Catedráticos de universidad, profesionales de la medicina o del derecho, gentes del campo y obreros de las barriadas extremas de las grandes ciudades, encontraron en esa espiritualidad luz para sus vidas. En 1950 hay socios del Opus Dei en los puntos más distantes de la geografía española. Desde que concluyó la Segunda Guerra Mundial, se hace posible la expansión europea y mundial: Portugal, Italia, Francia, Estados Unidos, Inglaterra, Irlanda, México, Chile, Argentina, Kenia, Nigeria, Filipinas, Japón... En 1978, al cumplir sus primeros cincuenta años, la Obra cuenta con más de 70.000 socios, en las cinco partes del mundo. La expansión universal del Opus Dei es, sin lugar a dudas, uno de los hechos más llamativos de la Iglesia del siglo XX.

Tomar conciencia de lo que significa ser cristiano: así podríamos definir lo que aspiraban a provocar las palabras de Mons. Escrivá de Balaguer. Y lo que provocaron de hecho en universitarios, profesionales, obreros y campesinos; hombres y mujeres de las más diversas condiciones –he conocido bien a varios– con defectos y limitaciones –todos los tenemos–, pero animados de una gran ilusión, conscientes de pertenecer a la Iglesia y de participar en su misión y, por tanto, con un afán apostólico que les lleva a «complicarse la vida» en varias empresas y tareas (matrimonios que promueven cursos de educación familiar, grupos de padres de familia que dan vida a un colegio...), y, sobre todo, a comprometerse en la tarea de transmitir la fe a quienes les rodean.

Se ha dicho ya muchas veces, al escribir sobre el Opus Dei, que la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer anticipó lo que iba a ser, pasados los años, uno de los núcleos doctrinales más novedosos y más ricos del Concilio Vaticano II: la proclamación de la llamada universal a la santidad. A decir verdad, no se limitó a anticipar esa proclamación, sino que la hizo posible. Y eso no sólo con sus escritos, llenos de intuiciones y explicaciones certeras, sino, sobre todo, con la Obra misma, con la fuerza de una doctrina hecha vida, traducida en la realidad de los hechos.

La difusión de un determinado espíritu de pensamiento y de vida puede, como antes decía, ser difícil de rastrear: por eso los historiadores prefieren a veces centrar su atención en instituciones o realidades exteriores. Pero, sea cual sea la dificultad que exista para documentar su incidencia, el hecho es que el espíritu es lo que mueve al hombre y, por tanto, lo decisivo en la historia. La importancia del Opus Dei radica en que, en su acción apostólica, la proclamación de la llamada universal a la santidad no fue nunca un enunciado formulado de manera abstracta, sino un ideal concreto que, al mismo tiempo que se enunciaba, se

enseñaba a vivir. De ahí el ancho surco que ya ha abierto en la historia de la Iglesia, y en el que, con la gracia de Dios, podrá seguir profundizando.

Amor a la libertad

Maestro de libertad cristiana, denominó a Mons. Escrivá de Balaguer el prestigioso filósofo italiano Cornelio Fabro. Lo fue ciertamente, y como buen maestro no vaciló en proclamar todas las riquezas de esa divina «libertad de la gloria de los hijos de Dios» (Rm 8, 21).

Meditó profundamente en las dimensiones teológicas de la libertad, como lo testimonia una de sus homilías, titulada precisamente *La libertad, don de Dios*⁴. Al mismo tiempo, prestó especial atención –no podía ser menos, dada la condición secular y laical de los socios de la Obra– a una de sus facetas sociales más importantes: la libertad en las cuestiones temporales.

La verdad de la fe debe orientar al cristiano también en sus decisiones profesionales y sociales. Mons. Escrivá de Balaguer no dejó nunca de señalarlo: «¿Te has molestado en meditar lo absurdo que es dejar de ser católico, al entrar en la universidad o en la asociación profesional o en la asamblea sabia o en el parlamento, como quien deja el sombrero en la puerta?»⁵. Pero esa orientación y esa luz de la fe no imponen, de ordinario, una solución única a los problemas que la actividad temporal plantea: caben posiciones diversas, derivadas de los distintos juicios sobre la realidad histórica o de diversas valoraciones prudenciales. «Muchas veces sucederá –enseña el Concilio Vaticano II– que la propia concepción cristiana de la vida les inclinará (a los laicos) en ciertos casos a elegir una determinada solución. Pero podrá suceder, como sucede frecuentemente y con todo derecho, que otros fieles guiados por una no menor sinceridad, juzguen del mismo asunto de manera distinta. Entiendan todos que en tales casos a nadie le está permitido reivindicar en exclusiva a favor de su parecer la autoridad de la Iglesia. Procuren siempre hacerse luz mutuamente con un diálogo sincero, guardando la mutua caridad y la solicitud primordial por el bien común»⁶. Existe una legítima autonomía de las realidades terrenas y es propio del cristiano, consciente de su libertad y responsabilidad personales, defender las propias decisiones y respetar las de los demás. «No me he cansado de repetir desde 1928 –afirmaba Mons. Escrivá de Balaguer, resumiendo el espíritu y la experiencia del Opus Dei–, que la diversidad de opiniones y de actuaciones en lo temporal y en lo teológico opinable, no es para la Obra ningún problema: la diversidad que existe y existirá siempre entre los miembros del Opus Dei es, por el contrario, una manifestación de buen espíritu, de vida limpia, de respeto a la opción legítima de cada uno»⁷.

Cualquier conocedor de la reciente historia de España sabe bien que este punto de la libertad en cuestiones temporales ha sido un aspecto del mensaje y de la praxis del Opus Dei que, en algunos ambientes, ha provocado incomprensiones.

⁴ Cfr. *Amigos de Dios*, Madrid 1977, 23-38.

⁵ *Camino*, n. 353.

⁶ GS 43.

⁷ *Conversaciones*, n. 38.

Quizá por ello sea también uno de los temas que el fundador de la Obra ha expuesto con fórmulas más claras.

En cualquier caso, es sin duda alguna, uno de los legados más importantes que ha dejado a la posteridad. Y aquí, de nuevo, no sólo con las palabras sino con los hechos: con el testimonio de la cooperación, en una misma empresa de apostolado, de personas con posiciones temporales diversas y aun contrapuestas. En un mundo como el nuestro, que conoce tensiones profundas, y en el que la defensa de las propias opiniones rompe a veces, incluso de forma particularmente dolorosa, la fraternidad cristiana, el fenómeno pastoral que el Opus Dei representa, constituye una prueba de la virtualidad de los valores trascendentes, cuando verdaderamente se cree en ellos. Ciertamente quien no tenga esa fe buscará explicaciones torcidas o, admitiendo los hechos, los atribuirá a planteamientos ilusorios; pero ello no hace sino confirmar lo que acabo de decir. En esta Iglesia que, como le agrada recordar a Juan Pablo II, se aproxima al año dos mil y a la que le toca vivir en un mundo plural y dividido y en la que por tanto los cristianos, hombres como los otros, seguirán también caminos distintos, es particularmente necesario recordar, teórica y prácticamente, el amor a la libertad y el sentido de la unidad en lo que pertenece a la fe y a la común participación en la misión confiada por Cristo.

El ministerio sacerdotal

Toda experiencia laical profunda presupone y desarrolla una visión de la Iglesia. Lo que a su vez repercute en una profundización en el sacerdocio. Mons. Escrivá de Balaguer lo advirtió claramente: «Junto a esta toma de conciencia de los laicos –afirmó en una de sus entrevistas– se está produciendo un análogo desarrollo de la sensibilidad de los pastores»⁸. No se trata, por lo demás, de algo que el fundador de la Obra percibiera sólo con el paso del tiempo: ya desde el momento fundacional del Opus Dei, sintió una llamada especial a servir a sus hermanos sacerdotes, transmitiéndoles el mismo mensaje que llevaba a los laicos, recordando que el sacerdote diocesano ha de santificarse a través de su ministerio sacerdotal. También en este punto, las enseñanzas de Mons. Escrivá de Balaguer recibieron la solemne sanción del Concilio Vaticano II: «Los sacerdotes están obligados de manera especial a alcanzar esa perfección, ya que, consagrados de manera nueva a Dios por la recepción del Orden, se convierten en instrumentos vivos de Cristo, Sacerdote eterno, para proseguir en el tiempo la obra admirable del que, con celeste eficacia, reintegró a todo el género humano. Así, pues, puesto que todo sacerdote, a su modo, representa la persona del mismo Cristo, es también enriquecido de gracia particular para que mejor pueda alcanzar, por el servicio de los fieles que se les han confiado y de todo el Pueblo de Dios, la perfección de Aquél a quien representa»⁹.

A raíz de 1928, Mons. Escrivá de Balaguer se rodea de un grupo de sacerdotes que se dirigen espiritualmente con él. Algo más tarde, al comienzo de los años cuarenta, obispos de toda España, conocedores de su santidad y su preparación, le llaman para predicar numerosos cursos de retiro sacerdotales: hay años en que más de mil sacerdotes escuchan sus palabras vibrantes, que

⁸ *Ibidem*, n. 59.

⁹ PO 12.

calan hondamente en los oyentes. A un clero que, en los años anteriores, había sufrido la dura prueba de la guerra, don Josemaría Escrivá de Balaguer le plantea, con garra y con tono positivo, una vuelta a las fuentes de la eficacia pastoral. Fue, entonces y siempre, un campeón de la santidad sacerdotal. Urgió con fuerza el amor a la Iglesia, el sentido de la unidad con el obispo, la dedicación plena a la misión de las almas. Contribuyó poderosamente al desarrollo de un clero auténticamente diocesano, bien preparado, consciente de su peculiar vocación.

Por esas fechas, en 1944, reciben la ordenación sacerdotal los primeros socios del Opus Dei. Pero este hecho no apagó en el fundador de la Obra el celo por el resto de los sacerdotes diocesanos. Al contrario, lo hizo más fuerte. En 1948 llega a consultar a la Santa Sede sobre la posibilidad de abandonar la dirección del Opus Dei para dedicarse a una fundación dirigida a sacerdotes. Felizmente, los obstáculos que parecían hacer imposible la entrega a ambas tareas se manifestaron inconsistentes y el Opus Dei abre sus puertas a los sacerdotes diocesanos. Lo que, en los años cuarenta, había sido un apostolado personal de Mons. Escrivá de Balaguer, a partir de 1950 quedó convertido en una faceta de la Obra misma. Desde entonces, son millares los sacerdotes diocesanos que, por medio del Opus Dei, han recibido una ayuda y un estímulo espirituales que, al no sacarlos de su sitio, ya que ése es el espíritu de la Obra, ha reforzado su vocación sacerdotal y sus vínculos de comunión con el obispo y con el resto del presbiterio, donde quiera que no lo han estorbado apasionados prejuicios o una lamentable ausencia de diálogo y reflexión.

En 1973, hacia el final de una homilía pronunciada pensando en una próxima ordenación de socios de la Obra, el fundador del Opus Dei dirigió la atención a los miles de sacerdotes que, de un extremo a otro del mundo, desempeñan con heroísmo su ministerio. «Saboreo –fueron sus palabras– la dignidad de la finura humana y sobrenatural de estos hermanos míos, esparcidos por toda la tierra. Ya ahora es de justicia que se vean rodeados por la amistad, la ayuda y el cariño de muchos cristianos. Y cuando llegue el momento de presentarse ante Dios, Jesucristo irá a su encuentro, para glorificar eternamente a quienes, en el tiempo, actuaron en su nombre y en su Persona, derramando con generosidad la gracia de la que eran administradores»¹⁰. El aprecio y el cariño que rezuman esas palabras, sostuvieron su actividad en servicio del sacerdote diocesano, provocando ese amplio apostolado al que he aludido hace un momento. Cuando se haga la historia detallada de estos años de la vida de la Iglesia –en España y en otros países– este influjo del espíritu del Opus Dei entre sacerdotes diocesanos será uno de los hechos más decisivos para valorar la huella dejada por Mons. Escrivá de Balaguer en la vida de la Iglesia. Y también aquí, permítaseme que insista en ello una vez más, con la fuerza de la vida, con decisiones y afanes hechos surgir en el corazón de numerosos sacerdotes.

Durante el Concilio y después del Concilio

He subrayado, a lo largo de estas páginas, la fuerza del espíritu. Una consideración final, breve, pero en esa misma línea.

¹⁰ *Sacerdotes para la eternidad*, Madrid 1973, 21.

Mientras el Concilio Vaticano II refrendaba aspectos fundamentales de la predicación de Josemaría Escrivá de Balaguer y del espíritu del Opus Dei, la expansión de sus apostolados siguió adelante. En los años que presenciaron la gran experiencia del Concilio y las tensiones posteriores, la labor de la Obra alcanzó nuevos países y, lo que resulta quizá más importante, se afianzó, creciendo en profundidad, en aquellos en los que estaba presente desde épocas anteriores.

Juan Pablo II, desde el comienzo de su pontificado, ha fijado como meta de sus esfuerzos personales, y de los de toda la Iglesia, la plena aplicación del Concilio. Tarea ineludible, si la Iglesia quiere estar a la altura de su misión en el tiempo presente, pero también, tarea ingente, ya que es toda una regeneración y renovación del vivir cristiano lo que hay que promover. No faltan, sin embargo, hechos que mueven a emprenderla con serena confianza: la difusión del apostolado del Opus Dei es uno de ellos.

La acción del Espíritu Santo, sin el cual no hay espiritualidad plena, es el factor realmente decisivo de la historia. Esas iniciativas divinas, a las que me refería al principio, no son sólo estímulo para aquellos a quienes directamente afectan, sino motivo de esperanza para la Iglesia entera: Dios continúa amando a los hombres y se ocupa de ellos.

En un rincón de la Basílica de San Pedro en Roma, hay una antigua imagen de Santa María ante la que el fundador del Opus Dei acudió muchas veces a rezar. El título que se lee encima –*Mater Ecclesiae*– explica el porqué de aquella devoción. Verdaderamente, en aquel lugar se dan cita los grandes amores que había y que hay en su corazón: Cristo, María, la Iglesia, el Papa.

¿CUÁL SERÍA SU SECRETO?

Artículo publicado en ABC, de Madrid, suplemento dominical del 24 de agosto de 1975.

Varias veces hablé con el fundador del Opus Dei, José María Escrivá de Balaguer. En Roma, donde vivía, y en Madrid, por donde pasaba con destino a sus viajes apostólicos o al volver de los mismos, después de haber sembrado la semilla de la palabra y la gracia de Dios. Porque eso fue toda su vida: un sembrador incansable. Las cosechas no las retenía en su mano; las volvía a sembrar inmediatamente en beneficio de todos.

Me he preguntado cuál sería el secreto de este gran sacerdote del Reino de Cristo en la Iglesia de nuestro tiempo. Y he aquí la reflexión que hago a raíz de su muerte, que hirió su corazón con un movimiento brusco y suave a la vez, como eran los suyos propios. ¡Cuánto ardimiento en aquel hombre excepcional que se pasó la vida sin conocer el sosiego, ni siquiera el que proporciona a tantos otros la última enfermedad!

El carácter

Capacidad para el entusiasmo por las causas grandes, tesón invencible, optimismo reflexivo, minuciosidad en la ejecución, delicadeza suma para los detalles; he ahí algunos rasgos de su condición humana. Cuando coinciden en una persona, la hacen capaz de grandes resoluciones y la disponen para el triunfo, empleando esta palabra en su valor puramente objetivo, como sinónimo de logro de lo que uno se propone. El fundador del Opus Dei consiguió muchos de sus propósitos; el primero de todos, dar vida y sólido arraigo a una obra a la que se entregó totalmente, la asociación que predica y promueve la santificación del hombre en medio del trabajo ordinario de la vida. Esto, que era tan sencillo y tan evangélico, estaba prácticamente olvidado.

Pero para poder explicar el éxito en esta empresa no basta acudir al carácter de quien la acometió; no está ahí el secreto. Porque la empresa es de índole sobrenatural y, por mucho que ayuden las condiciones personales del que la promueve, como instrumento eficaz, se necesita otra clave mucho más íntima y radical. Un carácter humano, por muy dotado que esté para la perseverancia y el entusiasmo en el servicio a una causa, si sólo cuenta con sus propios recursos instrumentales, se dispersa en la inoperancia real, cuando la causa es precisamente vivir enamorado de la santidad y comunicar a los demás el mismo amor. Su actividad se convierte entonces en activismo; su palabra, en grito o en susurro; pero nada más, y la energía de su voluntad se transforma en puro afán de mando. Nada de esto sirve para llevar por los caminos de la perfección cristiana. El que lo intente fracasará a las primeras de cambio.

El hijo de la Iglesia

Monseñor Escrivá tuvo tiempo para «fracasar». Los casi cincuenta años transcurridos desde que fundó la asociación hasta el momento actual dan de sí lo suficiente para sentirnos obligados a contemplar con inmenso respeto el proceso de una obra que, como es frecuente en la historia de la Iglesia, ha encontrado enormes dificultades para su desarrollo. Pero él, Escrivá, no las rehuía. Sabía que las dificultades forman parte del plan de Dios y las aceptaba con la humildad característica del que tiene fe.

Sumergido para siempre en la vivencia cálida del misterio de la Iglesia, más que enfrentarse con las dificultades, lo que hacía era incorporarlas y asimilarlas hasta hacerlas correr dentro de su sangre como un alimento más de su vida de fe. De ahí que lo que parecía optimismo temperamental era más bien realismo cristiano, que ni se arredra ni huye por muy oscuro que se presente el horizonte. Era la Iglesia de Cristo la que invitaba a trabajar así, porque así tienen que ser siempre las cosas para los seguidores del que llevó la cruz.

Su amor a la Iglesia era amor al Papa, a los obispos, a los sacerdotes, al Magisterio eclesiástico, al culto litúrgico y a la devoción privada, y desde ahí a los hombres de toda condición, porque para ellos era esa Iglesia tan amada, y mal podía ser querida ésta, si no lo eran a la vez todos los que, dentro o fuera del redil, eran, en la intención del Salvador, beneficiarios de sus dones. Esto es amor a la Iglesia, quererla tal como es en sí, sin echar agua al vino, y quererla para todos.

El universalismo del Opus Dei, en la extensión geográfica y en la diversidad de las personas llamadas, y las originalidades en la concepción de la obra y en sus métodos de apostolado, obedecían a esta identificación tan cabal del fundador con el misterio de la Iglesia. No le demos vueltas. Sorprendente y a veces desconcertante en sus expresiones y en sus anhelos apostólicos, monseñor Escrivá no guardaba otras sorpresas ni producía otros desconciertos que los de la misma Iglesia, a la que servía como un enamorado lleno de confianza y persuadido de que la Iglesia es siempre original. Él no fracasó nunca y lo que hubo de «no logro» de determinados propósitos parciales en su vida formaba parte del plan, no en virtud de un juego de consolaciones artificiales y forzadas, sino como oblación que había que ofrecer, porque así es la Iglesia.

Tres grandes fuerzas animaban su vida interior, presentes cada día y cada hora en su espíritu, de valor supremo e insustituible para vivir como hijo de la Iglesia en su doble dimensión mística (amor al misterio de la Esposa de Cristo) y apostólica (dinamismo de una fe que aspira a renovar el mundo). Eran la Eucaristía, particularmente el santo sacrificio de la Misa (sentido de redención); amor a la humanidad de Cristo niño, hombre, muerto y resucitado (sentido de encarnación de la fe en el mundo), y amor vivísimo a la Santísima Virgen María, de la cual no quería ver separado a San José (sentido de familia de los hijos de Dios que tienen junto a sí motivos de gozo, al encontrarse con la belleza espiritual y la ayuda materna de María).

Esta triple fuerza que caldeó su vida le movió a lanzarse a la gran tarea, santificar a los hombres tal como son, tal como viven, tal como trabajan. Su sacerdocio lo entendió así, y toda su vida fue como la prolongación de una Misa ininterrumpida que glorificaba al Padre, trataba de obtener el perdón para el pecado mediante la gracia sacramental, y ponía el trabajo profesional y las preocupaciones familiares como una hostia purificada junto al altar. Todo esto es lo que percibí en las conversaciones que tuve con él, y también lo he captado en sus escritos, y lo vengo comprobando en los sacerdotes del Opus Dei que he conocido. ¿Era éste su secreto?

Todavía algo más

Por supuesto que esas fuerzas a que he hecho alusión, cuando se convierten en motor de una existencia humana iluminada por la fe, hacen del hombre un servidor de Dios, de Jesucristo y de la Iglesia hasta el heroísmo. Pero, ¿por qué? ¿Por qué en unos la respuesta es tan plena y en otros tan escasa? Hace falta encontrar otra clave, que es también fruto de la gracia, desde luego, pero que comporta igualmente una actitud o disposición inicial capaz de explicar el secreto de la perseverancia y la generosidad en el amor.

Es ese pequeño toque, matiz delicadísimo en la relación de un alma con Dios, del que en un momento dado dependen con frecuencia todas las generosidades para la acogida de lo que Dios ofrece y para la respuesta a lo que pide. Yo lo llamo pobreza, en el sentido evangélico de la palabra. Algo así como en María, la Santísima Virgen, Madre de Dios. ¡Qué corazón tan pobre, es decir, tan limpio, en la doncella de Nazaret cuando recibió el mensaje del cielo! ¡Y qué riqueza había, sin embargo, en su entrega a la voluntad de Dios! Sólo estos pobres son los que se dejan llevar y, por tener el alma limpia, los motores funcionan.

Después, por el camino más inesperado viene lo que viene siempre, el triunfo de Dios en ellos.

De Monseñor Escrivá se ha dicho que, a veces, parecía un niño, que arreglaba un problema grave con una broma, que huía de la tristeza como de la peste, que concebía o impulsaba la fundación de una universidad o de una editorial con el más vivo entusiasmo, pero no con mayor empeño que el que ponía para rezar el Rosario, por ejemplo, o para ayudar privadamente a quien se lo pedía, que contagiaba a los demás el deseo y la dicha de la gracia y la verdad de Dios, que no se reservaba nada teniéndolo todo, que lanzaba a sus hijos hacia el mundo al que amaba, y vivía totalmente apartado del mundo, que no temía a personas ni acontecimientos, porque no tenía nada que perder. ¿Qué significa todo esto más que el limpio resplandor de un corazón pobre, no instalado, desprendido, abierto a todos, saturado de confianza en Dios en medio de las mayores pruebas? Esta es la pobreza evangélica auténtica, aunque el que así la vive se dedique a movilizar todos los recursos imaginables para servir a Dios y a los hombres. Acaso esté aquí el secreto que explica algo de su vida.

Por haber sido así desde los años primeros de su sacerdocio, tan disponiblemente abierto a la acción de Dios, fue encontrado apto, en su pequeñez de esclavo, para las más grandes tareas apostólicas. Hay miles de detalles en su vida que lo confirman así. Y no es necesario pertenecer al Opus Dei para conocerlos, ni para comprender que donde existe esa pobreza se ama apasionadamente la verdad y se alcanzan resultados inimaginables. Basta tener un poco de sensibilidad sacerdotal, recta y justa, para sentir la noble curiosidad de saber a qué puede deberse el formidable despliegue de tantas energías al servicio del Evangelio, como es el que encontramos en la vida de Josemaría Escrivá de Balaguer.

Mucho antes del Concilio Vaticano II trabajó él, como nadie, en la promoción del laicado, en la auténtica y profunda promoción, no en las ridículas y tristes experiencias que tanto han abundado y siguen haciendo acto de presencia en los años del posconcilio; y en el campo del ecumenismo, y en el diálogo con el mundo moderno, y en el reconocimiento efectivo de la sana autonomía de las realidades temporales.

Precisamente por eso, ahora, cuando tantos se mueven alocadamente, sin rumbo, porque su frivolidad les priva de la luz, él supo mantenerse tan firme y enhiesto en la roca de la fidelidad sin convertirse jamás en un futurólogo insustancial que, creyendo atisbar el porvenir, consiente en que el presente se le desmorone entre las manos. Porque supo ser un auténtico progresista, fue también –como no puede ser menos– un conservador denodado y valiente, de la raza de los mártires y los confesores de la fe, o simplemente del linaje espiritual de los que, a imitación de María, saben conservar en su corazón de pobres del Reino lo que debe ser conservado siempre para ser fieles.

Yo espero y deseo que sus hijos, los sacerdotes y los laicos, sepan seguir este camino. La Iglesia española y la Iglesia universal necesita de su testimonio en este sentido.